GEOPOLÍTICA

TÍTULO DEL ORIGINAL
EN INGLÉS
"GEOPOLITICS"

TRADUCCIÓN DE
Ramón Ulia

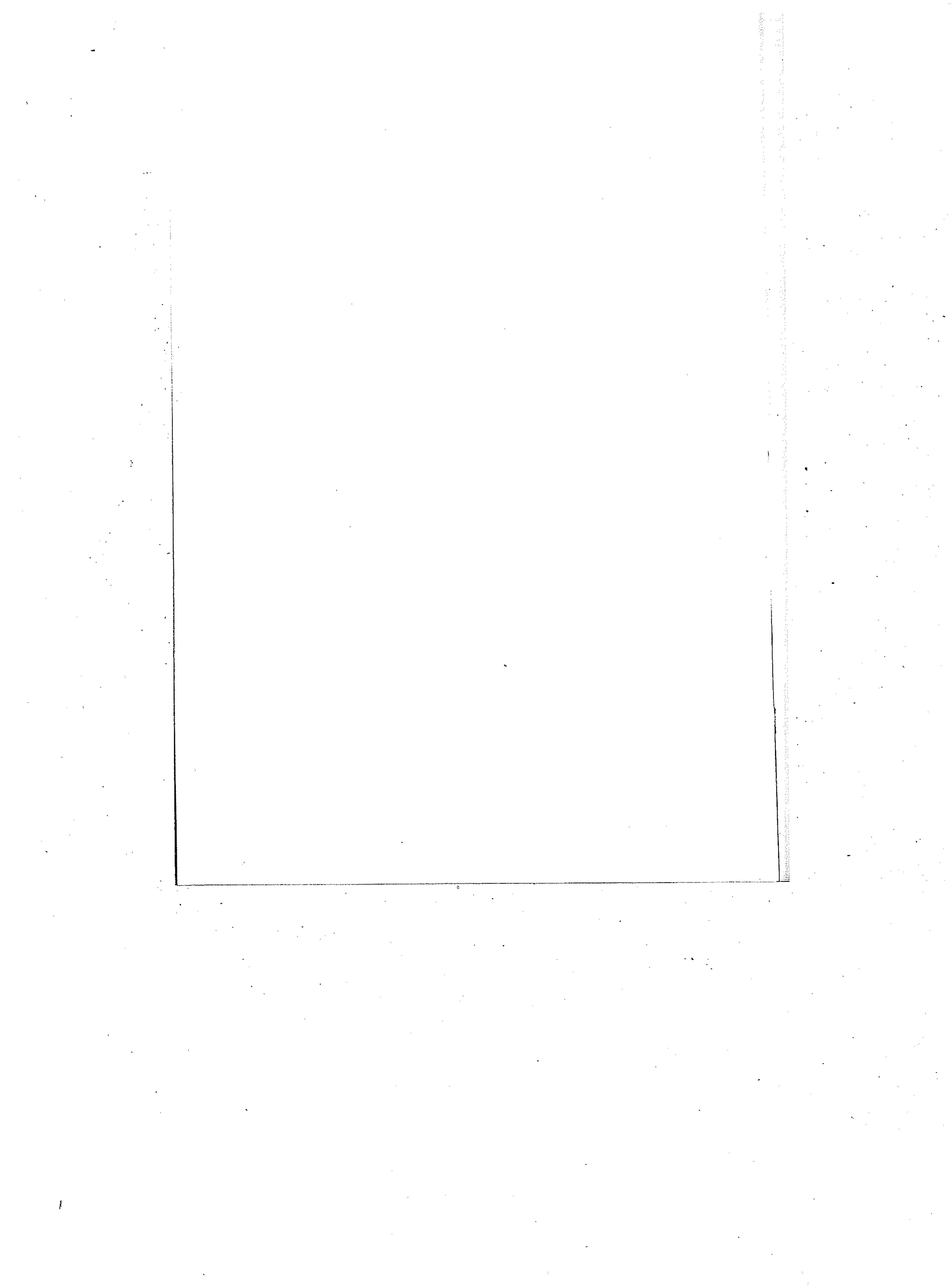
ROBERT STRAUSZ-HUPÉ

Geopolítica

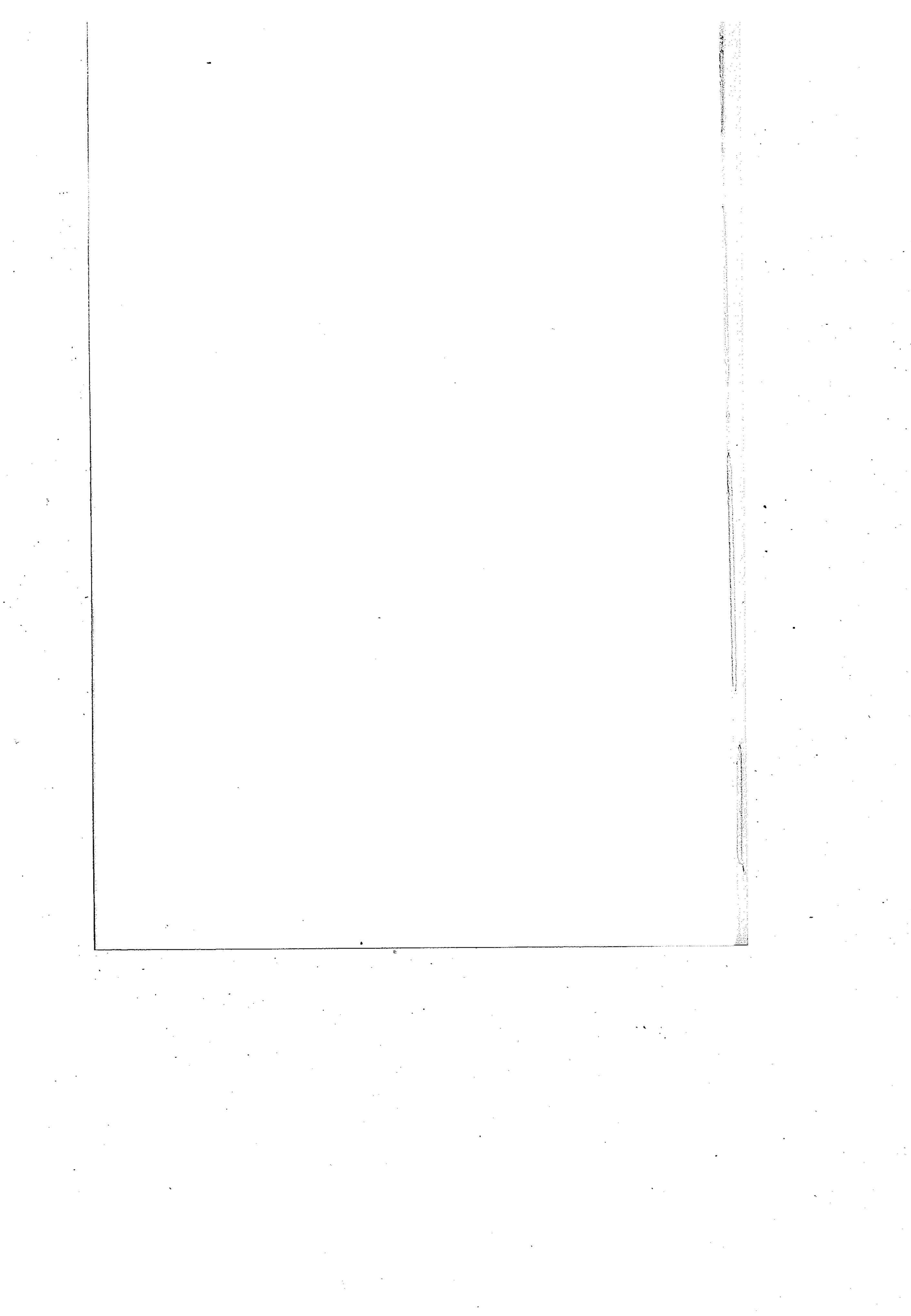
LA LUCHA POR EL
ESPACIO Y EL PODER

EDITORIAL HERMES
MÉXICO

192



A *E. y JOE*



AGRADECIMIENTO

Entre las deudas que me es grato reconocer, la mayor es la que he contraído con el Doctor Reuben S. Nathan, quien me ayudó con la mayor eficacia en la ardua tarea de investigación y cuyas muchas y valiosas sugestiones contribuyeron considerablemente a que este libro se escribiera.

Quiero agradecer a Harold y Margaret Sprout su generoso permiso para consultar su excelente trabajo Towards a New Order of Sea Power *y al Profesor Nicholas John Spykman su amable autorización para hacer citas de su erudito estudio "Geography and Foreign Policy", aparecido en la* American Political Science Review, *números de febrero y abril de 1938.*

El Doctor Hans Speier me autorizó para reproducir citas de su artículo "Magic Geography", incluído en el número de setiembre de 1941 de Social Research. *Deseo también dar las gracias a Time, Inc., y a Ralph D. Paine por el permiso que me concedieron para utilizar, en los capítulos IV y V, material de mi artículo cuyos derechos pertenecen a* Fortune, *y otro tanto digo respecto a Henry Holt and Company por su autorización para referirme a* Democratic Ideals and Realities *de H. T. Mackinder.*

Debo mucho a Charles J. Rolo por su valiosa crítica y sus sugestiones de carácter editorial. También estoy muy agradecido al Doctor Charles C. Rohlfing, cuyo afectuoso interés ayudó a dar cima a este trabajo.

R. S.-H.

Newtown Square, Pa.

PREFACIO

"Hemos ganado. Pero, vive Dios, por poco perdemos", dijo David Lloyd George después de que el armisticio fuera firmado. Desgraciadamente, los victoriosos aliados, gozándose de su triunfo, nunca se detuvieron a meditar por qué habían ganado. En cambio, los alemanes comenzaron a preguntarse muy pronto por qué habían perdido. Y llegaron a la conclusión de que la causa fundamental de su derrota radicaba en no haber elaborado un gran proyecto de estrategia política. Minuciosamente, habían establecido sus planes para las operaciones militares e ideado el Plan Schlieffen para atacar a Francia; el general Hindenburg había dispuesto con detalle dónde y cómo tenía que ser batido el ejército ruso. Pero no hubo una verdadera comprensión de los objetivos políticos de ámbito mundial.

Al proyectar la próxima guerra, lo primero a que los alemanes se dedicaron fué a elaborar un gran proyecto de estrategia política. Este proyecto de estrategia política de carácter global es la geopolítica. Las divisiones panzer, *los bombarderos en picada y el personal ade-*

cuadamente preparado —toda la embestida íntimamente integrada de hombres, máquinas y propaganda—, responden a la pregunta "¿Cómo conquistar?" Pero la geopolítica es el plan maestro que dice qué y por qué hay que conquistar y que guía al estratego militar por el más fácil de los caminos de la conquista. Por ello, la clave de la mentalidad global de Hitler es la geopolítica alemana.

La estrategia política es sinónimo de arte del estadista.

Haber buscado la sistematización del arte del estadista y la elaboración de una minuciosa metodología de acción política es algo que casa perfectamente con la mentalidad alemana. Para lograr esto, se creó la escuela alemana de geopolítica. La geopolítica no ha sido todavía considerada como ciencia. No puede ser identificada como geografía política o como ciencia política en el sentido convencional. Para los dirigentes de la Alemania nazi, la geopolítica es la heliografía de la conquista del mundo.

La geopolítica se relaciona con la política de fuerza. Representa un intento revolucionario de medir y de equipar a las fuerzas que pugnan por la expansión. Durante todo el siglo diecinueve, las ideas sobre política exterior giraban alrededor de dos conceptos: el concierto de las potencias y el equilibrio de fuerzas. Pero estos conceptos se derivaban del criterio de que las políticas nacionales podían y debían conciliarse con un orden internacional estable. Las grandes potencias procuraban solucionar los conflictos europeos por medio de la nego-

ciación y el compromiso; la diplomacia era concebida como el arte de obtener las ventajas políticas con el mínimo riesgo de guerra. Hubo en el siglo diecinueve, es verdad, numerosos conflictos armados, pero la acción concertada de las potencias consiguió en forma admirable que estas guerras quedaran localizadas. Este arbitraje colectivo demostró ser eficaz en su conjunto, a pesar —o tal vez a causa— de que no se estimaba que la política de fuerza exigiera sanciones ideológicas.

La geopolítica constituye una ruptura radical con toda esta tradición. La geopolítica supone que la inestabilidad es el principio fundamental de las relaciones internacionales. Las naciones son consideradas como seres colectivos que deben crecer o marchitarse, expandirse o declinar, pero que no pueden permanecer inmutables. La geopolítica no es —como han supuesto muchos— una teoría de política de fuerza ni tan siquiera una Realpolitik, *tal como estas expresiones eran entendidas en el siglo diecinueve. Los estadistas de esta época no ignoraban la analogía entre la lucha por la existencia en la naturaleza y las rivalidades de las naciones. Pero estaban convencidos de que la sociedad europea era esencialmente una unidad y de que el complicado mecanismo de los Gobiernos nacionales existía con el fin de lograr los objetivos de cada país sin destruir el conjunto. Y el conjunto, según creían, era la civilización occidental.*

De acuerdo con la geopolítica, el gobierno unitario de la civilización europea occidental acabó con la aparición de grandes potencias no europeas, con el despertar nacionalista de los pueblos asiáticos y con la primera

guerra mundial. Se inició entonces una época de una lucha nueva y global por el poder. En esta lucha, los antiguos frenos, tanto sociales como morales, son arrancados como un estorbo. Cada nación combate ahora para su supervivencia; no habrá cuartel para los débiles. De la disolución de la sociedad occidental, surge un mundo nuevo, dividido en bloques dominados por las más fuertes de las naciones que sobrevivan. El derrumbamiento del orden antiguo está despojando a la humanidad de todos los valores supernacionales religiosos, sociales y económicos — a los que ha ajustado su existencia en la era de la supremacía mundial europea. La idea de nacionalidad es así el último refugio del hombre, como la aptitud racial es la sola piedra de toque de la capacidad de un pueblo para sobrevivir. Esta lucha por la supervivencia nacional se libra, tal como lo estiman los geopolíticos, para obtener una nueva distribución del espacio. Porque, con el desarrollo de la tecnología moderna, sólo las amplias posesiones territoriales garantizan la supervivencia nacional. A medida que crece, la nación requiere más espacio y debe anticiparse a su futuro crecimiento mediante la adquisición de un espacio todavía mayor, con objeto de satisfacer las necesidades de las generaciones por venir. Por ello, la geopolítica considera los territorios y las fronteras de los Estados meramente como la expresión de una situación de poder transitoria. No puede haber un orden estable. En consecuencia, sólo hay una certidumbre: la lucha permanente.

Este conflicto del espacio debe converger inevitablemente sobre las posesiones de los imperios existentes. Es

principalmente el Imperio Británico el que debe soportar el embate de las tendencias expansionistas. Al abarcar una superficie en la que nunca se pone el sol, cierra el paso a las tendencias expansionistas en todo el mundo. Por consiguiente, la geopolítica, la científica heliografía de la conquista mundial de los alemanes, se relaciona en buena parte con la anatomía del poder británico. Sus descubrimientos han influído profundamente sobre las decisiones de la política exterior nazi y explican en gran medida los cálculos que indujeron a Hitler a desafiar a Gran Bretaña, después a Rusia y, por último, a los Estados Unidos. La geopolítica está al servicio de una morbosa ansia alemana de poder mundial. Sin embargo, sus enseñanzas, sus análisis de la fuerza relativa de los Estados, merecen ser estudiados, pese a un sesgo curioso y a menudo deformado, por los adversarios de Alemania.

¿El espacio supone poder? La historia de la segunda guerra mundial parece haber confirmado hasta ahora en considerable medida las conclusiones de los geopolíticos. Ninguna de las pequeñas naciones fué capaz de organizar ni una sombra de resistencia contra las potencias del Eje. En cambio, China y Rusia pudieron sobrevivir a terribles reveses que les fueron infligidos por adversarios superiores en equipo mecánico y probablemente en personal preparado. Estos son hechos que no necesitan ser puestos de relieve.

La aparición de los Estados de gran tamaño y la probable desaparición de las pequeñas soberanías, ¿serán el preludio del orden de un mundo nuevo? Esta heliografía del futuro ha hallado favor, no solamente entre los

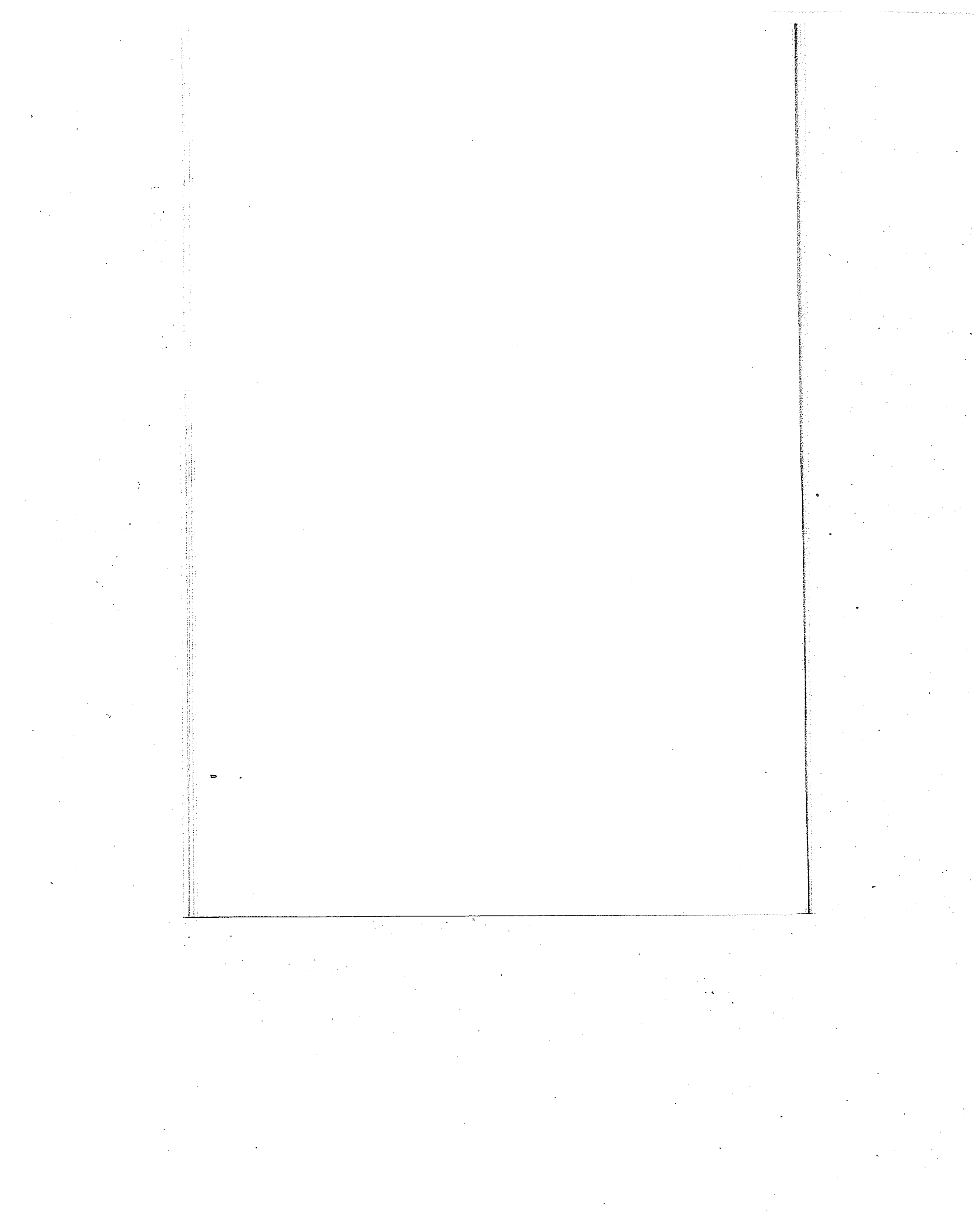
geopolíticos alemanes, sino también entre algunos de los nuestros. Nada tiene de recomendable, aparte su simetría. Los Estados Unidos representarán probablemente en este mundo futuro de bloques europeos y asiáticos el papel de equilibrio de fuerzas que Inglaterra representó en Europa. Sin embargo, la posición geográfica de los Estados Unidos vis-à-vis *de la Euráfrica del Atlántico y de la Eurasia del Pacífico sólo superficialmente se parece a la Gran Bretaña* vis-à-vis *del continente europeo. La estructura de los bloques de potencias, tal como se prevé en este "nuevo orden", tiene pocas semejanzas con el antiguo concierto de los poderes. En este mundo de super-Estados combatientes, no puede ponerse fin a la guerra hasta que uno de los poderes haya sometido a los otros, hasta que el imperio mundial haya sido logrado por el más fuerte. Esto constituye indudablemente la fase final lógica en la teoría geopolítica de la evolución. La política de fuerza del siglo diecinueve estaba frenada por la arraigada idea de una civilización común en toda Europa y ni cínicos tan notorios como Metternich y Bismarck sostuvieron nunca que una nación podía vivir por la política de fuerza únicamente. Sin embargo, en el desolado nuevo orden de la geopolítica, las naciones no pueden vivir por nada distinto.*

No es este un futuro que a muchos norteamericanos agrade imaginarse. La segunda guerra mundial ha obligado necesariamente a los Estados Unidos a intervenir en una escala global; el poder norteamericano se halla presente en todas las partes de la tierra. Ello no obstante, los norteamericanos tratan tan poco de hacerse con

el cetro del mundo del mañana como de aferrarse a la ilusión de ayer de obtener la seguridad por el aislamiento. El suyo es un interés eminentemente práctico en un orden universal; la suya es una firme creencia de que todas las naciones, grandes y pequeñas, pueden participar en un pie de igualdad en las buenas cosas de este mundo. Esto, ciertamente, no es un realismo frío como el hielo. Pero tampoco la política de fuerza es un fin en sí misma. Ninguna nación se hubiera atrevido a realizar sus sueños de grandeza, si hubiese tenido presente sólo un cálculo realista de sus probabilidades de triunfo.

El idealismo de los Estados Unidos está apoyado por realidades únicas. Algunas de estas realidades, especialmente las geográficas, sólo han sido percibidas hasta hace poco de manera muy vaga por la mayoría de los norteamericanos. Ahora bien, por medio del estudio de la geopolítica alemana, estas realidades quedan claramente de manifiesto. Aun en el supuesto de que la geopolítica fuese simplemente la heliografía alemana para la conquista del mundo, valdría la pena de ser estudiada. Pero es mucho más que esto. Admitiendo sin discutir todas sus siniestras aberraciones, sigue constituyendo un desafío a nuestro modo de concebir la política mundial. Un examen crítico de la geopolítica nos proporcionará un nuevo punto de vista respecto a nuestros problemas relacionados con la política exterior.

LIBRO PRIMERO



Capítulo I

ESPACIO Y PODER

Cuando Clausewitz, en su *Campaña de 1812 en Rusia*, dice: "La idea que prevalecía en Berlín era que Napoleón debía fracasar en la vasta extensión del Imperio ruso"; o cuando Ralph Waldo Emerson, el filósofo de Nueva Inglaterra, dice, con respecto a los Estados Unidos, que es particularmente fácil para su pueblo originar los más amplios puntos de vista", la idea fundamental de tales expresiones es este espacio que penetra en el espíritu de las gentes, prestándoles alas o haciéndoles arrastrarse. En este sentido, *el espacio es una fuerza política*. Friedrich Ratzel, geógrafo alemán.

La geografía ha asumido un papel nuevo y vital en el arte y la estrategia de la guerra y la política nacional. La guerra global ha mostrado que los continentes y los océanos son partes de un cuadro político mundial íntimamente entrelazadas. Lugares distantes, que hasta hace muy poco parecían a los norteamericanos no tener relación alguna con sus necesidades y vida cotidianas —lugares como Irlanda, Trípoli, Dákar, Bataán, Moulmein y Lashio—, se han convertido para estos mismos norteamericanos en los estriberones del destino.

La guerra nos está proporcionando una conciencia

de las realidades geográficas. La época del apaciguamiento revela hasta qué punto llegaron a perder esta conciencia los pueblos democráticos. En la primera guerra mundial, habían hecho grandes sacrificios de sangre y de dinero por la posesión de una franja de tierra, de unas cuantas millas de costa, de unas pocas y oscuras aldehuelas. Sin embargo, en cuanto se hizo la paz, se convirtió en una infracción a los buenos modales mencionar la forma física de los Estados. En los centros docentes, se enseñaba un nuevo género de historia: a causa de la violenta revulsión contra el imperialismo, las realidades geográficas de las relaciones internacionales eran vistas entre anteojeras.

El estallido de la segunda guerra mundial trajo de nuevo a la vista del público el factor geográfico en la política exterior. Unas pequeñas islas del Caribe, unas desnudas rocas del Ártico y unas sucias carreteras del Asia central se transformaron en absorbentes temas de actualidad. Como la política exterior se convirtió en alta estrategia, los estadistas tuvieron que revelar a sus pueblos las características geográficas de los respectivos países en relación con los otros. Un notable ejemplo de esto fué el discurso del Presidente Roosevelt del 23 de febrero de 1942, en el que se advirtió al público que debía escucharlo con un mapa del mundo a mano. En realidad, el conocimiento y la presentación ordenada de los problemas de política exterior como alta estrategia han llegado a ser una tarea vital de la política nacional.

Las consideraciones geográficas han sido siempre inseparables del estudio y de la práctica de las relaciones

internacionales. Sin embargo, la adaptación de las teorías geográficas a la ideología política es comparativamente de fecha reciente. Los motivos de los grandes movimientos revolucionarios de los siglos dieciocho y diecinueve fueron, por ejemplo, primordialmente sociales. Las masas francesas formaron en torno a lemas humanitarios y los ejércitos de la Francia revolucionaria marcharon para implantar los Derechos del Hombre en Europa. Napoleón supo explotar estas aspiraciones. No dijo a los campesinos de Francia que sus conquistas se justificaban porque significaban nuevos territorios o nuevos mercados para la industria. Su idea de un Imperio europeo fué una idea a posteriori, consignada en el papel únicamente en Santa Helena.

De un modo análogo, el Congreso de Viena hizo un nuevo ajuste del equilibrio de poderes en Europa, de acuerdo con la legitimidad dinástica, dando satisfacción a derechos históricos. El precedente histórico pesó más que las fronteras "naturales".

En cambio, los lemas de la ideología nazi se derivan fundamentalmente de conceptos geográficos. En la filosofía política nazi, la solución de todos los problemas internos sociales y económicos se busca en la conquista de espacio y todavía más espacio. De aquí procede el gran interés del Socialismo Nacional por la geografía, desde los primeros comienzos de Hitler hasta hoy mismo, y esto explica las interminables peroratas del Führer acerca del *Lebensraum.*

El Socialismo Nacional nunca ha tenido una teoría económica legítima, tal como esta expresión se entiende

en los Estados Unidos y Gran Bretaña. El tema de las especulaciones económicas nazis no ha consistido en el intercambio exterior, sino en el *espacio físicamente dominado*. Una gran parte de la confusión existente acerca de los propósitos de los planes nazis para el predominio mundial nace de esta diferencia fundamental de planteamiento entre el pensamiento anglo-norteamericano y el alemán nazi.

El concepto de espacio, de espacio políticamente dominado, se encuentra en el cogollo de la nueva ciencia en que ha de hallarse la clave del modo en que Alemania plantea la política mundial; esta ciencia es la geopolítica.

Geopolitics —geopolítica— es la versión inglesa de la palabra alemana *Geopolitik,* la cual, a su vez, se deriva de dos palabras griegas: *geo* —el mundo— y *politikos,* lo perteneciente al Estado. Como muchas palabras sintéticas similares extraídas del griego, no tiene significado en este antiguo idioma y pertenece por completo a la jerga científica de los tiempos modernos. La geopolítica, con sus variaciones idiomáticas en las distintas lenguas, ha ido usándose cada vez más como un símbolo verbal en el estudio de las relaciones entre el espacio y el Estado. Con esta connotación, ha sido familiar desde hace veinte años a los versados en ciencia política y a los geógrafos de muchos países.

Con gran diferencia, la parte mayor de la literatura geopolítica es alemana. Una reciente bibliografía alemana relaciona tres mil títulos de libros bajo el epígrafe *Geopolitik* y fué en Alemania donde se publicó el primer periódico dedicado exclusivamente al estudio de

cuestiones geopolíticas. Sin embargo, la afanosa atención prestada en Alemania a las investigaciones geopolíticas no hubiera sido suficiente para dar a la geopolítica el sello de una escuela de filosofía particularmente alemana.

El renombre creciente del Mayor General Doctor Karl Haushofer, como el más destacado publicista de la *Geopolitik* alemana, y su íntima relación con las principales figuras del Partido Socialista Nacional, fueron considerados por doquiera como prueba concluyente de que la *Geopolitik* era una pseudo-ciencia alemana, ideada para racionalizar las aspiraciones expansionistas del Tercer Reich. La mayoría de los estudiosos no alemanes de geopolítica empleaban la palabra excusándose o entre comillas, denotando así una distinción cautelosa entre sus adaptaciones y el original alemán.

¿Es la geopolítica una ciencia? Los geopolíticos alemanes la llaman "Wissenschaft und Kunst", una ciencia y un arte. En 1928, los directores de la principal revista geopolítica de Alemania, la *Zeitschrift für Geopolitik*, declararon conjuntamente:

"La geopolítica es la ciencia de las relaciones de ámbito mundial de los procesos políticos. Está basada en los amplios cimientos de la geografía, especialmente de la geografía política, la cual es la ciencia de los organismos políticos en el espacio y de la estructura de los mismos. Además, la geopolítica se propone proporcionar los útiles para la acción política y las directrices para la vida política como conjunto. De este modo, la geopolítica se convierte en un arte, es decir, el arte de guiar

la política práctica. La geopolítica es la conciencia geográfica del Estado."

Esta definición está hecha con el peculiar vocabulario de los escritos geopolíticos alemanes. Sin embargo, el sentido es claro: los geopolíticos se consideran a sí mismos como empeñados en un estudio científico de la influencia ejercida por la geografía en los acontecimientos políticos. El discernimiento derivado de este estudio les capacita, según afirman, para formular líneas de conducta y para practicar el arte del gobierno, en el mismo sentido en que el general domina el arte de la guerra. La geografía es la materia prima de la que el hombre de Estado de espíritu creador obtiene su obra de arte. Aun así, en esta definición no hay nada nuevo, salvo la demanda de que aquellos principios que han guiado a los estadistas a través de toda la historia sean relacionados en un sistema y agrupados en un compendio de fácil utilización.

La geografía es el menos variable de los factores que afectan a la realización de toda política. Las ambiciones dinásticas moldearon la historia de Europa durante mil años, únicamente para convertirse en un anacronismo dentro del recuerdo de una generación. Los movimientos revolucionarios animados por aspiraciones sociales y religiosas barrieron la faz de la tierra y fueron después enterrados bajo las arenas del tiempo. Pero los contornos de la tierra, de los llanos y de las cordilleras, de los océanos y de los valles de los ríos, permanecen substancialmente los mismos. Y los conflictos geográficos entre los Estados sobrevivieron con mayor per-

sistencia que otros antagonismos internacionales. Los pueblos de Estados que profesan la misma filosofía política y social, las mismas creencias culturales y religiosas, pueden enfrentarse todavía por el dominio exclusivo de un trozo de tierra, de una extensión de mar, de un vital punto estratégico. Así, ciertos conflictos que tienen su origen en los factores geográficos nunca han desaparecido de la historia y se han reproducido bajo las más diversas circunstancias.

A causa de la relativa ausencia de las grandes causas no geográficas de conflicto que asolaron a Europa durante muchos siglos —ambiciones dinásticas y luchas religiosas—, la política exterior de los Estados Unidos estuvo determinada en muy alto grado por consideraciones geográficas. Durante los primeros cien años de la existencia independiente de Norteamérica, el supremo objetivo de la política exterior norteamericana fué asegurar políticamente para el Hemisferio Occidental lo que éste poseía geográficamente en realidad: la *separación* con respecto a los otros continentes.

El mensaje del Presidente Monroe estableció una doctrina para una zona geográfica como tal, sin basar esta doctrina en derechos edificados sobre precedentes históricos. Los derechos y obligaciones que se derivan para los Estados Unidos de una situación geográfica única han sido considerados por las generaciones posteriores como evidentes. Pero no parecieron en lo más mínimo de tal evidencia a los diplomáticos de Europa contemporáneos del Presidente Monroe. Los estadistas europeos debatían acerca de los problemas agudos de su tiempo

—desde el poder temporal del Papa hasta los conflictos del Imperio otomano—, en función de derechos dinásticos "legítimos" y de precedentes históricos. Para ellos, el mensaje al Congreso de diciembre de 1823, fué un rompimiento revolucionario con los usos establecidos, una "declaración indecente", como la calificó el ministro austríaco Príncipe de Metternich, haciéndose vocero de las cancillerías de Europa.

La audaz originalidad de la doctrina de Monroe ha obsesionado a los geógrafos políticos europeos hasta nuestros días. Una gran parte de la reciente literatura geopolítica alemana está dedicada a la interpretación de la doctrina. Un autor alemán, ponderándola, declaró en 1938: "La doctrina de Monroe es la primera declaración de derecho internacional que habla de una zona y establece para ella el principio de no intervención por parte de poderes que sean extranjeros en función del espacio."

La política exterior de los Estados Unidos, libre de las vanidades de los reyes y de sus disputas acerca de pactos familiares, fué concebida desde el principio en función de la vasta escala de los continentes americanos. Era, en realidad, geografía política aplicada [1].

Las realidades americanas iban a influir profundamente sobre una larga serie de teóricos europeos. La teoría política del espacio como requisito previo de la grandeza nacional fué expuesta claramente por primera

1 No es mero accidente que muchos de los primeros dirigentes políticos de los Estados Unidos fueran competentes en cartografía y levantamiento de planos.

vez por un alemán que poseía un conocimiento directo de los Estados Unidos y de sus estadistas más influyentes.

En 1825, Friedrich List, ex-profesor de ciencia política, llegó a Nueva York. Tras él quedaba una tormentosa carrera política cortada bruscamente por una condena a un tiempo de prisión impuesta por el gobernante reaccionario de su Württemberg nativo. El inmigrante prosperó como periodista y como especulador en carbón y ferrocarriles. Henry Clay —entonces Secretario de Estado del Presidente John Quincy Adams— se aficionó a este animoso joven alemán y le brindó su amistad. El Gobierno de los Estados Unidos confió a List varias misiones diplomáticas y le designó en 1832 su cónsul en Leipzig. De retorno en Alemania, List participó en forma destacada en el establecimiento del *Zollverein* —la unión aduanera alemana—, un jalón económico en el camino de la unificación política. Todavía se enzarzó, con creciente mala suerte, en los negocios. Su salud se resintió. En 1846, puso fin a su vida.

De Norteamérica, List había traído a su patria desunida una profunda admiración por la doctrina proteccionista de Alexander Hamilton y la visión de una nación vigorosa en posesión de un vasto espacio. Sólo unos cuantos años antes, el Presidente Monroe había expresado su magnífico interés en continentes enteros, mientras los compatriotas de List discutían todavía las pretensiones rivales de diminutos principados, no mayores que un condado en Rhode Island. Los recuerdos de la espaciosa Norteamérica de los primeros tiempos dan sabor a la obra de List, publicada en 1842: *El Sistema Nacio-*

nal de Economía Política. Aunque List se ocupaba principalmente en cuestiones económicas, sus conclusiones políticas —establecidas para la Alemania de su tiempo— parecen ahora de un significado más siniestro. Afirmaba List que Alemania debía fomentar su industria y su comercio por medio de una legislación proteccionista y de una ley de navegación. Pero, para su progreso económico, necesitaba *un territorio ampliado y de fronteras convenientes que abarcara desde los mares del Norte y Báltico hasta los mares Negro y Adriático.*

De este modo, List, el amigo de Henry Clay y el discípulo de Alexander Hamilton, originó la teoría del espacio vital, del *Lebensraum.* La expresión no fué acuñada por List, pero la acabada teoría que hay detrás de ella a List pertenece. Su contribución a la filosofía alemana del "espacio" fué reconocida por la Alemania nazi, la que le rescató de un medio olvido, lo celebró como un visionario de la Gran Alemania y suprimió aquellos puntos de vista del economista que no encajaban en las enseñanzas nazis.

Capítulo II

EL MITO Y LA CIENCIA

La influencia de la geografía en la sociedad humana fué expuesta totalmente varios miles de años antes de que fueran formuladas las doctrinas aparentemente sensacionales de la *Geopolitik*. Herodoto escribió que Ciro, rey de los persas, no quiso llevar a su pueblo a la conquista de tierras más fértiles, porque un clima más blando haría también más blandos a los hombres. Entre los geógrafos de la antigüedad, Estrabón —a quien Napoleón admiraba— trató de mostrar cómo las costumbres, las aptitudes y las divisiones políticas de un Estado estaban determinadas por condiciones naturales. La metodología de Estrabón fué adoptada y ampliada por Sebastián Münster en su *Cosmografía Universal*, publicada en 1544.

Montesquieu insistió en que la geografía y el clima determinaban en forma preponderante la evolución política [1]. Immanuel Kant, en sus lecciones sobre geografía física, comenzó reconociendo plenamente que la geo-

1 *Esprit des Lois*, libro XIV, capítulo 2.

grafía política era una rama de esta disciplina. Dignificó a la geografía, no solamente como un "sumario" de la naturaleza, sino como base de la historia, y puso de relieve el valor docente que la geografía tiene. La capacidad lógica del filósofo, quien nunca salió de su Königsberg natal, sentó los cimientos teóricos de la moderna geografía política; el celo enciclopédico de los sabios del siglo dieciocho proporcionó a esta ciencia una masa de datos; finalmente, los apetitos coloniales de las potencias de Occidente atribuyeron a estos datos una oportunidad inmediata.

El hecho de que los pensadores alemanes se colocaran a comienzos del siglo diecinueve a la cabeza, en lo que a geografía política respecta, plantea un interesante problema de psicología nacional. Los Estados alemanes no poseían colonias. La guerra de los treinta años había dejado a Alemania grotescamente dividida en casi sesenta Estados soberanos y varios de éstos consistían en pertenencias aisladas dentro del territorio de uno o de varios de los otros. Las fronteras de este baturrillo de soberanías fueron trazadas de acuerdo con un complicado sistema de títulos feudales; el único rasgo distintivo de geografía política en relación con este orden alemán era un total desprecio del factor geográfico. Si una política exterior dictada primordialmente por consideraciones geográficas era una noción extraña para cualquier europeo en los umbrales del siglo diecinueve, tal noción debe de haber parecido al alemán medio de la época la alucinación de un perturbado. En realidad, la primera declaración clara de una política así fué to-

mada como el desvarío de una mente insana; el primero y tal vez el más notable expositor de geopolítica pagó su discernimiento con la vida.

En 1807, el Barón Dietrich Heinrich von Bülow falleció —probablemente a causa de malos tratos— en un calabozo de la ciudad rusa de Riga. Había sido entregado por el Gobierno prusiano a las autoridades zaristas, las cuales se disponían a deportarlo a Siberia. A lo que parece, su muerte constituyó un gran alivio para los dos Gobiernos y para los atribulados parientes. La situación de Bülow no había sido clara en modo alguno: lo habían declarado loco, pero se le trataba como a un criminal político. Para mayor fastidio, estaba emparentado con las mejores familias de Prusia; el general Friedrich Wilhelm von Bülow —más tarde promovido a Mariscal y hecho Conde por sus victorias sobre los franceses— era su hermano mayor.

La historia de este hombre debe verdaderamente de haber constituído un escándalo para la casta de los *Junker* a que pertenecía. Es la historia de una oveja descarriada y tiene todo el sabor disoluto del siglo dieciocho. Von Bülow sirvió durante dieciocho años en el Ejército prusiano y se retiró como capitán de caballería; él mismo reconoció que nunca había estado en una cuadra y que había permanecido la mayor parte del tiempo ausente sin licencia de su regimiento. Vivió un tiempo en Francia, participó en el levantamiento de los Países Bajos contra la dominación austríaca y volvió a Prusia como director gerente de una compañía teatral. Después del fracaso de su empresa, se embarcó para los Estados

Unidos, viajó por este país y perdió su fortuna especulando con el vidrio. Predicó —como lo relata en sus memorias— la mística doctrina de Swedenborg ante numerosas congregaciones norteamericanas.

Von Bülow apareció después en Inglaterra, donde fundó una revista que no tuvo éxito, y llegó a conocer muy bien el interior de una prisión para deudores. De vuelta a Prusia, trató de vivir de su pluma y publicó varios libros que, finalmente, atrajeron sobre su cabeza la ira de las clases oficiales.

Todas las más importantes ideas de von Bülow están expuestas en su primer libro, publicado en 1799 bajo el título *El Espíritu del Nuevo Sistema de Guerra*. En la obra, se desarrolla la teoría de la estrategia política como distinta de la estrategia militar y se esboza un orden europeo basado en consideraciones geográficas.

"Mientras haya algo que repartir o que tomar, habrá guerras —comienza el capítulo titulado "Las Fronteras Naturales de los Grandes Estados Europeos Definidas y las Guerras del Futuro tal como son Previstas por el Autor"—. Estas guerras no cesarán hasta que los grandes Estados ahora existentes hayan alcanzado sus fronteras naturales... Es, por tanto, necesario saber qué son estas fronteras naturales. Hemos visto que solamente el mar, los ríos y los montes son verdaderas fronteras naturales, a causa de los obstáculos que presentan al intercambio social.

"Los ríos y el mar hacen difíciles las operaciones militares, pero facilitan las relaciones comerciales; las fronteras militares naturales no son, en consecuencia, las

mismas que las fronteras comerciales. Como solamente los ríos, el mar y los montes son lindes naturales, las fronteras de los Estados pueden ser determinadas con facilidad.

"El valle de un río forma un conjunto. El curso de agua ofrece facilidades de transporte y une así a las dos mitades del valle; los habitantes de ambos lados tienen los mismos intereses. El gran río es como una columna vertebral y las aguas que a él afluyen desde la derecha y desde la izquierda son como los dos lados del cuerpo humano. Es natural, por tanto, que tal dominio ribereño forme un Estado aparte o sea parte integrante de un Estado. No debería ser nunca dividido entre dos Estados.

"Los ríos son fronteras militares de importancia, más efectivas incluso que los montes de altura moderada. Su valor como fronteras de Estados no es absoluto. Si un Estado dispone de mayor fuerza militar que otro, el primero expulsará inevitablemente al segundo del valle y tomará posesión de la totalidad del mismo.

"No veo razón para tener en cuenta aquí los idiomas o las nacionalidades. Existen hoy en día diferentes idiomas y nacionalidades unidos en un mismo Estado. Porque cada Estado ejerce hoy un poder absoluto dentro de la zona cualquiera que pueda dominar militarmente. Es el territorio más que el pueblo lo que forma el Estado moderno... ¡Es un símbolo escandaloso del materialismo del pensamiento moderno!"

Von Bülow procedió a continuación a aplicar su criterio de "fronteras naturales" al escenario europeo de su tiempo. El Rin no puede ser nunca un linde natu-

ral entre Francia y Alemania, porque una Alemania Unida siempre poseerá una ventaja estratégica sobre Francia, a causa de la topografía del valle del Mosa y de los montes de las Ardenas y gracias a que la Alemania Unida contará con "líneas interiores" de comunicación. (La Alemania Unida de von Bülow era en 1799 una pura hipótesis.) Francia no podría nunca defender Bélgica una vez que los ejércitos de la "Alemania Unida" hubieran ocupado Holanda. Los estrategos franceses, flanqueados en el Norte, se verían forzados a distraer demasiadas fuerzas de las posiciones de la zona belga meridional (es lo que hicieron en mayo de 1940).

"Sin embargo, si avanzamos más allá de Bélgica —auguró von Bülow—, los ejércitos alemanes se verán en desventaja; el grado cincuenta de latitud señala la línea de equilibrio entre las fuerzas militares alemanas y francesas. En esta línea, los alemanes deben efectuar su movimiento convergente hacia la izquierda, para avanzar paralelamente a la frontera francesa. Aquí también, las fuerzas francesas deben realizar su movimiento convergente hacia la derecha, para avanzar paralelamente al Mosa... Mientras haya guerras, Bélgica será siempre el campo de batalla." *(Cuando von Bülow escribió, no había habido todavía ninguna invasión con éxito de Francia por parte de las fuerzas alemanas. Iban a transcurrir ochenta años antes de que esta teoría fuera puesta a prueba en la guerra franco-prusiana, más de un siglo antes de que los ejércitos alemanes se lanzaran a través de Bélgica y casi siglo y medio antes de que las fuerzas de Gamelin fueran deshechas en el Mosa.)*

Von Bülow examinó a continuación los lindes de Francia y llegó a la conclusión de que los Alpes y los Pirineos, verdaderas fronteras naturales, garantizaban el *status quo* entre Francia e Italia y entre Francia y España, respectivamente. Respecto a Italia, escribió como si su unificación fuera algo ya decidido. Declaró que los días de Austria como dueña de Lombardía y de Venecia habían acabado, porque Austria no podía retener sus provincias italianas contra el ataque "concéntrico" de las fuerzas militares de los Estados italianos unidos.

Von Bülow, a quien la posteridad ha rendido escaso homenaje como escritor militar, dedujo de las condicionantes militares de la geografía europea las bases de una paz duradera en Europa. Para que haya paz en Europa, los Estados no deben verse frustrados en sus deseos de fronteras naturales. Por la misma razón, sólo los Estados con fronteras naturales pueden subsistir. Los muchos pequeños Estados creados sin la consideración debida a los principios de la estrategia política están condenados a perecer, pues no poseen las defensas naturales que concede la geografía ni los hombres y el material que reclama la guerra moderna. (Von Bülow escribió todo un siglo antes de la era de las guerras de material.) Afirmó además que la misma existencia de pequeños Estados constituye una amenaza para la paz de Europa, porque los grandes Estados combatirán continuamente entre sí por el territorio por aquéllos poseído. ¿Cuál, pues, sería la división política de una Europa en equilibrio estratégico, es decir, en paz?

"Austria —escribió— debería, por dictados de la razón, poseer toda la región del Danubio, desde las fuentes del río hasta el mar Negro. Esta región contiene una gran población alemana; sin embargo, no debe formar parte de Alemania. Lleva sus aguas al Danubio, el cual desemboca en el mar Negro, mientras que los demás ríos alemanes discurren hacia el Báltico y el mar del Norte."

La Alemania propiamente dicha estaría compuesta por los Estados alemanes situados al Norte de la cuenca del Danubio. Estos Estados alemanes unidos, incluída Prusia, disfrutan de todas las ventajas estratégicas para defenderse contra cualquier potencia o coalición de potencias de Europa, *siempre que no malgasten su fuerza en intentos de pasar las fronteras naturales de otras potencias. El valle del Rin constituye una parte integrante de Alemania.*

"El número de los Estados europeos —terminó von Bülow— quedará tarde o temprano reducido a doce: España, Francia, los Países Bajos —si éstos no pasan a la posesión de la Alemania del Norte—, Italia, Suiza —cuyo carácter montañoso es una garantía permanente de independencia—, Alemania del Norte, la región austro-danubiana con los Estados alemanes del Sur, Dinamarca, Suecia, Rusia, Grecia y Turquía, con sus posesiones europeas reducidas al litoral del Egeo. ¿Qué clase de Gobierno tendrán estos doce Estados? Es cosa que me interesa poco, porque estos Estados perdurarán, cualesquiera que sean sus constituciones."

Así escribiría en 1799 el barón loco que había vuel-

to de Norteamérica para hacer el mapa futuro de Europa por encima de las querellas dinásticas y las efímeras aventuras del joven general de la Revolución Françesa, Napoleón Bonaparte. Su profético esbozo —con todas las correcciones sufridas en siglo y medio de historia vivida— merece un lugar inmediato al que ocupa ese otro documento de clara visión histórica, la carta escrita por Simón Bolívar en Jamaica el año 1816, carta que señaló con desconcertante exactitud el nacimiento de los Estados individuales latino-americanos, sus zonas geográficas y sus luchas por fronteras "naturales".

El planteamiento de von Bülow respecto a los problemas de las relaciones internacionales era geopolítico en todo menos en el nombre, y la "estrategia política" es geopolítica simplemente. Von Bülow daba por supuestos los orígenes militares del Estado, pero no consideraba que la organización militar fuera un fin en sí misma. Tomaba la frontera natural a la vez como objetivo y como límite del poder militar. En una Europa en perfecto equilibrio, tal como la imaginaba, las tendencias expansionistas quedarían contenidas, pues todos los Estados disfrutarían de la ventaja de las fronteras naturales. En este orden europeo de autorregulación, los conflictos cesarían al desvanecerse la oportunidad de la azarosa conquista.

Ni los precursores ni los expositores oficiales de la *Geopolitik* alemana han rendido homenaje a von Bülow, a pesar de la aceptación general de muchas de las teorías por éste expuestas. La vida pintoresca y el rechazo de las aspiraciones pan-germánicas antes de que fueran al-

guna vez formuladas explican parcialmente este desprecio deliberado. El desdén que von Bülow mostró por Federico el Grande, a quien consideró un gobernante vanidoso y mezquino porque hizo la guerra a Austria para obtener la bagatela de Silesia, constituye una explicación complementaria de su impopularidad entre los tradicionales admiradores del monarca prusiano.

Por ello, no es el ecléctico y alborotado barón, sino un pedagogo que compendia el espíritu retentivo y metódico de los alemanes quien figura como la fuente del pensamiento moderno en geografía política.

Karl Ritter nació en 1779, comenzó su carrera pedagógica en Frankfurt como maestro de los hijos del gran comerciante y banquero Bethmann-Hollweg; aprendió matemáticas en Halle y se convirtió en 1820 en el primer profesor de geografía de la Universidad de Berlín. Fué elegido miembro de la Academia de Ciencias y se retiró en 1830 como director de la Academia de Guerra de Prusia. Vivió hasta 1859, constituyendo una figura nacional y el símbolo viviente del profesorado alemán. Al contrario de su gran colega en geografía y compatriota, Alexander von Humboldt, había viajado poco y, entre los países no europeos, sólo conocía directamente el Asia Menor. Odiaba a los franceses y parece que tenía antipatía por Humboldt, quien escribía preferentemente en el idioma de los vecinos y no en el propio.

De los macizos escritos de Ritter, sólo los cuatro primeros de los veintiún volúmenes de su *Geografía Comparada* son todavía legibles. Sin embargo, estos cuatro primeros contienen las ideas de las que la moderna

geografía política ha recibido los más poderosos estímulos. Ya von Humboldt había insistido en el gran principio de la unidad de la tierra y demostrado, exponiendo una gran cantidad de datos y observaciones personales, que las formas de la tierra ejercen una influencia directiva y determinante en el clima, la vida de las plantas y de los animales y hasta el hombre mismo. Ritter difundía los mismos puntos de vista, pero extendiéndolos hasta los campos de la arqueología y la historia. Antes de hundirse en el abismo de la propia erudición de Ritter, la *Geografía Comparada* formula claramente el concepto de la geografía como *ciencia del globo viviente.*

Ritter considera que los continentes son los órganos primarios del gran organismo, el globo viviente. Afirma que los movimientos humanos y la historia de las naciones están profundamente influídos por la topografía y el clima y que el elemento histórico de la geografía representa la variedad de funciones realizadas por la misma región natural en diferentes épocas de la civilización. Este valor relativo que tiene para el hombre el elemento geográfico cambia constantemente, sin embargo, con el desarrollo de los poderes humanos y el progreso de la historia.

Sentada esta aceptación metafísica de la geografía como causa primera, bastaba dar un solo paso para llegar a la idea de que "la geografía puede proporcionar las directivas de la vida política como conjunto".

"Vendrá un tiempo", escribió Ritter, "en que humanos de sólida mente (*starke Naturen*), por su com-

prensión de los aspectos morales y naturales del mundo, serán capaces de prever y orientar el futuro desarrollo de cada nación de la tierra". [2]

Tras la vaga imagen ideológica del globo viviente, puede verse aquí que toma forma un concepto más formidable: la idea de la tierra como un organismo está dando nacimiento a la idea de un Estado orgánico. (Y de esta idea se derivaba, casi inevitablemente, la del Superhombre, la del Jefe, la del Führer nazi.)

Ritter, a lo que parece, fué distraído por su propia preocupación por el detalle de la tarea de llevar adelante su analogía orgánica. Pero su pensamiento se encontró a mitad de camino con las vastas corrientes intelectuales que entonces estaban discurriendo por Alemania. Johann Gottlieb Fichte, en sus *Discursos al Pueblo Alemán,* había comparado al Estado con un individuo condicionado por la historia, y Hegel, en su *Filosofía del Derecho,* sostuvo que el Estado es siempre un individuo y que únicamente sumergiéndose en el Estado puede el hombre realizar su propia personalidad. Además, Hegel enseñó a una generación de la juventud alemana que los principios morales no se aplican al Estado —tanto en los tratos con sus propios ciudadanos como en los tratos con otras naciones—, con lo que el Estado individuo queda libre de los frenos de la moral.

La generación que siguió a Hegel trasladó este Estado-individuo del campo de la metafísica hegeliana y lo colocó —un organismo de carácter biológico como cual-

[2] *Vergleichende Geographie,* Introducción al volumen I.

quier otro— en el campo de los fenómenos naturales. Si el Estado no era más que un ser material, también se aplicaban al Estado todas las leyes que gobiernan los procesos evolutivos. Por otra parte, el Estado se hallaba respecto al lugar que ocupaba en la misma relación que cualquier organismo biológico respecto a su ambiente. Darwin [3] escribió que, si bien el aislamiento tiene importancia para la producción de nuevas especies, el grandor de la zona es en su conjunto todavía más importante para la producción de especies de larga vida, capaces de extenderse ampliamente.

Los geógrafos políticos —una vez aceptada la teoría del Estado como una entidad biológica— podían sin esfuerzo adaptar para su propio uso las observaciones de Darwin acerca del valor del espacio. En adelante, la vida nacional podía ser considerada como determinada por el espacio y el espacio podía ser considerado como una fuerza política en sí mismo. El prurito de la expansión territorial queda así concebido como una manifestación de la ley natural y la presión de la población en una nación en crecimiento como culminando en una lucha tan brutal y sin leyes como es, de acuerdo con la teoría de la evolución, la lucha por la supervivencia en la naturaleza.

"Un gran espacio", escribió Friedrich Ratzel, el más destacado de los geógrafos alemanes a fines del siglo diecinueve, "mantiene la vida". Una generación después, Karl Haushofer, el fundador de la *Geopolitik* alemana,

3 *The Origin of Species*, 1859, página 96.

se refirió a esta declaración como a "la norma de vida biológico-estatal puesta en forma clásica". Como axioma de la *Geopolitik* alemana, es todo eso. Y es mucho más. Es el regalo de una escuela alemana en geografía política a la ideología de la Alemania Socialista Nacional. Es la inspiración que dió origen a los lemas del "espacio vital" (*Lebensraum*) y de las "grandes zonas" (*Grossraum*) y a las expresiones afines de la semántica de la Alemania nazi. Es en este punto donde la geografía política se convierte en el crisol en que se vierten las aspiraciones expansionistas para que emerjan racionalizadas en dogmas científicos. Es en este punto donde el derecho "natural" del Estado al espacio se convierte en un artículo de fe.

La teoría de que toda la política de los Estados está determinada por las circunstancias materiales de la geografía no es defendida ni por el mismo principal expositor de la *Geopolitik*. "La geografía", concedió el doctor Haushofer, "es la clave únicamente para una parte de los problemas políticos, económicos y sociales de la sociedad humana". Añadió que por "una parte" entendía aproximadamente "un cuarto". Sin embargo, la *Geopolitik*, apropiada por los ideólogos nazis, ignoró deliberadamente esta reserva. Sometida a la presión política, la *Geopolitik* fué soltando, una por una, las amarras que la sujetaban al firme terreno de la geografía política y marchó a la deriva por las rápidas corrientes de la propaganda nazi.

Capítulo III

EL DESCUBRIMIENTO DEL ESPACIO

"Un gran espacio mantiene la vida", escribió Friedrich Ratzel, geógrafo alemán, preceptor de Karl Haushofer y padre de la *Geopolitik*. Su formación parece que le capacitó misteriosamente para el papel de doctrinario del imperialismo alemán.

Su padre fué servidor del Gran Duque de Baden, quien era en su augusta persona un ejemplo del particularismo dinástico de los Estados alemanes. Nacido en 1844, Ratzel aprendió en la segunda década de su vida el oficio de boticario y, después, se ganó la vida como farmacéutico idóneo, sucesivamente en Suiza y Renania. A los veinte años, y utilizando sus modestos ahorros, fué a la Universidad de Heidelberg, donde estudió anatomía, geología, zoología y paleontología. Allí cayó bajo la influencia de Ernst Haeckel, el más vehemente y popular de los expositores alemanes del materialismo filosófico. Después viajó por Europa como corresponsal de periódicos alemanes. En 1870 se alistó como voluntario para luchar en la guerra francoprusiana. Herido dos veces y condecorado, Herr Doktor Ratzel fué desig-

nado profesor de Geografía en la Universidad de Munich, donde enseñó con creciente fama hasta su muerte, ocurrida en 1904. Como List, visitó los Estados Unidos, pasó diez semanas en la Universidad de Harvard e hizo una excursión por Cuba y Méjico. Como List, se refiere frecuentemente en sus libros a la vastedad de los continentes americanos.

El mismo Ratzel reconoció que debía mucho a las enseñanzas de su contemporáneo, el historiador Heinrich von Treitschke. Las lecciones de Treitschke sobre política, expuestas en la Universidad de Berlín, proporcionan un elemento de juicio mucho mejor acerca de los productos de su espíritu que su incoherente y de muy altos vuelos *Historia del Pueblo Alemán en el Siglo Diecinueve*, en siete volúmenes. Pocos hombres han glorificado la guerra —casi la guerra por la guerra, como un fin en sí misma— como lo ha hecho Treitschke. "La guerra", exclamaba, "es el único remedio para las naciones dolientes". Tomó de Maquiavelo el dogma de que el Estado está libre de los frenos de la moral privada. "El Estado", declaró, "es el poder". Enalteció las supremas virtudes del pueblo alemán, la sublime sabiduría de la monarquía de los Hohenzollern, el genio de su amigo y patrón Bismark —quien acabó considerando a Treitschke como un mortal fastidio— y la manifiesta superioridad de la civilización teutónica. Su adulación a todas las cosas alemanas se veía equilibrada por su intenso odio hacia Inglaterra y Francia, su miedo angustioso a Rusia y su profundo desprecio por todos los Estados pequeños y débiles. De acuerdo con Treitschke, la

próxima tarea que tenía que emprender el Reich, una vez resucitado en las manos de Bismarck, consistía en destruir el Imperio británico y capturar las posesiones de éste en ultramar.

Lord Balfour, en su introducción a la traducción inglesa de las lecciones, resumió el argumento de Treitschke como sigue:

"Mientras Alemania estaba en las angustias de la guerra de los treinta años o recobrándose lentamente de sus efectos, Inglaterra, el rival detestado, establecía los cimientos de las comunidades de habla inglesa de más allá de los mares . . . Lo que Inglaterra se aseguró debe valer la pena. Si hay algo que vale la pena y que Alemania no lo tenga, se debe a la mala suerte que a veces persigue a los más meritorios. Si Alemania no lo tiene e Inglaterra lo tiene, se debe a la buena suerte de que a veces disfrutan hasta los más incompetentes. Pero estas desigualdades no pueden ser toleradas. Tienen que ser corregidas, por la fuerza si es necesario. 'El resultado de nuestra próxima guerra victoriosa', dice Treitschke, 'debe ser la adquisición de colonias por cualquiera de los medios posibles'."

Friedrich Ratzel, nacido inmediatamente a este lado del linde que separa la clase media inferior y los funcionarios modestos del proletariado, compartía con el von Treitschke de alta cuna la fe en el destino imperial de Alemania. Y el destino auguraba desgracias para los imperios existentes, entre ellos el Imperio Británico.

Los libros de Ratzel eran como un inventario de la geografía política del mundo en una época en que Ale-

mania, después de su victoria sobre Francia, se estaba convirtiendo en el rival industrial y comercial de Gran Bretaña. A la búsqueda de nuevos campos de conquista, los alemanes acudieron a la geografía y estudiaron las pertenencias de potencias más antiguas.

Ratzel creyó que había hallado una serie de leyes para el crecimiento en espacio de los Estados. Sus "Siete Leyes del Expansionismo" son poco más que un sumario de la historia expansionista de los grandes imperios del pasado y del presente. Son como sigue:

1. El espacio de los Estados aumenta con el crecimiento de la cultura.
2. El crecimiento de los Estados presenta otros síntomas de desarrollo: ideas, producción comercial, actividad misionera.
3. El crecimiento de los Estados procede por la amalgamación y absorción de unidades menores.
4. La frontera es el órgano periférico del Estado y, como tal, la prueba del crecimiento es la fuerza y los cambios de ese organismo.
5. En su crecimiento, el Estado tiende a incluir secciones políticamente valiosas: líneas de costa, cuencas de río, llanuras, regiones ricas en recursos.
6. El primer impulso para el crecimiento territorial llega al Estado primitivo desde fuera, de una civilización superior.
7. La orientación general hacia la amalgamación transmite la tendencia de crecimiento territorial de Estado a Estado y aumenta esta tendencia en

el proceso de transmisión [o, como dice un comentarista irrespetuoso: el apetito viene comiendo].

Las "leyes" de Ratzel estaban manifiestamente hechas a la medida de los requerimientos del imperialismo alemán. Este imperialismo no hubiera sido alemán, si no se hubiese sentido en la necesidad de explicarse a sí mismo. Su aparición coincidió con la vulgarización de la teoría de la evolución. Ratzel, el zoólogo-geógrafo, proporcionó a este imperialismo racionalizaciones que, para el auditorio, estaban investidas de todo el prestigio de las ciencias naturales.

La séptima "ley" de Ratzel contenía para aquellos de sus lectores más imaginativos el meollo de las enseñanzas: el proceso de "amalgamación" alimentado por sí mismo. Para Alemania, amalgamada por primera vez en 1871, la "ley" abría ilimitadas perspectivas y Ratzel se cuidó, en su comentario de la "ley", de hacer muy claro el significado: "En este pequeño planeta", escribió, "sólo hay espacio suficiente para un gran Estado".

De los muchos escritos de Ratzel, cuatro fueron muy leídos y tienen títulos que anuncian la fuerte medicina contenida en el texto: *Leyes del Crecimiento Territorial de los Estados; Geografía Política; Antropogeografía;* y *El Mar como Fuente de la Grandeza de los Estados* [1]. Estos libros, a pesar de su rígido vocabulario científico, merecieron muchas ediciones. Su éxito de público arro-

1 *Anthropogeographie*, Leipzig, 1891. *Politische Geographie*, Leipzig, 1897. *Über die Gesetze des raümlichen Wachstums der Staaten*, Leipzig. *Das Meer als eine Quelle der Völkergrösse*, 1901-1902, Leipzig.

ja una luz interesante, no sólo respecto de la preocupación del público por la geografía, sino también sobre la afición cada vez mayor por una clase oscura y de largo alcance de literatura política. Ratzel abrió el camino — en lo que se refiere tanto a ideas como a estilo— para la obra literaria de la *Geopolitik* alemana.

Esta nueva ciencia iba a retener la esencia del espíritu que Ratzel había imbuído en ella. Era el espíritu de la conquista imperialista, la deificación del poder mundial. Las citas directas dicen mejor que las abstractas del fervor casi religioso que Ratzel puso al servicio de sus sueños. Las siguientes son particularmente significativas:

"Europa y Australia, que incluyen, respectivamente, el 7,2 y el 6,6 por ciento de la tierra, no ofrecen cada una más que el espacio suficiente para una sola genuina gran potencia . . .

"Un gran territorio invita a la expansión audaz . . .

"El nuevo territorio en que un pueblo crece es una fuente de la que el sentimiento de la nacionalidad obtiene nueva vida . . .

". . . el espacio *es* una fuerza política y no . . . meramente un vehículo de fuerzas políticas . . .

"En toda época, sólo podemos llamar un poder mundial a aquel que está fuertemente representado en todas las partes de la tierra conocida y especialmente en todos los puntos críticos, por sus propias posesiones . . ."

Los círculos oficiales y militares de Alemania aceptaron los escritos de Ratzel como un sabroso alimento para los súbditos de Guillermo II, quien se consideraba

un experto geógrafo y gustaba de exhibir su conocimiento de las lejanas tierras. Durante las décadas del 1880 y del 1890, cuando la fama de Ratzel estaba en su apogeo, se desarrolló una fuerte reacción contra la autoridad de Bismarck en política exterior. El mismo Emperador se puso al frente de esta reacción y precipitó el apartamiento del Canciller. A los ojos del Emperador y de la camarilla cada vez más numerosa de neo-imperialistas, Bismarck era partidario de una "pequeña" Alemania confinada en Europa y había llegado a la chochez participando en el anacrónico juego del "concierto de las potencias".

Para Bismarck, el Imperio Alemán iba a ser simplemente el marchamo oficial colocado en la deseable asociación de diversos pequeños Estados alemanes en una unidad política bajo la dirección de Prusia. El que la raza alemana se extendiera más allá de los confines del Reich no constituía a sus ojos una cuestión política y mucho menos un problema internacional. Consideraba que ello era un fenómeno natural, a causa de la posición central que Alemania tenía en Europa. Creía que el pangermanismo no era meramente una insensatez, sino un peligro político. La misma vaguedad del expansionismo pangermánico, racionalizado por una teoría de crecimiento nacional ilimitado, acabaría asustando a todas las otras naciones europeas y haciéndolas entrar en una combinación contra Alemania. No es que Bismarck se hubiera mostrado remilgado al cosechar ventajas territoriales de la victoria militar. Pero Bismarck consideraba las fronteras real o potencialmente estáticas, aun-

que fueran cambiadas a favor del vencedor después de una guerra. La agregación de Alsacia y Lorena al territorio alemán en 1871 no representó para él el primer paso en un programa de expansión indefinida o un aumento en el mítico espacio vital de Alemania. Eran regiones económicamente valiosas y su pérdida debilitaba militarmente a Francia, pero su adquisición, según calculaba Bismarck, no sería causa de que las demás potencias vieran en Alemania una amenaza común contra todas ellas.

Fué la obediencia a este principio de las fronteras políticas estáticas lo que convenció a Bismarck de que las cuestiones balcánicas "no valían la vida de un solo granadero de Pomerania". Estaba muy satisfecho de que fuera misión de Austria y no de Alemania mantener el equilibrio en las pugnas nacionales de dicha región. Era verdaderamente un representante de la Pequeña Alemania, porque se necesitaba una política de contenerse con firmeza, a fin de que Alemania se comportara bien en el concierto de las potencias y de impedir la disolución de Europa en dos bloques hostiles.

Fué este mismo afán de estabilidad lo que indujo a Bismarck a buscar una inteligencia duradera con Rusia. Estaba convencido de que la existencia política de Alemania dependía de las amistosas relaciones con un vecino que no estaba separado del Reich por fronteras naturales. Nunca tuvo en menos el poder defensivo del enorme Imperio ruso y consideraba una locura los proyectos pangermánicos de obtener nuevos territorios a costa de Rusia. Además, a Bismarck le importaban un

comino las colonias y una flota poderosa, mientras que el emperador Guillermo, que odiaba a Inglaterra, deseaba ambas cosas.

Los argumentos de Ratzel en favor de la expansión territorial proporcionaron valiosas municiones para minar el prestigio de Bismarck entre las clases educadas y especialmente entre la generación más joven. Ratzel había puesto de relieve, con más claridad que cualquier otro escritor de su tiempo, el valor político del espacio. Ratzel afirmaba que una nación comprimida en un espacio demasiado estrecho se veía como tal ante la extinción; el rápido aumento de población en Alemania se citaba como argumento evidente de la necesidad de la expansión territorial. Anticipándose a la inquietud de los lectores ante el manifiesto conflicto entre sus teorías y los principios del derecho internacional, Ratzel alegaba el derecho de la propia preservación:

"Todos los pueblos han sido educados de acuerdo con conceptos de espacio que van de menor a mayor. La actitud de un pueblo con respecto al espacio es la piedra de toque de su capacidad para la supervivencia. La decadencia de todos los Estados es el resultado de una declinante conciencia de espacio en sus respectivos pueblos."

Con las teorías de Ratzel en su mochila y revestida con la moderna armadura de la ciencia, la geografía política alemana marchó en 1914 a su primera guerra mundial y contribuyó a la lista de los fines de guerra alemanes con uno que iba a destacarse cada vez más, a medida que los otros se desvanecían: el "*Lebensraum*".

El *Lebensraum* como fin de guerra lo incluía todo. No significaba el enderezamiento de un entuerto específico ni tan siquiera la demanda de anexión de un territorio determinado. Abarcaba una infinita variedad de demandas en relación con una infinita variedad de espacios. Lo preveía todo y no comprometía a Alemania, en sus relaciones con sus aliados, a nada. *Lebensraum,* como lema de una sola palabra, exponía la "séptima ley" de Ratzel: más espacio, a fin de conquistar todavía más espacio.

La palabra *Lebensraum* está en el idioma alemán desde hace tiempo. Sin embargo, fué utilizada probablemente por primera vez con su presente connotación política por von Treitschke. Ratzel la usaba raramente, pero sus discípulos la hicieron circular como el lema político alemán más sugestivo de todos los tiempos. Estos discípulos eran legión. El más leído entre ellos inmediatamente antes de la guerra mundial y durante ella, fué uno de los muchos no geógrafos que iban a dedicarse a la ciencia sumamente sintética desarrollada por Ratzel.

Friedrich Naumann, en su libro *Mitteleuropa* —muy leído durante la primera guerra mundial—, buscó en la geografía política la justificación racional del imperialismo alemán, el cual parecía entonces en el camino de su triunfo decisivo. Con este propósito a la vista, Naumann arregló los hechos de la geografía política de la Europa central. El curso de los ríos, el Rin y el Danubio; la topografía de los Balcanes, las líneas de comunicación, la consistencia de los suelos y la presencia de ciertas materias primas, constituían alegatos en favor de

una Europa central compuesta, bajo el dominio de los pueblos de habla alemana. La *Mitteleuropa* de Naumann se extendía desde el mar del Norte al Adriático, desde el Báltico al mar Negro y desde Flandes a los pantanos del Pripet. Se parecía tanto a la zona entonces retenida por Alemania y sus aliados que fué tomada por grandes secciones del público alemán como una razonable heliografía de los fines de guerra alemanes traducidos al lenguaje de la geografía política. Mereció la aprobación, no sólo de los imperialistas, sino también de los liberales y de los hombres de negocios de Alemania. Naumann era un hombre de la clase media, un democrático diputado del Reichstag y un decidido partidario de la tolerancia religiosa y racial. No muy diferentemente que von Bülow más de cien años antes, veía la zona del Danubio como una región homogénea distinta de los Estados unidos en el Reich. Sin embargo, creía que Alemania y la Monarquía del Danubio podían compartir, en un condominio vagamente esbozado, el gobierno de la Europa central. Pensaba que se dejaría a los pueblos no alemanes de Europa central un grado considerable de autonomía nacional —un poco conforme al modelo entonces prevaleciente del sistema de autonomías de Austria-Hungría—, pero que el idioma alemán sería el idioma común de la Europa central, enseñado en todas las escuelas, incluídas las de los pueblos no alemanes. Pero Naumann siempre subordinó las cuestiones lingüísticas y culturales y la futura forma de gobierno de la Europa central al factor geográfico.

También es esencial el espacio para Naumann y, a

causa de esta absorbente preocupación, el hombre merece ser clasificado como un precursor de la *Geopolitik*. Escribió que la Europa central que se imaginaba "necesitaba evidentemente, con el fin de hacerse suficiente, una prolongación de sus costas septentrionales y meridionales y, con el fin de atender a su población futura, las posesiones de ultramar de los Estados vecinos". Naumann, como puede verse por esta cita, era un verdadero discípulo de Ratzel, dispuesto a la aceptación del dogma de que la "necesidad" geográfica, puesta enfrente de los títulos históricos, tiene de su lado no solamente la lógica, sino también la moral.

Paul Rohrbach fué, como Naumann, un proponente del espacio vital de Alemania en la Europa central, pero consideró que la consolidación del dominio alemán en esta región era únicamente la estación a mitad de camino en la marcha hacia el Este. Hizo la distinción, popularizada después por los escritores nazis, entre la zona del Danubio como "espacio del destino" (*Schicksalsraum*) de Alemania y el *Lebensraum*, consistente en zonas mayores y más alejadas.

El interés de Rohrbach se centraba en el Cercano Oriente y en el Medio Oriente; su libro *El Ferrocarril de Bagdad*, publicado en 1902, dió ímpetu a la voluminosa literatura que trata de proyectos de expansión en el Este. Como Treitschke y Ratzel, previó como inevitable el choque entre el imperialismo alemán y los intereses británicos. Íntimo amigo del consejero militar alemán de Turquía, el general von der Goltz, Rohrbach sostuvo que la alianza con Turquía era el modo mejor

y tal vez el único de asegurarse una ventaja estratégica sobre Gran Bretaña.

"Inglaterra", escribió Rohrbach[2] en 1902, "puede ser atacada desde Europa y por tierra únicamente en un punto vital, es decir, en Egipto. Todas las ideas acerca de la posibilidad de una invasión de las Islas Británicas son pura fantasía. En cambio, la pérdida de Egipto supone la pérdida de toda la posición de Gran Bretaña en el Cercano y el Medio Oriente y en el África central y oriental".

Con el fin de que una fuerza germano-turca marchara sobre Egipto por tierra, hacían falta ferrocarriles estratégicos en Asia Menor y en Arabia y, con objeto de atacar las comunicaciones de Gran Bretaña con la India, era preciso un ferrocarril que enlazara el Asia Menor con el golfo Pérsico.

La mayoría de estos ferrocarriles estaban terminados al iniciarse la primera guerra mundial y representaron un papel considerable en la estrategia alemana del Cercano Oriente. Es difícil precisar en qué medida los escritos de Rohrbach inspiraron el apoyo político y financiero alemán a estos proyectos o si Rohrbach se limitó a publicar un plan decidido ya por la dirección política y militar de Alemania. Rohrbach esbozó con notable exactitud el programa expansionista de Alemania para el Cercano Oriente y cabe por lo menos sospechar una deliberada colaboración entre el geógrafo político y los rectores de la política exterior alemana.

2 Paul Rohrbach era todavía en 1941 un consejero influyente en el Ministerio de Relaciones Exteriores regentado por von Ribbentrop.

Fascinado por los paisajes llenos de color del Oriente, Rohrbach se dedicó sólo de pasada a otros aspectos del *Lebensraum* alemán. Ni él ni Naumann aspiraron al papel de jefe de la escuela del espacio. Aunque proporcionaron a la *Geopolitik* muchas fecundas ideas, la jefatura que ejerció Ratzel iba a caer sobre otros hombros.

Capítulo IV

"GEOPOLITIK"

La palabra *Geopolitik,* aunque parezca extraño, no fué inventada por un alemán. Fué un sueco quien la acuñó y quien estableció por primera vez la distinción entre la *Geopolitik* y la geografía política. Pero esto no debe parecer tan extraño, si se tiene en cuenta el hecho de que algunas de las más importantes contribuciones a las doctrinas alemanas más hostiles a los intereses de los no alemanes fueron hechas precisamente por no alemanes. Como Houston Stewart Chamberlain, el vocero inglés de nacimiento del racismo alemán y del antisemitismo nazi, Rudolf Kjellen era un alemán de elección. Kjellen, al contrario de lo que hizo Chamberlain, nunca adquirió la ciudadanía alemana, porque no sólo se identificaba, sino que identificaba también a Suecia con la Gran Alemania.

Este sueco pan-germánico era el pensador favorito de los funcionarios, generales y profesores que formaron a fines de 1916 el *Vaterlandspartei* —el Partido de la Patria—, con la finalidad expresa de redactar tratados de paz que dieran a Alemania títulos en relación

con sus conquistas de tiempos de guerra. Los libros de Kjellen, que fueron recibidos fríamente en la Suecia natal, circularon ampliamente por Alemania. Los más importantes entre ellos son tres: *Problemas Políticos de la Guerra Mundial; Las Grandes Potencias;* y *Puntos de Vista sobre la Guerra Mundial,* éste con el subtítulo *Por qué Tomé el Lado de Alemania en esta Guerra.*

Kjellen, profesor de historia y gobierno en la Universidad de Upsala y más tarde en la de Götenborg, pasó del estudio de la historia y del gobierno al de la geografía, con objeto de lograr una mejor percepción de los problemas mundiales. Ratzel había formulado sus "leyes" como las leyes del expansionismo como tal. Se limitó en sus escritos al análisis geográfico y —formalmente al menos— se mantuvo al margen de los problemas de la política exterior alemana, aunque, lo que no deja de ser cómodo, su análisis sentaba a las realidades de la *Realpolitik* alemana como un guante. Rudolf Kjellen proyectó las teorías de Ratzel en el terreno de la ciencia política, donde las amplió considerablemente y las aplicó a la política mundial en curso.

La geografía, escribió Kjellen, colocaba a Suecia en las avenidas del expansionismo ruso. Temía que Rusia tratara de obtener una salida a las "aguas calientes" a costa de Suecia y Noruega. Instó para que Suecia hiciera frente a los designios de Rusia con una política expansionista propia y pidió la inclusión de Finlandia en el bloque de la Gran Escandinavia. Sin embargo, y pese a su nostálgico recuerdo de la pasada grandeza de Suecia bajo los grandes reyes Wasa, Gustavo Adolfo y Carlos

XII, Kjellen no creía que Suecia pudiera reconquistar sin ayuda sus posesiones de antaño al Este del Báltico. Suecia había cesado hacía mucho de ser una gran potencia y la "conciencia declinante de espacio" del pueblo sueco impedía la reanudación de la política imperialista. Pero, a juicio de Kjellen, Suecia podía por lo menos participar en la grandiosa visión del imperialismo alemán, asegurar con la ayuda de Alemania sus fronteras contra Rusia y la arrolladora marea del paneslavismo y, ello no obstante, conservar su independencia cultural. Como son muy íntimos los lazos culturales entre Suecia y Alemania, el papel de la primera como aliado nórdico de la segunda sería honorable. En sus pensamientos y esperanzas acerca del futuro de Suecia, Kjellen no estaba solo. Grandes sectores de la aristocracia y de la clase media superior participaban en sus puntos de vista. Si bien estos grupos no representan las opiniones de las masas suecas, muy imbuídas de ideas socialistas, su influencia en la política exterior de Suecia era grande y resultó ser un factor importante en la política de Suecia en las dos guerras mundiales.

En los escritos de Kjellen pueden hallarse las principales teorías de la *Geopolitik.* Como Ratzel, Kjellen creía que del estudio de los Estados individuales podían deducirse leyes para todos los Estados de todas las épocas. En Ratzel tiene también su origen la voluble aplicación que hace Kjellen de las analogías biológicas a la sociedad humana. Después de describir los Estados como seres superindividuales, Kjellen definió la *Geopolitik* como "la ciencia que concibe el Estado como

un organismo geográfico o como un fenómeno en el espacio". Este Estado viviente se manifiesta en cinco aspectos, es decir, en el Territorio, el Pueblo, la Economía (*Haushalt*), la Sociedad y el Gobierno. La *Geopolitik* considera el Territorio desde los puntos de vista de: (1) el espacio, el tamaño y la forma; (2) la situación con respecto al mar o a otros Estados; (3) los cambios en la situación debidos a un aumento o disminución en el poder de uno o varios de los Estados vecinos; y (4) la historia de las pasadas cuestiones geográficas y el papel que las mismas representaron en la política exterior. Partiendo de estas definiciones, Kjellen trató de establecer un sistema que demostrara cómo el Territorio influye en las relaciones entre los Estados. Si el Territorio de un Estado —argumentaba— es el cuerpo del Estado, se deduce que el Estado, como cualquier otro organismo biológico, debe crecer y tener órganos. Considerado históricamente, esto significa que la *Geopolitik* se ocupa en la expansión del Estado por colonización y conquista. "Los Estados vitalmente fuertes", escribió Kjellen, "que posean solamente un espacio limitado, se deben a sí mismos el agrandar este espacio por colonización, amalgamación o conquista". Kjellen aplicó este concepto a la historia moderna y continuó: "Esta fué la posición de Inglaterra y es hoy la posición del Japón y de Alemania. Es claramente un caso, no de prurito de conquista, sino de crecimiento natural y necesario . . ."

Alemania, tal como Kjellen lo veía, era ese "Estado vitalmente fuerte" que podía con plena justicia alegar

"su derecho al crecimiento natural y necesario". Pero, afirmaba Kjellen, Alemania no era realmente en 1914 una gran potencia, a pesar de su fuerza. Sólo un Estado que posea tres atributos primordiales puede ser considerado como una gran potencia. Estos atributos son: espacio, libertad de movimientos y cohesión interna. "Rusia", escribió, "sin salidas a los océanos, carece del segundo e Inglaterra del tercero. Alemania, con sus pequeñas y dispersas posesiones coloniales, carece de los tres". Kjellen catalogó con diligencia todos los motivos de queja de los alemanes, motivos que serían recordados al mundo *ad nauseam* por dos generaciones de propagandistas. Alemania no tenía posesiones de ultramar ni "bases de operaciones" que fueran dignas de una gran potencia; Alemania estaba rodeada por todas partes de grandes potencias, cada una de las cuales tenía por lo menos una frontera a cubierto de cualquier ataque; el litoral de Alemania era demasiado corto y sus únicos accesos al océano, es decir, el Canal y el pasaje entre Escocia y Noruega, podían siempre ser bloqueados por Gran Bretaña. De este modo, Kjellen, inconscientemente, enumeró todas las razones por las que Alemania debió pensarlo dos veces antes de precipitar la primera guerra mundial. Sin embargo y pese a todas estas razones, Kjellen propugnó en 1914 la carrera de los armamentos que, de acuerdo con su propio análisis, se emprendía con una formidable desventaja. El hecho es que el miedo y el odio que Kjellen tenía a Gran Bretaña hicieron que el hombre no apreciara con exactitud la fuerza del enemigo. Kjellen veía en la rivalidad entre

Alemania e Inglaterra el problema fundamental del siglo veinte. En 1914, escribió:

"Inglaterra es hoy la última y mayor personificación de la antigua idea de que los océanos del mundo deben tener un solo dueño y no varios. Como si los vastos océanos no fueran más aptos que la tierra para un dominio dividido, ahora que el tráfico no puede ya ser monopolizado."

Mucho antes de que la contribución del alemán Friedrich List al "concepto de espacio" hubiese sido resucitada por los expansionistas germanos, Kjellen, el sueco, recordó a sus lectores las enseñanzas de List, invocándolas como antídoto contra el mezquino punto de vista "continental" de Bismark acerca de la política exterior, punto de vista que se asemejaba al concepto de una "Pequeña Inglaterra" que sostenía el enemigo del imperialismo, Mr. Gladstone. La escala del Imperio alemán del futuro de Kjellen sobrepasaba con generoso margen los proyectos propugnados por Naumann y Rohrbach. En el mapa de Kjellen, se incluían en el territorio alemán los puertos del Canal, la Picardía y la Lorena francesas, el Asia Menor, Mesopotamia, Ucrania y las Provincias Bálticas de Rusia. Los ángulos de este imperio iban a ser Dunkerque y Riga, Hamburgo y Bagdad. Como concesión a los aliados de tiempos de guerra, Kjellen profesaba la opinión de que Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía podrían conservar su independencia política dentro de un *Staaten-Bund* bajo la dirección alemana, pero, en muchos pasajes, apuntó la definitiva "amalgamación" de estos países con Alemania.

La línea vital y el símbolo de este Imperio alemán iba a ser el ferrocarril de Berlín a Bagdad, el cual cortaba al Imperio británico, pues dejaba sin comunicaciones a El Cairo con Calcuta. Una vez cortada la principal línea de abastecimiento, Egipto y el Sudán tendrían forzosamente que sucumbir a la atracción del Imperio germánico y formar parte del territorio colonial de éste en África. Con toda seriedad, Kjellen declaró que un África central dominada por los germanos sería la más extrema extensión del territorio imperial de Alemania. Entonces, unos doscientos cincuenta millones de personas vivirían en la órbita del poder alemán y, como Kjellen concluía, "el equilibrio entre las grandes potencias quedaría así restaurado".

Lo más curioso de esta Utopía geopolítica tal vez sea el hecho de que la misma fuera tomada por muchos de los dirigentes políticos y militares de Alemania como un objetivo eminentemente práctico. Hasta el mismo final de la guerra última, incluso cuando ya se extendía la sombra del desastre, una gran parte de la prensa alemana discutía la futura paz en función de distancias tales como las de Dunkerque a Riga y de Berlín a Bagdad. Este peligroso astigmatismo en materia de política exterior dejó a las clases más cultas de Alemania sin preparación alguna para aceptar las lecciones de 1918. Habiéndose descarriado demasiado en sus sueños de poder mundial, tan convincentemente racionalizados por los expertos, muchos alemanes, en lo demás inteligentes, no podían resignarse a aceptar las sencillas explicaciones que hubieran podido llenar el hueco que había entre la

Utopía del Imperio y la dura realidad de la derrota.

Los menos capaces de hacer este ajuste eran los seguidores alemanes de Kjellen y de la *Geopolitik*. Esta banda de fanáticos se dedicó sistemáticamente a descubrir en qué aspectos se había desviado Alemania de los preceptos de la Geopolítica. Por medio de nuevas y más profundas investigaciones en esta ciencia, así lo creían confiadamente, la derrota podría reportarles la victoria.

Despertar la conciencia de espacio en el desconcertado pueblo alemán fué la primera tarea emprendida por la *Geopolitik* de la postguerra. En *Fronteras*, el General Haushofer escribió:

"Cuando a fines del otoño de 1918, en mi marcha hacia casa desde los quebrantados residuos de las provincias fronterizas de Alemania, me di cuenta de que, en contraste con el agudo instinto de frontera que había observado en otros pueblos, faltaba relativamente este instinto en mi propio pueblo, tan dotado en lo demás; cuando percibí la fe ciega del pueblo alemán en las promesas de sus enemigos y experimenté su decepción en relación con los hechos de la lucha perpetua por el *Lebensraum*; en aquel tiempo, la necesidad interior que yo mismo sentí y que creía que pronto sería sentida por mi pueblo creó el impulso y el plan para este trabajo". [1] ¿Por qué los alemanes consintieron que se les expulsara de zonas que habían poblado y conservado en tiempos históricos y por qué el Reich de la República de Weimar consiste únicamente en una fracción del espacio poseído

1 Véase A. Whitney Griswold, *Paving the Way for Hitler*, Atlantic Monthly, marzo de 1941, página 317.

por el Sacro Imperio Romano de la nación alemana en su apogeo? ¿Por qué cedió el pueblo alemán tan fácilmente su histórico espacio vital? ¿Por qué? "Porque el pueblo alemán nunca lo había poseído interiormente, como un pueblo, o estimado como un tesoro espiritual."

En estas largas frases, características del estilo literario de la *Geopolitik* alemana, el nuevo Maestro reveló cómo comprendía su misión: abrir los ojos de su pueblo respecto al pleno significado del espacio.

Capítulo V

EL LABORATORIO DE LAS IDEAS POLÍTICAS MUNDIALES

La *Geopolitik* es inseparable del nombre del Major General Professor Doktor Karl Haushofer. Sus libros y folletos, su genio de organizador y su inteligente exposición abrieron los ojos de los dirigentes del partido nazi respecto a las posibilidades de la *Geopolitik* y, al mismo tiempo, hicieron llegar los conceptos al pueblo alemán.

Haushofer nació en Munich el año 1869. Su abuelo, como modesto funcionario de la corte, sirvió al Rey Otto de Grecia, príncipe de la real casa de Baviera, quien había sido elegido en 1832 como primer gobernante de los liberados helenos. El abuelo Haushofer organizó el Jardín Botánico en Atenas, enseñó ciencia natural en Munich y escribió varios libros de viajes. Legó a sus hijos sus mediocres pinturas de escenas de los Alpes bávaros y su considerable talento de dibujante. El tío de Haushofer fué un destacado cartógrafo de los Alpes; el padre de Haushofer ejerció un cargo en la Administración de Baviera y, siguiendo la tradición familiar, compiló escrupulosamente varios libros de viaje, abru-

madoramente aburridos. Karl, marcado así por la herencia, entró en el Ejército bávaro, sirvió en la artillería y, después de ocupar un puesto de docente en la Academia de Guerra, fué nombrado en 1909 observador militar junto al ejército del Japón. En Japón, se hizo muchos amigos, aprendió el idioma y visitó Corea; de retorno a Alemania, propugnó un acercamiento germano-nipón. En 1913, publicó el primero de sus muchos y estimables libros sobre el Japón, el titulado: *Dai Nihon; el Poder Militar, la Misión en el Mundo y el Futuro del Gran Japón*. Haushofer peleó en la primera guerra mundial como comandante de brigada y, aunque no participó en acciones espectaculares, parece que se ganó la estima de sus superiores como un jefe competente. Después del tratado de paz fué licenciado con una pensión y designado en 1919 para la cátedra de Geografía y Ciencia Militar de la Universidad de Munich, donde desarrolló sus teorías geopolíticas en varios libros y cientos de folletos y artículos. A través de Rudolf Hess, su ayudante durante la primera guerra mundial y su discípulo en la Universidad de Munich, Haushofer conoció al agitador naciente Adolf Hitler. Haushofer expresó después la estima en que tenía a Hess dedicando a éste varios libros.

Después del fracaso del *Bierhallen-Putsch* en 1923, Haushofer visitó al encarcelado Führer en Landsberg del Lech. Se dice que los consejos de Haushofer inspiraron el Capítulo XIV de *Mein Kampf*, en el que se definen los objetivos de la política exterior nazi y se expresa el concepto que Hitler tiene del *Lebensraum*. Al subir al poder, Hitler se apresuró a nombrar a Haushofer pre-

sidente de la Academia alemana, decretó que eran arios los hijos de Haushofer, de madre parcialmente judía, y alojó y subvencionó espléndidamente la organización investigadora de Haushofer en Munich.

Hoy, Haushofer, que nunca se muestra en público, es en Alemania una figura legendaria. Su vasta erudición, sus viajes por tierras exóticas, su conocimiento de muchas y extrañas lenguas —se dice que habla el chino, el japonés, el coreano, el inglés, el francés y el ruso—, son constantemente expuestos al público alemán en panegíricos que le dedican sus entusiastas discípulos.

Después de la guerra mundial, Haushofer conoció a Kjellen, cuyos libros había estudiado durante los años del conflicto. Los dos colaboraron hasta la muerte de Kjellen en 1922. Haushofer se convirtió en el heredero intelectual de Kjellen y es en sus obras donde se encuentra la más clara exposición de la *Geopolitik* y, por tanto, del *Lebensraum*, el cogollo de la ideología nazi.

Los primeros libros de Haushofer tratan de la historia del Japón y del Océano Pacífico. Durante la guerra mundial, Japón atacó y ocupó las posesiones de Alemania en el mar de la China y en el Pacífico. Pero la simpatía y el respeto de Haushofer por el Japón sobrevivieron a la guerra y los japoneses constituyen la única nación, aparte Alemania, para la que el geopolítico deja a un lado su frío distanciamiento habitual y encuentra palabras de personal afecto. El más importante de los libros de Haushofer dedicados a los problemas del Pacífico se titula *Geopolítica del Océano Pacífico* (*Geopoli-*

tik des Pazifischen Ozeans). Fué primeramente publicado en 1924 y hubo ediciones revisadas en 1938 y 1939. Es su obra más cuidadosamente escrita y contiene la mayoría de sus principales ideas.

Haushofer aceptó —aunque con importantes reservas— el concepto del Estado como entidad orgánico-biológicas y reconoció sin rodeos en sus escritos la deuda contraída por las enseñanzas de Ratzel y Kjellen. Del mismo modo, hizo suya las definiciones de Kjellen de espacio (*Raum*) y de situación (*Lage*) y adoptó la terminología por Kjellen ideada. Sin embargo, después de aceptar los conceptos elementales de Kjellen, dejó a su precursor muy atrás.

En las manos de Kjellen, la *Geopolitik* era todavía un intento pedantesco de elaborar una pobre teoría de determinismo geográfico. A estas secas definiciones, Haushofer añadió un conocimiento enciclopédico, un eclecticismo audaz y un agudo sentido de la publicidad. Pero es tal vez la elocuencia de Haushofer lo que hizo de él el primer publicista del *Lebensraum*. Sus frases están henchidas de palabras polisílabas y discurren interminablemente por páginas enteras. Constituyen un desafío al traductor. Sin embargo, algunas de las expresiones de Haushofer tienen para el oído alemán una cadencia excitante similar a la oscura prosa de Oswald Spengler.

Desde un principio, Haushofer recalcó la necesidad del esfuerzo del grupo para la investigación geopolítica. Su propia obra es inseparable del producto colectivo de la Asociación de Estudios de *Geopolitik* fundada en

1924. El más impresionante trabajo de autor colectivo es *Poder y Tierra* (*Macht und Erde*), una obra en tres volúmenes que Haushofer firmó únicamente como editor colaborador. Según Otto Maull, uno de los coautores y profesor de geografía en la Universidad de Graz, en Austria, esta trilogía fué preparada como la respuesta alemana a *New World: Problems of Political Geography*, la obra del Doctor Isaiah Bowman, de la Universidad Johns Hopkins, de Baltimore. [1]

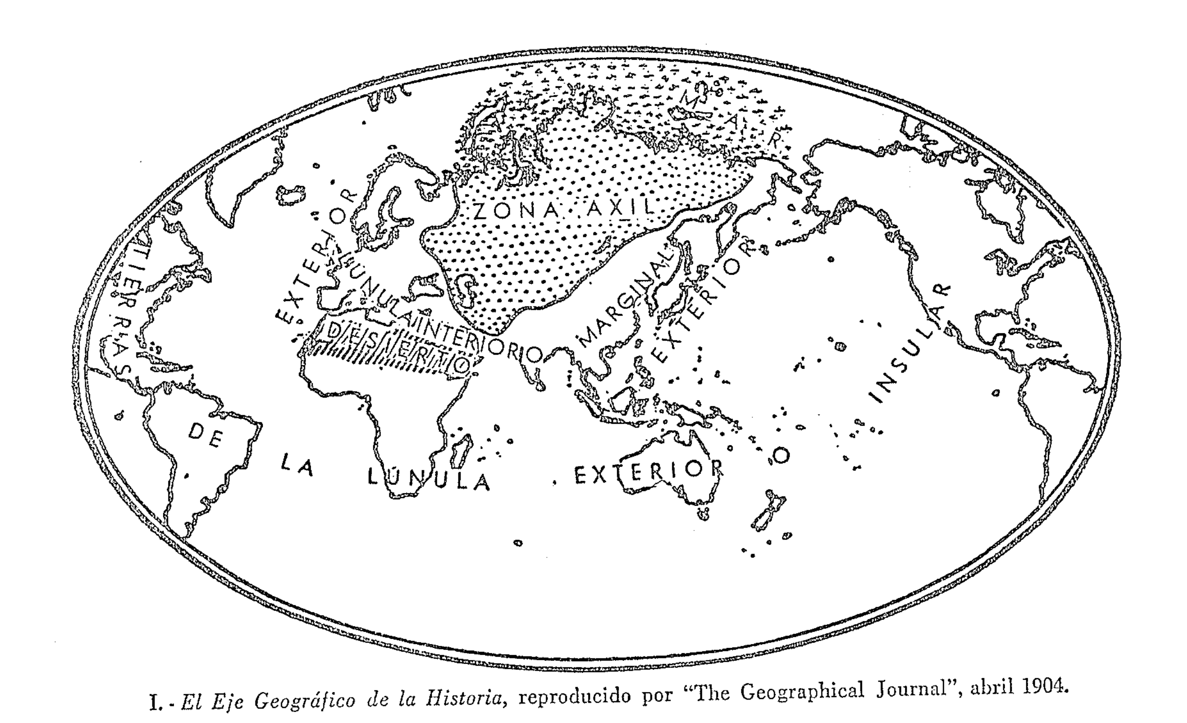
Es inútil buscar en los escritos de Haushofer una presentación sistemática de la teoría geopolítica; hasta se huye de una definición precisa de la forma del *Lebensraum* alemán. La esencia de la doctrina de Haushofer es la flexibilidad; no puede haber límites fijos para el prurito de expansión del Estado. Según Haushofer, la *Geopolitik* es una ciencia dinámica. La geografía política es estática y descriptiva; describe y explica una condición. La *Geopolitik* estudia la dinámica del cambio político del mundo; vivifica el espacio.

A pesar de las evasivas de las teorías de Haushofer, hay en los escritos de éste temas recurrentes que permiten formar el cuadro general de las ideas. Lo que destaca es la insistencia en el espacio que da vida, la reiteración de que un amplio espacio es el atributo primero e indispensable de la grandeza nacional. Después, hay la distinción entre potencias "oceánicas" y "continentales",

1 Haushofer, el ex-general, tenía en mucho el trabajo de equipo. Por tanto, el presente sumario de sus ideas ha de ser considerado como expresión, no sólo de su propio pensamiento, sino también del trabajo de sus muchos colaboradores. La *Geopolitik* es el producto de muchas inteligencias, pero Haushofer es su profeta.

entre "universalismo" y "pan-ideas", entre potencias "resistentes" y "renovantes"; hay la teoría del día del juicio final para el Imperio británico; y hay la profunda reverencia por la Doctrina de Monroe. En torno a estas ideas centrales, se amontona una imponente masa de información tomada de la topografía, la economía, la ciencia política, la historia, la ciencia militar, el derecho, la medicina, la antropología, la etnografía, la eugenesia y la sociología. Toda esta erudición es expuesta en rechinantes palabras compuestas, de una longitud y oscuridad desusadas incluso en las obras de ciencia alemanas.

Haushofer sostiene que los conflictos de la política mundial tienen su significado íntimo en los antagonismos entre los pueblos marítimos y los bloqueados por tierras. Admite francamente que la inspiración de considerar toda la política mundial como una lucha entre los pueblos "oceánicos" y "continentales" le viene del geógrafo británico Sir Halford Mackinder, en un tiempo Director de la Escuela de Economía Política de Londres. El meollo de la teoría de Mackinder se halla en una breve conferencia titulada *El Eje Geográfico de la Historia —The Geographical Pivot of History—*, leída en la Real Sociedad Geográfica de Londres, publicada en 1904 y calificada por Haushofer de "una grandiosa descripción de la política mundial encerrada en unas cuantas páginas". Mackinder sostuvo que la historia del mundo ha sido y será siempre hecha por la presión de los pueblos rodeados de tierras de las llanuras de Europa oriental y de Asia occidental y central sobre los pueblos



I. - *El Eje Geográfico de la Historia*, reproducido por "The Geographical Journal", abril 1904.

asentados en los litorales de la masa de tierra de Europa y Asia. Mackinder resumía su idea en la siguiente forma: [2]

"El concepto de Eurasia es el de una tierra continua, limitada por el hielo en el norte, limitada por el agua en los demás sitios, que cuenta con 21 millones de millas cuadradas o con tres veces la superficie de la América del Norte, cuyo centro y norte, que mide unos 9 millones de millas cuadradas o más de dos veces la superficie de Europa, no dispone de cursos de agua que lleven al océano, pero, en cambio, salvo en el subártico (oeste), es generalmente muy favorable para la movilidad de los jinetes y camelleros. Al este, sur y oeste de esta *tierra central* —*heartland*—, hay regiones marginales, dispuestas en una vasta lúnula, accesible a los navegantes . . .

"Cuando observamos las amplias corrientes de la historia, ¿no resulta evidente cierta persistencia de relación geográfica? ¿No es la región axil de la política del mundo esa vasta zona de Eurasia, que es inaccesible para los barcos, pero que estuvo abierta en la antigüedad a las correrías de los jinetes nómadas y que va a ser cubierta hoy por una red de ferrocarriles? Ha habido y hay aquí las condiciones de un poder militar y económico de largo alcance, aunque con límites. Rusia reemplaza al Imperio mogol. Su presión sobre Finlandia, Escandinavia, Polonia, Turquía, Persia, India y China reemplaza a las incursiones centrífugas de los hombres

2. *The Geographical Journal*, nº 4, abril de 1904, volumen XXIII.

de la estepa. En el conjunto del mundo, ocupa la posición estratégica central que corresponde a Alemania en Europa . . . Reconociendo juiciosamente los límites fundamentales de su poder, sus gobernantes se han deshecho de Alaska; porque, para Rusia, no poseer nada en ultramar es una norma de conducta tan esencial como para Gran Bretaña contar con la supremacía en el mar.

"La perturbación del equilibrio de poder en favor del Estado eje, resultante de la expansión del mismo por la tierras marginales de Eurasia, permitiría la utilización de vastos recursos continentales para la construcción de flotas, con lo que se hallaría a la vista el imperio del mundo. Esto puede suceder, si Alemania llega a una alianza con Rusia. La amenaza de tal acontecimiento induciría, por tanto, a que Francia se aliara con las potencias de ultramar, y Francia, Italia, Egipto, India y Corea se convertirían así en otras tantas cabeceras de puente, donde las armadas exteriores apoyarían a ejércitos, a fin de obligar a los aliados del eje a desplegar fuerzas terrestres y de impedirles que concentraran todo su poder en las flotas.

"He hablado como geógrafo. El verdadero equilibrio de poder político en un tiempo dado cualquiera es, desde luego, el producto, por un lado, de las condiciones geográficas, tanto económicas como estratégicas, y por otro lado, del número relativo, la virilidad, el equipo y la organización de los pueblos en pugna. En la medida en que estas cantidades sean calculadas con exactitud, tenemos probabilidades de solventar las diferencias sin el bárbaro recurso a las armas. Y las can-

tidades geográficas son en el cálculo más mensurables y más aproximadamente constantes que las humanas. Por ello, cabe esperar que nuestra fórmula se aplique por igual a la historia del pasado y a la política del presente.

"En conclusión, puede decirse en forma muy expresa que la sustitución del dominio de Rusia en la zona interior por un nuevo dominio cualquiera, no tendería a disminuir la importancia geográfica de la posición axil. Si los chinos, por ejemplo, organizados por los japoneses, arrollaran el Imperio ruso y conquistaran el territorio, podrían constituir el peligro amarillo para la libertad del mundo, precisamente porque añadirían un frente oceánico a los recursos del gran continente, una ventaja todavía negada al Levante ruso de la región axil."

Mackinder, escribiendo para los ingleses, puso de relieve el peligro de una alianza germano-rusa que uniera "los pueblos ejes de la tierra central" y aprovechara la ventaja estratégica de las "líneas interiores" contra Gran Bretaña. Como un antídoto, propugnó una inteligencia anglo-rusa, la cual, después de casi un siglo de distanciamiento, se convirtió en una realidad en 1907. Durante las negociaciones de paz de 1919, Sir Halford volvió a hacer oír sus prevenciones y, en su libro *Ideales Democráticos y Realidades —Democratic Ideals and Realities,* Londres, 1919—, señaló la siempre presente amenaza para la paz de Europa que se deriva de un acercamiento germano-ruso o de una dominación alemana en Rusia. En esta obra, refirmó y amplió su concepto de la Tierra Central invulnerable al poder marítimo de los océanos circundantes.

Nueve doceavos de la superficie del globo, escribió Mackinder, están cubiertos por el mar; de los restantes tres doceavos, la "Isla Mundial" —el continente conjunto de Europa, Asia y África [3]— abarca dos. Las Américas y Australia ocupan juntas escasamente un doceavo y sufren —en relación con la Isla Mundial— de la desventaja estratégica de las líneas exteriores. Son meramente islas menores desprendidas de la Isla Mundial. La Isla Mundial puede superar y vencer a cualquiera o a todas las potencias basadas en los continentes satélites de América y Australia y sus puertos pueden albergar las mayores flotas del mundo.

Mackinder sostuvo que Alemania estaba estratégicamente mejor situada que cualquier otra potencia europea en la pugna por la dominación de la "Tierra Central". En virtud de su posición central, disfrutaba en

3 "El continente conjunto de Europa, Asia y África es ahora efectivamente, no en mera teoría, una isla. Una y otra vez, a fin de que no lo olvidemos, llamémosle la Isla Mundial... Examinemos por un momento las proporciones y relaciones de esta Gran Isla de nueva realización. Está situada, como si dijéramos, en el hombro de la tierra, con referencia al Polo Norte. Midiendo de Polo a Polo, a lo largo del meridiano central de Asia, tenemos primeramente mil millas de mar cubierto de hielos, hasta la costa septentrional de Siberia; después, cinco mil millas de tierra, hasta el extremo meridional de la India; y después, siete mil millas de mar, hasta el casquete antártico de tierra cubierta de hielo. Pero, medida a lo largo de los meridianos del golfo de Bengala o del mar de Arabia, Asia tiene sólo un ancho de tres mil quinientas millas. Desde París hasta Vladivostok hay seis mil millas y, desde París al cabo de Buena Esperanza, la distancia es parecida; sin embargo, estas medidas se toman en un mundo que tiene veintiséis mil millas de contorno. Si no fuese por el impedimento que el hielo representa para la circunnavegación, los hombres de mar hubieran hablado hace tiempo de la Gran Isla, dándole este nombre u otro análogo, pues es poco más de la quinta parte de su océano." Halford John Mackinder, *Democratic Ideals and Realities, A Study in the Politics of Reconstruction*, Nueva York, Henry Holt and Company, 1919, páginas 79-81.

Europa de la ventaja de las líneas interiores, del mismo modo que los macedonios, en la raíz de la península de los Balcanes, y los romanos, en el centro de la región mediterránea, habían estado estratégicamente situados para la conquista imperial. Mackinder subrayó la inaccesibilidad de la Tierra Central a la acción naval. Pero Mackinder no despreció, como equivocadamente se ha dicho muchas veces, la importancia del poder marítimo como tal. Cierto que se mostraba pesimista en cuanto a la capacidad del poder marítimo británico para impedir una incursión alemana en la Tierra Central. Pero creía que Alemania, una vez en posesión de la Tierra Central, emprendería por medio del poder marítimo la conquista del mundo, pues habría reunido los suficientes recursos para construirse la armada más poderosa. El poder marítimo, según sostenía Mackinder, era un atributo vital para el poder mundial, como siempre lo había sido, pero los requisitos previos habían variado: el poder marítimo necesitaba en el siglo veinte bases terrestres más amplias que en el siglo diecinueve. La Isla Mundial, que sólo una gran potencia terrestre podía conquistar, permitiría a esta gran potencia terrestre convertirse también en la mayor potencia marítima de todos los tiempos. El dominio de la Tierra Central suponía, según Mackinder, el dominio del mundo, porque los tres continentes de Europa, Asia y África formaban en realidad un supercontinente único: la "Isla Mundial". "Quien domina la Europa oriental", escribió, "domina la Tierra Central. Quien domina la Tierra Central domina la Isla Mundial. Quien domina la Isla Mundial domina el mundo".

Haushofer adaptó la teoría de Mackinder al opuesto punto de vista de Alemania y llegó a la conclusión de que el camino alemán para el poder mundial discurría por los mismos sitios que habían asustado a los ingleses, es decir, por la consolidación de las "grandes zonas" de Alemania y Rusia.

La "Tierra Central" —tal como Haushofer emplea la expresión— tiene muchas significaciones. Es la zona estratégica que contiene todas las ventajas indispensables para una Alemania en guerra contra cualquier potencia o combinación de potencias. Es una ciudadela gigantesca que se extiende "desde el Elba hasta el Amur". Es una base muy al fondo desde la que las fuerzas militares de Alemania pueden asestar golpes en todas direcciones, mientras sus industrias de guerra vitales quedan a salvo en las más remotas regiones interiores. Es —con las riquezas de Ucrania, el Cáucaso y los Urales— lo más próximo al Estado ideal que permite a Alemania bastarse económicamente a sí misma. Es también, en algunos de los más oscuros pasajes de Haushofer, la mística cuna de los conquistadores del mundo.

Las cláusulas territoriales del tratado de paz de Versalles frustraron los afanes de Alemania por la "Tierra Central", al trazar a lo largo de las fronteras orientales alemanes un cinturón de pequeños Estados. Una gran parte de la obra de Haushofer está dedicada a preparar la justificación de la supresión de estos Estados. Son, se lamenta, "trozos de Estados", que forman juntos "una zona intermedia de fragmentos". Los "trozos de Estados" no poseen los elementos económicos y tecnológicos indis-

pensables para una existencia independiente y tendrán inevitablemente que vivir al dictado de una o más de las grandes potencias. Su soberanía es, por tanto, un subterfugio hipócrita, atribuído por Haushofer, a la política de fuerza de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Además, los pueblos de estas naciones enanas piensan en función de "espacio angosto", lo que, para Haushofer, es el signo indubitable de la decadencia.

El derecho a la autodeterminación nacional, arguye, es un sano principio . . . cuando se aplica a Alemania. Debe ser aplicado a "un tercio del pueblo germano que vive bajo la férula extranjera fuera de los lindes del Reich" y, en consecuencia, a la U.R.S.S. La Rusia soviética, de acuerdo con la clara lógica de Haushofer, no es un Estado nacional, sino una aglomeración de muchas minorías raciales. La Unión Soviética, que amenaza a Alemania y a toda Europa, debe ser rota en sus partes componentes: un Estado nacional ucranio, un Estado báltico alemán, un Estado "todo ruso" del Volga y diversos Estados nacionales menores. Estos Estados, con las posesiones rusas de Asia, se inclinarán hacia la Gran Alemania y formarán su territorio imperial, "la Tierra Central que abarca desde el Elba hasta el Amur".

El Imperio británico, según Haushofer, está condenado. El geopolítico no oculta su admiración por la estructura histórica británica, a la que considera como el mejor ejemplo de dominio en torno al globo que proporciona la historia. Pero el clima del mundo ha cambiado y las raíces del poder británico se están marchitando. Estas raíces estaban encajadas en la *voluntad de*

dominio del pueblo británico, quien halló su instrumento en la flota británica y su genio de dirección en la casta gobernante de Gran Bretaña. El siglo veinte puso en juego nuevos factores y algunas jóvenes naciones, también en posesión de la voluntad de dominio, se alzaron para desafiar al "estático" Imperio británico, ahora más ocupado en conservar que en conquistar. "¿No es acaso", exclamó, "un acto de renunciación pasiva la colocación en 1926 de los Dominios en una base de igualdad?" ¿No es esta entrega de poder el primer paso hacia la disolución? El peso muerto del Imperio, afirmó Haushofer, había comenzado a aplastar a Inglaterra hacia fines del siglo diecinueve. Para asegurarse las líneas vitales del Imperio, Gran Bretaña tuvo que asumir graves compromisos continentales, distrayendo así sus energías de la flota. Las interpretaciones del Almirante Mahan acerca del poder marítimo son válidas únicamente hasta cierto punto y Gran Bretaña, al colocar una parte demasiado grande de su fuerza combativa en el sotavento terrestre —en Egipto y Palestina—, fué más allá del alcance efectivo del arma principal de que dispone. [4]

[4] En los escritos de Haushofer y otros geopolíticos, se dedica mucha atención a la oposición de Lord Palmerston a la construcción del canal de Suez. Es escasa la prueba histórica que puede presentarse para mostrar que la hostilidad de Palmerston hacia el canal se basaba en consideraciones geopolíticas. En discurso pronunciado el 7 de julio de 1856, Palmerston dijo que el proyecto de Ferdinand de Lesseps "es una empresa que, a mi juicio, puede ser clasificada entre las muchas engañifas que de cuando en cuando se ofrecen a los capitalistas crédulos". Y en discurso posterior, declaró que se oponía al plan porque estimaba que el canal pondría en peligro la integridad del Imperio Otomano, el cual era entonces el soberano de Egipto. Pero, según los geopolíticos, esto no es más que hipocresía británica. No era la protección de algunos capitalistas crédulos ni la integridad del Imperio Otomano, sino la salvaguardia de

Vale la pena advertir que la tesis de la rápida e inevitable declinación del Imperio Británico, tan confiadamente expuesta por los geopolíticos, fué discutida por varios escritores nazis que conocen a fondo las instituciones británicas. Característico de la preocupación de los geopolíticos por los factores estratégicos es el hecho de que dediquen relativamente poco espacio en sus escritos a las contribuciones del Imperio Británico al arte de gobernar. La marcha de los Dominios hacia una completa autonomía era torpemente interpretada por los geopolíticos como un proceso de desintegración. Varios críticos alemanes de *Geopolitik* advirtieron que no debía suponerse que la tendencia aparente hacia la autonomía a través del Imperio era necesariamente perjudicial para la solidaridad imperial. Heinrich Triepel, un profesor de derecho administrativo, bien conceptuado por los na-

las líneas vitales de Gran Bretaña lo que preocupaba a Lord Palmerston. Lo que éste verdaderamente temía era que el canal resultara una amenaza contra el Imperio Británico. La ruta de la India alrededor del cabo de Buena Esperanza era indudablemente larga, pero la flota británica podía dominarla. En cambio, si bien el camino por Suez era varios miles de millas más corto, el canal permitiría a cualquier potencia que dominara en Egipto, el "Estado pasaje", amenazar a Gran Bretaña en la India. Es verdad que, mucho después de construído el canal y de que éste estuviera intervenido por Inglaterra, algunos ingleses se han lamentado de la carga militar que supone actuar de policía en Egipto y de la existencia del canal. Pero no hay prueba alguna de que Lord Palmerston haya formulado estas objeciones. Los pretendidos motivos estratégicos de su oposición son invención pura. Es curioso observar que esta ficción histórica de los geopolíticos fué utilizada en la propaganda antibritánica fabricada por los nazis para el consumo francés poco antes del estallido de la segunda guerra mundial. De Lesseps y muchos de los que le apoyaban eran franceses y Palmerston, de acuerdo con esta versión nazi, quiso, por motivos imperiales, impedir que los franceses construyeran el canal. Véase también André Siegfried, *Suez and Panama*, Nueva York, 1939.

zis, escribió que "sólo a primera vista parece que el Imperio Británico se está desintegrando por completo. En la Comunidad Británica de Naciones, hay manifiestas numerosas fuerzas integradoras, las cuales tienden a compensar los elementos de desintegración".[5] Triepel pensaba que el modo democrático de gobierno y las afinidades culturales podían resultar lazos comunes muy efectivos, especialmente contra una agresión del exterior y tal vez más fuertes precisamente por la falta de coerción administrativa.

Otra advertencia contra la tendencia a considerar disminuída la cohesión del Imperio Británico a causa de la emancipación formal de los Dominios con respecto a la Madre Patria fué enunciada por un periodista alemán nazi, el difunto Conde H. K. Pückler, en su reseña de hechos *¿Cómo es de Fuerte Inglaterra?* [6], en la que se llega a la conclusión de que el Imperio no ha quedado más débil por el aflojamiento de sus lazos.

Si bien poco bueno puede decirse de la precisión histórica de Haushofer, sus comentarios acerca de los problemas estratégicos de Gran Bretaña parecen ahora extraordinariamente sagaces. Sostuvo que la dispersión de la fuerza militar británica impedía acciones ofensivas en gran escala en el continente europeo. De este modo, planteó el dilema de Gran Bretaña mucho antes de que los expertos militares de la escuela de Liddell Hart des-

5 Heinrich Triepel, *Die Hegemonie, Ein Buch von führenden Staaten*, Stuttgart, 1938; citado por Charles Kruszewski, *Germany's Lebensraum*, The Am. Polit. Sc. Review, octubre 1940.

6 *Wie stark ist England?*, Leipzig, 1939; *How Strong is England*, Nueva York, 1939.

arrollaran su doctrina de una estrategia "defensiva", con limitados esfuerzos, en tierra.

Consciente de su debilidad, Gran Bretaña procuró contener la marea, según Haushofer, aferrándose al *status quo* y manipulando a este fin la Liga de las Naciones. Así, se convirtió en la primera de las "potencias resistentes", a la que se adherían "potencias resistentes" menores con imperios coloniales "al viejo estilo", es decir, Francia, Bélgica y Holanda. Éstas participan con Gran Bretaña en los diversos síntomas de la decadencia y se hallan todas ellas amenazadas por la marea ascendente de las "pan-ideas". Haushofer ve en esta lucha trascendental el drama del siglo. El propio Imperio Británico representa una "pan-idea" que se desvanece, o sea, el dominio mundial anglosajón. Son "pan-ideas" las que animan los movimientos panasiático, panamericano y paneuropeo, seguidos de movimientos menos importantes, como el panpacífico y el panislámico. Todos ellos amenazan al Imperio Británico, el cual se encuentra dentro del radio de acción de cada uno de ellos.

"Pan-idea" es el nombre que Haushofer da a la ideología. Las pan-ideas, escribió, "son supernacionales, son ideas que lo abarcan todo y que tratan de manifestarse en el espacio. Sin contenido ideológico, el imperialismo muere pronto. Sin una ideología impulsora, ni el imperio del Soviet, ni los imperios coloniales de Francia e Inglaterra, ni la Liga de las Naciones pueden subsistir. No podría cometerse mayor error en nuestra propia educación sobre política mundial que no tomar muy en serio estas pan-ideas, incluso cuando su base de espacio ha

perdido importancia, como, por ejemplo, en el caso del Vaticano". [7]

En el nuevo mundo, tierra central y poder marítimo constituyen un todo y los Estados Unidos son considerados por Haushofer como la primera gran nación fuera de Europa que aspira al poder mundial y posee todos los requisitos previos geopolíticos para lograrlo. [8] Los Estados Unidos cuentan con toda la profundidad geográfica necesaria, la condición *sine qua non* de un gran poder aéreo. Además, sus posesiones coloniales son únicamente un aspecto secundario de este poder. Son las bases y prolongaciones exteriores, pero la base interior es el mismo vasto continente americano. La vastedad y recursos de esta base interior se combinan para proporcionar a los Estados Unidos ese carácter macizo no igualado ni por la utopía de Haushofer, la tierra central de dominio germano.

Haushofer, cuando se dedica al examen de los Estados Unidos, se ve desgarrado por emociones contrarias. La doctrina de Monroe es la primera y más importante aplicación de los principios geopolíticos y Haushofer, como Friedrich List cien años antes que él, se inspiraba para teorizar en las realidades norteamericanas. La política exterior de los Estados Unidos hasta fines del siglo diecinueve fué, en opinión de Haushofer, la más pura geopolítica. Pero, cuando este país intervino en otros continentes e intentó apuntalar al Imperio Británico, estaba apartando a un lado los sanos principios de la

7 *Geopolitik der Panideen*, Berlín, 1931.
8 *Weltpolitik von Heute*, Berlín, 1934, página 36; páginas 109-112.

geografía política. Además, el astigmatismo "de espacio" de los estadistas norteamericanos causó muchos de los males de la Europa de la postguerra. Haushofer considera a Woodrow Wilson y a sus colaboradores como hombres acostumbrados a pensar en función de los vastos espacios de América de modo que no podían ajustar sus "ideas de espacio" a los angostos confines europeos.[9]

Los Estados Unidos colocaron a Haushofer en un dilema exasperante. ¿Cómo conciliar las políticas *reales* de la potencia geopolíticamente ajustada con lo que estas políticas *deberían ser*, de acuerdo con las teorías de *su* ciencia? Hacer que los Estados Unidos se queden en su región geopolítica natural, alejados de las otras dos grandes regiones —el feudo eurásico de Alemania y el Nuevo Orden del Japón en Asia oriental—, es un problema que desconcierta. Haushofer despliega todas sus artes de persuasión para convencer al lector —y convencerse a sí mismo— de las virtudes del aislamiento panamericano. Encuentra que el crecimiento del pueblo norteamericano se halla "racial-biológicamente retardado" y apunta sombríamente las tensiones internas que despedazarán a los Estados Unidos, si este país se aventura más allá de los principios "especialmente definidos" de sus primeros estadistas y penetra en el "universalismo" británico. Pero, en un curioso inciso, Haushofer predice que "la lucha futura por el poder mundial y el destino del Socialismo Nacional se decidirán en América".[10] Menos ambigua es la declaración sobre este tema que formula el más pro-

[9] *Der National Sozialistische Gedanke in der Welt*, Stuttgart, 1933.
[10] Karl Haushofer, *Geopolitik der Panideen*, página 349.

lífico y popular de los colaboradores de Haushofer, Colin Ross, un periodista geopolítico de ascendencia escocesa y austríaca y autor de *Unser Amerika* (Nuestra América). De vuelta en 1938 de una visita a los Estados Unidos, escribió: "Potencialmente, los Estados Unidos son la primera potencia política y económica del mundo, predestinada a dominar éste una vez que abrace con fervor la política de fuerza". [11]

Son pocos los argumentos de los oradores norteamericanos anglófobos partidarios del aislamiento que Haushofer no tenga en la punta de sus dedos, incluído el dogma de que es inevitable un choque entre los intereses norteamericanos y británicos. Los Estados Unidos *podrían* ser una nación renovante, si se atuvieran a sus intereses estrictamente geopolíticos. Haushofer, en muchos incisos, hace la misma taimada sugestión a Gran Bretaña. Este país busca y obtiene, en la guerra que libra para la preservación de su imperio, la ayuda de los Estados Unidos. Pero, al aceptar tal ayuda, hipoteca su imperio en favor precisamente de la potencia que tiene el mayor interés geopolítico en liquidarlo.

Los Estados Unidos, según Haushofer, han lanzado la más reciente de las "pan-ideas salvadoras de espacio": la pan-idea del océano Pacífico. Esta idea, afirma, anima no solamente la política estratégica de los Estados Unidos con respecto a las bases isleñas del centro del Pacífico, sino también el apoyo de los Estados Unidos al Gobierno nacional chino y a la firme insistencia de

11 *Zeitschrift für Geopolitik*, enero 1939.

éste en relación con la "puerta abierta" en China. Los Estados Unidos, en seguimiento de la dominación del ámbito pan-pacífico, se ven abocados a conflictos con el Imperio Británico, Japón y Rusia, potencias las dos últimas que a su vez son rivales en la dominación asiática y tratan de adaptar la idea pan-asiática a sus respectivas ideologías imperialistas. [12] Haushofer ve así la zona del Pacífico como el teatro de una gigantesca lucha entre cuatro potencias mundiales, lucha que, predice, excederá en alcance e intensidad a todas las guerras de Europa.

A ninguna otra zona ha dedicado la *Geopolitik* alemana tanto estudio como a lo que Haushofer llama el "espacio Índico-Pacífico". Esta enorme zona, habitada por los dos tercios de la humanidad, es considerada como el campo de batalla entre el Este y el Oeste. Desde sus vastos confines, se alza el primer desafío a la civilización europea y a su hasta ahora ininterrumpido avance a través del globo. Pero aquí también será Inglaterra, según la opinión unánime de los teóricos de la *Geopolitik*, el país que sufrirá el principal asalto de las agresivas "pan-ideas".

Por muy discutible que sea la existencia de las pan-ideas y por muy insubstanciales que sean las acrobacias de Haushofer en el trapecio ideológico, las conclusiones a que se llega son de una extraordinaria sencillez. Un nuevo orden mundial está tomando forma en torno a varios núcleos regionales: la hegemonía japonesa sobre una Gran Asia Oriental; los Estados Unidos como po-

12 Karl Haushofer, *Raumüberwindende Mächte*, páginas 63-84.

tencia dirigente de las Américas (Pan-América), *si* sabe poner freno a las políticas universalistas; y una Tierra Central dominada por Alemania, con una subregión mediterráneo-norteafricana, bajo la sombra de dominación de Italia. Sin embargo, este orden es en realidad de carácter intermediario. Porque "la Tierra Central impone su dominio sobre la Isla Mundial y la Isla Mundial impone su dominio sobre el mundo".

La estructura de este Nuevo Orden incorporará como bloques de la construcción fragmentos del Imperio Británico y de las "potencias resistentes" menores. Haushofer admite que ninguna de las decadentes potencias resistentes ayudará voluntariamente a la creación de este nuevo orden. Sólo las dinámicas potencias renovantes pueden llevar esto a cabo.

De acuerdo con las enseñanzas de la *Geopolitik,* la política mundial evoluciona hacia varios sistemas continentales y la tecnología acentúa la importancia estratégica de las grandes zonas contiguas. De este modo, está llegando a su fin la era de los imperios marítimos y del libre comercio mundial. Si el razonamiento llega hasta sus conclusiones últimas, el Estado nacional es también cosa del pasado y el futuro pertenece al Estado gigante. En unos cuantos vastos compartimientos, estarán comprendidas muchas naciones. Pero en cada uno de ellos, un pueblo, que dominará una estratégica zona, será el dueño de los demás.

Tales son los principios del Nuevo Orden Mundial de Haushofer, plenamente elaborados años antes de los torpes plagios de Hitler.

Capítulo VI

EL MAQUIAVELO NAZI

En parte alguna de los escritos de Haushofer hay un plan fundamental para la política exterior de Alemania. En el más popular de sus libros, *Política Mundial del Presente* (*Weltpolitik von Heute*) [1], dedicado a Rudolf Hess, Haushofer sintetiza su objetivo como sigue:

"Esta obra está destinada a proporcionar una guía en el estudio de la política mundial. Se basa en el método de la observación geopolítica. Quienquiera que busque en ella un plan trazado para situaciones individuales sufrirá una decepción . . . Lo que importa en esta época de grandes conmociones es que cada individuo, cada grupo y cada gran potencia conozca las fuerzas motivadoras de los acontecimientos políticos mundiales. Sólo así los dirigentes de las grandes potencias pueden determinar la justa división de la tierra . . . Pero las decisiones . . . de la política mundial se proyectan en un fondo de variedad infinita. Las certidumbres sólo existen en el pa-

1 *Weltpolitik von Heute*, Berlín, 1934. En 1937 y 1940, aparecieron ediciones revisadas y aumentadas. Se vendieron aproximadamente 100.000 ejemplares.

pel. Este libro sólo puede ser completado viviendo los problemas políticos y actuando uno mismo frente a la voluntad del oponente en política mundial."

Las enseñanzas de Hauhofer tendían, no a establecer un plan fijo de acción, sino a exponer una serie de principios que permitirían a los gobernantes de Alemania elegir siempre el buen camino. En este sentido, la geopolítica es la base de trabajo de la política exterior alemana.

Tampoco en parte alguna ha reunido Haushofer sus ideas en forma sistemática. A primera vista, su obra parece ser una caótica mescolanza de conceptos sin ligazón. Uno llega a sospechar que Haushofer trata deliberadamente de crear esta impresión decepcionante. Su pedantería maciza está de acuerdo con la tradición académica alemana, según la cual "la profundidad y la inteligibilidad son términos contradictorios". Pero, en la niebla de su oscura prosa, Haushofer halla siempre el camino para volver a las duras realidades de la política exterior alemana. Característico del estilo de Haushofer es que, después de varias páginas de monumentales vaguedades, aparezca claro e inequívoco el consejo a los que tienen a su cargo la política exterior de Alemania.

Ya en 1924, la *Geopolítica del Océano Pacífico* de Haushofer llevaba al lector, a través de varios cientos de páginas de oscura prosa y de hechos detallados, a la idea de que Alemania y el Japón eran socios naturales en la pugna con Gran Bretaña y debían, por tanto, llegar a una alianza. Haushofer preveía un desplazamiento en el equilibrio internacional del Pacífico. La prolongación oriental de este océano, escribió, es un mar interior

de los Estados Unidos, apoyados en sus bases navales del centro del Pacífico, mientras que los baluartes del Japón cierran el Pacífico occidental. Predijo que los Estados Unidos y el Japón se verían enzarzados en una lucha por la posesión de los fragmentos de los imperios británico, holandés y francés. Aquí, exclamó, se encuentra el *nuevo* equilibrio de poder y Alemania, a salvo en su reducto eurasiático, tiene una oportunidad llovida del cielo para actuar de árbitro en la conquista. Cuando se recuerda la escasa fuerza de Alemania en 1924, Haushofer adquiere figura de juez de mucha monta respecto a lo que es y no es posible en política práctica.

Este libro es un buen ejemplo del "método geopolítico" de Haushofer. En *Geopolítica del Océano Pacífico*, los hechos de la geografía política de la zona quedan extensamente expuestos y, aparte los términos técnicos ideados por Haushofer, son pocas las cosas de la descripción que no se encuentren en obras clásicas más antiguas de geógrafos políticos alemanes, ingleses, franceses o norteamericanos. Pero los hechos reunidos están dispuestos de tal manera que ciertas conclusiones muy pertinentes para la política alemana se presentan por sí mismas al lector alemán. Así, si bien Haushofer nunca propuso una alianza germano-japonesa con tantas palabras, compiló con un alarde de objetividad científica una relación de los agravios del Japón contra esas mismas "potencias resistentes" que se oponían a las aspiraciones de espacio de Alemania. Esta argumentación indirecta es un rasgo común de la mayoría de los geopolíticos alemanes y ha servido para que los escritos de éstos parezcan

al lector no alemán más inocuos de lo que son en realidad.

Haushofer indica frecuentemente que sus observaciones están dirigidas a los pocos que saben, a los que dirigen la política exterior alemana. Por muy populares que hayan llegado a ser algunos de sus escritos, Haushofer se considera ante todo el preceptor del *estadista alemán* y sólo secundariamente como el inteligente guía alemán para la mejor comprensión de la *Geopolitik.*

Haushofer expone las condiciones y la misión del experto en geopolítica como sigue: [2]

"Debe poseer los talentos del buen periodista, con un agudo sentido de las noticias; la preparación de un jefe de estado mayor, con su facultad de valorar con precisión la información más diversa; y la sobria erudición del estudioso. Sus escritos no resultarán de fácil lectura, porque deben comprender en unas cuantas páginas la esencia de los más complejos argumentos. Sólo será necesaria cierta fluidez de estilo cuando haya que influir sobre las masas. *La geopolítica científica debería, por tanto, desarrollar un impresionante estilo propio, en forma que retuviera la atención de aquellos hombres poderosos para quienes sus descubrimientos ofrecen un interés práctico.* [3] El experto geopolítico trabaja en un campo que exige esfuerzo incansable y comprensión sutil. *Su recompensa estriba en su capacidad para servir de guía y ayuda al estadista.*" [4]

[2] Véase el artículo *Geopolitik* escrito por Haushofer en el Manual de Ciencia Militar Moderna, Berlín, 1937.

[3] Las itálicas son del autor.

[4] *Weltpolitik von Heute,* página 136.

Se comprende en seguida que esta prescripción fué escrita teniendo presente la relación muy especial que liga al Maestro de la *Geopolitik* con "aquellos hombres poderosos" que tenían un "interés práctico" en sus enseñanzas, es decir, con Hitler y sus lugartenientes. Pero el estadista geopolíticamente ilustrado que es el ideal de Haushofer tiene que tener asegurado el apoyo de la opinión pública educada por lo menos en los rudimentos de la *Geopolitik.*

"La Geopolitik profundiza la comprensión individual de la política mundial. Por medio de esta instrucción, el individuo se convierte en un miembro consciente y disciplinado de la comunidad nacional, al tanto de los grandes objetivos de la política del país y dispuesto a luchar por ellos. *El pueblo alemán sabrá cómo interpretar la más leve sugestión de su jefe y seguirle sin alarmar a la opinión pública del exterior.* [5] La aplicación de los principios geopolíticos y el inteligente trabajo de equipo entre el jefe y su pueblo han proporcionado durante los últimos años muchas victorias sin tan siquiera recurrir a las armas."

En buena parte de sus escritos, Haushofer emplea la primera persona del singular. Profundamente convencido de su propia importancia, Haushofer se muestra muy expansivo en cuanto al papel histórico que ha estado llamado a representar en la vida alemana. Es el papel del educador y, en realidad, en tal concepto la Alemania nazi le ha rendido homenaje. El régimen nazi premió

[5] Las itálicas son del autor.

sus servicios nombrándole Presidente de la Academia de Ciencias y, mucho antes de que recibiera esta prueba de la estima oficial, sus seguidores le habían adjudicado reverentemente el título de Maestro.

Habida cuenta de la enorme producción como autor, es poca cosa lo que resulta en los libros de Haushofer genuinamente nuevo, aun de acuerdo con los niveles de la *Geopolitik*. Haushofer admitió francamente que sus más importantes teorías habían sido tomadas de otros pensadores. Algunos de sus escritos son principalmente refundiciones de escritores extranjeros para beneficio de los lectores alemanes. Aparte Mackinder, Haushofer cita frecuente y extensamente a autores tales como Lord Curzon, James Fairgrieve, Alfred Carthill, Nathaniel Peffer, Homer Lea, Brooks Adams y el Almirante Mahan. Aconseja a sus lectores alemanes que estudien los ocultos orígenes del poder anglosajón en las fuentes anglosajonas y otro tanto hace él, apropiándose, en todas sus partes, de algunas de las teorías descubiertas en sus lecturas inglesas. Cita a Ovidio,"*Fas est ab hoste doceri*", y exhorta a sus compatriotas a "aprender de vuestros enemigos".

La afición de Haushofer a las citas traiciona su falta de ideas originales. El atractivo que tiene para el lector radica en su olfato para las analogías sugestivas y en su poderosa elocuencia. Todos sus libros contienen brillantes percepciones; todos también están plagados de trivialidades increíbles. Haushofer es ante todo un expositor con un sentido agudo del drama de la política mundial. Es en este aspecto como ha triunfado allí don-

de hubiera fracasado un espíritu más creador y menos recóndito. Un espíritu más sobrio y ordenado no hubiera capturado la imaginación de un Hitler a medias instruído. Un hombre menos erudito y menos enfático no hubiera ganado la admiración de los jóvenes historiadores, economistas y geógrafos y de otros jóvenes alemanes a la busca de un nuevo evangelio, de la juventud alemana que se convirtió en las tropas de choque científicas de la *Geopolitik*. Las lecciones de Haushofer en la Universidad de Munich eran escuchadas, año tras año, por una multitud de afanosos estudiantes, muchos de ellos candidatos para los servicios diplomático y consular de Alemania o jóvenes oficiales de la guarnición de la *Reichswehr*. En pocas palabras, Haushofer fundó una escuela.

La obra realizada por la escuela alemana de *Geopolitik* representa un esfuerzo colectivo; las actividades de esta escuela sobrepasan con mucho el alcance de una sola personalidad. Haushofer ha señalado el camino, pero la *Geopolitik* ha cesado hace mucho de ser asunto de un solo hombre o de incluso el grupo de sus inmediatos asociados. Mucho antes de que Hitler subiera al poder, hombres científicamente mejor preparados que el Maestro mismo habían dedicado sus energías a la prosecución de los estudios geopolíticos y la *Arbeitsgemeinschaft für Geopolitik* (Asociación de Estudios de *Geopolitik*) se jactaba de contar con varios cientos de miembros, entre los que figuraban geógrafos, estrategos y antropólogos muy capaces.

No obstante los contactos personales de Haushofer

con Hitler y sus asociados, este grupo de estudios se mantuvo al margen del partido nazi y, en realidad, de todos los partidos políticos alemanes. Los seguidores de la *Geopolitik* no estaban ligados entre sí ni por intereses partidarios ni tan siquiera en cuanto a los modos y medios por los que tenía que obtener la expansión del *Lebensraum* alemán. Algunos de ellos estaban sinceramente convencidos de que todo podría ser hecho por vías diplomáticas; otros sostenían que la guerra era la única solución posible. Todos estaban de acuerdo en un punto: el *Lebensraum* alemán *tenía que* ser ampliado. Entendían que todos los problemas del mundo debían ser estudiados desde este punto de vista. La gran realización de Haushofer consiste en haber despertado el interés de todos por un estudio metódico de la política mundial, en una época en que el papel de Alemania en el mundo parecía haber descendido al de una potencia de tercer orden.

La semilla sembrada por Haushofer germinó y rindió fruto en muchos espíritus y el "método geopolítico de observación" se convirtió en una segunda naturaleza para algunos de los más poderosos hombres de Alemania. Aquí estriba la verdadera importancia de Haushofer. Nada hay más equivocado que exagerar su papel como consejero práctico de los que rigen la política exterior de Alemania. La retardada atención que se le ha dedicado fuera de Alemania no ha ayudado a poner en claro su posición un tanto anómala en la compleja jerarquía de la Alemania nazi. Haushofer nunca ha sido el espíritu rector situado detrás de Hitler ni la Eminencia

Gris del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, como aparece en ciertas informaciones sensacionales o en fantásticas historias "interiores". Reconocer esto no es disminuir en modo alguno la vasta y profunda influencia de las enseñanzas de Haushofer sobre el espíritu alemán y el papel que muchos de los seguidores de Haushofer han representado en la política nacional.

Haushofer se inició probablemente como una celebridad nacional el 26 de agosto de 1939, cuando un artículo titulado "La Revolución Mundial de Hitler", aparecido en el semanario inglés *New Stateman and Nation*, describió cómo Haushofer había utilizado "la alarmante doctrina del eje geográfico de la historia expuesta por el geógrafo inglés Sir Halford Mackinder en 1904, como telón de fondo para ayudar a que se efectuara un acercamiento ruso-alemán, conducente al acuerdo del 23 de agosto". Hermann Rauschning, en su *La Revolución del Nihilismo: Advertencia al Oeste*, había facilitado algún tiempo antes, en aquel mismo año, un sumario de las enseñanzas de Haushofer, con dedicación especial a la influencia de las mismas en la ideología nazi. Pero fué el espectacular cambio de la política de Hitler hacia la Rusia soviética lo que dirigió dramáticamente la atención del público norteamericano y británico hacia Haushofer y la *Geopolitik*.

Se afirmó que el acuerdo Ribbentrop-Molotov señalaba el triunfo del Maestro de la *Geopolitik* sobre la camarilla anti-rusa, dirigida por Alfred Rosenberg, el primer filósofo de Hitler y su antiguo asociado. Se aseguró que este golpe diplomático era la consumación

de las enseñanzas de la *Geopolitik*. Sin embargo, en parte alguna de sus escritos se comprometió Haushofer en cuanto a una prescripción definitiva sobre la política de Alemania respecto a Rusia y sobre la consolidación política de la "Tierra Central". Se ha dicho que Hitler llegó a su acuerdo con Rusia por consejo de Haushofer. Se ha dicho después que el ataque de Hitler contra la U. R. S. S. supuso la caída en desgracia de Haushofer. Esta versión exagera la influencia personal del septuagenario Haushofer y, lo que es más importante, equivoca el sentido de sus enseñanzas. La validez de las teorías de Haushofer no queda afectada por el modo en que Alemania se asegure el dominio de la "Tierra Central". Puede ser por "colonización, amalgamación o conquista". El intento de Hitler de conquistar Rusia puede ser un medio tan bueno para ese fin como su intento anterior de obtener el dominio aliándose con los poseedores *de facto*. A efectos de lo que Haushofer buscaba, el intento de conquista podía ser seguido, si fracasaba, por un nuevo "cortejo" diplomático. No hay motivo para creer que Hitler consultó con Haushofer al tomar su grave decisión. No necesitaba hacerlo. La *Geopolitik*, es la política exterior nazi.

En los escritos de Haushofer, hay muchas cosas que indican que el autor, personalmente, hubiera preferido la "amalgamación" a la conquista. El problema estratégico de conquistar los grandes espacios de Rusia ha sido un tema clásico de la literatura militar alemana desde los días de Clausewitz, quien, en su *Campaña de 1812 en Rusia*, atribuyó la derrota de Napoleón a su

incapacidad de dominar la vastedad rusa. La estrategia de Rusia de retirarse hacia su inmensa zona interior ha sido bien comprendida por no pocos escritores militares. A este respecto, Tolstoi, en *Guerra y Paz,* relata cómo el jefe ruso trató deliberadamente de atraer a Napoleón más y más hacia el interior de Rusia, a fin de obligarle a alargar sus líneas de comunicación. El general Hoffmann, jefe del Estado Mayor alemán en el frente ruso de 1917, estudió hasta la saciedad las ventajas defensivas que obtenían los rusos de la gran longitud de sus fronteras y de la profundidad de su territorio. [6] Oswald Spengler, la cáustica Casandra del siglo veinte, escribió en 1933:

"*La distancia es todavía una fuerza política y militarmente no dominada.* El mismo Napoleón tuvo que aprender esta lección. ¿Qué ventaja obtiene el enemigo de ocupar territorio, por inmenso que sea? Los bolcheviques han desplazado el centro de gravedad de su sistema hacia el Este. *Todas las grandes zonas industriales que tienen importancia para la política de fuerza han sido organizadas al Este de Moscú, en su mayoría al Este de los Urales, hasta en el Altai, y hacia el Sur, en el Cáucaso.* Toda la región al Oeste de Moscú —la Rusia Blanca y Ucrania, que fueron antes la parte más vital del Imperio del Zar— hoy constituye un formidable glacis contra 'Europa'. Puede ser sacrificada sin que se produzca ruptura alguna en el conjunto del sistema. Toda idea de una ofensiva desde el Oeste carece ahora

[6] Max Hoffmann, *La Guerra de las Oportunidades Perdidas* (*Der Krieg der Versäumten Gelegenheiten*), Munich, 1923.

de sentido. Sería un ataque en el vacío." (*Jahre der Entscheidung.*)

Haushofer, que conocía Rusia de modo directo, fué el último en despreciar la dirección militar rusa y el poder de resistencia del soldado ruso. Escribió que la dirección rusa estaba en un todo acorde con los principios geopolíticos y había demostrado que comprendía los principios de "la estrategia del espacio". Si Rusia tenía que ser rápidamente derrotada, sus ejércitos tenían que ser destruídos por cerco y aniquilamiento, antes de que pudieran retirarse hacia el interior. No cabe la menor duda de que Haushofer, como cualquier crítico militar alemán enterado, se daba perfecta cuenta de la magnitud de la tarea emprendida por los nazis cuando se lanzaron a la guerra contra Rusia. Pero nada indica que Haushofer aconsejara la abstención. Su editorial en la *Zeitschrift* y alto funcionario nazi, escribió: ludó la declaración de guerra a Rusia con tanto entusiasmo como su editorial de octubre de 1939 había saludado el pacto ruso-germano. Y el Doctor Vowinkel, editor de la *Zeitschrift* y alto funcionario nazi, escribió:

"¡No hay paralelo entre Hitler y Napoleón! Porque el progreso tecnológico ha reducido el espacio ruso. Si Alemania avanza hasta los Urales, no tendrá ante sí mayor tarea que la que enfrentó Napoleón cuando avanzó hasta el Rin. Napoleón tropezó con dificultades de espacio en Egipto y posteriormente en Rusia, dificultades que no ha de temer Adolf Hitler, aunque avance hasta la India. La superioridad tecnológica del Ejército alemán puede superar fácilmente la vastedad de Rusia."

Ni Haushofer ni ningún otro geopolítico propugnó nunca una política consistente y clara hacia la Rusia soviética. Ninguno de ellos se comprometió a enunciar una prescripción definitiva acerca del modo de consolidar políticamente la "Tierra Central". La Geopolítica es tan carente de principios y tan cínica como la dirección nazi. Desplaza sus fundamentos a medida que la situación política mundial cambia y es precisamente el "método geopolítico de observación" lo que, según Haushofer, permite al estadista ajustar instantáneamente sus planes y tomar decisiones rápidas, "teniendo siempre presentes los grandes objetivos de la política". La *Geopolitik* es para sus adeptos ante todo un modo de pensar y, *en segundo lugar*, un sistema de planes muy elásticos para la progresiva adquisición del espacio vital alemán.

Desde un punto de vista práctico, la función de la *Geopolitik* en la política exterior alemana ha sido sucintamente definida por un miembro de la organización Haushofer dedicado al trabajo "de campo", el Doctor Frank H. Schmolk, "estacionado" primeramente en los Estados Unidos y después en Guatemala. Llamándose a sí mismo un "observador de ultramar íntimamente ligado al espacio vital alemán", Schmolk escribió:

"No es suficiente para un diplomático conocer las estadísticas del país ante el que está acreditado, conocer a sus enemigos en el lugar. Será capaz de dedicarse a una intriga de altos vuelos únicamente cuando sepa más que sus oponentes, cuando sea así capaz de prever las cosas que van a pasar, los acontecimientos que pueden suceder o que tienen que suceder. La calistenia de este

sentido de anticipación (Fingerspitzengefühl) es la *Geopolitik*".

Los puntos de vista del propio Haushofer acerca de las cuestiones de política mundial han experimentado muchos cambios y Haushofer ha recalcado una y otra vez la necesidad de distinguir entre los objetivos de largo alcance y los de corto alcance en política exterior. Suele recordar insistentemente a sus lectores que, por encima de las "relaciones terrestres" relativamente permanentes del Estado, deben ser examinados los múltiples imponderables de las relaciones humanas. "No debe olvidarse", escribió, "que el método geopolítico de observación debe ser provisto de las virtudes heroicas de los hombres y de la devoción al héroe. Por las causas de determinación terrestre, sólo puede explicar una cuarta parte aproximadamente de las cuestiones que plantea la evolución humana. La respuesta a las demás cuestiones ha de buscarse en el alma del hombre, en su voluntad moral y en sus reacciones conscientes ante el medio ambiente."

No todos sus seguidores —no, desde luego, sus discípulos de camisa parda— adjudicaron tan alto valor a los atributos espirituales del hombre cuando proyectaron la adquisición del espacio vital de Alemania. Pero cabe tomar las palabras de Haushofer como demostración de que la *Geopolitik* no puede proporcionar instrucciones tajantes acerca del modo de conducir la política exterior.

Combinando en su persona el soldado, el erudito y el publicista, Haushofer parece haber estado extraordi-

nariamente dotado para la tarea que se impuso: hacer ver a la juventud instruída de Alemania la necesidad de proyectar científicamente una nueva lucha por la obtención de un mayor espacio vital para Alemania. Bajo su dirección, hombres elegidos por su gran capacidad científica se dedicaron a vastas investigaciones en todas las ciencias comprendidas en el título general de geografía. Sus hallazgos pasaron a la suma total de la información o más bien de la *intelligence* o información tal como la entiende el jefe de estado mayor; la Alemania nazi ha obtenido de esta suma total sus más poderosas armas para la guerra política y militar.

El hombre de ciencia preparado geopolíticamente es, sin embargo, sólo uno de los productos de la escuela de *Geopolitik* de Haushofer. La otra gran realización educativa de Haushofer ha sido inculcar en las masas alemanas las ideas geopolíticas. Se han difundido de tal modo los conceptos geopolíticos y es tan abundante la literatura geopolítica alemana que la propia obra de Haushofer ha dejado de constituir el modelo del pensamiento geopolítico de Alemania. Pero las teorías de Haushofer ilustran el método geopolítico de planteamiento y son indispensables para el estudio del desarrollo de la *Geopolitik*.

Las informaciones referentes a la influencia personal de Haushofer sobre los rectores de la política exterior de Alemania han emanado principalmente de fuentes extranjeras. Estas informaciones son en gran parte circunstanciales; hasta ahora, no hay pruebas directas de que Hitler haya buscado o recibido el consejo

de Haushofer en cuestiones de política exterior práctica. Sin embargo, el Instituto de *Geopolitik* ha sido deliberadamente organizado por Haushofer como un "grupo de trabajo" y funciona como una organización colectiva, en forma muy parecida al Estado Mayor General alemán. El Instituto, a través de sus muchos miembros, llega indudablemente a la flor y nata del partido nazi y, por otra parte, ha de suponerse que los altos jefes del Ejército conocen bien la literatura representativa de la *Geopolitik*. En este sentido, no es exagerado decir que las actividades políticas y militares están orientadas por la *Geopolitik*.

Haushofer, apartado de todo misterio, continúa siendo una figura en extremo interesante. A las inarticuladas aspiraciones de sus compatriotas —resentimiento por la derrota y ansia de probar por segunda vez las fuerzas— ha proporcionado una expresión elocuente y metódica. A los nazis, ha transmitido algo de lo que las nebulosas lucubraciones de Adolf Hitler fueron incapaces de suministrar: una doctrina coherente de imperio.

Capítulo VII

LA CIENCIA PORTAMANTEO

Se ha dicho que la *Geopolitik* es otro nombre que se da al alto espionaje realizado en beneficio del Gobierno nazi, y que los expedientes del Instituto de Munich contienen las informaciones más secretas y letales que han recogido en el exterior los agentes especiales de la organización. Aunque cabe que algunos de los muchos corresponsales de Haushofer, estacionados en el extranjero, se hayan dedicado al espionaje militar e industrial, la contribución directa de la *Geopolitik* al servicio de información militar alemán es probablemente insignificante.

La *Geopolitik* afirma que proporciona —sin la ayuda de agentes secretos— armas formidables para la política alemana en la paz y en la guerra. Los geopolíticos se jactan de que su preparación les capacita para extraer de la información al alcance de todos los secretos de la diplomacia internacional y para predecir los acontecimientos. Dicen que es importante obtener los hechos, pero que lo esencial es saber cómo valorarlos y cómo sintetizar los descubrimientos que uno hace.

El dicho favorito de Haushofer es la observación de Disraeli: "El mejor informado es el que gana la victoria final". La *Geopolitik* ha movilizado muchas ciencias y la Asociación de Estudios de *Geopolitik* fué creada por Haushofer con el propósito expreso de constituir una cámara de compensación para la investigación llevada a cabo en varios campos hasta ahora sin relación entre sí. Reiteradamente, Haushofer ha recalcado que la *Geopolitik* es una ciencia sintética y que sus adeptos deben poseer conocimientos enciclopédicos. Su propio afán por datos y todavía más datos ha señalado el camino a sus seguidores.

El reflector de la *Geopolitik* ha dirigido su haz a campos cada vez más extensos. Es manifiesto que el injerto sin distingos de la *Geopolitik* con otras ciencias linda en lo ridículo. Incluso antes de que los nazis se decidieran a regimentar a todos los hombres de ciencia alemanes, la *Geopolitik* se dedicó a orientar a todas las ciencias hacia las exigencias del Estado alemán.

Por ejemplo, ya en 1934, un grupo de jurisconsultos geopolíticos alemanes se ocupó en introducir en el derecho internacional el término "*Lebensraum*" como concepto jurídico. El Profesor Hans Keller es la autoridad más citada en este campo. El principio del *Lebensraum*, dice, se halla en la base del nuevo derecho internacional "alemán". Reemplaza los anticuados principios de derecho internacional establecidos por Francia y Gran Bretaña e interpretados por estos países en forma que sirva a sus políticas. En un libro titulado *El Derecho de las*

Naciones, Adiós al Derecho Internacional, [1] Keller propugna la adopción de principios de derecho internacional basados en las necesidades de Alemania. El profesor de derecho Carl Schmitt, antiguamente asociado con el difunto Ministro de Justicia de Prusia, el geopolítico Hans Kerrl, partió de esta base para demostrar que los nuevos principios se derivaban del "derecho al espacio y al suelo". En un breve tratado titulado *Orden Internacional para Grandes Zonas,* hizo la relación de los términos utilizados en el pasado para definir los derechos territoriales de los Estados y que ahora han quedado anticuados por la existencia del concepto de "Gran Zona". Son: "Esferas de Influencia", "Hinterland" o "Zona Económica", "Contigüidad" y "Zonas Intermedias". Estos términos deben ser sustituídos por más amplios conceptos "espaciales". El concepto de *Raum* ha sido deliberadamente despreciado por las potencias occidentales. Gran Bretaña y Francia estaban únicamente interesadas en las sanciones jurídicas del *status quo,* especialmente del *status quo* de Versalles. Según Schmitt, las autoridades en derecho internacional de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia se empeñaron en aplicar a las relaciones internacionales un "legalismo vacío", sin relación con las cuestiones vivas de la política mundial.

Después, el Profesor Schmitt sondeó en la historia y halló que el derecho internacional del siglo dieci-

1 *Das Recht der Völker,* Berlín, 1935. Véase también F. Giese y E. Menzel, *El Derecho Internacional en el Pensamiento Alemán* (*Von deutschen Völkerrechtsdenken der Gegenwart*), Frankfurt, 1938.

nueve aceptaba virtualmente la teoría del "equilibrio de poderes" y, por tanto, aprobaba "ciertas distribuciones de zonas". Otro principio definido en función del espacio era el de "fronteras naturales", el cual, según Schmitt, había servido al expansionismo francés como una conveniente fórmula legal. Schmitt alabó la Doctrina de Monroe como la más revolucionaria desviación de las antiguas costumbres del derecho internacional. La Doctrina de Monroe original y genuina —no la supuesta falsificación de gobernantes norteamericanos posteriores— aplicó por primera vez en la historia del derecho internacional "un principio de no ingerencia, definido en función del espacio, a una gran zona". No resultaría, advirtió el Profesor Schmitt, copiar meramente la Doctrina Monroe para su uso en Europa y Asia; sin embargo, la doctrina proporcionaba a los geojuristas el precedente para la aplicación del principio del *Grossraum* al derecho internacional.

Schmitt dice que fué el Presidente Theodore Roosevelt quien primeramente pervirtió el significado de la Doctrina de Monroe. Su "diplomacia del dólar" constituyó una fisura en los principios "definidos en función del espacio" que guiaron la política de los Estados Unidos a través del siglo diecinueve. Al participar en una carrera de imperialismo capitalista, los Estados Unidos se movieron dentro del sistema de la finanza internacional dominado por Londres y se unieron al "universalismo" del Imperio Británico. La política "internacionalista" del primer Roosevelt fué seguida escrupulosamente tanto por Woodrow Wilson como por Franklin D. Roose-

velt. Schmitt compara a continuación la Doctrina de Monroe con el principio británico de la "seguridad de las líneas vitales del imperio", llamado hipócritamente, afirma, el "principio de la libertad de los mares". Este principio, concluye, expresaba simplemente la decidida oposición de Gran Bretaña a todo cambio en el *status quo* existente.

Schmitt formula después "el principio de no ingerencia" para la Europa central y oriental —la "Gran Zona" de Alemania— y pide que el mismo sea observado por las potencias "especialmente extranjeras", Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Como conclusión, sintetiza así su concepto del "nuevo" derecho internacional: es la voluntad del Reich, que a su vez deriva su poder del pueblo (*Volk*), lo que constituye la fuerza más compelente en las relaciones internacionales.

Hay, en suma, un solo criterio en el derecho internacional "alemán": ¿Qué beneficia a Alemania? La sutil lógica de Herr Schmitt lleva únicamente al descubrimiento de que no hay derecho internacional de ninguna clase. Sus especulaciones podrían ser dejadas de lado como un trozo de tediosa casuística, si no fuese por el hecho de que la política exterior alemana ha tratado insistentemente de justificar sus acciones con los argumentos "espaciales" de la geojurisprudencia.

Haushofer aprobó con entusiasmo los trabajos de los Profesores Keller y Schmitt. Al reseñar sus publicaciones en la *Zeitschrift für Geopolitik*, señaló no solamente la necesidad de una más vigorosa búsqueda de las verdades geolegales, sino también la de que las mis-

mas quedaran ilustradas por medio de "mapas geo-jurídicos". El Doctor Manfred Langhans-Ratzeburg ha llenado este hueco con un atlas mundial geo-jurídico.

La *Geomedicina* ha sido saludada como otro fruto sintético del gran árbol de la *Geopolitik* y como una de las más prometedoras *Geowissenschaften* (Geo-ciencias). Los trabajos geomédicos —aquí Haushofer felicitó al Doctor Heinrich Zeiss, ex-jefe de sección del Instituto Soviético de Química Farmacéutica y, desde 1933, Profesor de Higiene en la Universidad de Berlín, como al precursor— tratan de educar a los médicos en el "pensamiento geopolítico". Según reseñas críticas de la *Zeitschrift für Geopolitik,* los estudios geomédicos se llevan a cabo en relación con los problemas de sanidad pública que surgen de los desplazamientos de población en gran escala y los principios geomédicos guían al Gobierno nazi en la política de ajustar de nuevo los asentamientos dentro del Reich y en las zonas ocupadas.

La etnología tiene su experto geopolítico en la persona del Doctor Michael Hess, quien distingue entre las razas salvadoras de espacio (*raumüberwindende*) y las razas limitadas por el espacio (*raumgebundene*).[2] Estima que sólo la raza blanca es verdaderamente "salvadora de espacio" y se muestra, en conjunto, escéptico en cuanto a la capacidad de las razas amarillas para desarrollar técnicas "salvadoras de espacio" propias. La palabra "ario" brilla por su ausencia en los escritos de algunos de los seguidores de Haushofer. En sus prime-

2 Véase *Raumüberwindente Mächte,* Leipzig, 1934.

ros libros, Haushofer rechazaba todas las teorías racistas. En su *Geopolítica del Océano Pacífico*, subrayaba el efecto regenerador de la mezcla de las estirpes raciales. Incluso después de la subida al poder de Hitler, se mantuvo notablemente apartado de la manía racista de los nazis. Sin embargo, posteriormente, la voz del Maestro se juntó al coro nazi de los odios raciales.

Hasta ahora, poca atención se ha dedicado en el extranjero a la influencia de la *Geopolitik* en los escritos alemanes actuales sobre economía y sobre la reorganización económica de la Europa nazi. La *Grossraumwirtschaft* — Economía de Gran Espacio— es fundamentalmente un concepto geopolítico. El ideal económico de la *Geopolitik* es una economía que se baste a sí misma y el objetivo primordial de la expansión "espacial" es, según todos los geopolíticos, desde Kjellen a Haushofer, el logro de la autarquía económica.

Las ideas propias de Haushofer en materia de economía son primitivas. Las diversas economías nacionales del mundo se dividen en dos grupos: aquellas organizadas como economías cerradas y aquellas que dependen en gran parte del cambio exterior; la autarquía *versus* la economía comercial es el modo que Haushofer tiene de definir el conflicto económico mundial. Es precisamente esta sencillez lo que atrajo a los discípulos nazis de Haushofer, al Ejército y a muchos de los que veían en las tribulaciones económicas de Alemania después de la primera guerra mundial el fracaso de la economía liberal como tal.

Un cuidadoso estudio de los geopolíticos permite po-

ner en claro que éstos nunca pensaron que Alemania —o, si vamos a ello, ningún país europeo— pudiera esperar el logro de la autarquía económica dentro de sus propias fronteras. La química sintética podría, en el mejor de los casos, idear sustitutivos para algunas de las materias primas que Alemania necesitaba para sus industrias, pero una larga lista de materias primas estratégicas seguiría todavía dependiendo de fuentes situadas fuera de las fronteras del Reich. De un modo análogo, los proyectos de aprovechamiento del suelo y de agricultura intensiva nunca podrían compensar el déficit de Alemania en productos alimenticios obtenidos en el país. Según argumentaban los geopolíticos, sólo había una solución para el problema económico de Alemania: la expansión en el espacio. Agregaban, sin embargo, que era necio buscar los complementos necesarios para la economía alemana en las lejanas colonias. Todas las posesiones de ultramar están expuestas a las mismas tendencias de ámbito mundial que amenazan a los imperios coloniales "al antiguo estilo" y Alemania no podía pensar en forjar los útiles para la dominación imperial que estaban a disposición de Gran Bretaña. Por tanto, el espacio y los recursos necesarios para redondear el sistema alemán de autarquía económica tenían que estar contiguos al Reich o, hablando en plata, Alemania tenía que comenzar por edificar su imperio colonial en Europa. No está de más decir que estas ideas eran aireadas libremente en las publicaciones geopolíticas alemanas mucho antes de que los conceptos ahora corrientes de "*Grossraumwirtschaft*" y "*Wehrwirtschaft*" (economía permanente-

mente movilizada para la guerra) fueran públicamente debatidos en otros círculos alemanes.

El Ejército alemán organizó secretamente, ya en 1926 y bajo el Gobierno republicano, un Alto Comando económico, con la finalidad expresa de estudiar las deficiencias de la economía alemana y de establecer planes para transformarla en *Wehrwirtschaft*. No resulta claro si los geopolíticos fueron los que iniciaron a los militares en sus investigaciones económicas, si la idea prendió primeramente en el Ejército y pasó después al círculo de Haushofer o si los respectivos espíritus de los generales de la Reichswehr y de los geopolíticos viajaron, con independencia entre ellos, por el mismo camino. Sin embargo, es manifiesto que los dos llegaron a la misma conclusión: en circunstancia alguna podía Alemania llegar a bastarse a sí misma. Para librar una guerra larga y en gran escala, Alemania necesitaba mayores conquistas territoriales y necesitaba esto en el mismísimo comienzo de la guerra. Sólo las rápidas conquistas podían proporcionar nuevos recursos antes de que las reservas de Alemania, acumuladas por medio del trueque, de un racionamiento implacable y de la química sintética, hubieran quedado agotadas en el esfuerzo inicial. Estos nuevos recursos podrían entonces alimentar a la máquina de guerra, la cual seguiría marchando sobre conquistas territoriales cada vez mayores y, en tanto siguiera marchando en esta forma, la economía del gran espacio no necesitaba temer una crisis.

Las ideas de espacio vital y de *Wehrwirtschaft* quedaron así fundidas en una. Para ganar el primero, Ale-

mania necesitaba comenzar por desarrollar la economía de guerra; para que esta economía peculiar funcionara, Alemania necesitaba más espacio. Para disfrazar el propósito de la *Wehrwirtschaft,* los voceros nazis explicaban a los hombres de negocios y a los economistas extranjeros que se trataba de algo típicamente alemán y, por tanto, complejo y dinámico. *Grossraumwirschaft,* decían, significaba el predominio económico de Alemania en el Sudeste de Europa. Resulta ahora claro como el agua que, en esta fabulosa economía del gran espacio, el saqueo metódico de todo el continente de Europa era concebido únicamente como el primer plazo del tributo que debía obtenerse de los otros continentes.

La dinámica de la geoeconomía queda de este modo engranada con el ritmo de la expansión territorial. Alemania — y a este respecto cualquier país— no puede asegurar a su Ejército una total independencia económica. No hay burocracia que pueda garantizar a su economía nacional una completa independencia de los mercados del mundo. La máquina industrial-militar burocrática nazi debe ampliarse, como debe ampliarse su territorio. Cuando los mercados alemanes quedan llenos —por imposibilidad de aumentar el consumo, mientras las máquinas siguen produciendo—, hay que buscar salidas en un "espacio vital" adicional.

Los rectores nazis no son ya capaces de detener la máquina; tienen que acelerarla y aumentar su dominio. De este modo, la organización económica establecida con finalidades estratégicas engendra por sí misma la necesidad de la política de fuerza. Arthur Dix, economista

y experto geopolítico alemán en África, escribió: "El dicho conocido de que la guerra es la política hecha con medios diferentes no se aplica enteramente a la guerra económica. La guerra económica se libra incluso en tiempos de paz. La forma que asume cuando estalla la guerra no son nuevas, sino a menudo únicamente fases más violentas de las antiguas".[3]

Los geopolíticos ridiculizan la ciencia económica clásica. "Economía", dijo Kjellen hace treinta años, "es la capacidad del Estado para alimentarse". En torno a esta noción, la *Geopolitik* ha elaborado una complicada teoría económica "demopolítica" propia, basada en un empleo profuso de las estadísticas demográficas. El hecho innegable de la densidad de población de Alemania, densidad que es aproximadamente de 370 habitantes por milla cuadrada —de 578 por milla cuadrada de tierra cultivable—, suele ser citado como prueba incontrovertible de que Alemania no puede *ya ahora* alimentar adecuadamente a su población y que el aumento que se supone ha de tener ésta llevará, en el curso de otra generación, a una mayor declinación en los niveles de vida alemanes. Esta sombría tesis tiene el apoyo de estadísticas que muestran el "insuficiente" rendimiento de la agricultura alemana por habitante y el "insuficiente" cuadro de los yacimientos minerales en relación con la industria alemana, así como el "abundante" espacio del

3 Arthur Dix: *Wirtschaftskrieg und Kriegswirtschaft* (*Guerra Económica y Economía de Guerra*), Berlín, 1936. Para una selección de bibliografía alemana sobre economía de guerra, véase *The Axis Grand Strategy,* Nueva York, 1942, páginas 495-533.

Imperio británico, con una densidad de población de cuatro habitantes por milla cuadrada, y la "abundante" producción agrícola por habitante de los imperios coloniales "al antiguo estilo".

Los teóricos de geoeconomía, apartados de las consideraciones puramente militares, no quedan muy bien cuando son examinados a la luz de la ciencia económica. No se han establecido científicamente cifras máximas en cuanto a la población que la economía de un país tan industrializado como Alemania puede mantener. La densidad de población de Alemania es indudablemente alta. Pero la densidad de población de Gran Bretaña —con 499 habitantes por milla cuadrada o 2.080 habitantes por milla cuadrada de tierra en cultivo— es todavía mayor. Bélgica y Holanda están todavía más densamente pobladas que Alemania o Gran Bretaña.

El Imperio Británico, tomado en su conjunto, está verdaderamente poco poblado, pero una apreciación global carece de sentido cuando se tienen en cuenta las vastas zonas deshabitadas, como por ejemplo, el yermo interior de Australia, las tundras del Canadá y las tierras desérticas de Sudáfrica. Además, la presión de la población en las Islas Británicas ha aumentado y no disminuído con el crecimiento del Imperio. Que esto no puede ser totalmente atribuído a que los ingleses se han hecho más sedentarios y menos *wanderlustig* que sus abuelos, como afirma Haushofer, se demuestra por el hecho de que, en el "dinámico Japón", las grandes adquisiciones territoriales han fracasado por completo en cuanto a disminuir la presión de la población.

El Japón está densamente poblado, aunque tenga menos habitantes por milla cuadrada que Bélgica, Holanda y el Reino Unido. Japón es el cuarto de los países bien organizados en población por milla cuadrada de superficie total. Pero, como buena parte de las islas japonesas es abrupta, es el primer país en población por milla cuadrada de tierra cultivable. En la tierra susceptible de cultivo, cuenta con 760 habitantes más por milla cuadrada que Bélgica, 650 más que Holanda y 820 más que Gran Bretaña.

Pero los japoneses no han emigrado en grandes números a las colonias o a otras partes. En este aspecto, el Japón ha superado a las congestionadas Bélgica y Holanda, las cuales han tenido un movimiento neto de población hacia el interior y no hacia el exterior en las recientes décadas. En cambio, Suecia, con la décima parte de la población del Japón y con una congestión relativa manifiestamente inferior, ha enviado al extranjero más emigrantes que el Japón en el curso del medio siglo último. La emigración neta total del Japón a los países extranjeros, a las colonias y a Manchuria, representó unas 350.000 personas entre 1925 y 1935, una insignificancia si se compara con los 9.500.000 en que aumentó la población japonesa en el mismo período.

La guerra ha hecho más por "resolver" el problema de la presión de la población en el Japón que todos los proyectos japoneses de colonización y de migración regulada por el Gobierno. Pero ésta es una solución que agrada poco a Haushofer, el demógrafo.

"Los estragos de la guerra", escribió, "han causado una catastrófica reducción en el aumento de la población del Japón, de más de un millón en 1936 a 970.000 en 1937 y a 660.000 en 1938. Japón se halla ahora detrás de la U. R. S. S. en cuanto a promedio de aumento".[4]

Esta terrible "solución" del problema de la población parece ser mucho más efectiva que las facilitadas por las conquistas japonesas de *Lebensraum* adicional.

Es evidente que los "geoeconomistas" no intentan tan siquiera contestar al argumento de que Alemania y el Japón hubieran podido obtener por métodos comerciales universalmente aceptados las materias primas y los mercados que la *Grossraumwirtschaft* quiere asegurar y que hicieron un limpio negocio en la época de comercio libre que precedió a la primera guerra mundial. Es inútil señalar que ni los Estados Unidos, ni Gran Bretaña ni Rusia, a pesar de su gran tamaño, se bastan por completo a sí mismos en cuanto a materias primas estratégicas y que el comercio libre de ámbito mundial podría ser todavía el modo mejor de satisfacer las necesidades y de absorber el exceso de producción de todas las economías nacionales individuales.

Muchos más defectos podrían hallarse en la teoría económica del "*Lebensraum*". Pero, a pesar de su endeble lógica, es presentada como la más popular apología de la agresión que hacen los nazis. La *Geopolitik*, en sus exposiciones de índole económica del mismo modo que en sus interpretaciones de otras ciencias, funcionaba

[4] *Zeitschrift für Geopolitik*, agosto 1939.

como un mecanismo docente para condicionar las respuestas del alemán medio a la dirección política. Cuando Hitler deseaba apelar a un argumento en justificación de su política exterior, casi siempre se refería a la gran densidad de la población de Alemania y a la vastedad de las zonas y las riquezas del Imperio Británico, los Estados Unidos o Rusia, dependiendo de qué nación elegía como blanco. Para su auditorio, hábilmente imbuído de la idea de la "presión de la población", estas referencias suponían un mensaje significativo [5]. El constantemente repetido tema del exceso de población de Alemania es aceptado ampliamente entre los alemanes como un argumento poderoso en favor de la expansión territorial y ha engendrado en la psicología nacional alemana una verdadera claustrofobia.

5 "Es sencillo para los estadistas de otros determinados países... resolver sus problemas económicos, en comparación con las dificultades que ha de enfrentar Alemania. ¿Por qué han de hablar de necesidad quienes tienen quince o veinte veces más territorio por habitante del que nosotros tenemos? ¿Por qué han de hablar de dificultades cuando tienen a su disposición todas las materias primas de la tierra?... Las 130 personas que viven en cada kilómetro cuadrado de Alemania no pueden hallar en su país el alimento adecuado... El pretexto de que las colonias no nos servirían gran cosa es inexacto. Un gobierno que, como el de Alemania, logra tan innegables resultados económicos sería capaz de administrar las colonias en forma productiva... Tenemos en Alemania sesenta y ocho millones de habitantes, sesenta y ocho millones de seres que desean vivir, ser alojados, vestidos y alimentados. No hay tratado en el mundo que pueda cambiar esto. El niño que viene al mundo llora pidiendo leche y tiene derecho a esta leche. Un estadista debe dar al pueblo lo que éste necesita." Hitler en la Concentración del Partido en Nuremberg, setiembre de 1936. En un discurso pronunciado en Berlín el 10 de diciembre de 1940, Hitler señaló con indignación el hecho de que "46 millones (de ingleses) dominan y gobiernan un territorio total de unos 40.000.000 de kilómetros cuadrados, mientras que 85 millones de alemanes tienen un espacio vital de menos de 600.000 kilómetros cuadrados".

Capítulo VIII

"GEOPOLITIK" DE GUERRA

La inteligencia militar pasa del vencedor al derrotado. — Haushofer.

La *Geopolitik* elabora sus ideas internacionales en términos estratégicos. Medida por el mismo rasero de las ciencias sociales, tal como éstas son enseñadas en las universidades norteamericanas, inglesas y francesas, la *Geopolitik* no es una ciencia. Pero el grupo de Haushofer no se preocupa en lo más mínimo por la verdad científica, sino por la *Realpolitik* y la guerra. Es una escuela de estrategia. "La guerra" escribió Rudolf Kjellen, "es el laboratorio de la *Geopolitik* y los estados mayores deben ser academias de ciencias". El genio de organizador de Haushofer proporcionó a la máquina de guerra alemana el equipo científico de la geografía política.

Geopolíticamente hablando, Alemania no se lanzó a la guerra en 1939; ha estado en guerra todo el tiempo. Porque, en *Geopolitik*, no hay distinción entre la guerra y la paz. Todos los Estados tienen el afán de extenderse y el proceso de expansión es considerado como una guerra

perpetua, con prescindencia de que el poder militar se aplique realmente o se utilice como auxiliar de la diplomacia "pacífica", en calidad de amenaza en suspenso. Así, el Doctor Otto Maull, un íntimo colaborador de Haushofer, observa:

"Si miramos a distancia, el proceso de expansión no se nos aparece como consistente meramente en avance, ocupación y repliegue. Se repiten con insistencia avances que se parecen a las operaciones militares tácticas de flanqueo, cerco y ruptura." [1]

Un ejemplo sugestivo de estas operaciones estratégicas en gran escala en tiempos de paz es la anexión en 1908 por parte de Austria de la Bosnia-Herzegovina, la primera conquista "incruenta" de la época moderna y movimiento que flanqueó a Servia y fué la punta de lanza de la subsiguiente "irrupción" en los Balcanes. Desde los días en que el Doctor Maull escribió, pueden ser citados otros ejemplos de este tipo de alta estrategia geopolítica, como la anexión de Austria, que "flanqueó" a Checoslovaquia, y la anexión italiana de Albania, que "flanqueó" a Yugoslavia.

De este modo, no hay distinción real en *Geopolitik* entre la estrategia política de la paz y la estrategia militar de la guerra. Sin embargo, la aplicación militar estricta de los métodos geopolíticos es llamada por Haushofer "*Wehr-Geopolitik*", lo que puede ser descrito del mejor modo como geopolítica militar.

[1] Otto Maull, *Politische Geographie*, Berlín, 1925, pág. 96. Citado por J. N. Spykman y Abbie A. Rollins, *Geographic Objectives in Foreign Policy*, en la *American Political Science Review*, junio de 1939, pág. 393.

La propia obra de Haushofer, *Wehr-Geopolitik*, es un intento un tanto raído de definir la geopolítica militar como una rama especial de la *Geopolitik* en general. Trata de la influencia sobre la estrategia militar de la topografía, el clima, la geología, la fauna y flora y las modificaciones del paisaje por la mano del hombre. Según el autor, la *Wehr-Geopolitik* es parte de la alta estrategia y no se propone rivalizar con la "geografía militar antigua".

La *Wehr-Geopolitik* no contiene mapas y consejos, como se ha dicho, para un ataque contra los Estados Unidos. Pero contiene sugestivos análisis acerca de la importancia estratégica de Islandia y de los accesos árticos al continente de América del Norte, así como temas relacionados con los anteriores, como los problemas de la guerra en la zona del Ártico y en los bosques de lluvia de los trópicos y las ventajas para la estrategia aérea de los Estados Unidos de la "profundidad de espacio". El libro no revela nada que no conociera desde hace tiempo la ciencia militar. Únicamente por las referencias a especialistas en campos tales como la climatología, la meteorología y la medicina se siente el lector inducido a preguntarse si la *Wehr-Geopolitik* no es tal vez la cortina de humo de publicidad para un trabajo de investigación muy deliberado y competente llevado a cabo en silencio para beneficio del Ejército alemán.

Varios de los hombres de ciencia a que Haushofer se refiere en *Wehr-Geopolitik* se hallan en la lista de colaboradores regulares de la *Geographische Mitteilun-*

gen, la más antigua e importante de las revistas geográficas de Alemania, publicada por los famosos editores de mapas Justus Perthes, Gotha. En esta publicación, se encuentran artículos muy técnicos, como, por ejemplo, los estudios del Doctor Herbert Lembke, un miembro de la Asociación de Estudios de *Geopolitik,* sobre temas de interés para la *Wehr-Geopolitik,* como las condiciones climáticas y meteorológicas del Asia Menor y de Escandinavia. [2]

Artículos análogos explican mucho por qué las operaciones militares de Hitler por tierra, aire y mar se ven tan a menudo favorecidos por el tiempo adecuado y ponen de relieve la observación de Haushofer en *Wehr-Geopolitik* de que los estudios climatológicos y meteorológicos son indispensables para proyectar y preparar las operaciones militares en gran escala. Una serie de artículos firmados por cierto Doctor Jusatz tratan de otro tema para el que Haushofer recomienda en *Wehr-Geopolitik* detenido estudio: los problemas "geomédicos" de Rusia. [3] Un artículo titulado "Investigación Geomédica de las Epidemias" subraya la relativa frecuencia de epidemias de cólera, fiebre tifoidea y viruela en ciertas regiones de la Rusia europea. Un Profesor, Heinrich Zeiss, que figura también en el grupo de Haushofer, publicó mapas que muestran la distribución geográfica de ciertas epidemias en Rusia y Asia Menor y la inmunidad de ciertas regiones en lo que se refiere a enfermedades epidémicas. El Doctor Zeiss señaló la importancia

2 *Geographische Mitteilungen* de Petermann, julio-agosto, 1940.

3 Doctor Jusatz, *Geographische Mitteilungen,* junio, 1940.

para el Alto Comando alemán de un preciso conocimiento previo de lo que denominó: "factores geomédicos", los cuales habrían de ser tenidos en cuenta en determinado teatro de la guerra.

Hojeando los volúmenes anuales de esta revista geográfica científica alemana, se obtiene una prueba convincente de que ha sido atendida la petición de Haushofer en el sentido de una colaboración íntima entre todas las ciencias que forman las ramas de la *Geopolitik*. Un impresionante número de artículos firmados por colaboradores científicos de Haushofer están dedicados a temas específicos y a zonas geográficas que posteriormente han interesado directamente al Alto Comando alemán.

"El lego puede creer", escribe Haushofer, "las explicaciones sencillas de acontecimientos como la repentina aparición de Napoleón en Suebia en 1805 o las actividades de Lawrence en Arabia. Puede creer que los éxitos de estos jefes son debidos a preparaciones inmediatas tales como, por ejemplo, el espionaje. Sin embargo, triunfaron en realidad en sus espectaculares hazañas a causa de su superioridad y su preparación en el campo del conocimiento geográfico y etnológico aplicado a la guerra".

Lo que atribuye a esta observación una importancia especial es el trabajo de equipo al servicio del Ejército alemán de los hombres de ciencia alemanes, con su precisión puntillosa y su diligencia de hormigas.

Lo que Haushofer entendía por "superioridad y preparación en el campo del conocimiento geográfico" queda

bien ilustrado por un siniestro pasaje en la *Zeitschrift für Geopolitik* de enero de 1939.

"Una de las virtudes de la geopolítica de guerra de los japoneses", escribió Haushofer, "es haber estudiado sus futuras cabeceras de puente de invasión mucho antes de que la situación política mundial les permitiera aprovecharse de su conocimiento. *Están muy al tanto de las características geográficas de puntos de desembarco tales como Davao y Luzón, el río Yalu y Vladivostok, la bahía de Kamranh y el Shat-el-Arab*". (Las itálicas son del autor.)

El versátil Haushofer también se adentró en la psicología. La relación de "la psicología del paisaje" con el espíritu militar, escribió, nunca fué percibida plenamente durante la guerra mundial de 1914-1918 por el Alto Comando alemán. Sin embargo, esta relación merece la más detenida atención en las cuestiones que afectan al personal militar. Haushofer estimó que las dificultades de Napoleón en Baviera y en el Tirol fueron debidas en gran parte al efecto psicológico que produjo sobre los soldados franceses aquel paisaje poco familiar de las montañas alpinas, con sus sombríos bosques y sus elevados picos. Sostuvo que el fracaso de las fuerzas aliadas de desembarco en Archangel en 1919 se debió en considerable medida al efecto deprimente de la tundra desolada sobre los soldados franceses e ingleses, acostumbrados a paisajes más íntimos y hospitalarios. De modo análogo, atribuyó parcialmente los reveses de las fuerzas bolivianas en la guerra contra el Paraguay de 1935-1936 al efecto desmoralizador de la melancolía

tropical del Gran Chaco sobre el ánimo de los montañeses de Bolivia. [4]

Hay en esta rama de la obra de Haushofer el mismo vasto acopio de datos que sobrecargan todos sus escritos. En *Wehr-Geopolitik*, no se desarrollan teorías nuevas, como no se llame teoría a la máxima "En la guerra, uno tiene que pensar en todo". Cabe dudar del valor científico de las observaciones de Haushofer, pero, a lo que parece, el Alto Comando alemán ha tenido algunas de ellas muy en cuenta. Por ejemplo, los tropas alemanas destinadas al servicio en el exterior son elegidas con especial consideración a las condiciones climáticas de su país en relación con las que imperan en el presunto teatro de la guerra. Así, los regimientos reclutados en los distritos alpinos de Austria y Baviera fueron enviados a Noruega, donde el montañés se aclimata rápidamente. Los expertos en geomedicina y geopsicología [5] han tenido oportunidades para aplicar su nueva ciencia en tropas elegidas para prestar servicio en el desierto de Libia y en el extremo norte de Noruega y Rusia; según se dice, las pruebas de laboratorio, con condiciones simuladas parecidas a las imperantes en el desierto africano y en la zona ártica, han servido para determinar la aptitud de los hombres para el servicio en esas regiones.

4 En su discurso ante el Reichstag del 26 de abril de 1942, Hitler parafraseó las observaciones de Haushofer sobre el paisaje y el espíritu militar. Dijo: "Quienquiera que haya visto las vastas extensiones del Este debe darse cuenta de la depresión psicológica que destruyó en 1812 al ejército francés."

5. La *Geopsyche* es considerada por H. Jusatz como una "geociencia" especial. La obra clásica es *Geopsyche* de Willy Hellpach, Leipzig, 1939.

Algunas de las preocupaciones puramente militares de los geopolíticos se reflejan en la abundante literatura dedicada al traslado de industrias y poblaciones. Sauermann [6] y Rupert von Schumacher son dos geopolíticos que se han especializado en este campo durante los diez últimos años. En sus libros y artículos se estudian la amenaza potencial del bombardeo aéreo contra los centros industriales de Alemania en la Renania y en Silesia y las medidas para el traslado sistemático de industrias y poblaciones obreras a "zonas protegidas". Rupert von Schumacher [7] describió los planes técnicos del reajuste regional de la industria alemana en caso de guerra como la rama militar de la "Geotecnia". Schumacher llegaba a la conclusión de que el desplazamiento de industrias y de población como medida defensiva contra el ataque aéreo está poniendo en movimiento en todas partes procesos sociales y económicos que ya nunca podrán ser anulados. Estos procesos deben ser guiados por políticas de largo alcance, como "la estrategia de espacio".

Haushofer insistió —mucho antes de que fuera revelado por los nazis el rearme de Alemania— en que el oficial alemán debía conocer la dinámica espacial de la guerra moderna. En 1931, escribió: "El gran concepto de espacio en la geografía de la política, las comunicaciones y la economía exige que los valores de espacio sean examinados en sus más amplios aspectos. Es ésta

6. Sauermann, *Raumforschung und Raumordnung*, vol. 4, página 280, 1940.

7. Teoría de Estrategia Espacial (*Zur Theorie der Raumstrategie*), *Zeitschrift für Geopolitik*, página 779, 1934.

una condición preliminar para la geografía militar." Es así cómo Haushofer, a su modo típicamente oblicuo, propuso que el oficial alemán emprendiera el estudio de las diversas disciplinas geográficas, por vía de la gran ruta de la *Geopolitik.*

El más importante discípulo de Haushofer en el campo de la enseñanza de la *Wehr-Geopolitik* es Ewald Banse, cuyo libro *Raum und Volk im Weltkriege* (*Espacio y Pueblo en la Guerra Mundial*), traducido al inglés con el título *Germany Prepares for War* (*Alemania se Prepara para la Guerra*), causó sensación en Gran Bretaña en 1933. Banse, Profesor de Ciencia Militar en el Colegio Técnico de Brunswick y miembro de la Asociación de Ciencias y Acción Militares, ejerció una considerable influencia en la preparación del cuerpo de oficiales del Tercer Reich. Aunque los voceros nazis disminuyeron deliberadamente la importancia de Banse, con el fin de calmar al extranjero alarmado por la terrible belicosidad de los escritos del profesor, el citado libro expuso con precisión, aunque discretamente, las ideas sobre la guerra moderna de los jefes políticos y militares de la Alemania nazi. Banse sopesaba el potencial militar de las grandes potencias por medio de la geografía, la cual tenía para él el siguiente sentido:

"...el método mejor de describir los países del mundo y sus habitantes, en forma tal que sus caracteres individuales, en relación con la interposición mutua de los factores históricos, territoriales y psicológicos, pueden manifestarse tan precisa y vivamente como sea posible."

También se estudia en este libro con franqueza reveladora el problema de la invasión de Inglaterra y de una guerra potencial contra los Estados Unidos.

Banse evitó cuidadosamente en sus escritos la palabra *Geopolitik.* A pesar de estos celos profesionales, colaboró con varios artículos en la *Zeitschrift für Geopolitik* y ha merecido alabanzas generosas de Haushofer por su contribución independiente a dicha "ciencia". En verdad, la mejor definición de la *Wehr-Geopolitik* es de Banse.

"El antiguo geógrafo", escribió, "no dedicaba atención ni a la tierra ni al pueblo, sino que se quedaba en el bajo nivel intelectual de los rasgos físicos y de la población, entre los que no era capaz de hallar una relación íntima. Si aplicamos nuestra interpretación a la geografía de guerra, resulta inmediatamente manifiesto que detrás de los acontecimientos de todo conflicto se hallan dos nociones estrechamente ligadas: el territorio y el pueblo".

CAPÍTULO IX

EL MUNICH INTERNACIONAL

En 1933, Haushofer fué nombrado por Hitler presidente de la Academia alemana. En el mismo año, su colaborador de largos años, Kurt Vowinckel —editor de la *Zeitschrift für Geopolitik*—, fué nombrado presidente de la *Kulturkammer* del Reich. Ambos honores eran símbolos de la preeminencia de la *Geopolitik* como la más nacional de todas las ciencias de la Alemania nazi.

Bajo el título general de *Geopolitik*, se constituyeron muchas organizaciones, públicas y privadas, para realizar trabajos científicos y docentes y publicar libros, mapas y revistas. Todas estas actividades recibieron la bendición oficial del Gobierno; algunas de ellas fueron fomentadas con generosas subvenciones. A juzgar por los amplios y lujosos locales y por el numeroso personal del Instituto Geopolítico de Munich, el Tercer Reich ha gastado pródigamente grandes cantidades de dinero en su ciencia favorita.

El Instituto de *Geopolitik* de la Academia alemana es la organización principal para la investigación geo-

política. Se halla bajo la dirección personal de Haushofer y de su hijo Albrecht, un autor prolífico por propio derecho. Bajo la inspección de los dos Haushofer, un gran plantel de especialistas lleva a cabo vastas investigaciones. Aparte los expertos en geografía y ciencias afines —antropología, biología, etc.—, son miembros del Instituto economistas, sociólogos, especialistas en ciencia militar, demógrafos, profesores de derecho y médicos. No todos ellos son figuras de reputación o mérito. Algunos son recién llegados al campo de la *Geopolitik.*

La más destacada contribución del Instituto al campo de la geografía política es una larga relación de estudios regionales. Se trata de trabajos al día y detallados acerca de la economía, la política, la historia y las aspiraciones geográficas de, virtualmente, todos y cada uno de los Estados del mundo. Una parte desproporcionadamente grande de la bibliografía de la *Geopolitik* se refiere al Medio y Lejano Oriente y a la América latina, es decir, a las "zonas de tensión". Algunos de estos trabajos revelan una capacidad científica de primer orden; otros son de escaso mérito, si la medida son los niveles científicos universales. Sin embargo, todos reflejan la dirección del Instituto hacia un fin; el Instituto sólo incidentalmente se interesa en la investigación científica por puro amor al saber. Fundamentalmente, está interesado en reunir información útil en interés de la política exterior, la propaganda y la estrategia militar de Alemania.

La *Zeitschrift für Geopolitik,* fundada en 1924, es

la empresa privada de Haushofer y del Doctor Vowinckel. Contiene el pensamiento geopolítico del día y todos sus artículos son muy semejantes en lo que respecta al empleo de la jerga geopolítica. Corresponsales estratégicamente situados, alemanes y extranjeros, mantienen la revista al día en asuntos de interés político y militar de todo el mundo. [1] Como vocero del Instituto, la revista circula mucho ahora por los círculos científicos, las bibliotecas y los elementos nazis destacados. Es muy seria y evidentemente se complace con su austeridad científica.

Además de artículos, la *Zeitschrift für Geopolitik* contiene una reseña de los acontecimientos de "interés geopolítico". En estos comentarios de actualidad, hay algunos notables trabajos informativos acerca de asuntos militares, nacionales y extranjeros. Hay también, reseñas de libros, mapas y, ocasionalmente, boletines publicados por otras organizaciones geopolíticas. Haushofer colabora en cada número con un editorial titulado "Informe sobre el Espacio Índico-Pacífico", en el que hace una reseña de los libros recientemente publicados en el

1 El número especial de la *Zeitschrift für Geopolitik* relaciona como colaboradores a Jacques Ancel, Profesor de la Sorbona, París; Profesor Doctor S. Feter, Santa Fe, Argentina; E. Buelcher, Swakopomund, África del Sudoeste; Bertrand Haase-Besell, Dresden; Doctor Albrecht Haushofer; profesor Doctor Karl Haushofer; Hans Hummel, A. E. Johann, Berlín; Profesor Ernesto Mani, Milán; Klaus Mehnert, Honolulú; Profesor Doctor Waldemar Neser, Heidelberg; Doctor Kurt Roepke, Leipzig; Colin Ross, Indochina; Profesor Doctor Jon San-Giorgiu, Bucarest; Profesor Doctor B. K. Sarkar, Calcuta; Wolf Schenke, Hong Kong; Doctor H. T. Scheper, Berlín; Frank H. Schmolk, Guatemala; Rupert V. Schumacher, Berlín; Profesor Doctor J. C. Sleeswijk, La Haya; R. S., Tokio; Kurt Vowinckel, Heidelberg; Siegfried Waneke, Manchukuo.

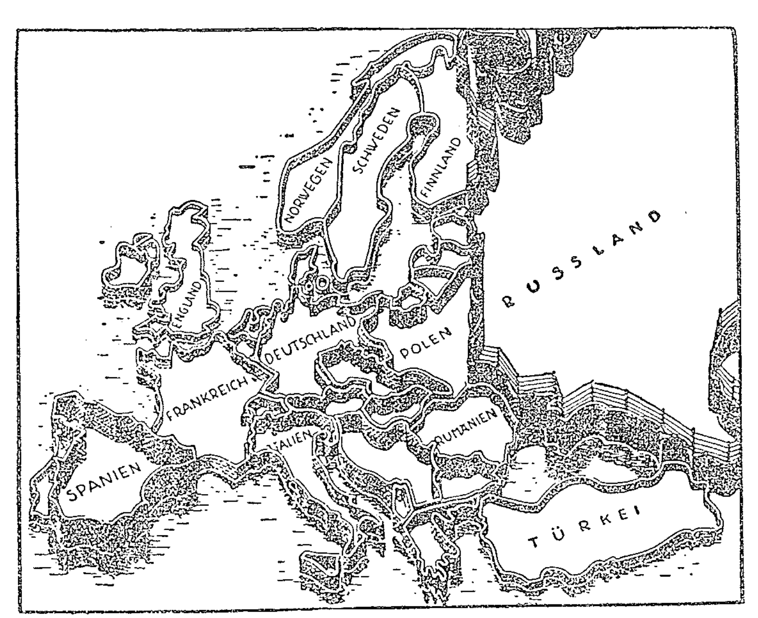
país y en el extranjero sobre el Lejano Oriente. El hijo de Haushofer, Albrecht, tiene a su cargo una sección análoga acerca del "Espacio Atlántico". Cuatro suplementos trimestrales están dedicados a la economía, campo en el que los dos Haushofer son espectacularmente ignorantes y que ambos lo dejan con agrado en manos de los expertos. Desde 1937, se han dedicado con regularidad suplementos a la radio, la más reciente fuerza "salvadora de espacio". Incluso en Alemania, el hombre de la calle nunca ha puesto los ojos en la *Zeitschrift für Geopolitik* y sabe muy poco del laboratorio de ideas del Herr Professor Haushofer. Pero las muy mezcladas autoridades nazis de instrucción pública y de propaganda procuran que se incluyan adecuadas dosis de *Geopolitik* en el alimento intelectual del alemán medio.

Para difundir los hallazgos de la *Geopolitik*, son indispensables mapas de toda clase y condición. Según Haushofer, no hay teoría geopolítica que no pueda ser ilustrada por medio de mapas; la cartografía alemana, por su parte, ha aceptado este principio. Los mapas geopolíticos abarcan todos los temas concebibles y están destinados a los públicos más dispares. La *Geopolitik* es un sermoneo en mapas.

El papel que han representado los mapas en la educación alemana —mucho antes de que se oyera hablar de Hitler o de la *Geopolitik*— no ha sido apreciado debidamente fuera de Alemania. Los alemanes han sido siempre geógrafos y aficionados a los mapas. Se les enseñó a que examinaran la política internacional por medio de mapas y los atlas detallados formaron parte

del equipo corriente en todas las clases de los centros de segunda enseñanza y de las universidades. [2]

Durante generaciones y desde el primer grado en adelante, se enseñó a los alemanes a leer los símbolos



II. — El "sugestivo" mapa "Fronteras económicas de Europa"; reproducido en *Grenzen,* de Haushofer, Berlín, 1927.

cartográficos. Estos símbolos han representado un importante papel en la instrucción. Los lemas de la política exterior alemana, como *Drang nach dem Osten, Mittel-*

2 Los mapas, especialmente los publicados por los famosos cartógragos Justus Perthes, de Leipzig, eran artículo de exportación alemán muy solicitado. La Real Fuerza Aérea, en sus operaciones sobre el continente, utiliza mapas alemanes y los geógrafos británicos se han lamentado de que la cartografía británica sea inferior a la alemana.

europea y Berlin-Bagdad, entran por los ojos por medio de mapas en relieve, los cuales, desde los días de la escuela, intervienen en la formación intelectual de todo alemán.

Con el florecimiento de la *Geopolitik,* se abre una nueva página en la instrucción pública y en la propaganda popular de Alemania. El *Lebensraum,* bellamente coloreado, sigue a la juventud alemana en todas las fases de la educación. Los mapas de propaganda se distribuyen en carteles, en atlas, en películas, en revistas, folletos y periódicos y hasta en estampillas de correos. Adornan los edificios públicos, los escaparates de los libreros y las paredes de innumerables hogares. Los mapas son así un medio de exponer ante el público alemán la política exterior de los nazis, con sus objetivos y su justificación.

El Servicio Cartográfico del Pueblo Alemán es una empresa de publicidad en gran escala, dedicada especialmente al comercio de mapas y atlas geopolíticos con fines educativos. Sus mapas baratos y vistosos se utilizan principalmente para la enseñanza de la historia y sirven como una ilustración muy caprichosa de la expansión y reducción alternadas del *Lebensraum* alemán a través de las edades. No buscan con empeño la precisión cartográfica y tratan más bien de enseñar historia. Ejemplo típico de su exactitud histórica es la fantástica afirmación de que toda Europa fué en una u otra época "germánica".

Lo que todo muchacho y toda muchacha deben saber acerca de *Geopolitik* se halla expuesto, en estilo elemental, en *Vom Deutschen Volk un seinem Lebensraum* (*El*

Pueblo Alemán y su Espacio Vital), catecismo de millones de jóvenes nazis. Las *Nationalsozialistische Schulungbriefe* (*Cartas Educativas Socialistas Nacionales*) son una serie semanal de folletos ilustrados con mapas, dibujos topográficos y fotografías, destinado todo ello a familiarizar a la juventud con los rudimentos de la ciencia geopolítica. El editor, Karl Springeschmid, es el autor de libros populares de *Geopolitik* y coautor de libros de texto y atlas oficialmente aprobados para uso en las escuelas. Springenschmid es editor también de un atlas "geoeconómico" popular, en el que se muestran la distribución de materias primas, las "presiones de población" relativas de parias económicos como Alemania, Italia y Japón y, por medio de flechas, las zonas en que ha de buscarse alivio a la necesidad económica y a la presión de los habitantes. Mapas y comentarios inculcan la lección de que todos los problemas económicos se resuelven por sí mismos con la expansión espacial. Otra información reciente son las películas cinematográficas que describen la progresiva adquisición de *Lebensraum* por parte de Alemania. En la introducción de *Victoria en el Oeste,* la película de propaganda alemana, aparecen mapas en movimiento que muestran "de modo realista" la conquista de Polonia.

La más alta autoridad en materia de enseñanza geopolítica es la Asociación de Estudios de *Geopolitik* (*Arbeitsgemeinschaft für Geopolitik*), la cual incluye entre sus miembros a cierto número de docentes destacados. Figuran en su nómina varios instructores de las famosas *Ordensburgen,* las escuelas oficiales para la

formación de los burócratas del partido. Una filial de esta organización es el Grupo de Estudios de Geopolítica de la Asociación de Maestros Socialistas Nacionales.

La Oficina de Investigación Espacial del Reich (*Reichsstelle für Raumordnung*), con sede en Berlín, es también un vástago de la Asociación de Estudios. Durante muchos años, fué su presidente el difunto Hans Kerrl, una de las principales hechuras de Hitler, primeramente Ministro de Justicia de Prusia y después Kultus Minister —Ministro de Cultos— del Reich. Fué Kerrl quien, en los primeros días de la revolución nazi, afirmó que el derecho alemán prescindiría de la objetividad como de un concepto no alemán de la justicia. Kerrl era un admirador de Haushofer desde los días de Munich del movimiento nazi y, como Hess, parece haber actuado como intermediario entre el Maestro y los jefes del partido.

La Oficina se organizó en 1935 como un instituto oficial. Publica varios periódicos, entre los que es el más importante la *Revista de Investigación y Organización del Espacio* (*Raumforschung und Raumordnung*), publicación mensual. También publica estudios y documentos especiales como ente asesor del Gobierno en los planes geopolíticos. En octubre de 1939, preparó planes para la desmembración de la conquistada Polonia y trazó los lindes administrativos de la monstruosa *Gobernación General* de Polonia, especialmente creada para la explotación y la supresión metódica del pueblo polaco.

La propaganda exterior de Alemania está llena de material geopolítico. Las muchas agencias nazis, declara-

das o disfrazadas, de guerra política y de propaganda en el exterior están todas ellas provistas de literatura geopolítica. Los mapas geopolíticos han representado un gran papel en hacer de los alemanes que viven en el extranjero un "pueblo consciente". Hay mapas que muestran a la Suiza alemana del mismo color del Reich y mapas que, con la misma sugestiva coloración, muestran las zonas pobladas por inmigrantes alemanes en Hungría, Rusia, Brasil y los Estados Unidos. A lo que parece, estos mapas pueden pasar las fronteras sin inspirar las sospechas que provoca la literatura impresa. Además, tienen una gran ventaja sobre la palabra impresa: su mensaje explosivo es transmitido en un relámpago. En la hoja informativa de la Biblioteca Alemana de Información, de Nueva York, hoja titulada con eufemismo *Facts in Review* (Reseña de Hechos), se incluyeron estereotipos geopolíticos. El siguiente artículo es un buen ejemplo de *Geopolitik* de exportación:

"... *Lebensraum* significa simplemente "espacio vital" y es el producto de una actividad política artificial o el resultado natural de la situación y el ambiente geográficos. El "espacio para respirar" de Gran Bretaña se convirtió en el Imperio Británico, disperso por el globo, pero enlazado por las líneas de comunicación británicas, las líneas vitales del imperio. 'Línea vital-*Lebensraum*.' Mientras Inglaterra tiene la posibilidad de asegurar su existencia mediante cambios económicos dentro de los límites de su Imperio, Alemania no puede satisfacer sus necesidades vitales dentro de las fronteras del Reich. Las tierras al Sudeste de Alemania son de

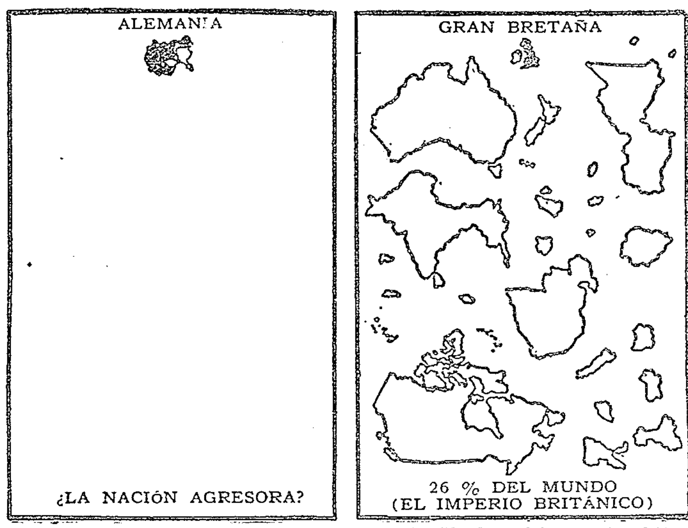
un tremendo valor para el Reich. Si alguien intenta bloquear este cambio mutuo de bienes entre países, Alemania tiene necesariamente que considerar hostil un acto así, del mismo modo que lo haría Inglaterra respecto a cualquier intento de cortar sus llamadas líneas vitales del Imperio. La diferencia fundamental entre el *Lebensraum* y la 'diplomacia financiera' se halla en la estudiada acción política de un país. El sistema económico inglés es imperialista y capitalista. Aquí se halla la cuestión entre Inglaterra y Alemania: el conflicto es entre una *fuerza legítima natural representada por Alemania* que trata de expresarse a sí misma y un expediente político artificial representado por Inglaterra que se devora a sí misma por propia naturaleza. Cuanto antes comprenda el mundo este conflicto y los problemas que encierra, será mejor. *La doctrina del Lebensraum debe ser admitida por todo el mundo, del mismo modo que la Doctrina de Monroe*". [3]

El texto precedente fué ilustrado por mapas que mostraban la superficie de Alemania junto a un mapa mundial que agrupaba la superficie total del Imperio Británico, sin hacer mención de la autonomía de los Dominios. Además, se incluían cifras relativas de densidad de población por milla cuadrada para dar fuerza al argumento de que Alemania es empujada por pura necesidad a buscar la expansión en el espacio vital de otros pueblos. Lo más interesante en este trabajo es el hecho de que el caso de Alemania no se defiende con el apoyo

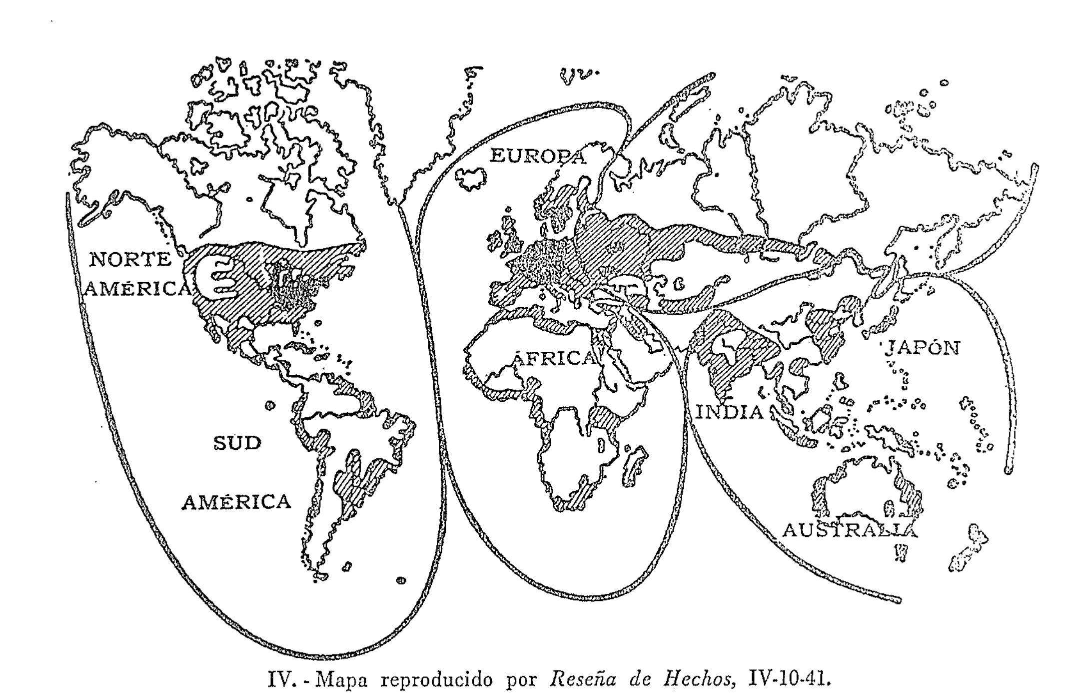
3. Las itálicas son del autor.

de ningún principio moral, sino con el de la "fuerza natural legítima".

Otro tema facilitó información ulterior acerca del Nuevo Orden Mundial a las 80.000 direcciones a que fué enviada la hoja *Reseña de Hechos* en los Estados Unidos. El texto esbozaba brevemente cómo cuatro regiones mundiales reemplazarían al actual sistema de Estados nacionales y de imperios coloniales, una vez que Alemania hubiera ganado la guerra. Habría una Gran Europa bajo la protección y dirección de la Gran Alemania, con una subregión mediterránea bajo la dirección auxiliar de Italia; la Zona de Coprosperidad del Japón en el Lejano Oriente, con inclusión de China, Indochina, la península de Malaca, Birmania, las posesiones holandesas y todas las islas del Pacífico occidental;



III. - Mapa reproducido por *Reseñas de Hechos*, febrero 5, 1940.



IV. - Mapa reproducido por *Reseña de Hechos*, IV-10-41.

los continentes americanos, bajo dirección no especificada; y la Gran Zona Rusa. Este artículo fué publicado cuando Alemania todavía profesaba los más amistosos sentimientos hacia Rusia. Se agregó al texto un mapa que ilustraba este nuevo orden regional. Ingeniosamente, no se comprometía en cuanto a la suerte definitiva de Persia, Australia y Nueva Zelandia.

La Biblioteca Alemana de Información publicó y distribuyó en los Estados Unidos un atlas de propaganda, titulado *La Guerra en Mapas* (*War in Maps*) y editado por el destacado publicista nazi Giselher Wirsing y varios de sus colegas en la Asociación de Estudios de *Geopolitik.* [4] La introducción del atlas merece ser leída por su ingenua declaración acerca de la ventaja de los mapas geopolíticos sobre los símbolos verbales:

"Aquí", dice el editor con presunción, "por el simple expediente de volver las páginas, el lector puede seguir el curso de la presente guerra desde setiembre de 1939 hasta fines de 1940. Los mapas multicolores, en unión del texto profusamente documentado, interpretan las causas y la estrategia del presente conflicto y *ponen muy en claro las nebulosas impresiones obtenidas por los legos en los comunicados y en los despachos de los diarios. Algunas fases de la guerra hasta ahora casi incomprensibles para cualquiera, salvo para aquellos en contacto inmediato con los acontecimientos, quedan reveladas como simples ilustraciones de geopolítica*". [5]

[4] Véase Hans Speir, *Magic Geography* en Social Research, setiembre de 1941.

[5] Las itálicas son del autor.

Se aplicaron los trucos viejos y nuevos del cartógrafo propagandista al trabajo y se distribuyó éste gratuitamente entre las universidades, colegios y publicaciones de los Estados Unidos y entre quienes aparecían en una lista de personalidades norteamericanas influyentes. *La Guerra en Mapas* incluye un mapa que describe a Inglaterra como a "una amenaza contra la Doctrina de Monroe". Muestra a las Américas en verde, con la excepción del Canadá, las Bermudas, las Bahamas y todas las demás partes del Imperio Británico, que aparecen en amarillo. Con la excepción del Canadá, las "posesiones" británicas ocupan superficies reducidas, por lo que hubiera sido difícil ilustrar gráficamente la amenaza contra la Doctrina de Monroe si se hubiesen respetado los verdaderos tamaños. En consecuencia, los cartógrafos rodearon las pequeñas superficies británicas de gruesas zonas circulares de color amarillo. La zona en cuyo interior se encuentran las Bahamas y las Bermudas es aproximadamente tan grande como un tercio de los Estados Unidos. La masa total de amarillo equivale a todos los Estados Unidos más Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y la mitad del Brasil. Con este sistema, la masa de verde se halla verdaderamente amenazada en tres lados por vastas zonas amarillas.

Otro mapa ilustra la repatriación de los alemanes que habían vivido en Latvia. La minoría alemana que va a volver a su patria está representada por una fila de trece símbolos idénticos, cada uno de los cuales representa cinco mil personas. Los símbolos se extienden por toda la zona más ancha de Latvia, desde Libau, en el

Oeste, hasta el linde oriental. El tamaño del símbolo está elegido en forma que el país parece estar poblado de alemanes, cuando, en realidad, la minoría alemana representa el 3,7 por ciento de la total población de Latvia.

La propaganda alemana dirigida a la América Latina está ligada a las ideas geopolíticas. La tarea de "editar" trabajos geopolíticos para el lector latino-americano queda a cargo del Instituto Ibero-Americano de Berlín, una organización pseudocultural de enlace bajo la tutela del Doctor Goebbels. En su órgano, la *Revista Ibero-Americana,* han aparecido muchos artículos de miembros de la Asociación de Estudios de *Geopolitik.* La tarea de estos expertos no tiene nada de fácil, porque, de acuerdo con todas las "leyes de crecimiento espacial", los Estados Unidos son los que tienen que dirigir la consolidación de la Gran Zona Americana. Resuelven el problema acentuando los peligros para la independencia de los países latinoamericanos que se derivan del "universalismo" anglosajón y las ventajas que ha de obtener el comercio de exportación latinoamericano de la consolidación de los mercados europeos en la Economía Alemana de Grandes Zonas.

Todo esto es manifiestamente lo contrario de las enseñanzas geopolíticas para el consumo interior. La *Geopolitik* utiliza la Doctrina de Monroe como exposición A en apoyo de su propia doctrina de Grandes Zonas y en sus reclamaciones de un espacio vital que permita a Alemania bastarse económicamente a sí misma, es decir, que le independice de las importaciones de ultramar.

Nada de esto es lectura conveniente para los latinoamericanos, ansiosos de preservar su independencia política y sus mercados de exportación. Es innecesario decir que la *Geopolitik* para la América Latina no profundiza acerca de cuál sería la condición de los pueblos latinoamericanos en relación con una "Isla Mundial" dominada por los alemanes.

No ha sido, sin duda, el menor de los éxitos de la propaganda alemana lograr que la *Geopolitik* fuera plato de gusto de los italianos. En Italia, las enseñanzas geopolíticas han merecido una respetuosa atención. Una publicación mensual italiana, *Geopolitica,* fundada en 1939, es una imitación de la *Zeitschrift für Geopolitik.* El lenguaje de la *Geopolitik* alemana ha dejado evidentemente aturdido al traductor italiano y algunos de los artículos de Haushofer aparecen en el original alemán.

Geopolitica ha merecido la bendición oficial de Il Duce: "La Geopolítica es mucho más que mera geografía. Yo mismo seré el más atento y asiduo lector de su revista". Publica artículos de Haushofer y de varios miembros de su instituto. Los geopolíticos italianos formados en casa están representados por el Ministro de Instrucción Pública, Giuseppe Bottai, y eminentes geógrafos. La variante italiana de la geopolítica concentra modestamente su atención en la región mediterránea, defiende la ampliación del "espacio vital" italiano en el norte de África y evita cuidadosamente temas tales como el de las relaciones existentes entre los espacios vitales de Alemania y de Italia.

El hecho de que los italianos hayan adoptado la

Geopolitik de fabricación alemana raya en lo cómico. Los discípulos italianos de Haushofer no pueden desconocer la opinión que el Maestro ha expresado acerca de la idoneidad de Italia como gran potencia. En 1935, Haushofer escribió lo siguiente:

"Se dice que Italia puede haber olvidado las agotadoras circunstancias de su vida de gran potencia. Su angosto espacio, expuesto al ataque, y su falta de materias primas son hechos tan manifiestos que Italia no puede pasar por alto la poca libertad de acción que posee."

Así como los italianos no tienen aparentemente un interés natural en la *Geopolitik,* los japoneses han revelado por ella un celo auténtico. Las relaciones personales de Haushofer contribuyeron indudablemente a ganarle muchos seguidores entre los imperialistas nipones. Además, hay en los libros de Haushofer muchas cosas que se prestan palabra por palabra a la adaptación de los publicistas de la "Zona de Coprosperidad". La prensa japonesa ha plagiado con aptitud de simio la terminología de la *Geopolitik* alemana. La "Zona de Coprosperidad" es denominada frecuentemente Gran Asia Oriental, expresión manifiestamente tomada del alemán.

A pesar de sus vivas simpatías por los japoneses, Haushofer nunca les asignó en sus escritos el papel de dirección en la Pan-Asia. Este papel sólo lo podrían representar los japoneses con el dominio de la "Tierra Central" y Haushofer ha dispuesto de este dominio de modo totalmente diferente. Los escritos de Haushofer se hacen notablemente oscuros y reticentes cuando sopesan

las posibilidades del Japón para triunfar en su intento de dominar la zona económica de China. En su *Geopolítica del Océano Pacífico* y en sus editoriales, el espacio destinado al Japón incluye vastas extensiones de la "Zona Índico-Pacífico", pero no los accesos interiores de Eurasia. [6]

Es difícil precisar en qué medida la *Geopolitik*, de fabricación alemana, ha influído sobre el pensamiento nipón. Los almirantes, generales y políticos japoneses han desfilado respetuosamente por el Instituto de *Geopolitik* de Munich y los autores japoneses han colaborado en la revista. No es por mera casualidad que el Embajador nazi en Tokio, General Eugene Ott, sea un antiguo amigo de Haushofer.

El Almirante Sankichi Takahashi, comandante de la flota combinada de la Armada nipona, es citado aprobatoriamente por la *Zeitschrift für Geopolitik* como habiendo declarado en 1936 que:

"El avance económico del Japón debe ser dirigido hacia el Sur, con Formosa o las islas de mandato de los Mares del Sur como puntos de apoyo. En este caso, el radio de vigilancia de la Armada japonesa debe ser prolongado bruscamente hasta Nueva Guinea, Borneo y Celebes."

El ministro de Relaciones Exteriores japonés Yosuke Matsuoka pronunció una homilía geopolítica en confe-

[6] Los geopolíticos fruncieron el entrecejo a raíz del "incidente de China" y Haushofer predijo en 1937 que el Japón no sería capaz de dominar el espacio chino. Alabó la dirección de Chiang Kai-Shek y expresó su esperanza de que el Japón se retirara de su desdichada aventura.

rencia de prensa que celebró el 9 de diciembre de 1940. Dijo en esta ocasión:

"¿Cuáles son los límites de la Gran Asia Oriental? Cuando decimos Gran Asia Oriental, nos referimos a las regiones más allá del Japón, de la China y del Manchukuo. Es difícil precisar hasta dónde se extienden. Mi idea es que incluyen Tailandia y Birmania y llegan hasta Caledonia, pero que no comprenden Australia y Nueva Zelandia".

Aunque vaga, esta declaración tiene que haber satisfecho a Haushofer. Pasa por alto el incidente de China y es concreta únicamente en cuanto a los objetivos al Sur del Japón, situados —según la expresión de Haushofer— en el "Cinturón de los Monzones". Y es en esta zona donde el expansionismo japonés tiene que chocar con los "imperios coloniales al antiguo estilo".

Entre los discípulos y propagandistas extranjeros de la *Geopolitik,* hay dos que merecen mención especial: el nacionalista indio Subhas Chandra Bose y el presunto jefe del fascismo inglés, Sir Oswald Mosley. Bose figura entre los colaboradores de la *Zeitschrift für Geopolitik.* Haushofer lo llamó el "gran luchador hindú contra la dominación anglonorteamericana de Asia". [7] Bose, ex-Presidente del Congreso Indio y jefe del Bloque de Izquierda, fué repudiado por Mohandas Gandhi y huyó a Alemania en 1939. Fué empleado en el Ministerio de Propaganda del Doctor Goebbels y sus violentas diatribas

[7] Haushofer, en su *Weltpolitik von Heute,* alabó la contribución independiente a la *Geopolitik* de Benoy Kumar Sarcar, nacionalista indio. El libro de Sarcar, *The Futurism of Young Asia* (*El Futuro de la*

contra Gran Bretaña, dirigidas a la India, son uno de los números regulares del programa de onda corta de la *Rundfunk* alemana de Zeesen.

Las relaciones de Mosley con el círculo de Haushofer datan de 1932, cuando el libro *The Greater Britain* apareció en una traducción alemana y fué saludado por la *Zeitschrift für Geopolitik* como la obra "del inglés que sabe cómo pensar lúcida y consistentemente". La introducción fué escrita por Colin Ross, el inteligente propagandista nazi de ascendencia escocesa y alemana, el prominente miembro de la Asociación de Estudios de *Geopolitik,* el "experto" en países anglosajones y el "especialista" en relación con los Estados Unidos. El libro de Mosley acepta las "verdades" de la *Geopolitik* y concede a Alemania el "Gran espacio" del continente euroasiático. Lo único digno de mención en este libro es que fué un inglés quien lo escribió.

Hay conceptos de inconfundible sabor a *Geopolitik* que se han deslizado en los debates norteamericanos sobre política mundial y que han servido de municiones a un buen número de voceros del aislamiento. Tan tortuosa es la ruta por la que viajan las ideas que cabe presumir que la mayoría de estos voceros no han tenido conocimiento directo de los originales alemanes. Pero, entre los argumentos expuestos en favor del "aislamiento del

Joven Asia) fué publicado en 1922 en Leipzig, Alemania, y fué alabado por Haushofer como la "Biblia Panasiática". *The Politics of Boundaries* (*La Política de Fronteras*), Calcuta, 1938, de Sarcar, está manifiestamente inspirado en el libro de Haushofer, *Fronteras; Su Significado Geográfico y Político*, Munich, 1931. Es un tratado metafísico en el que se mezclan extrañamente las ideas geopolíticas y el misticismo hindú.

hemisferio" y en contra de la participación de Norteamérica en una "guerra imperialista", algunos tienen un notable parecido con los "espacios vitales regionales" y la teoría del derrumbamiento del Imperio Británico de Haushofer.

Hay en las teorías de la *Geopolitik* algo de grandeza impresionante. Su terminología es compleja, pero sus conclusiones son en extremo sencillas. Es aquí donde se encuentra indudablemente mucho de su atractivo, no sólo para los adeptos alemanes, sino también para extranjeros incautos. La *Geopolitik* ha demostrado que no es el arma menos peligrosa en el arsenal de la guerra política y psicológica nazi.

Capítulo X

LA CONTROVERSIA

La *Geopolitik,* sus adeptos y su literatura fueron hasta recientemente poco conocidos fuera de Alemania. El que esta importante fuente de material, que arroja luz tan reveladora sobre las ambiciones de la Alemania nazi, haya permanecido inexplorada es en parte accidental y en parte debido a hábil ocultación. La literatura de la *Geopolitik* es en extremo indigesta.

En primer lugar, tiene inclinación a mostrarse insoportablemente didáctica. Parte de ella trata larga y pesadamente de temas que pueden ser de importancia para el lector alemán, pero que parecen muy remotos al norteamericano o al inglés. Y después, hay el formidable problema de la traducción. La jerga de la *Geopolitik,* compleja desde el principio, ha ido siendo cada vez más difícil, como consecuencia de la adición de nuevas expresiones esotéricas.

La investigación del extranjero ha sido además sutilmente desalentada por los propios nazis, quienes se han cuidado de quitar importancia a la nueva ciencia. Muchos observadores del exterior, que estaban en con-

diciones de enterarse mejor, fueron despistados por medio de indicaciones calculadas de que la *Geopolitik* no era una cosa seria. Por cierto, no fué solamente la *Geopolitik* lo que se pasó por alto. Por lo menos, media docena de obras sobre estrategia política y militar del Reich, a la venta por unos cuantos marcos en cualquier librería alemana, podían haber dado a cualquier persona capaz de leer en alemán una clara visión de la forma que iba a tomar la segunda guerra mundial. Apenas resulta exageración decir que los nazis no tenían secretos.

Los estrategos de la propaganda nazi confiaron implícitamente en su habilidad para engañar continuamente a los Gobiernos extranjeros acerca de los objetivos de la política nazi y en la inclinación de las naciones amantes de la paz a engañarse a sí mismas en cuanto a las manifiestas intensiones de sus agresivos vecinos. Gran parte de la más reveladora literatura alemana sobre guerra y política fué apartada por los círculos "enterados" como simple literatura de "especialista", distante de representar el pensamiento oficial de Alemania. Muchas de las obras no fueron leídas por los extranjeros en absoluto. En la década del veinte, la preocupación de un pequeño grupo de intelectuales alemanes por los temas militares y las cuestiones de expansión territorial fué rechazada como neurótica y absurda. Al fin y al cabo, los mejores cerebros del mundo estaban de acuerdo en que los inteligentes ajustes económicos mantendrían el equilibrio internacional. Aun después de que los nazis subieran al poder, sus aparatosas revistas, la aulladora oratoria de sus jefes y el desvergonzado exhibicionismo

de sus más indignantes idiosincrasias distrajeron la atención del mundo, apartándola de las siniestras lucubraciones de los estrategos políticos y militares. Los expertos, no menos fanáticos en su megalomanía que los jefes del Partido, escaparon así a la luz de las candilejas y prosiguieron calladamente su labor, con la que ponían substancia en los sueños de los nazis.

Cualquier extranjero interesado pudo fácilmente estar al tanto de esta escuela del pensamiento alemán. Los escritos de Haushofer han sido objeto de más ediciones que los de cualquier otro autor político de la Alemania nazi, con la excepción de *Mein Kampf* y las obras de Alfred Rosenberg, el doctrinario oficial del Partido y el autor de *El mito del Siglo Veinte.*

Es posible que la primera y más penetrante crítica de la *Geopolitik* procediera de los franceses. "La geopolítica alemana", escribió el geógrafo francés Albert Demangeon en 1932, [1] "ha renunciado a su espíritu científico y ha tomado su puesto en la primera línea de la propaganda nacionalista alemana. No es más que una empresa educativa destinada a preparar al pueblo alemán para un asalto contra el orden europeo. Es un instrumento de guerra". Jacques Ancel [2], un geógrafo francés que aceptó los métodos geopolíticos, señaló que no eran los métodos, sino el uso que Haushofer hacía de ellos para fomentar los viejos lemas del pangermanismo, lo que privaba a la *Geopolitik* de su carácter científico. "La *Geopolitik*", escribió, "es puramente una ciencia *alemana*".

1 Albert Demangeon, *Annales de Géographie,* 15 de enero de 1932.
2 Jacques Ancel, *Géopolitique,* París, 1936.

Para Ancel y otros críticos franceses de Haushofer, el verdadero contenido de la escuela se revelaba en la importancia que se concedía a los aspectos geopolíticos de la guerra.

El determinismo geográfico extremo de la *Geopolitik* traicionaba, a los ojos de estos franceses, la supeditación al espíritu del prusianismo. La *Geopolitik* era militarista. Glorificaba al Estado. Tomados en globo, los escritos geopolíticos alemanes eran explícitos en cuanto a la importancia del espacio para el crecimiento del Estado, pero daban escasa o ninguna consideración al individuo. En la *Geopolitik,* el hombre se veía empequeñecido por el Estado y sus características geográficas.

No es que estos eruditos franceses discutieran la influencia ejercida por la geografía en la sociedad humana organizada. Sin embargo, para ellos esta influencia era una fuerza condicionante, no determinante. Además, si bien la geografía tiene influencia en el hombre, hay que tener en cuenta que el hombre modifica la geografía. El hombre no es un esclavo porque dependa del suelo y ni tan siquiera el Estado puede ser medido en la escala del mero espacio. "Una nación", escribió Vidal de la Blache, el padre de la moderna geografía francesa, "sea grande o pequeña, tiene una personalidad muy definida. Sus características, como todas las demás cosas, están sujetas al cambio del tiempo. Pero siempre retiene los rasgos esenciales desarrollados en la región de su asentamiento original".

Pero continuó:

"Una individualidad geográfica no se crea por la

naturaleza así como así. Un paisaje es un depósito de energías latentes. La naturaleza ha puesto en él estas energías, pero es el hombre quien las deja en libertad... La nación se apoya en bases tanto físicas como humanas. El territorio y las fronteras no bastan para hacer una nación, y la unidad de la nación se apoya en el consentimiento de los seres humanos que se han visto unidos por la común experiencia".

La protesta de los geógrafos franceses está dirigida principalmente contra la "*Weltanschauung*" que hay detrás de la *Geopolitik*. Los geógrafos franceses no empequeñecen ni ridiculizan a Haushofer y su obra y consideran la *Geopolitik* más peligrosa precisamente por el genio verdadero que esconde. Como ciudadanos de Francia, la más antigua de las grandes potencias europeas y la dueña de vastas posesiones coloniales, no pasaron por alto —no podían hacerlo— la relación entre el Estado y la tierra, entre el espacio y el poder. Pero, de acuerdo con el genio de su raza, su idea se inclinaba hacia la supremacía del hombre en la interdependencia de los factores humanos y geográficos. Es el hombre, no el espacio, lo que hace la historia.

Las críticas contra la *Geopolitik* de la escuela de los geógrafos franceses tuvo un eco en los pocos escritores holandeses, norteamericanos y británicos que consideraron que la nueva ciencia era digna de estudio. Sus puntos de vista aparecieron en revistas eruditas [3], lugares en

[3] H. N. ter Veen, *La Geopolítica como Ciencia Social*, de Bids, Amsterdam, marzo 1931. Richard Hartshorne, *Recent Developments in Political Geography* (*Acontecimientos Recientes en Geografía Política*),

donde estuvo confinada la controversia hasta poco antes del estallido de la segunda guerra mundial.

En vista de la relación íntima del antiguo Partido Comunista Alemán con el Comintern, es interesante observar que las teorías de la *Geopolitik,* que tropezaron con comentarios adversos sorprendentemente escasos de las fuentes burguesas alemanas, provocaron el fuego graneado de los críticos comunistas alemanes hasta que los nazis lo acallaron. Los escritores comunistas acusaron a los geopolíticos de haber tratado de robar los rayos de Karl Marx. Según los comunistas, los geopolíticos se habían limitado a sustituir el materialismo económico de Marx, por el materialismo geográfico de Haushofer. [4] En varias ocasiones, la *Zeitschrift für Geopolitik* tuvo que actuar en apasionada propia defensa contra las andanadas de los comunistas, quienes denunciaban a la *Geopolitik* como trapacería imperialista. La controversia pone de manifiesto que los comunistas alemanes tomaban a la *Geopolitik* como asunto serio. Sigue en el misterio la cuestión acerca de si fué la organización del partido en Alemania u otra agencia cualquiera el ente que puso en guardia a los escritores soviéticos acerca de las actividades de la *Geopolitik.* Lo cierto es que existe una vasta literatura geopolítica ruso-soviética y que las obras de autores ruso-soviéticos han aparecido frecuentemente en las reseñas de la sección bibliográfica de la *Zeitschrift*

American Political Science Review, diciembre 1935. J. N. Spykman, *Geography and Foreign Policy* (*Geografía y Política Exterior*), American Political Science Review, febrero 1938, páginas 30 y sigs.

[4] K. B. Wittfogel, *Geopolitik, Geographischer Materialismus und Marxismus,* Berlín, 1932.

für Geopolitik. El Instituto de Economía y Política mundiales de la Academia de Ciencias de Moscú funciona con normas parecidas a las del Instituto Geopolítico de Munich. Después de la notable exhibición de la estrategia soviética y del uso inspirado que ésta ha hecho del espacio, cabe preguntarse si el tiro de la *Geopolitik* no ha salido a sus autores por la culata.

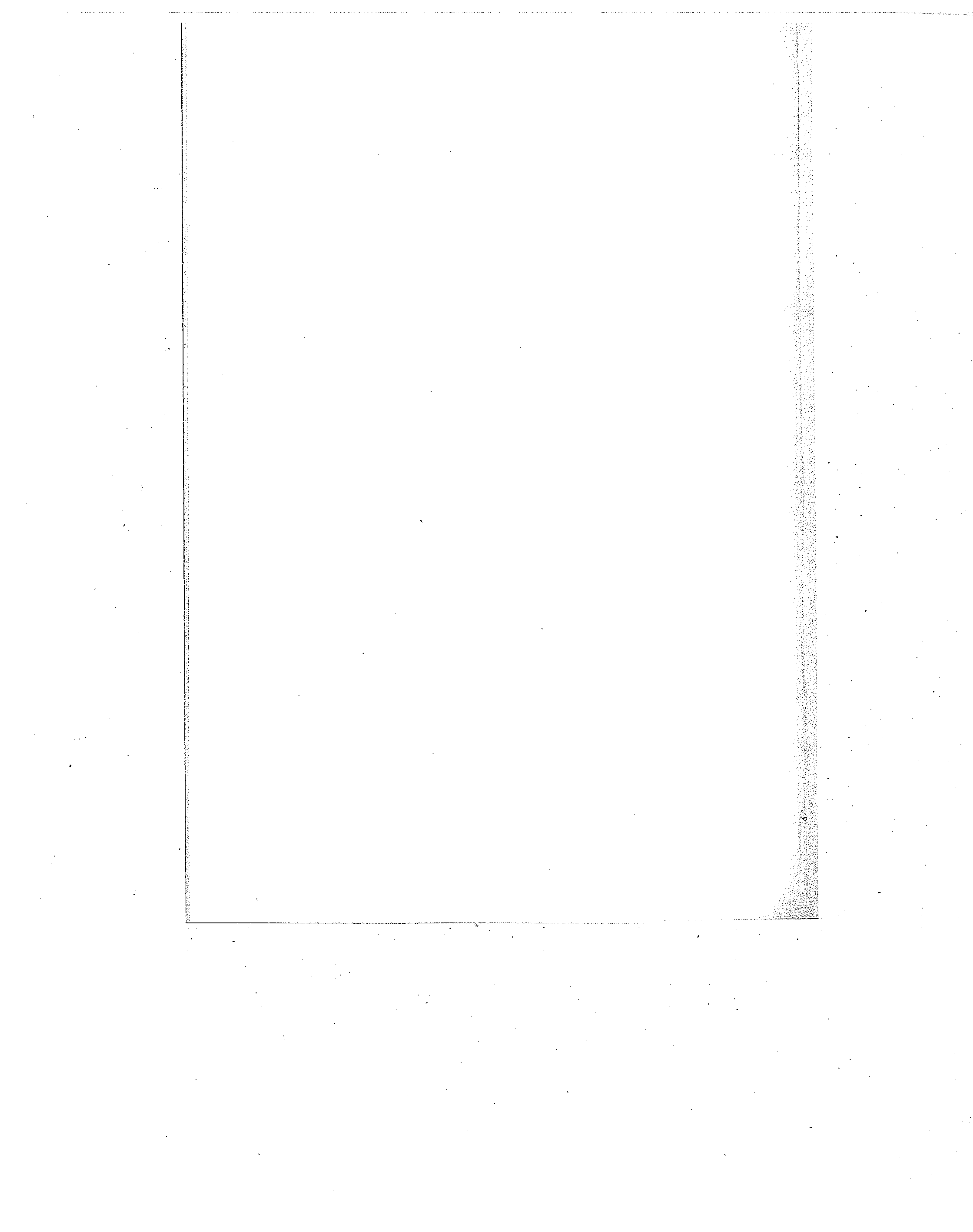
En verdad, hay más que una semejanza superficial entre la *Geopolitik* y *Das Kapital.* Hay el mismo razonamiento de una sola dirección desde una primera premisa establecida, en relación con todos los fenómenos políticos. Lo que la lucha de clases es para el marxista, la lucha por el espacio es para el geopolítico. Y hay la misma incansable preocupación por la terminología, las mismas discusiones ínfimas acerca de los puntos sobre las íes y los trazos de las tes de la jerga pseudocientífica. Hay, finalmente, el mismo deliberado rechazo del liberalismo occidental: lo que el capitalismo y el proletariado eran para Marx, el "universalismo británico" y las "potencias renovantes" son para Haushofer.

La *Geopolitik* es una doctrina revolucionaria que, como el marxismo, ha desarrollado una dialéctica. Como el marxismo, su atractivo para las masas reside en su sencillez materialista. En la *Geopolitik,* el crecimiento histórico y social y las aspiraciones religiosas y culturales de la humanidad derivan su solo significado de la lucha política por el espacio. La *Geopolitik* no dedica atención ninguna a las relaciones del individuo con su ambiente físico, con su trozo de tierra, con su valle, con su costa. El Estado, ese "organismo geográfico" que ha-

bita una zona distinguida por cierto color del mapa, es el único monstruoso individuo de la *Geopolitik.*

Se hubieran evitado muchas confusiones acerca de los fines de la dirección nazi si se hubiese buscado la clave de la política nazi en la preocupación por el espacio. Al final del arco iris nazi se encuentra, no una nueva clase de economía o el Estado eugenésicamente perfecto, sino el espacio físicamente dominado. Para lograr esto, la Alemania nazi ha puesto en tensión toda su voluntad y toda su ciencia.

LIBRO SEGUNDO



Capítulo XI

GEOPOLÍTICA E HISTORIA

Los precedentes capítulos han intentado describir la marcha de la *Geopolitik* alemana, sus teorías y su pretensión de constituir una base de actividad y de educación del pueblo alemán dentro de la ideología del *Lebensraum*. Se ha revelado cómo su estructura científica se ha convertido en un vehículo de propaganda para el imperialismo militar alemán y cómo los geopolíticos, siempre que sus teorías son puestas a prueba en relación con la política mundial, se guían por normas alemanas y no por normas universales. En este aspecto, los geopolíticos, incuestionable y deliberadamente, no son científicos. Esto, sin embargo, no disminuye su importancia en la estructura de la Alemania nazi. La *Geopolitik* ha de ser considerada como una de las principales fuentes de inspiración de la política exterior de los nazis. Ha proporcionado la heliografía para los planes imperialistas de Hitler.

Hitler halló en la *Geopolitik* una explicación coherente de cómo se han desarrollado en el pasado las po-

tencias mundiales y de cómo Alemania podía ocupar su lugar en el histórico proceso de los grandes Estados. Aunque Hitler ha infringido posiblemente con frecuencia los preceptos de la *Geopolitik*, tanto él como millones de alemanes utilizan estos preceptos como vara que mide los triunfos y fracasos de la política alemana. En las enseñanzas de la *Geopolitik* cabe hallar, por tanto, respuesta a algunos de los enigmas de la actuación de Alemania. A este fin, la *Geopolitik* debe ser examinada con espíritu crítico y no meramente apartada como una aberración científica.

En este libro, se ha conservado siempre la ortografía alemana "*Geopolitik*" para indicar el uso peculiar que la escuela alemana ha hecho de las teorías geopolíticas. No debe presumirse, sin embargo, que este uso pervertido, destructor como es de la paz del mundo, invalida todas las teorías geopolíticas; la antropología no deja de ser una ciencia por haber servido de vehículo al racismo. Lo que hace tan terrible amenaza para el mundo a la patología del pensamiento nazi es que ha habido muchas finas inteligencias puestas al servicio de bárbaros fines.

La *Geopolitik* alemana se apoya en una serie de teorías que no son más exclusivamente alemanas que cualquier otra ciencia. Algunas de estas teorías no son en realidad de origen alemán y Haushofer admite gozosamente que algunas de sus más valiosas ideas fueron tomadas "del arsenal de los oponentes de Alemania en la política mundial". El hecho de que los profetas no alemanes de la *Geopolitik* no fueran glorificados en sus propios países y de que sus enseñanzas se volvieran

contra ellos por la acción de los nazis, no disminuye la profundidad de los conceptos.

El planteamiento geopolítico no puede llevar al descubrimiento de principios inmutables en el arte de gobernar. No hay leyes geopolíticas definitivas, porque las analogías biológicas son insuficientes para explicar todos los fenómenos de la historia. No hay una sola ciencia a este lado de la metafísica que proporcione una respuesta concluyente a los porqué y los para qué del apogeo y de la ruina de las naciones y los imperios. Sin embargo, existe correspondencia tan evidente entre la organización de los Estados y el cuadro de su ambiente natural, entre los fenómenos políticos y los naturales, que cabe justificadamente examinar los procesos históricos en función de las normas geopolíticas.

Con volubilidad, Haushofer aseguró a sus lectores que fué Sir Halford Mackinder quien estableció los cimientos del sistema por el propio Haushofer adoptado. Pero las brillantes teorías de Mackinder, expuestas en su *Geographical Pivot of History —El Eje Geográfico de la Historia—* y en su *Democratic Ideals and Realities —Ideales Democráticos y Realidades—* perdieron buena parte de su sentido y de sus luces en el proceso de adaptación que realizaron los alemanes. Según interpretaba Mackinder la historia, las grandes guerras históricas fueron el resultado del crecimiento desigual de las naciones. Este crecimiento desigual, decía, no era en absoluto debido únicamente al genio y a la energía mayores de determinadas naciones, sino a la irregular distribución de la fertilidad y de la oportunidad estratégica. Por

ello, no había nada que se pareciera a una igualdad de oportunidades entre las naciones. Todos los hechos de la geografía, la agrupación de mares y tierras, de zonas de fertilidad y de caminos naturales, apuntan hacia el crecimiento de los imperios y, en fin de cuentas, a la constitución de un solo imperio mundial. Sin embargo, Mackinder rechazaba los superficiales dogmas del determinismo geográfico del siglo diecinueve. "Comprendemos hoy, al salir de la terrible prueba", declaró en 1919, "que la victoria humana consiste en alzarnos por encima de ese mero fatalismo".

El libro de Mackinder, escrito cuando los ejércitos no habían vuelto todavía de los campos de batalla, guarda el tono digno de un frío apartamiento y nunca pierde de vista las amplias perspectivas de la historia. Es su fe en el individuo lo que tan espantosamente falta en su admirador alemán. Porque, aunque Haushofer pone de relieve el papel que el heroísmo representa en la formación de la historia, tiene presente el sacrificio colectivo en el campo de batalla más que la lucha anónima de los hombres y mujeres corrientes, obreros y campesinos. Sin embargo, si Haushofer no participó en la fe que Mackinder tenía en la humanidad, los compatriotas de Mackinder nada vieron de lo que los escritos de éste contenían.

"La influencia de las condiciones geográficas en las actividades humanas", escribió Mackinder, "ha dependido, no meramente de las realidades tal como sabemos que son y han sido, sino aun en mayor grado de lo que los hombres se imaginaban en relación con ellas. El

Océano ha sido uno en el curso de la historia, pero, a los fines humanos efectivos, había dos océanos, el del Oeste y el del Este, hasta que se dobló el cabo de Buena Esperanza hace cuatrocientos años... El Océano fué uno en todos los tiempos, pero el sentido práctico de esta realidad no fué comprendido hasta hace unos pocos años y tal vez es ahora únicamente cuando la comprensión es completa... *Cada siglo tiene su propia perspectiva geográfica*... pero la perspectiva geográfica del siglo veinte difiere de la de los siglos anteriores en algo más que la mera extensión... Sea físico, económico o militar el carácter de la interdependencia de las cosas en la superficie del Globo que nos ocupe, *estamos ahora por primera vez ante un sistema cerrado.* Cada choque, cada desastre, se siente ahora en las mismas antípodas y puede volver desde éstas a su punto de origen... Hasta ahora, sin embargo, nuestra visión de las realidades geográficas se halla coloreada a fines prácticos por nuestros conceptos del pasado". [1]

En este sentido, puede decirse que los "conceptos del pasado" han coloreado la visión de las naciones victoriosas durante el intervalo entre las dos guerras mundiales. Mackinder subrayó las lecciones estratégicas de la primera y sus conclusiones en cuanto a la naturaleza de la segunda figuran entre las profecías políticas y militares más exactas.

Mackinder temía que los triunfos del poder marítimo británico fueran tan impresionantes que los ingleses se

1 Las itálicas son del autor.

inclinaran a despreciar las lecciones de la historia y a considerar que el poder marítimo diría inevitablemente, a causa de la unidad del océano, la última palabra en la lucha contra el poder terrestre. El poder marítimo había ganado para Gran Bretaña el predominio mundial con unas cuantas brillantes y decisivas victorias. Estas victorias se habían obtenido en encuentros navales librados frente a la costa o en los angostos mares de Europa. Pero el poder aéreo había comenzado a alargar su radio de acción por encima de las aguas. En la era del poder aéreo, según Mackinder, las rutas marítimas del Mediterráneo y del mar Rojo estarían a la merced del poder terrestre. Porque el poder áreo —"la caballería anfibia del futuro", como la llamaba Mackinder—, era principalmente el atributo del poder terrestre.

Mackinder expuso así la gran teoría que iba a ser triturada en el molino de Haushofer:

"... Los tres llamados nuevos continentes son en cuanto a superficie *meros satélites* del viejo continente. Hay *un* Océano que cubre nueve duodécimos del globo; hay *un* Continente —la Isla Mundial— que abarca dos décimos del globo; y hay muchas islas menores, entre las que América del Norte y América del Sur son, a efectos prácticos, dos y ocupan juntas el duodécimo restante. La expresión 'Nuevo Mundo' supone, ahora que vemos las realidades y no meramente las apariencias históricas, una falsa perspectiva."

Mackinder pensaba que los estadistas de los Estados Unidos no dejarían de darse cuenta de que su país no era un mundo aparte y de que América del Norte no

era ya ni tan siquiera un continente. En el siglo veinte, América del Norte se había achicado hasta convertirse en una isla.

"Los norteamericanos", escribió Mackinder, "estaban acostumbrados a pensar que sus 3.000.000 de millas cuadradas eran el equivalente de toda Europa. Algún día, decían, habrá unos Estados Unidos de Europa, hermanos de los Estados Unidos de América. Ahora, aunque es posible que de ello no se hayan dado completa cuenta, ya no deben pensar que Europa es algo aparte de Asia y África . . . hay no notable paralelismo entre la breve historia de Norteamérica y la más larga historia de Inglaterra; ambos países han pasado ahora a través de la misma sucesión de fases colonial, continental e insular..."

Mackinder, que veía el mundo como un sistema cerrado, llegó a una comprensión de la estrategia moderna más profunda que la de los principales expertos militares de su época. Su razonamiento ponía un término a las disputas de los técnicos acerca de los méritos relativos del poder marítimo, el poder terrestre y el poder aéreo. Era cierto que el poder marítimo aliado se había impuesto en la primera guerra mundial al poder terrestre alemán. La flota británica había representado verdaderamente un gran papel en el bloqueo de Alemania y en la salvaguardia de las rutas de navegación por las que los esfuerzos de los otros pueblos "isleños" —los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia— habían llegado a los campos de batalla continentales. Pero Mackinder argüía que las potencias de la Europa central habían dominado, aun en el apogeo de sus triunfos mili-

tares, sólo un pequeño segmento del continente eurásico. ¿Qué pasaría si el Gran Continente, toda la Isla Mundial o una gran parte de ella —admirablemente equipada como se encuentra para constituir una base de poder terrestre, poder aéreo y poder marítimo— se convirtiera en el futuro en un cuerpo unido? ¿No sería entonces posible construir, tripular y equipar una flota más formidable que las flotas combinadas de las potencias insulares?

"Sus flotas combatirían sin duda con todo el heroísmo que aseguran sus respectivas historias, pero el desenlace sería fatal. En 1917, la insular Norteamérica acudió en ayuda de la insular Gran Bretaña, no porque Gran Bretaña no hubiera podido mantener el dominio de los mares por el momento, sino para evitar que Alemania se asegurara una base de construcción y de equipo en una paz —o más bien una tregua—, en forma que Gran Bretaña se viese superada en barcos y en hombres unos cuantos años después . . .

". . . ¿No debemos todavía tener en cuenta la posibilidad de que una gran parte del continente se halle algún día unido bajo una sola voluntad rectora y que tenga su base en esa parte un invencible poder marítimo? ¿No cabe que hayamos escapado al peligro de esta guerra y, sin embargo, hayamos dejado, por las soluciones adoptadas, abierta la puerta para un nuevo intento en el futuro? ¿Es que no deberíamos reconocer que hay una gran amenaza final contra la libertad del mundo en cuanto a la estrategia se refiere y tomar medidas contra tal amenaza en nuestro nuevo sistema político?"

La Isla Mundial y su cogollo, la Tierra Central, son las realidades geográficas últimas en lo que respecta a poder marítimo, poder terrestre y poder aéreo, realidades que no es posible eliminar. Pero su fuerza se hace únicamente efectiva en la medida en que se ve apoyada por el potencial humano. El potencial humano es la segunda gran realidad política. Una base, no sólo segura, sino también productiva, es vital para el poder terrestre y el poder marítimo y todavía más vital para el poder aéreo.

Las hordas mogolas —primeramente bajo Gengis Kan y, cien años después, bajo Tamerlán— llegaron a través de la Tierra Central a las mismas puertas de Europa y se desplazaron a voluntad por los dos tercios de la Isla Mundial. Pero no les fué posible mantener imperios durables por falta del adecuado potencial humano. Rusia es el primer dueño de la Tierra Central que puede disponer a la vez de las ventajas estratégicas y de población numerosa.

Mackinder vió el peligro de una Alemania que obtuviera el dominio de la Tierra Central como la mayor amenaza para la estabilidad del mundo y los ideales de libertad. Aunque conservador en los asuntos internos [2], señaló que debía darse a Rusia, entonces desgarrada por la guerra civil, una generación de respiro por lo menos, a fin de que organizara un Gobierno fuerte. Sólo un gobierno autocrático, bajo el signo que fuera, permitiría a Rusia desarrollar su fuerza en la medida su-

2 El autor de *Ideales Democráticos y Realidades* era un miembro conservador del Parlamento.

ficiente para rivalizar con los alemanes. Era, por tanto, vitalmente necesario que se interpusiera una "ringlera" de Estados independientes entre Rusia y Alemania, a fin de proteger a la primera. Fué esta "ringlera" —compuesta por Finlandia, Estonia, Latvia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia y Rumania— lo que se organizó en los arreglos de paz de 1919. Fué esta "ringlera" lo que Haushofer calificó de "zona de fragmentos" y lo que los nazis maldijeron como *Teufersgürtel* (Cinturón del Diablo).

De este modo, las advertencias de Mackinder durante la Conferencia de la Paz, a la que el propio Mackinder asistió, no cayeron por entero en saco roto. Sin embargo, su verdadero sentido pronto quedó oscurecido por la creciente preocupación que despertaba el comunismo militante. Las cancillerías de Europa fueron interpretando grudualmente la "ringlera" del Este de Europa como una protección contra la bolchevique Rusia, exactamente lo contrario de lo que Mackinder había pensado. No obstante esta confusión, el pronóstico de Mackinder demostró ser notablemente exacto: la "ringlera" proporcionó a Rusia la protección geográfica tras la cual desarrolló, en veintidós años, suficiente cohesión política y fuerza económica, si no para "rivalizar con los alemanes", para combatirlos por lo menos con un grado de eficiencia que ha asombrado al mundo.

Es en este punto donde los geopolíticos han interpretado a Mackinder más alevosamente. Pero no es éste el único punto en que las ideas de Mackinder quedaron desnaturalizadas en el proceso de una adaptación de-

masiado literal a las teorías de la *Geopolitik.* Haushofer y sus discípulos partieron de la razonable presunción de que las potencias occidentales no se darían cuenta de todo lo que estratégicamente suponía el dominio de la Tierra Central. Partieron también de la premisa mucho menos aceptable de que este significado estratégico pasaría inadvertido para la misma potencia que dominaba la Tierra Central. Lo que Mackinder temía era una penetración lenta y pacífica en Rusia por parte de los eficientes alemanes durante los años de postración económica que siguieran a la revolución. Previó claramente que los métodos del caballo de Troya de un día posterior podían culminar en una renovación de la guerra civil en Rusia y en una intervención final de los salvadores alemanes del orden, "invitados" por una población enloquecida.

Lo que los geopolíticos no acertaron a ver plenamente, aunque Haushofer lo percibió con cierta claridad, es la gran dificultad de explotar el activo estratégico de la Tierra Central por el simple acto de subyugarla. La Tierra Central no puede aspirar a dominar la totalidad de la Isla Mundial —y, por medio de ella, el mundo—, a menos que esté en manos de una potencia con la que la población de la Tierra Central esté dispuesta a cooperar. En este aspecto, el Tratado de Rapallo de 1922 fué un paso más sagaz hacia el objetivo final de dominar la Tierra Central que las tácticas de *Blitzkrieg* de los nazis, las cuales prometían poco más que el dominio sobre un territorio arrasado.

Por el Tratado de Rapallo, Alemania reconoció a

la Unión Soviética, entonces ignominiosamente sometida a cuarentena por el bloqueo internacional. Este tratado fué complementado en 1926 por otro de amistad y neutralidad. Este último contenía disposiciones para el arreglo pacífico de las futuras disputas y, según es creencia muy generalizada, un convenio secreto para que los oficiales alemanes pudieran entrenarse en territorio ruso en el uso de armas que Alemania tenía prohibido poseer y fabricar. Los acuerdos económicos se referían no solamente al intercambio comercial entre Alemania y Rusia, sino también al intercambio de información técnica y al empleo por parte del Soviet de técnicos y peritos alemanes. En otros términos, los cimientos para una política constructiva que apuntaba hacia el dominio de la Tierra Central fueron establecidos por esa misma democracia alemana a la que Hitler desprecia tanto. El arquitecto de este triunfo geopolítico fué paradójicamente un judío, Walter Rathenau, entonces Ministro de Relaciones Exteriores alemán y al que más tarde los nazis asesinaron.

La República de Weimar podía continuar con provecho por el camino emprendido en Rapallo precisamente porque no representaba para Rusia ninguna amenaza expansionista. Pensar que un Gobierno ruso cualquiera pudiera no darse cuenta de las tendencias manifiestamente expansionistas de los nazis parece ahora un notable ejemplo de *wishful thinking,* de creer lo que se desea, por parte de los geopolíticos. Además, cuando los nazis, desde su accesión al poder en 1933 en adelante, expusieron abiertamente sus designios expansio-

nistas y su odio al Soviet, Rusia había completado la tarea de la reconstrucción y se veía menos necesitada de la ayuda económica y técnica de Alemania que en cualquier otra época de los años precedentes. De este modo, el impulso educativo de amplia publicidad de los geopolíticos, destinados a despertar la "conciencia de espacio" del pueblo alemán, no sirvió solamente para ampliar el abismo entre la Rusia soviética y la Alemania nazi, sino también para poner en guardia a los gobernantes rusos y para hacer fracasar así a Alemania en sus propios objetivos.

La torpeza política y el astigmatismo psicológico no son suficientes por sí solos para explicar el fracaso práctico de la *Geopolitik* en la aplicación correcta a las relaciones ruso-germanas de las teorías plagiadas a Mackinder. Con la llegada al poder de los nazis en 1933, la política exterior de Alemania se había convertido en el juguete de la idiosincrasia de Hitler. En verdad, el espíritu de Hitler era el más extraordinario catalizador de todas y cada una de las teorías de arraigo popular y, por tanto, se excitó con las sugestivas y difundidas enseñanzas de los geopolíticos. Hitler participaba en los antecedentes pangermanistas de éstos y su segundo, Hess, se había graduado en las clases de Haushofer en Munich. Sin embargo, Hitler experimentó en medida considerable la influencia de Alfred Rosenberg, refugiado del Báltico y mistagogo del partido nazi, en cuyos escritos la profundidad teutónica llega a sus más tétricos abismos. Rosenberg había hecho de la rusofobia una profesión y sus lemas antibolcheviques, no solamente llevaron al

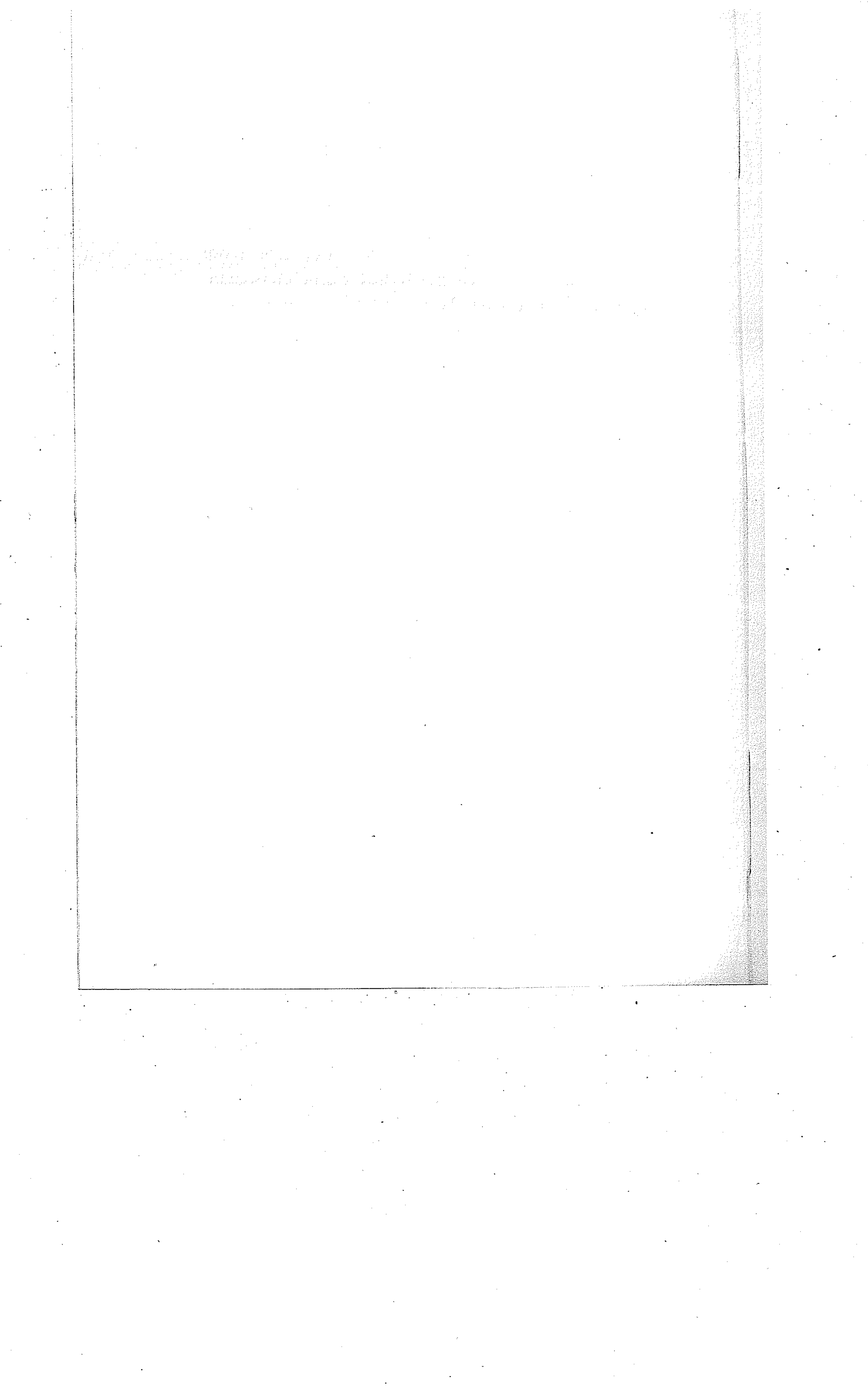
partido nazi a las clases medias alemanas, sino que complacieron a los asustados capitalistas de Francia y Gran Bretaña. El soldado raso del partido nazi creyó que el Führer era sincero en sus fulminaciones contra "la escoria bolchevique". No es posible dudar de que la lucha librada por los asesores íntimos de Hitler acerca de la orientación de la política exterior alemana fué algo real. Obtener el dominio de la Tierra Central por una expedición armada o por un acercamiento alevoso: tal era la cuestión. La incertidumbre era ya añeja y había desconcertado a los rectores de la Wilhelmstrasse desde que Bismarck fuera apartado por Guillermo II: ¿había que conquistar al oso con ofrendas de miel o fusil en mano?

Hasta qué punto fué debatida esta cuestión queda revelado en un oscuro pasaje de un editorial líricamente titulado "Signos de Otoño", aparecido en el número de octubre de 1939 de la *Zeitschrift für Geopolitik* de Haushofer. En agosto de 1939, Hitler se había decidido finalmente por el acercamiento a Rusia y hasta Haushofer abandonó por un momento su habitual actitud inescrutable. El pacto ruso-germano se había firmado el 26 de agosto. Haushofer vió al eje euroasiático con su fulcro en la Tierra Central y con sus extremidades alemana y japonesa unidas por comunicaciones terrestres seguras:

"Londres ha tenido que golpear con dureza", escribió Haushofer, "para quebrantar la creencia del Führer en la indispensabilidad del Imperio Británico para la cultura del mundo y en la idea de la raza nór-

dica. Ahora, por fin, la colaboración de *las potencias del Eje y del Lejano Oriente* se manifiesta con claridad ante el alma alemana. Por fin, hay la esperanza de sobrevivir a la política de Anaconda (el cerco estrangulador) de las democracias occidentales. Por fin, se ha hecho realidad la visión que surgió hace años ante el Canciller Imperial japonés, Príncipe Ito, ante Witte [el Ministro ruso, Conde Sergei Witte] y ante unos cuantos expertos alemanes en Asia, que veían con amargura el creciente distanciamiento entre los dos pueblos nórdicos. . ."

Mirando hacia atrás, el triunfo de Haushofer parece —por no decir otra cosa— prematuro. Las rúbricas de las firmas del Pacto ruso-germano no consiguieron agradar a los geopolíticos, pues dejaron en suspenso la fuerza efectiva de las realidades económicas y estratégicas. En otros términos, no permitieron dar un solo paso en el camino que llevaba hacia el dominio de la Tierra Central por parte de Alemania.



Capítulo XII

TIERRA CENTRAL Y FARAMALLA

Cada nación está acostumbrada a considerar el mapa de la tierra como centrado en el propio territorio. Sus libros de texto de geografía e historia reflejan este punto de vista de los autores: el escenario nacional es el corazón, muy destacado en el dibujo, en torno al cual, desvaneciéndose en los lindes más remotos, el mundo gira. Sin embargo, esta generalización se aplica más en los métodos docentes de Europa que en los de los Estados Unidos. Norteamérica llegó a ser una nacionalidad en una época en que todo el resto del mundo estaba ya en el mapa. Los norteamericanos se hallan, por tanto, mejor situados para ver la historia mundial como la historia del mundo y no como la historia de un Estado que en el mundo se desarrolla. Un prusiano, en cambio, aprendió a considerar el mundo como una ampliación de la Marca de Brandeburgo, el cogollo del territorio de Prusia, y a pensar en el resto del globo a la luz de lo que la geografía y la historia significan sucesivamente para la Marca de Brandeburgo, Prusia y el Reich alemán.

En contraste con el sistema geocéntrico, rechazado ya en el siglo dieciséis por los astrónomos, el sistema de geografía política centrado en la nación ha subsistido hasta nuestros días y cada nación y cada cancillería operan teniendo presente su propio mapa de la tierra. Es por esto por lo que el concepto de Tierra Central de Mackinder se halla coloreado por el punto de vista muy personal del inglés de la era eduardiana.[1] Rusia había sido el antagonista de Inglaterra en los asuntos mundiales durante cerca de un siglo. El peligro constante de que Rusia forzara los Dardanelos, se tragara al Imperio Otomano —"el hombre enfermo de Europa"— y bajara sobre la India, había obsesionado a generaciones de estadistas británicos. La rápida reacción ante cualquier movimiento de Rusia se había convertido en la piedra de toque de la capacidad de todos cuantos pasaban por el Foreign Office. Alemania era relativamente un recién llegado en el horizonte del estadista británico. Sólo desde 1890 adquirieron vigor y aparatosidad las reclamaciones de Alemania acerca de un puesto en el sol.

No es, por tanto, sorprendente que el "sistema" de Mackinder se centrara en la Europa oriental. Por ello, Mackinder redujo la suma total de las cuestiones políticas mundiales a una sola fundamental: ¿quién dominaría en fin de cuentas la Tierra Central? Mackinder creía que el destino impulsaba inexorablemente a las grandes potencias a la lucha por esta zona básica; en

[1] Halford J. Mackinder, nacido en 1861, escribió sus primeros trabajos importantes en 1890. Su conferencia *El Eje Geográfico de la Historia* es del año 1904.

la lucha, se hallaba en juego el dominio del mundo, nada menos.

Esta reducción del drama de la política mundial a la severa sencillez de una tragedia griega se apoderó de la imaginación de los geopolíticos. La visión de Mackinder se acordaba muy bien con la morbosa filosofía de dominación mundial o ruina, que tanta luz arroja sobre la patología nacional alemana. Hay en el dogma de Mackinder el tipo preciso de finalidad por el que la mentalidad wagneriana suspira. La lucha pendiente prometía ser titánica; el objetivo —la dominación de la Tierra Central euroasiática— era tan tentadoramente remoto como los lejanos lugares hacia los que los héroes de Wagner interminablemente caminan.

Los pasajes de Haushofer acerca de la Tierra Central están en palabras que no permiten dudar al lector de la enorme atracción psicológica que en el autor ejercieron las ideas de Mackinder. Las conclusiones de Mackinder eran a la vez sencillas y grandiosas. Haushofer, al hacerlas suyas, prescribió para Alemania una política simple y grandiosa a la vez: la dominación de los vastos espacios de la Tierra Central y la consiguiente dominación mundial, o la aceptación del pobre *status quo* de Versalles y la consiguiente extinción nacional.

¿Es verdaderamente la lucha por la posesión de la Tierra Central euroasiática la única cuestión fundamental de la política mundial, como Mackinder y Haushofer creían?

La historia no proporciona una respuesta clara. Los hombres de las tribus mogoles —"los jinetes y came-

lleros", como Mackinder los llama— pasaron por la Tierra Central euroasiática, pero nunca la retuvieron por completo. Alejandro avanzó hasta el Hydaspes, España poseyó un imperio sobre el que no se ponía el sol y Gran Bretaña rodeó el globo sin darse aparentemente cuenta de la importancia estratégica sublime de la Tierra Central. Ni en las memorias de Napoleón ni en ninguna otra manifestación auténtica del corso hay la menor referencia a la idea de que la Tierra Central euroasiática guardaba la llave del dominio universal. El hombre pudo pensar, durante sus campañas de Egipto y Levante, en burlarse del poder marítimo de Gran Bretaña y alcanzar la India por la ruta terrestre. Pero hay pruebas claras de que no fué la ilusión de la conquista del Asia, sino el deseo de tener las manos libres en el continente europeo, lo que le llevó a las vastedades de Rusia. Creía, con más fundamento que el reconocido por la mayoría de los historiadores, que Inglaterra podía ser invadida por un ejército con bases en los puertos del Canal, y que el duelo entre Francia y Gran Bretaña podía ser decidido únicamente mediante un asalto frontal contra la base del poder marítimo británico, es decir, contra las mismas islas británicas. No parece que Napoleón creyera que fueran precisos para esta aventura o para la realización de sus demás sueños de conquista más recursos y hombres de los que cabía obtener en la Europa occidental.

Lo que puede decirse en favor de la teoría de Mackinder, a guisa de apoyo de la historia, es que el sueño imperial de Napoleón se vino abajo en Rusia y que la

conquista de Rusia por Alemania en la primera guerra mundial nunca llegó a completarse. Pero estos fracasos en las empresas de dominación mundial pueden ser atribuídos a que la Tierra Central de Eurasia no se hallaba en el camino de los presuntos conquistadores y a que Rusia, la dueña de la Tierra Central, ha estado aliada con las potencias agrupadas en contra de los respectivos aspirantes a la supremacía.

En contraste con Haushofer y Mackinder, varios geopolíticos [2] han atribuído el fracaso de la política mundial de la Francia de Napoleón y de la Alemania de Guillermo II a su respectiva incapacidad para dominar el Mediterráneo, no la Tierra Central. En apoyo de esta teoría, señalan los hechos históricos de que, en el apogeo del poder de Roma, el Mediterráneo era un mar interior romano y que, en el apogeo del poder hispano-austríaco del siglo dieciséis, la supremacía naval española en el Mediterráneo era manifiesta después de la batalla de Lepanto.

La historia política proporciona elementos muy vagos para determinar la validez del concepto estratégico de Mackinder, pero la historia de los movimientos de población europeos nos aporta una más sólida evidencia en contra de la adaptación de Haushofer de la teoría del inglés a la doctrina del *Lebensraum*. La presión de la población, según asegura la propaganda nazi orientada por los geopolíticos, hace de la dominación de la Tierra Central una "necesidad demográfica" para Alemania.

[2] Véase Hans Hummel y Wulf Siewert, *El Mediterráneo: la Geopolítica de una Gran Zona Marítima*, Berlín, 1936.

La fuerza primordial en la política exterior alemana, de acuerdo con la *Weltanschauung* de los geopolíticos, es el prurito de la expansión territorial, el cual supone un empleo revolucionario de la presión de la población en una nación en crecimiento. Esta presión no tiene en cuenta las condiciones establecidas o los meros títulos legales. Es una lucha por la existencia, brutal y sin leyes. Las voluntades y las energías nacionales en pugna son las que determinan los límites de las naciones y la distribución de los territorios.

Haushofer escribió:

"Sea cual sea la interpretación que se dé al desplazamiento del centro geopolítico del mundo fuera de Europa, hay una cosa cierta: los países de la Europa central (quiere decir Alemania) no pueden ser contenidos dentro de sus límites actuales sin una decadencia de las razas. Este es un hecho que puede ser científicamente confirmado por datos bio-geográficos exactos (sic)." [3]

El que una gran densidad de población haya sido siempre la verdadera causa de las aventuras expansionistas en la historia es cuestión debatible. Pero, aun admitiendo la hipótesis, la marcha de Alemania hacia la Tierra Central está destinada a chocar con la "necesidad demográfica" de Rusia.

Mackinder escribió que "el desigual crecimiento de las naciones es . . . en gran medida el resultado de una distribución poco uniforme de la fertilidad y de la dis-

[3] Karl Haushofer, *Wehrgeopolitik* (*Geopolítica de Guerra*), Berlín, 1932.

tribución estratégica de las oportunidades sobre la superficie de nuestro globo". Los geopolíticos, por su parte, invocan "la norma de vida estatal-biológica", es decir, que es un gran espacio lo que mantiene la vida. Dicen que Alemania, en relación con su presión de población, cuenta con un espacio angosto e inadecuado y está por ello obligada, por ley biológica, a la expansión territorial. Alegan que la Tierra Central de Eurasia podría absorber el exceso de la presión de población del Reich y que por ello Rusia está destinada a convertirse en el territorio imperial alemán. Es en este aspecto, afirman, donde el expansionismo alemán difiere tan notablemente en carácter del imperialismo "al antiguo estilo"; los colonos alemanes cultivarán los vastos espacios del Este de Europa y establecerán el sólido reino de la Kultur alemana, producto engendrado por la plenitud de "la sangre y el suelo". Al mismo tiempo que este proceso de colonización oriental, Alemania forjará un sistema económico autárquico que le permitirá proseguir la conquista de la Isla Mundial. Como hemos visto antes, Mackinder está de acuerdo en lo que respecta a la mecánica de este proceso, por muy poco que el mismo le agrade. Alemania es la tierra central de la Europa peninsular. Su situación en el borde occidental y más populoso de la gran Tierra Central euroasiática le permite ser el centro desde el que esta Tierra Central pueda ser organizada. En suma, Alemania posee todas las ventajas de una posición central. Pero, en lo que respecta al gran factor no geográfico, el potencial humano, la posición de Alemania en relación con los actuales poseedores de

su presunto territorio imperial ha sufrido, en las dos décadas transcurridas desde la publicación de los trabajos de Mackinder, un considerable deterioro.

Las estadísticas de población de Alemania, tan afanosamente peloteadas por los sabios bracmanes del *Lebensraum,* carecen de sentido si no son puestas en relación con el conjunto del problema demográfico de Europa. Después de siglos de estancamiento, la población de Europa aumentó hasta más del doble en los últimos cien años. Este aumento fué acompañado por un desarrollo técnico y una expansión por ultramar de la raza blanca sin precedentes en la historia. A pesar de la acentuada disminución del promedio de nacimientos en los países industriales desde la primera guerra mundial, se calcula que la población de Europa habrá aumentado entre 1930 y 1960 en una cifra casi tan grande como la registrada para el primer tercio del siglo, es decir, en unos 100.000.000, según previsiones estadísticas efectuadas antes del estallido de la segunda guerra mundial. Sin embargo, de este aumento total, sólo unos 25.000.000 corresponderán a la Europa central, meridional y occidental; los otros 75.000.000 corresponderán a la población de la Europa oriental y Rusia participará en esta cifra con 50.000.000 de habitantes más.

A comienzos del siglo diecinueve, la población de Europa estaba uniformemente distribuída entre los grupos nacionales germánicos, latinos y eslavos. A mediados del siglo veinte, el grupo eslavo, sobre la base de su promedio de crecimiento previo, constituirá la mitad del total.

Las tendencias probables de la población de los países individuales podían ser calculadas en tiempos de paz sobre la base de sus respectivos promedios de nacimientos y defunciones. Tomando el conjunto de Europa, el promedio de nacimientos va declinando de este a oeste y de sur a norte. Los pueblos de la Europa septentrional y occidental parecen entrados en años, mientras que los pueblos de la Europa meridional y oriental disfrutan de una juventud relativa. Incluso un experto alemán nazi [4] no pudo atreverse a anticipar un considerable aumento en la población alemana para el período entre 1930 y 1960. Llegó a la conclusión de que, después de 1960, la perspectiva, a pesar de los remedios puestos por el Gobierno nazi —la propaganda, los premios a la fecundidad y las penalidades por la venta de abortivos— era muy oscura para Alemania en la carrera europea de las cigüeñas. La misma autoridad admitió lo que debería haber sido evidente para el más obtuso de los abogados de un mayor y mejor *Lebensraum* en el este, es decir, que un aumento de 50.000.000 en 30 años constituiría una carga en la estructura económica hasta en un país tan vasto como Rusia y cerraría el paso a la solución del problema de la población de Alemania por medio de la "colonización" del espacio ruso, tan manifiestamente destinado a la absorción de las futuras generaciones de la propia Rusia.

Es revelador en cuanto a las inclinaciones de Haus-

4 Véase Anton Reithinger, *La Fisonomía Económica de Europa* (*Das Wirtschaftliche Gesicht Europas*), Stuttgart, 1935. El autor es el principal analista económico del "trust" alemán de las anilinas.

hofer respecto al problema de población alemán que el Maestro alabara el establecimiento de leyes restringiendo la disposición de la propiedad agrícola por venta o por herencia. De acuerdo con la ley nazi, el Erbhof, la granja familiar, se transmite de padre a hijo mayor. Esta ley tiene como modelo el derecho inglés de mayorazgo y su finalidad consiste en poner fin al abandono de los campos, una tendencia tan marcada en Alemania como en otros países europeos muy industrializados. Por razones que caen fuera del alcance de este libro, la idea nazi del *Erbhof* no alteró en lo más mínimo la tendencia de Alemania hacia la migración interna y, durante algún tiempo, dificultó considerablemente la productividad de la agricultura alemana, decepcionando así las esperanzas nazis de una mejor raza de campesinos y de una mayor producción interna de alimentos. Muy diferentes habían sido las esperanzas de Haushofer.

"Los hermanos menores del poseedor hereditario del *Erbhof*", escribió, "tendrán que tentar su suerte fuera. Esta nueva medida, patrocinada por el Ministro de Agricultura Walter Darré, deja en libertad las energías de estos jóvenes sin tierras para la heroica aventura de buscar nuevos territorios".

No hace falta decir que esta heroica aventura tenía que llevar inevitablemente a estos jóvenes, desplazados a la fuerza de sus acres ancestrales por una medida copiada de las costumbres feudales de Inglaterra, a un sangriento conflicto con los jóvenes de los países vecinos. Sin embargo, Haushofer parecía encantado del hecho de que el *Erbhof*, no sólo no solucionaba el hipotético pro-

blema de población de Alemania, sino que lo agravaba.

Es evidente que los nazis no tenían la intención de buscar un alivio al muy estudiado problema del exceso de población en las zonas menos pobladas de fuera del Reich. Dos años de ininterrumpidas conquistas han revelado la verdadera naturaleza de los planes de la Alemania nazi para la reorganización de Europa. Lejos de desear una Alemania menos industrializada y por ello menos densamente poblada, los nazis trataron claramente de concentrar la producción y la capacidad tecnológica dentro del Reich propiamente dicho. Todos los otros Estados europeos iban a ser reducidos a la condición de leñadores o aguadores; su función iba a consistir en suministrar a sus señores de Alemania los alimentos y las materias primas. De este modo, en lugar de originar una más vasta distribución de la población alemana, el Nuevo Orden de Hitler ha originado una corriente de mano de obra esclavizada hacia el interior del Reich.

Además, el temerario supuesto nazi de que Rusia proporcionaba una lógica solución colonial para el exceso de población alemana estaba en contradicción directa con los hechos. De acuerdo con las mejores estadísticas disponibles, Rusia avanza a lo largo de una curva de fecundidad creciente, lo que le promete una ventaja cada vez mayor sobre el aumento de población de Alemania. Conforme a la terminología del propio Haushofer, Rusia se revela así como una potencia "joven y dinámica", mientras que Alemania ha de ponerse en la fila lamentable de las potencias "estáticas al antiguo estilo". En otros términos, si bien la situación de Ale-

mania en el borde occidental de Eurasia constituye una posible base desde la que la Tierra Central pueda ser organizada, no hay razón —dentro de los límites de la teoría geopolítica— para que esta Tierra Central no pueda organizarse ella misma, espontáneamente, desde el interior y sin necesidad de que intervengan fuerzas extrañas.

Todos los Estados tienen tendencias expansionistas. "El genio y la energía mayores de algunas naciones, la agrupación de tierras y mares, de fertilidad y rutas naturales", pueden revelarse como factores que han favorecido a través de la historia el crecimiento de los imperios. Pero es en el conjunto de estos factores donde ha de buscarse la explicación del crecimiento expansionista. Una gran presión de la población no es, como los geopolíticos pretenden, ni la causa principal ni el requisito previo de la expansión en el espacio. El expansionismo japonés, por ejemplo, se ha manifestado en épocas en que había tendencias estáticas muy pronunciadas de fecundidad nacional; la agresión del Japón contra el continente asiático precede en siglos al rápido aumento de la población japonesa, el cual comenzó a mediados del siglo diecinueve. [5] Lo poco que se sabe acerca de la densidad relativa de la población japonesa hasta el siglo dieciocho señala una razón de habitantes a tierra cultivable considerablemente menor que la que

5 Hasta fines de la década del 60, la joblación japonesa permaneció muy estacionaria alrededor de la cifra de 25.000.000. La población actual de las islas japonesas es de más de 65.000.000 de habitantes. Véase Frank H. Simonds y Brooks Emeny, *The Great Powers in World Politics,* Nueva York, 1939, página 418.

prevalecía en Corea y en las provincias costeras de China. Sin embargo, el Japón era ya en aquellos días una potencia expansionista. De modo análogo, la aparición de Prusia como potencia expansionista en el siglo dieciocho no fué precedida ni acompañada de ningún notable aumento en el promedio de nacimientos del país en comparación con los promedios de los países vecinos. Son muchos otros los ejemplos de la historia del imperialismo que corroboran este argumento. No hay, en suma, prueba histórica en apoyo del nexo causal, alegado por los abogados del *Lebensraum,* alemanes y japoneses, entre la presión de la población y el crecimiento nacional en espacio. Esta teoría es pura faramalla.

De este modo, se plantea la cuestión de si la teoría de Mackinder —y las teorías que se inspiraron en ella— no están basadas en una interpretación deliberadamente errónea de la historia. Toda la cuestión tendría poca importancia fuera del pequeño círculo de historiadores y geógrafos profesionales, si no fuese porque la substancia de la doctrina de Mackinder, transmitida por los geopolíticos a los despóticos gobernantes de 80.000.000 de alemanes, puede haber determinado la dirección del más gigantesco asalto que se haya lanzado contra toda la humanidad.

La validez de la teoría de la Tierra Central descansa en una interpretación de la historia parcialmente geográfica y parcialmente demográfica. Como se ha visto, ni las realidades geográficas ni la otra realidad, el potencial humano, han demostrado hasta ahora tener fuerza suficiente para hacer de la Tierra Central de Eurasia la zona

axil del globo. En cambio, las realidades geográficas, o mejor dicho, las realidades estratégicas, el potencial humano ruso y la organización eficiente del sistema político y económico de Rusia han tendido desde los días de Mackinder a alterar las condiciones que antes pudieron haber favorecido los designios de Alemania sobre la Tierra Central.

Sin embargo, la teoría de la Tierra Central euroasiática es evidentemente para los geopolíticos mucho más que el medio de recalcar su principal postulado político que impone una alianza íntima y durable con Rusia y Japón o, en otro caso, una fulminante conquista de la Tierra Central, seguida por una consolidación tan hábil y completa que permita una provechosa cooperación entre los amos alemanes y sus "servidores" rusos. La teoría de la Tierra Central euroasiática es un artículo de fe; el arco que sostiene todo el sistema de Haushofer descansa sobre la tesis de que el dominio del mundo puede obtenerse por medio del dominio de la Isla Mundial. Esto fué aceptado por los discípulos de la *Geopolitik* y por sus iniciados nazis como el "sésamo ábrete" de una política mundial consciente. Antes de la subida de los nazis al poder, sólo unos cuantos críticos alemanes de Haushofer pusieron en tela de juicio por razones geográficas la validez de la interpretación geográfica de la historia mundial. Ahora, las enseñanzas de Haushofer son sacrosantas; constituyen una parte de ese selecto cuerpo de literatura política que está más allá de toda crítica.

Mackinder no halló tal aceptación boquiabierta de

su grandiosa teoría por parte de sus compatriotas. Cuando, en 1904, terminó su siniestra conferencia sobre "El Eje Geográfico de la Historia" ante la Real Sociedad Geográfica de Londres, un miembro del auditorio, sin preparación geopolítica alguna, descubrió en seguida una falla en el razonamiento. Fué un cierto Mr. Amery, quien se levantó y dijo: "... Tanto el mar como el ferrocarril van a ser completamentados en el futuro por el aire como medios de locomoción y, cuando lleguemos a esto... mucha de esta distribución geográfica ha de perder su importancia y las potencias triunfadoras serán aquellas que tengan las mayores bases industriales..." Fué éste un notable rasgo profético, si se tiene en cuenta que los hermanos Wright habían inventado el aeroplano sólo un año antes. [6]

Mackinder deseó poner en guardia a sus compatriotas contra los peligros de una alianza ruso-alemana: Haushofer saludó a la doctrina de Mackinder como a una exégesis llovida del cielo del dilema de política mundial de Alemania. Tanto Mackinder como Haushofer presentaron una interpretación de la historia esencialmente "futurista"; lo que importaba a los dos no era lo que *había sido*, sino lo que *podía ser* como resultado de ciertos movimientos en el tablero de ajedrez de la política mundial. A esto se debe precisamente que la versión alemana de la teoría de Mackinder tenga hoy, aunque no se apoye en hechos históricos, tan enorme importancia. Para los alemanes, la *Geopolitik* es un credo.

6 Actas de la Real Sociedad Geográfica de Londres, tal como se publican en el *Geographical Journal*, abril 1904.

La *Geopolitik* alemana es una fuerza inspiradora fundamental que se halla detrás de la política que sigue el Tercer Reich. Mientras el Reich de Hitler subsista, esa fuerza inspiradora de los nazis es, aunque generada en presunciones falsas, una realidad política que las naciones anglosajonas no pueden permitirse el lujo de perder de vista.

Capítulo XIII

NORMAS GEOGRÁFICAS DE LA HISTORIA

Mackinder intentó deducir de su interpretación de la historia una norma que permitiera leer el futuro. Como Ratzel, creía que la actividad del mundo moderno se dirigía hacia la constitución de un imperio que gobernara todo el planeta. Sostenía que el gobierno mundial del futuro se apoyaría en la Tierra Central de Eurasia y que el dominio de esta zona axil sería por tanto la cuestión trascendental de esta época. Mackinder no se cuidó de ir más allá de esta teoría y no desarrolló un "sistema".

Haushofer hizo de la teoría de Mackinder la piedra angular de la *Geopolitik* y, de este modo, cayó en el más grave de todos los errores geopolíticos. Por haber ideado su sistema como un sistema dinámico, en contraste con la antigua geografía política estática, iba a tratar la estructura política del globo como se trata a un ser viviente y en continuo cambio. Sin embargo, en este mundo de valores en constante transformación, la Tierra Central de Eurasia era, según sostenía Haushofer, el único "valor" fijo y estático y, por ello, de acuer-

do con la norma de vida dinámica de la *Geopolitik*, un absurdo. Ello no obstante, es en esta teoría o más bien en esta desequilibrada hipótesis donde descansa la doctrina oficial del expansionismo nazi.

Entre los hechos comprobados y las ambiciosas pretensiones de los geopolíticos, hay una desproporción lamentable. Los pronósticos del poder mundial alemán giran en torno a un mito.

Esto no significa que no sea posible discernir una norma geográfica de la historia. La historia se ha realizado entre los veinte y los sesenta grados de latitud norte. Se ha realizado en las latitudes norte porque la mayor parte de las tierras se encuentran en el hemisferio septentrional. Todas las comunidades que han tenido importancia en la historia —con la excepción de unas cuantas comunidades aisladas en la zona meridional de Sudamérica, en el África del Sur y en Australia— han estado situadas en un cinturón casi continuo que rodea al globo y que se extiende entre los veinte y los sesenta grados de latitud norte. Las energías políticas del mundo se han generado en su mayor parte en las zonas templadas. En otros términos, la historia se ha hecho allí donde prevalecen los climas moderados. Los centros de gravedad históricos se han movido de sur a norte, pero sólo dentro de las latitudes de la zona templada. Los Estados ribereños de Mesopotamia y Egipto fueron sucedidos por los Estados ciudadanos de Grecia. Grecia cedió su hegemonía al antiguo mundo de Roma, el cual extendió su poder hasta más allá de los Alpes, conquistó la Galia, invadió Germania y estableció su

frontera más septentrional a través de Inglaterra. La historia del Occidente durante los cuatro últimos siglos ha registrado el paso gradual de la iniciativa política mundial de las capitales de los Estados mediterráneos a París, Londres, Estocolmo, San Petersburgo y Berlín. Esta migración del fulcro histórico no se ha producido en una progresión uniforme, pero su paso sur-norte es sin embargo muy claro.

Toda la civilización de la antigüedad estaba contenida entre los veinte y los cuarenta y cinco grados de latitud septentrional. La civilización china del valle del Yangtsekiang, el imperio de Asoka a orillas del Ganges y los reinos de Mesopotamia y Egipto florecieron en latitudes subtropicales. La civilización posterior de China a orillas del Hoangtse y las de Grecia y Roma en la costa del Mediterráneo se desarrollaron entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco grados. Las grandes capitales del noroeste y del centro de Europa, de Rusia, de los Estados Unidos y del Japón están situadas entre los cuarenta y cinco y los sesenta grados, es decir, en la zona templada fresca.

Este desplazamiento de sur a norte de los centros de gravedad históricos ha moldeado el destino de países individuales y de regiones mundiales enteras. Los países de Levante se encontraban antes en el centro de la civilización mundial y eran el paso estratégico entre los grandes imperios de Egipto, Asiria y Persia. Los cartógrafos de la Europa medieval todavía centraban sus mapas en Jerusalén, pero, en el siglo diecinueve, Jerusalén se encontraba en la periferia de la zona de poder

centrada en el noroeste de Europa. Durante la Edad Media, mucho después de la caída del imperio romano, las nacientes Estados del norte todavía trataban de obtener para su autoridad la sanción de Roma. Unos pocos siglos después, el conglomerado de Estados llamado Italia había cesado de tener importancia en la política mundial y las capitales del noreste de Europa habían asumido la dirección del globo. Con la circunnavegación del África y el descubrimiento de las Américas, el centro del poder político se desplazó hacia el noroeste. Desde comienzos del siglo dieciséis hasta comienzos del siglo veinte, el centro político y cultural del mundo estuvo en Europa. Desde este centro, se pusieron en movimiento los avances de oeste a este y de este a oeste, por todo el globo, del poder europeo.

La supremacía británica, ganada por el poder marítimo basado en las islas, señaló la culminación del gobierno universal de Europa. Con la aparición de los Estados Unidos como gran potencia después de la guerra hispano-norteamericana, surgió una nueva condicionante, pues los Estados Unidos estaban fuera del sistema europeo, el cual era lo único que hasta entonces había pesado en el mundo. Después de la derrota de Rusia en 1905, el Japón ocupó su lugar como gran potencia no europea en el Pacífico occidental.

Con la aparición de estas potencias no europeas, el centro de gravedad se desplazó del noroeste de Europa, o mejor dicho, se crearon varios de estos centros allí donde durante cuatro siglos sólo había existido uno. El gobierno unitario de Europa cedió el paso a regiones

Capítulo XIII

NORMAS GEOGRÁFICAS DE LA HISTORIA

Mackinder intentó deducir de su interpretación de la historia una norma que permitiera leer el futuro. Como Ratzel, creía que la actividad del mundo moderno se dirigía hacia la constitución de un imperio que gobernara todo el planeta. Sostenía que el gobierno mundial del futuro se apoyaría en la Tierra Central de Eurasia y que el dominio de esta zona axil sería por tanto la cuestión trascendental de esta época. Mackinder no se cuidó de ir más allá de esta teoría y no desarrolló un "sistema".

Haushofer hizo de la teoría de Mackinder la piedra angular de la *Geopolitik* y, de este modo, cayó en el más grave de todos los errores geopolíticos. Por haber ideado su sistema como un sistema dinámico, en contraste con la antigua geografía política estática, iba a tratar la estructura política del globo como se trata a un ser viviente y en continuo cambio. Sin embargo, en este mundo de valores en constante transformación, la Tierra Central de Eurasia era, según sostenía Haushofer, el único "valor" fijo y estático y, por ello, de acuer-

do con la norma de vida dinámica de la *Geopolitik*, un absurdo. Ello no obstante, es en esta teoría o más bien en esta desequilibrada hipótesis donde descansa la doctrina oficial del expansionismo nazi.

Entre los hechos comprobados y las ambiciosas pretensiones de los geopolíticos, hay una desproporción lamentable. Los pronósticos del poder mundial alemán giran en torno a un mito.

Esto no significa que no sea posible discernir una norma geográfica de la historia. La historia se ha realizado entre los veinte y los sesenta grados de latitud norte. Se ha realizado en las latitudes norte porque la mayor parte de las tierras se encuentran en el hemisferio septentrional. Todas las comunidades que han tenido importancia en la historia —con la excepción de unas cuantas comunidades aisladas en la zona meridional de Sudamérica, en el África del Sur y en Australia— han estado situadas en un cinturón casi continuo que rodea al globo y que se extiende entre los veinte y los sesenta grados de latitud norte. Las energías políticas del mundo se han generado en su mayor parte en las zonas templadas. En otros términos, la historia se ha hecho allí donde prevalecen los climas moderados. Los centros de gravedad históricos se han movido de sur a norte, pero sólo dentro de las latitudes de la zona templada. Los Estados ribereños de Mesopotamia y Egipto fueron sucedidos por los Estados ciudadanos de Grecia. Grecia cedió su hegemonía al antiguo mundo de Roma, el cual extendió su poder hasta más allá de los Alpes, conquistó la Galia, invadió Germania y estableció su

frontera más septentrional a través de Inglaterra. La historia del Occidente durante los cuatro últimos siglos ha registrado el paso gradual de la iniciativa política mundial de las capitales de los Estados mediterráneos a París, Londres, Estocolmo, San Petersburgo y Berlín. Esta migración del fulcro histórico no se ha producido en una progresión uniforme, pero su paso sur-norte es sin embargo muy claro.

Toda la civilización de la antigüedad estaba contenida entre los veinte y los cuarenta y cinco grados de latitud septentrional. La civilización china del valle del Yangtsekiang, el imperio de Asoka a orillas del Ganges y los reinos de Mesopotamia y Egipto florecieron en latitudes subtropicales. La civilización posterior de China a orillas del Hoangtse y las de Grecia y Roma en la costa del Mediterráneo se desarrollaron entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco grados. Las grandes capitales del noroeste y del centro de Europa, de Rusia, de los Estados Unidos y del Japón están situadas entre los cuarenta y cinco y los sesenta grados, es decir, en la zona templada fresca.

Este desplazamiento de sur a norte de los centros de gravedad históricos ha moldeado el destino de países individuales y de regiones mundiales enteras. Los países de Levante se encontraban antes en el centro de la civilización mundial y eran el paso estratégico entre los grandes imperios de Egipto, Asiria y Persia. Los cartógrafos de la Europa medieval todavía centraban sus mapas en Jerusalén, pero, en el siglo diecinueve, Jerusalén se encontraba en la periferia de la zona de poder

centrada en el noroeste de Europa. Durante la Edad Media, mucho después de la caída del imperio romano, las nacientes Estados del norte todavía trataban de obtener para su autoridad la sanción de Roma. Unos pocos siglos después, el conglomerado de Estados llamado Italia había cesado de tener importancia en la política mundial y las capitales del noreste de Europa habían asumido la dirección del globo. Con la circunnavegación del África y el descubrimiento de las Américas, el centro del poder político se desplazó hacia el noroeste. Desde comienzos del siglo dieciséis hasta comienzos del siglo veinte, el centro político y cultural del mundo estuvo en Europa. Desde este centro, se pusieron en movimiento los avances de oeste a este y de este a oeste, por todo el globo, del poder europeo.

La supremacía británica, ganada por el poder marítimo basado en las islas, señaló la culminación del gobierno universal de Europa. Con la aparición de los Estados Unidos como gran potencia después de la guerra hispano-norteamericana, surgió una nueva condicionante, pues los Estados Unidos estaban fuera del sistema europeo, el cual era lo único que hasta entonces había pesado en el mundo. Después de la derrota de Rusia en 1905, el Japón ocupó su lugar como gran potencia no europea en el Pacífico occidental.

Con la aparición de estas potencias no europeas, el centro de gravedad se desplazó del noroeste de Europa, o mejor dicho, se crearon varios de estos centros allí donde durante cuatro siglos sólo había existido uno. El gobierno unitario de Europa cedió el paso a regiones

mundiales, centradas cada una de ellas en un diferente núcleo de poder.

Puede hacerse la objeción de que este cuadro de desplazamiento del poder está dibujado de acuerdo únicamente con perspectivas históricas occidentales y que los gigantescos imperios del mundo "desconocido", India, China y Japón, eran potencias mundiales genuinas mucho antes de que Europa los "descubriera". Sin embargo, ninguno de ellos logró nunca el gobierno unitario del mundo de que Europa disfrutó hasta fines del último siglo.

¿Ha quedado Europa definitivamente desplazada como centro del poder mundial? Si la Alemania nazi lograra imponer su ley desde Hamburgo hasta Basra, desde el golfo Pérsico hasta la India y desde la India hasta las playas del Pacífico, el poder mundial podría quedar de nuevo centrado en la zona centro-norte de Europa. En cambio, si las Naciones Unidas ganan esta guerra, el centro del poder mundial podría quedar, durante muchas generaciones futuras, en Wáshington. En los escritos de Haushofer se alude con frecuencia a esta temida posibilidad.[1] Y parte de la propaganda de Goebbels, dirigida a los pueblos sometidos, exhorta a éstos para que se unan a Alemania en la batalla por la supremacía de Europa contra los bárbaros no europeos, como los rusos, los ingleses y los norteamericanos.

Según los geopolíticos, es el dominio de la Tierra Central euroasiática lo que permitirá a Alemania recon-

[1] K. Haushofer, *Weltpolitik von Heute*, Berlín, 1934, edición revisada, 1939, páginas 129-132; Raumüberwindende Mächte, Leipzig, 1931, páginas 348-350.

quistar para Europa el centro del gobierno del mundo; los propagandistas nazis han tratado de crear, después de la conquista efectiva del continente por Hitler, una espuria *mística* paneuropea. [2]

Desde los primeros tiempos, los teóricos y propagandistas políticos han tratado de mostrar que las aspiraciones políticas de ciertas naciones estaban de acuerdo con las grandes tendencias de la historia o eran contrarias a ellas. Estas grandes tendencias reflejan verdaderamente la poderosa influencia de la geografía. La historia comenzó donde comenzó, a causa de las condiciones geográficas. Pero, a través de la historia, estas condiciones geográficas han demostrado ser susceptibles de modificación, en grados diversos, por parte del hombre. Las condiciones geográficas determinan en gran parte *dónde* se hace la historia, pero es siempre el hombre quien la hace.

El imperio de Alejandro el Grande se derrumbó cuando su fundador murió, porque se trataba de un edificio construído sin tener en cuenta la cohesión geográfica de las partes que lo componían y las características raciales de los pueblos macedónicos. El sueño de un imperio asiático que persiguió a Alejandro fué de éste solamente y no de sus guerreros de Macedonia. Al penetrar Alejandro en Asia, el centro de gravedad de su

2 Véase el discurso de Hitler del 15 de marzo de 1942. "Se está forjando un mundo nuevo... Aquí, en Europa, se está preparando el terreno para la verdadera independencia del continente. Es intolerable que unos cuantos Estados y naciones se dejen seducir por los conspiradores judíos plutocráticos y adopten un punto de vista antieuropeo..." *Times* de Nueva York, 16 de marzo.

imperio se desplazó fuera de sus orígenes europeos y también por ello de las fuentes de su fuerza. Como las naciones asiáticas conquistadas carecían de cohesión, el gran imperio de Alejandro no sobrevivió a su creador. Nada quedó, salvo la historia de un rey.

En cambio, Julio César se daba perfecta cuenta de las limitaciones que la geografía imponía a sus conquistas. Nunca pasó de los lindes debidos. Alejandro se detuvo a las puertas de la India y Napoleón en Moscú porque no tuvieron otro remedio. César, en cambio, se retiró voluntariamente del Támesis y de la margen derecha del Rin. Sus sueños no eran los de una ilimitada conquista mundial. Trataba de obtener para el Imperio de Roma fronteras sólidas y una zona compacta. El imperio que edificó duró varios siglos; sus bases latinas de idioma y civilización perduran hoy en día. Porque César hizo de la geografía el enemigo que había destruído el imperio de Alejandro, un aliado del poder de Roma.

Algunos de los geopolíticos afirman que hay una relación íntima entre las oportunidades geográficas y el ciclo de vida de los pueblos. Ratzel y Kjellen sostuvieron que un pueblo joven y con energías que domine una localidad estratégica está en condiciones de emprender la constitución de un imperio. Los pueblos de los imperios de data más antigua están obligados a ceder su puesto de preeminencia mundial porque sus "energías históricas" han quedado consumidas. Al debilitarse sus fuerzas "raciales-biológicas" y al desvanecerse su poder económico, pierden su dominio del espacio.

Es difícil reconciliar esta teoría con los cambios en la posición de poder de, por ejemplo, Holanda, Venecia y, en los antiguos tiempos, Palestina y Siria. La historia y la geografía —y no, evidentemente, las virtudes y la vitalidad nacionales— son las causas de estos cambios en la posición de poder. Ningún razgo perceptible de excelencia biológica o moral en los holandeses hubiera podido convertir su país en tiempos de César en una gran potencia. Los holandeses ascendieron a este rango cuando el centro de gravedad de la política mundial se desplazó hacia el noreste de Europa por una serie de complejas razones en las que los holandeses no tenían arte ni parte: la declinación de Roma, el descubrimiento de América, los progresos técnicos en la navegación y la posesión de la desembocadura del Rin. [3] Este mismo desplazamiento hacia el norte del centro de gravedad de la política mundial, en alejamiento del Mediterráneo, hizo que la República de Venecia descendiera a ser una potencia de tercer orden cuando estaba en el apogeo de su vitalidad. Y no cabe duda que es criterio para juzgar esta vitalidad la capacidad de un pueblo para superar a sus rivales en la lucha, la navegación y el comercio. En el siglo dieciocho, Venecia, que había ejercido el predominio naval y comercial en el Mediterráneo y había sido una gran potencia de acuerdo con los módulos del siglo quince, era todavía un importante puerto en el Adriático, pero sólo una sombra de lo que había sido. Era que la época del Mediterráneo ha-

[3] Véase N. J. Spykman, "Geography and Foreign Policy", *The American Political Science Review,* febrero y abril de 1938.

bía llegado a su término y que el sol brillaba sobre las distantes playas del Atlántico, donde primeramente Portugal y España y después Holanda, Francia e Inglaterra ocupaban el buen lado en la ruta de las oportunidades nacionales. El pensamiento político de los tiempos era lento para ajustarse a los cambios introducidos por la apertura de las rutas oceánicas. Hasta comienzos del siglo dieciocho, Venecia continuó siendo un factor importante en los cálculos de las cancillerías de Europa y, a causa del arraigado concepto de muchas generaciones, conservó su "valor" internacional hasta mucho después de haber perdido su posición geopolítica. De un modo análogo, la declinación de España permaneció oculta durante casi dos siglos, incluso para los más sagaces entre los que aplicaban la política de fuerza. La impotencia de España durante el siglo diecinueve sorprendió constantemente a sus enemigos del mismo modo que a sus aliados, pues todos estaban cegados por las pasadas grandezas.

Observada desde la cómoda butaca del historiador, la debilidad de la estructura geopolítica de España era claramente perceptible mucho antes de que esta estructura se viniera abajo. Los recursos de la madre patria habían llegado a ser grotescamente insuficientes para mantener los intereses mundiales españoles. Sin embargo, el inmenso prestigio del reino de España ocultaba la debilidad real lo mismo a amigos que a enemigos. El imperio español era impresionante incluso como una ruina y, durante muchas generaciones, la opinión internacional acordó a Madrid el respeto debido a una gran

potencia. Porque la historia no es solamente una función de las condiciones naturales, sino también de las creencias, tradiciones e ideas morales del hombre.

A la luz de la historia, la situación estratégica, aun cuando ésta se encuentre a disposición de un pueblo enérgico, no es una garantía automática de grandeza imperial. Cuando se terminaron los canales de Suez y Panamá, las grandes masas terrestres del mundo experimentaron un desplazamiento geopolítico muy considerable. Había ahora cinco islas continentales, cuando antes sólo había habido tres. De estas cinco islas, África, América del Sur y Australia eran, a efectos de la navegación corriente, islas verdaderas. El casquete de hielo del Ártico impedía la circunnavegación de Eurasia y de América del Norte, las que funcionaron como verdaderas penínsulas. Las ubicaciones estratégicas de los Estados quedaron profundamente afectadas por esta reagrupación de las masas terrestres realizada por la mano del hombre, como puede apreciarse fácilmente en las repercusiones en Sudáfrica y el Japón. No es difícil imaginarse cuánto más favorable hubiera sido la posición estratégica del Japón, si esos dos canales no hubiesen sido nunca abiertos. Sin embargo, los geopolíticos apenas podían establecer relación alguna plausible entre la vitalidad biológica y el vigor expansionista de los japoneses y el obstáculo que para sus proyectos de imperio suponía la apertura de los dos canales. Además, ninguno de los dos canales había sido proyectado por consideraciones estratégicas *vis-à-vis* del Japón. Cuando el canal de Suez fué terminado y cuando comenzó la

construcción del canal de Panamá, no se consideraba todavía al Japón como una gran potencia. Ello no obstante, la construcción del canal de Panamá —un accidente geopolítico para el Japón— puede haber resultado el acontecimiento más funesto de la historia japonesa y condenado al fracaso seguro al Japón en la misma iniciación de su aventura expansionista. No cabe hallar aquí un principio geopolítico del que puedan deducirse leyes inmutables que regulen el crecimiento de las naciones.

Un geógrafo inglés, James Fairgrieve, [4] quien estudió y aplicó las ideas de Halford Mackinder, se imaginó que el desconcertante juego de los factores geográficos y las fuerzas políticas en la historia se manifiesta como una marcha de los humanos en pos de las fuentes de energía. Así, las sociedades de pastores tratan de buscar mejores tierras de pastos; el rico granero de Egipto y la mano de obra del Este atraen a los emperadores romanos; y las grandes existencias de carbón permiten a Gran Bretaña llegar al apogeo del poder mundial en el siglo diecinueve. Según Fairgrieve, la lucha por la posesión de las fuentes de energía, especialmente del carbón y del petróleo, determina el cuadro geopolítico del imperialismo moderno. Fairgrieve temía que las existencias actuales de carbón y petróleo se agotaran y alegaba que la anticipada escasez provocaría conflictos to-

[4] El libro de James Fairgrieve, *Geografía y Poder Mundial* (*Geography and World Power*), Londres, 1920, fué traducido al alemán por Martha Haushofer, la esposa del general. La edición alemana se publicó en 1925, con el título *Geographie und Weltmacht*. La introducción es de Haushofer.

davía más violentos en las zonas tropicales. "Parece probable", escribió Fairgrieve en 1920, "que el progreso mayor se realizará cuando esas tierras donde las cosas crecen más de prisa bajo la influencia de la energía del calor, habilitadas por la suficiente humedad, sean traídas al seno de la organización mundial". A continuación, Fairgrieve citó la cuenca del Amazonas, la cuenca del Congo y las Indias Orientales como las mayores fuentes posibles de energía térmica.

"Cuanto más cerca del ecuador se vaya", continuó, "mayores son las posibilidades de ahorrar energía... Hay fuentes de energía a las que tendremos que acudir cuando el carbón se agote y tarde o temprano esas fuentes van a ser utilizadas. Con este empleo, si el pasado es criterio para el futuro, tienen que producirse cambios inevitables en la distribución de la humanidad, en los hábitos de vida y en aquellas cosas que influyen profundamente en el curso de la historia".

Lo que da carácter acerbo al pronóstico de Fairgrieve es la inversión que supone en la tendencia observable de la historia, tendencia que es de sur a norte. En general, Fairgrieve siguió a Mackinder en la aceptación de la teoría del "eje geográfico de la historia" situado en la Tierra Central de Eurasia y, como Mackinder, creía que una alianza germano-rusa desplazaría el centro de gravedad político del mundo hacia dicha Tierra Central. Pero veía, en cambio, que las tendencias a más largo plazo mostraban un desplazamiento gradual del centro o de los centros de poder hacia las nuevas fuentes de energía. El ciclo de la civilización se completaría así

por sí mismo y las actividades políticas quedarían de nuevo centradas en las bajas latitudes. El estado de la tecnología moderna —el desarrollo del acondicionamiento del aire y el triunfo parcial sobre las enfermedades tropicales— indica que el pronóstico puede muy bien establecer el escenario de importantes problemas políticos de las generaciones futuras.

Hay serias indicaciones de que esta nueva tendencia hacia el sur del centro de gravedad del poder político puede manifestarse en un próximo futuro. Mientras la primera guerra mundial fué decidida en los campos de batalla de la Francia septentrional, parece cada vez más probable que el desenlace de la presente lucha se produzca más de veinte grados de latitud más al sur. Parece como si el destino estuviera ya abriendo brechas para que la historia vuelva a las bajas latitudes, de acuerdo con la predicción de Fairgrieve. Es en las ardientes arenas del desierto más que en las fértiles llanuras de la Europa septentrional donde la misión de Hitler quedará cumplida o donde tendrá su fin la monstruosa saga. Los lugares decisivos de esta guerra mundial no son París o Moscú, ni tan siquiera Londres, sino Dákar, Suez, Bagdad y Karachi. Fué a causa de Suez por lo que los ejércitos alemanes pasaron a Libia e invadieron los Balcanes. Acontecimientos análogos se manifiestan en el este, donde los accesos del océano Índico se han convertido en un campo de batalla más crítico que cualquier otro territorio de latitud más septentrional.

Verdad es que ni Palestina, ni Siria, ni Mesopotamia "hacen" hoy historia. Pero su importancia como pa-

so estratégico entre Europa y Asia nunca ha sido mayor que ahora. Las circunstancias que están cambiando la estrategia geográfica del Cercano y del Medio Oriente están activando las energías potenciales de pueblos que ayer mismo eran todavía prendas y no actores de la política de fuerza. Los futuros historiadores podrán tal vez describir la aparición de la India en calidad de fuente de energía resurgida, como el resultado trascendente del actual conflicto mundial.

Capítulo XIV

DINÁMICA DEL ESPACIO

El tamaño es un valor relativo y los grandes Estados de los tiempos antiguos parecen hoy pequeños. Sin embargo, los antiguos imperios fueron todos ellos los mayores Estados dentro del mundo conocido de la época. Un gran espacio no siempre ha proporcionado al pueblo que lo ha disfrutado un poder superior, pero, siempre que un gran espacio fué organizado en su totalidad por un Estado, las pequeñas naciones —como los Estados ciudadanos de Grecia en el siglo cuarto antes de Cristo y los Estados ciudadanos de Italia en el siglo dieciséis—, no han sido capaces de resistir la fuerza expansiva del gran vecino.

El poder de los pequeños Estados, como Venecia y Holanda, descansó en gran parte, si no exclusivamente, en la fuerza de sus flotas y en la audacia de sus marinos. Su dominio fué de corto plazo, en relación con los ciclos de vida de los grandes imperios, y sucumbieron ante potencias de gran tamaño territorial. Sin embargo, el mero tamaño no supone poder. Los Estados fuertes de

la historia son aquellos que se constituyeron en torno a un centro nuclear, como, por ejemplo, Francia en torno a la Isla de Francia, Inglaterra en torno al valle del Támesis y Prusia en torno a la Marca de Brandeburgo. La fuerza potencial del tamaño se hizo efectiva por el dominio centralizado ejercido por la zona medular. En la medida en que la integración del mero tamaño se realizó con éxito, estos Estados adquirieron conciencia de su fuerza creciente y de las riquezas que había fuera de sus fronteras y que eran tan fáciles de obtener para los fuertes.

El establecimiento y mantenimiento de un dominio centralizado sobre un amplio espacio depende de un sistema efectivo de comunicaciones. Entre los antiguos imperios, sólo Roma salvó grandes y difíciles zonas montañosas por medio de un sistema de carreteras militares. Egipto y Babilonia han sido imperios de tierras bajas. Los medios técnicos que hicieron más rápidas y seguras las comunicaciones ejercieron una profunda influencia en la geografía. Hicieron que el espacio se achicara. Es en este aspecto en el que es necesario comparar el tamaño efectivo de los Estados y la estructura geopolítica de una época determinada con la situación prevaleciente en la tecnología.

Los grandes constructores de imperios construyeron carreteras y canales. Las carreteras romanas resistieron siglos de abandono mucho después de la declinación del poder de Roma. Tan bien trazadas estaban las rutas del correo del Rey Ciro, que las vías del ferrocarril de Bagdad siguen hoy fielmente el camino que recorrían los mensajeros reales.

Paralelamente a la construcción de carreteras, marchaba la organización de los servicios de correo y transporte. Tan grande era la velocidad con la que los grandes gobernantes asiáticos salvaban enormes distancias que, en muchos casos, sólo el avión ha sido capaz de batir las marcas establecidas hace muchos siglos. Cuando Marco Polo regresó de China, su relato de cómo el gran Emperador mogol tenía bajo su dominio las vastas extensiones de Asia despertó un burlón escepticismo. Sin embargo, era cierto que los correos del Emperador llevaban mensajes a miles de millas a una velocidad que excedía las treinta millas por hora. Esto se lograba por medio de una eficiente y densa red de estaciones de relevo; los correos que se acercaban se anunciaban a sí mismos por las campanillas que llevaban a la cintura y el relevo recogía lanzado ya al galope el despacho del jinete que llegaba.

La Europa medieval de Marco Polo había perdido la costumbre de construir buenas carreteras. Era en gran parte una Europa de pequeños Estados, una Europa hecha con los jirones del Imperio Romano. La decadencia de este imperio había coincidido con el deterioro del sistema romano de comunicaciones y con la declinación de las capacidades y técnicas que habían intervenido en la construcción de las vías; los sucesores de Carlomagno, a tumbos por los barrosos caminos carretiles que cruzaban su vasto territorio, eran emperadores sólo de nombre.

Pero la vía romana, que el hombre medieval dejó en abandono, había impreso su huella en la fisonomía

política de Europa. Los constructores romanos de carreteras fueron los que determinaron en gran parte la integración política posterior de Francia, España, Inglaterra y partes de Alemania. Fueron cientos las ciudades que se elevaron sobre los sitios que ocuparon los campamentos romanos. El promedio de la marcha de una legión romana, promedio que dependía de la naturaleza del terreno, era de veinte a veinticinco millas. Así, las ciudades que sucedieron a los campamentos jalonaron los caminos a intervalos de veinte a veinticinco millas y este hecho determinó el cuadro de la civilización europea hasta nuestros días.

Los Estados europeos de la Edad Media, habiendo olvidado las artes de los constructores romanos de carreteras, utilizaron lo que quedaba de éstas, sin hacer reparaciones y sin desarrollar un nuevo sistema de comunicaciones propio. Tales Estados fueron reducidos en tamaño o fracasaron en el empeño de integrar efectivamente grandes zonas. Posteriormente, la misma dificultad en vencer las grandes distancias contribuyó considerablemente al triunfo de la Revolución norteamericana. Resultó superior a las fuerzas de Gran Bretaña mantener comunicaciones eficaces con tan distante y vasto continente como América del Norte, con los recursos técnicos de que se disponía hace ciento cincuenta años.

Fué el ferrocarril lo que permitió la integración efectiva de grandes zonas. Antes de que el ferrocarril se desarrollara, fueron pocos los Estados capaces de mantener su autoridad en territorios que distaban más de trescientas millas de la sede de su Gobierno central. Por

esta razón, los grandes Estados utilizaron inmediatamente el nuevo instrumento y construyeron ferrocarriles por motivos políticos y estratégicos, mucho antes de que la importancia económica de las zonas periféricas garantizara la construcción.

En realidad, las grandes potencias continentales consolidaron su unidad mediante el desarrollo de los sistemas ferroviarios. Las líneas transcontinentales cruzaron los Estados Unidos, Canadá y Australia y las líneas del Transiberiano y del Turksib pusieron la Rusia asiática al alcance del Gobierno central ruso. No fué mero accidente que Siberia, en que el clima añade su influencia descentralizadora a la de la topografía —todos los ríos desembocaban en el Ártico, océano cerrado a la navegación—, no llegara a constituir una parte integrante del Imperio ruso hasta el desarrollo de los ferrocarriles. [1]

En la actualidad, el progreso tecnológico en ferrocarriles, navegación y aviación ha hecho posible vencer las barreras topográficas que antaño fueron obstáculos formidables para la expansión y la integración. Los refuerzos aerotransportados recibidos por el ejército del General Rommel en Libia, los grandes avances del Japón a través del Pacífico y las comunicaciones aéreas regulares entre las bases de los Estados Unidos y puntos como El Cairo, Kuibyshev y Karachi testimonian esa eficiencia en "salvar el espacio" que los geopolíticos consideran la gloria de la civilización de Occidente. Los

[1] Nicholas J. Spykman, "Geography and Foreign Policy", *The American Political Science Review*, volumen XXXII, números 1 y 2, febrero y abril de 1938.

cambios revolucionarios que la tecnología moderna ha efectuado en la estrategia geográfica del globo quedan ahora registrados corrientemente en los diarios. Pero las derivaciones políticas de esta revolución —la influencia en cuestiones como las de fronteras, soberanías nacionales y barreras aduaneras— sólo han sido percibidas hasta ahora en forma muy confusa.

En algunas partes del globo, el cambio de los antiguos a los modernos medios de transporte ha suprimido las fases que caracterizan el desarrollo de la civilización occidental. Se ha indicado que la civilización moderna ha experimentado tres fases tecnológicas, es decir, la eotécnica, la paleotécnica y la neotécnica. Según Eugene Staley:

"La eotécnica, en el alba de la técnica moderna, corresponde poco más o menos al período entre el año 1000 y fines del siglo dieciocho o, en algunos aspectos, mediados del siglo diecinueve. Era un complejo de agua, viento y madera. La diligencia en tierra y el velero perfeccionado en el mar fueron sus mayores realizaciones en la esfera del viaje y del transporte. La paleotécnica dominó el siglo diecinueve y los comienzos del siglo veinte. Era un complejo de carbón y hierro y produjo la locomotora y el barco de vapor. La neotécnica, cuyos principios estamos experimentando desde fines del siglo diecinueve, es un complejo de electricidad y aleaciones. Ha producido la radio, el automóvil, el tren Diesel, eléctrico y aerodinámico y el avión."[2]

[2] Eugene Staley, *World Economy in Transition,* Nueva York, 1939, "Part One, Technology versus Politics", página 4. La clasificación fué

Las comunicaciones aéreas han prestado tan grandes servicios en ciertas regiones de la América Latina y del África ecuatorial que las características geopolíticas de las mismas están siendo ahora determinadas por las exigencias de la neotécnica, sin que hayan sido nunca afectada por las de la paleotécnica. Es probable que el ferrocarril de la Ciudad del Cabo a El Cairo, sueño de Cecil Rhodes y cuestión que se hallaba tras gran parte de la política de Gran Bretaña en África, no llegue nunca a ser construído. El avión lo ha reemplazado para el servicio rápido de pasajeros y correspondencia y lo está reemplazando ahora para la carga ligera, mientras que la carga pesada continuará probablemente dirigiéndose como antes por ferrocarril al puerto más próximo, para su transporte por barco.

La estrategia de las comunicaciones aéreas —en grado apenas menor que la de las comunicaciones ferroviarias— atribuye un gran valor al dominio del territorio entre el punto de salida y el de llegada. El dominio del África interior continúa siendo tan deseable para las comunicaciones aéreas transafricanas de Gran Bretaña como lo era para la protección del proyectado ferrocarril de la Ciudad del Cabo a El Cairo. Pero las exigencias topográficas de los aeropuertos son diferentes de las de las playas ferroviarias y las condiciones climáticas plantean, a efectos de establecer una ruta aérea practicable, problemas diferentes de aquellos que hay que resolver para el tendido de una línea férrea. Lo que

propuesta por el profesor Patrick Geddes y ampliada por Lewis Mumford en *Technics and Civilization*, Nueva York, Harcourt, Brace.

pudo ser una localidad de importancia estratégica en lo más profundo del África, si se hubiese construído el ferrocarril de la Ciudad del Cabo a El Cairo, quedará siendo ahora un punto innominado en el mapa; inversamente, son numerosos los sitios del corazón del continente africano que, por reunir condiciones para la construcción de aeródromos, están transformándose en centros de tránsito estratégicos.

Los cambios geopolíticos originados por el rápido desarrollo de la tecnología están todavía en curso y son comprendidos sólo en forma muy vaga. Existe ahora el nuevo fenómeno de la relatividad del espacio, con sus incalculables derivaciones de orden estratégico, político y económico. Un avión que haya de hacer el recorrido de El Cairo a la Ciudad del Cabo puede tener que aterrizar en uno de los puntos de escala al cabo de veinte minutos; sus pasajeros pueden estar ya buscando sus sombreros, deseosos de dar un paseo por la hierba del aeródromo; sin embargo, si este avión se ve forzado en este momento a aterrizar por cualquier causa, es posible que pasen días antes de que tales pasajeros puedan continuar su viaje, si es que quedan en condiciones de continuarlo.

Mientras que el ferrocarril marcha por el territorio paso a paso y distribuye los beneficios de las mejores comunicaciones a las zonas contiguas, el desarrollo de las rutas aéreas no beneficia necesariamente a la zona comprendida entre los aeródromos. Esta zona es "salvada"; no necesita ser "abierta". El desarrollo de los ferrocarriles en el oeste de los Estados Unidos y en Sibe-

ria fué acompañado del desarrollo de carreteras que enlazaban la zona económica con las estaciones ferroviarias y, de este modo, por una distribución relativamente uniforme de las facilidades de comunicación. En cambio, las líneas aéreas que cruzan ciertas partes de América del Sur —la cuenca del Amazonas— y del África —el África Ecuatorial Francesa— no han originado cambio alguno en lo que se refiere a las facilidades locales de transporte. A los efectos prácticos en relación con las poblaciones de estos territorios, las líneas aéreas podían perfectamente no existir. El contacto de los habitantes con esta nueva forma de comunicación está limitado a ver durante unos segundos el avión que pasa; estas condiciones pueden subsistir teóricamente por tiempo ilimitado. En contraste con esto, los sitios elegidos para aeródromos pueden convertirse en los núcleos de zonas tropicales y sin desarrollar que, inaccesibles hasta el momento al ferrocarril y al barco, marchen rápidamente por la senda de la civilización occidental. En otros términos, en la era de la neotécnica, cabe que un lugar más próximo esté "más distante" que un lugar "más lejano".

Es cuestión turbadora saber qué efectos tendrán las bruscas proximidades traídas por las rutas aéreas sobre las poblaciones de apartadas zonas del África, separadas hasta ahora por semanas o meses de los grandes centros de civilización y situadas ahora a horas de Londres, Nueva York, El Cairo y la Ciudad del Cabo. ¿Y qué decir de esas aldeas africanas que el ferrocarril de la Ciudad del Cabo a El Cairo pudo haber transformado en

febriles centros de actividad y que pueden ahora participar del destino de una imaginaria Venecia, condenada a haber sido siempre un pequeño puerto del Mediterráneo en el supuesto de que las rutas oceánicas a América y la India hubiesen resultado practicables en el año 1000 y no en el año 1500?

Las respuestas a estas preguntas sólo pueden ser ahora conjeturas. Pero no es probable que estas respuestas, sean cuales sean, puedan fácilmente conciliarse con cualquier teoría acerca del permanente valor estratégico de una ubicación geográfica dada y con supuestas leyes de determinismo geográfico. Es precisamente con este fondo de cambios tecnológicos y de creciente influencia modificadora del hombre en el factor geográfico como debe ser sometida a examen crítico el estereotipo de la *Geopolitik,* es decir, la Tierra Central de Eurasia como eje geográfico de la historia. Si este concepto ha sido alguna vez válido —no hay de ello pruebas convincentes—, nada garantiza que la tecnología moderna no lo arrincone. Es posible que lo haya hecho ya.

La tecnología moderna, al mismo tiempo que está revisando rápidamente el valor de las ubicaciones geográficas por todo el mundo, está atribuyendo un valor cada vez mayor al mero espacio. En esta era de guerras de material, cuando la capacidad productiva se impone a cualquier otra consideración, los grandes Estados tienen posibilidades de supervivencia infinitamente mayores que las de los pequeños. Incluso la gran capacidad productiva y los vastos recursos naturales no bastan para obtener la victoria, si no están complementados por el

espacio en profundidad. Países de espacio relativamente pequeño, pero con una gran capacidad de producción —por ejemplo, Holanda y Bélgica—, han sido aplastados por las rápidas y eficientes máquinas de guerra, a causa de que no eran capaces de organizar la defensa en profundidad, sin la que parece imposible la resistencia a un ataque total.

El invisible aliado de la máquina de guerra alemana en las campañas europeas desde 1939 hasta la primavera de 1941, fué la contradicción entre el desarrollo político de Europa y el desarrollo de la tecnología moderna. Las fronteras de los Estados de Europa, con la excepción de las de Rusia, fueron fijadas en la era de las comunicaciones por medio de las diligencias y los canales [3]. El tamaño de estos Estados no correspondía a las modernas formas de comunicación, ni en la paz ni en la guerra. Los Estados Unidos y Rusia, países a los que la mayoría creía hace un siglo demasiado vastos para un dominio efectivo, han demostrado tener el tamaño adecuado para un Estado moderno.

La capacidad productiva, el bastarse a sí mismo en materias primas y la defensa en profundidad, no solamente exigen un gran tamaño, sino que inducen al Estado que lo posee a una mayor expansión a costa de las pequeñas naciones cuyas fuerzas de resistencia son limitadas. Como estas pequeñas naciones, expuestas al ataque por todos lados, se han convertido en un peligro tanto

3 Los pilotos militares belgas tropezaron con serias dificultades para probar la velocidad de los modernos aviones de caza *dentro* del territorio de Bélgica, sin violar el cielo de los países vecinos.

para el atacante como para el atacado, sus probabilidades de vida han disminuído de día en día. La historia de nuestros tiempos parece reflejar, con maligna fatalidad, la tendencia hacia los imperios y superestados predicha por los Ratzel, Spengler y Mackinder.

Los padrinos de la Liga de las Naciones quisieron que el pacto constituyera una carta que garantizara los derechos de todas las naciones, grandes y pequeñas. Había en 1920 en Europa más estados que en 1914, y frente a la tendencia hacia el Estado Gargantúa sentó la Liga el principio de la igualdad de todas las naciones, cualquiera que fuera su tamaño. El hundimiento del orden establecido por la Liga anunció la ruina de los pequeños Estados de Europa. De éstos, sólo Suiza, Portugal y Suecia conservan cierto grado de independencia y no parece probable que las pequeñas soberanías destruídas por los nazis puedan ser restauradas. Es dudoso que las pequeñas naciones de Europa salgan de la servidumbre a que les ha sometido la tiranía nazi como tales pequeñas naciones. Hasta los dirigentes exilados de la Europa del sudeste han reconocido la necesidad de establecer una unión económica después de la guerra y admitido así tácitamente que fué la pequeñez —por lo menos, la pequeñez económica— lo que hizo a sus países fácil presa de los nazis [4]. De un modo análogo, en América del Sur, donde sólo Brasil y la Argentina tienen las características de genuinos Estados modernos, los Estados menores han bus-

[4] Véase el acuerdo referente a la constitución de una unión balcánica entre Yugoslavia y Grecia del 15 de enero de 1942 y la declaración polaco-checoslovaca del 24 de enero de 1942. *New Europe*, febrero de 1942.

cado la protección del panamericanismo patrocinado por los Estados Unidos.

El eclipse de la Liga durante la última década fué acompañado por la declinación del sistema mundial que dominaron brevemente Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, como consecuencia de su victoria sobre las potencias centrales. En lugar de este sistema, surgió otro poco definido de esferas de poder, primera fase de un proceso que, en el caso de que no se halle otra solución, debe llevar al establecimiento de un sistema más rígido de zonas regionales aproximadamente simétricas, cada una de ellas dominada por una gran potencia. Este sistema —si tal puede ser llamado— es en realidad la antítesis del orden universal.

Pero, si la lectura de la historia no nos engaña, hay una alternativa. La tecnología moderna está cambiando el cuadro del expansionismo tal como lo conocemos. Según Ratzel, el espacio es una fuerza que demostrará ser superior a cualesquiera otras; los Mackinder y Haushofer, no obstante grandes diferencias de opinión, han aceptado fundamentalmente este dogma y la historia del pasado parece reflejar el paulatino desarrollo del super-Estado regional. Sin embargo, la tecnología moderna está revolucionando nuestros conceptos de espacio y sus mismas exigencias, al reclamar los recursos económicos de *todo* el globo, inducen a los hombres a llevar la organización política mundial por canales hasta ahora no probados.

Una clave para el futuro puede hallarse en un proyecto tan concreto como es el Convenio de Préstamo y

Arriendo suscripto el 24 de febrero de 1942 en Wáshington entre los Estados Unidos y Gran Bretaña. El artículo VII de este pacto dispone que se tomen medidas para la pronta desaparición de las barreras aduaneras entre las dos naciones y declara que el pacto está abierto a la participación de las naciones inspiradas por el mismo espíritu. En este acuerdo, se halla implícita la mutua aceptación de la idea de que la economía mundial es verdaderamente una.

Los Estados Unidos —tanto el Convenio de Préstamo y Arriendo como la Carta del Atlántico lo hacen manifiestamente claro— no buscan ventajas territoriales por su participación en la guerra, sino un orden mundial estable. En la evolución día a día de la opinión pública norteamericana, se refleja un sentido cada vez más neto acerca de la verdadera misión de los Estados Unidos en esta época: poner término a la era del expansionismo rapaz y limpiar los puentes para crear un orden que sea universalmente beneficioso y universalmente seguro. Si bien los Estados Unidos no tienen interés en obtener dividendos de espacio de su gigantesco esfuerzo militar, tienen un interés fundamental en sancionar la creación y el mantenimiento de un orden universal que sea por sí solo la compensación de los sacrificios realizados. La seguridad de este orden universal dependerá en última instancia de las fuerzas armadas, como sucede con la seguridad de cualquier sistema político, con independencia de la medida en que estas fuerzas armadas se manifiesten. Su gran tamaño, su espacio en profundidad, sus recursos y la posesión de todos los requisitos previos de

poder terrestre, aéreo y marítimo hacen de los Estados Unidos un Estado capaz de ejercer esa medida de intervención internacional necesaria para proteger a la comunidad de naciones contra la minoría siempre presente de posibles agresores. Este es un hecho que debe ser recalcado y no simplemente comentado. El espacio es fuerza y las realidades de espacio de los Estados Unidos proporcionan a éstos los atributos de un predominio benéfico.

Los muy difundidos proyectos de federaciones regionales, como, por ejemplo, los de una Federación Europea, han de ser examinados desde este punto de vista. No hay garantía básica alguna de que una Federación Europea no caiga bajo el dominio de 80.000.000 de alemanes, por muy castigados por la derrota o purificados por la restauración de la democracia que queden éstos. Tampoco el proyecto de otra Liga de las Naciones puede quedar divorciado de las consideraciones militares y, por tanto, de las geográficas. Hasta los más fervorosos defensores del desarme internacional están de acuerdo con la necesidad de una fuerza de policía internacional —es decir, un ejército— que imponga el cumplimiento de las sanciones judiciales de la Liga. Pero ¿dónde tendrá sus bases este ejército y desde dónde será abastecido? Su arma más potente será probablemente la aviación. La tecnología y la geografía señalan a los Estados Unidos como base y arsenal de los más importantes para esta fuerza de policía internacional.

Sea cual sea el mundo que surja de la presente lucha, sus impulsos rectores procederán únicamente de cuatro

o cinco núcleos de poder. Interesa a los Estados Unidos tanto como a la humanidad que uno de estos núcleos tenga una función de equilibrio y estabilización, un poder de árbitro, y que sea en los Estados Unidos donde radique tal función. Esto no debe tomarse en absoluto como una defensa de la dominación mundial norteamericana. Es simplemente una sugestión para que, en el período de la reconstrucción, los Estados Unidos proporcionen la dirección y la fuerza estabilizadora que han de abrir el camino de un orden nuevo y universal.

Capítulo XV

LA FRONTERA CIENTÍFICA

Las fronteras definen la distribución de las zonas políticas y expresan, en la medida en que el espacio es poder, las relaciones de poder entre los Estados. El éxito de los vencedores de esta guerra en trazar justa y juiciosamente las nuevas fronteras determinará en gran parte la estabilidad y prosperidad del Nuevo Orden real. Por ello, el problema de la frontera ocupa el primer lugar en el orden del día de la concertación de la paz.

El Estado soberano es, por lo menos en sus orígenes, fuerza organizada. Su historia comienza con la guerra. Por esta razón sus fronteras —sean "buenas" o "malas"— son fronteras estratégicas. Hasta las fronteras entre dos naciones amigas y amantes de la paz suponen consideraciones militares. Fueron trazadas de acuerdo con normas estratégicas y retendrán sus características militares, aunque sea débilmente, mientras haya dos soberanías distintas. La génesis de la frontera política, como la del Estado soberano, se halla en la guerra. Aunque no esté fortificada con casamatas o barreras aduaneras, sigue siendo la muda expresión del espíritu militar. Un cañón no cargado sigue siendo un cañón.

No es de extrañar, en consecuencia, que la ciencia de la frontera sea considerada por los geopolíticos como la más importante de las diversas disciplinas de la *Geopolitik* general. El primer gran éxito literario de Haushofer fué su libro *Fronteras* [1], un modesto volumen si se mide por las normas cuantitativas de la *Geopolitik.* Es desconcertante, para quienes no son alemanes, que un libro sobre tema aparentemente tan árido haya despertado tan extraordinario interés en el público de Alemania. Sin embargo, *Fronteras* fué recibido como una revelación apasionante. Porque, en realidad, no se trataba de un libro sobre fronteras, sino sobre el modo de derribarlas. Era, a pesar de todo su lenguaje científico y sus largas citas de autoridades internacionales, un folleto de propaganda. *Fronteras* constituye el más amplio alegato contra las disposiciones territoriales del Tratado de Versalles. Causó una profunda impresión en el pensamiento político de los nazis, quienes habían explotado inteligentemente las corrientes de resentimiento popular contra la *Schandfrieden,* la paz de la ignominia.

Así como Mackinder proporcionó la inspiración de la *Geopolitik* en materia de estrategia política, fué otro inglés quien dió origen a la ciencia geopolítica de las fronteras. Lord Curzon, Virrey de la India y posteriormente Secretario de Relaciones Exteriores, fué autor de uno de los más amplios y metódicos estudios de los principios que regulan la formación de las fronteras. Fueron los escritos de Curzon y los de otros expertos británicos

[1] *Grenzen in ihrer geographischen und politischen Bedeutung,* Berlín, 1927, edición revisada, Berlín, 1939.

en fronteras, como Charles B. Fawcett [2] y Sir Thomas H. Holdich, las fuentes que saquearon hábilmente los geopolíticos para la mayor gloria de su ciencia.

A la vista de los innumerables conflictos de fronteras y del triste papel que las cuestiones fronterizas han representado en la vida de casi todas las naciones modernas, sorprende que el primer intento de tratar metódicamente el problema no se haya producido hasta esta generación.

"Es un hecho notable", dijo Lord Curzon en su conferencia sobre "Fronteras" dada en Oxford en 1907, "que, aunque las fronteras son la principal preocupación de casi todas las cancillerías . . . y el tema de cuatro de cada cinco tratados políticos y tienen más profundo efecto sobre la paz o la guerra entre las naciones que cualquier otro factor, político o económico, no haya todavía una obra. . . en un idioma cualquiera que esté destinada a tratar del tema como conjunto. Sus fórmulas están ocultas en los arcanos de las cancillerías diplomáticas. . . sus incidentes . . . y sus incomparables dramas están en poder de unos cuantos hombres silenciosos que pueden ser hallados en los clubs de Londres, París o Berlín, cuando no están dedicados a trazar líneas sobre las desconocidas zonas de la tierra. . ."

Hacía sólo unos cuantos años que Lord Curzon había vuelto de la India, donde se había ocupado en uno de los más importantes y dramáticos problemas de fronteras de todos los tiempos, el de la frontera del noroeste de la India, el de la frontera del Punjab y del paso de Khy-

2 Charles B. Fawcett, *Frontiers*, Londres, 1911; T. H. Holdich, *Political Frontiers and Boundary Making*, Londres, 1916.

ber, el único lugar que proporciona un fácil acceso terrestre al territorio indio. Todos los invasores y conquistadores de la India, con la excepción de los británicos, habían llegado por esta brecha en las altas montañas que protegen el país. En los tiempos de Lord Curzon, Gran Bretaña temía los designios de Rusia acerca de la India. Las salvajes tribus que habitan a ambos lados de la frontera eran cortejadas por rusos y británicos y provistas de armas por ambos lados. Sus incursiones constituían una de las principales preocupaciones de todos los virreyes de la India. La primera dificultad, según lo percibió Curzon, para traer a mandamiento a las tribus de la frontera, consistía en que el territorio fronterizo indio, el Punjab, estaba administrado de acuerdo con una constitución semiindependiente. En consecuencia, el virrey estaba imposibilitado de tomar cartas directamente en los incidentes fronterizos. Ante la insistencia de Curzon, el Punjab fué transformado en una parte integrante del sistema administrativo de la India. Sin embargo, la situación continuó siendo bastante complicada. La amplia zona entre el río Indo y el linde septentrional del Afganistán formaba lo que Curzon denominaba la "frontera triple". Había primeramente el linde administrativo interior que limitaba el territorio del que el Gobierno indio era directamente responsable. Después, había la línea Durand, trazada por acuerdo con el Afganistán en 1893 y que señalaba los límites entre la autoridad de la India y la del Afganistán sobre las tribus fronterizas. La tercera línea es el linde septentrional del mismo Afganistán y señala la frontera estratégica de la India contra Rusia.

Esta última línea se trazó por concierto entre Rusia y Gran Bretaña; Afganistán quedó como esfera de influencia británica: como Estado tope que protegía el Imperio.

Curzon tuvo dificultades para convencer al Gobierno británico de la necesidad de incorporar el Punjab al sistema administrativo de la India, porque los políticos de Londres conocían deficientemente las realidades geográficas de este remoto y perturbador borde del Imperio. Esta ignorancia, según entendía el geógrafo inglés Lyde, era debida al hecho de que "el Ministerio de Relaciones Exteriores británico había decidido que no era necesario que los que se presentaban a los exámenes para funcionarios del departamento o del servicio diplomático supieran nada de geografía". La preocupación que Curzon mostraba por las cuestiones geográficas, pareció a los políticos de Londres impropia y fastidiosa, y el hombre fué recibido fríamente cuando renunció a su cargo.

Curzon, que había trazado sus fronteras en lo profundo del Asia, recomendó después para Europa el establecimiento de tipos revolucionarios de regiones topes, en lugar de los linderos tradicionales. La mayoría de los pueblos asiáticos rechazaban las fronteras fijas y esta aversión se derivaba parcialmente de las costumbres de los nómadas y parcialmente del desagrado general que muestran las gentes de Asia por los convenios demasiado precisos. Curzon creía que una política de fronteras demasiado rígida llevaba a la guerra. Recomendó la creación de Estados topes como el modo mejor de separar a dos grandes potencias y como "amortiguador" de los choques entre imperialismos rivales.

La idea de Curzon para el mantenimiento de la estabilidad internacional —las regiones topes— señaló el retorno al comienzo de la historia de las fronteras. La frontera minuciosamente fijada, la frontera como línea precisa que separa dos Estados, es una innovación moderna. En los siglos pasados, los pueblos del mundo atribuyeron poca o ninguna importancia a fijar las fronteras como líneas divisorias efectivas de la autoridad política. Un sombrío presagio de la actitud contemporánea europea acerca de las fronteras se encuentra en la más temprana comisión de fronteras de que hay noticia, comisión que se puso al trabajo en 1222, cuando seis nobles ingleses y seis escoceses convinieron en señalar los lindes entre sus reinos. La comisión pronto llegó a un callejón sin salida y dejó tras sí el "Territorio en Litigio" al fondo del Firth de Solway, campo sangriento de batalla durante varios siglos.

Tuvieron que pasar cientos de años antes de que las fronteras lineales fueran aceptadas por todos los pueblos de Europa como indispensables para la demarcación geográfica de las soberanías nacionales. Incluso Estado tan organizado como la Francia de Luis XIV poseía datos incompletos de los límites geográficos exactos de su territorio, a pesar de que el arte de la cartografía estaba ya suficientemente adelantado para hacer posibles los trabajos de precisión. De modo análogo, los mapas de otros Estados europeos hasta el siglo diecisiete e incluso hasta el dieciocho revelan muy poca preocupación por la precisión lineal, aun allí donde las relaciones políticas no habían sufrido alteración durante siglos y donde no

existían controversias territoriales que pudieran haber turbado el juicio del cartógrafo. Esta indiferencia respecto a la precisión lineal se remontaba a la era en que el Estado, al formular su política exterior, no necesitaba conocer con exactitud sus fronteras y hasta sacaba alguna ventaja de que las fronteras fueran vagas.

Mientras el mundo estuviese poco poblado, era cosa fácil la fijación de una "buena" frontera. La sociedad primitiva procuraba obtener la seguridad por medio del aislamiento. Los pueblos nómadas no podían concebir la frontera como una línea rígida. El hombre primitivo pensaba que lo que se encontraba fuera de sus acostumbradas tierras de caza y de pasto era una zona indeterminada que separaba los bosques y praderas pertenecientes a otras tribus. Sólo cuando el desarrollo de la agricultura creó los hábitos sedentarios surgió la necesidad de sustituir las vagas zonas de separación por líneas divisorias más definidas. Pero los primeros Estados siguieron buscando la seguridad en el aislamiento que les procuraban los yermos fronterizos creados natural o artificialmente.

"A medida que la población aumentaba", escribe Curzon, "y que se desarrollaban la industria y el comercio, a medida que se organizaban las fuerzas navales y militares y a medida que las grandes agrupaciones políticas sustituían a las menores, ya no resultaban suficientes los límites naturales. Se hizo necesario complementarlos o reemplazarlos por fronteras artificiales y descubrir éstas en el complejo juego de la raza, el idioma, el comercio, la religión y la guerra".

Al mismo tiempo que reconocía la tendencia a líneas de demarcación definidas, Lord Curzon creía que la frontera rígida estaba destinada a ser causa de sangrientos conflictos. Por ello, ideó una especie de compromiso —"expediente moderno"— que combinaría las características de las líneas de demarcación y de las zonas topes. Prescribió como solución el empleo cada vez mayor de los Protectorados, las Esferas de Influencia y las Esferas de Interés. Según Curzon, el Protectorado "... es un plan adoptado para extender la frontera política y estratégica, como distinta de la administrativa, sobre una región que la potencia protectora no puede o no quiere ocupar y retener... Aunque carece de la plenitud de los derechos de soberanía, [el Protectorado] lleva consigo una considerable medida de intervención sobre la política... de los Estados protegidos".

Una Esfera de Influencia —aquí Curzon citó como ejemplo al Afganistán en su relación con el Imperio Británico en la India— significa una zona donde una potencia exterior ejerce una influencia "preponderante", con exclusión de la de una o varias otras potencias. Una Esfera de Interés denota una fase en la que "ninguna potencia exterior salvo una puede afirmarse en el territorio así descrito, pero en la que el grado de responsabilidad asumido por esta potencia varía grandemente con las necesidades o tentaciones de cada caso".

Las sugestiones de Curzon reflejaban el espíritu de una época de la historia. Gran Bretaña, bajo el brillante sol de la era victoriana, pensaba en función de una cómoda actitud paternal que disponía de los territorios exóti-

cos y los pueblos indígenas como de las figuras de un ajedrez. La idea poco victoriana de que a estos pueblos pudiera no resultar grata la condición de Protectorado, Esfera de Influencia o Esfera de Interés no había asaltado todavía al *tory* británico representado por el capaz e inteligente Curzon. En cambio, Curzon no abrigaba ilusiones acerca de sus "expedientes modernos" y los denominaba ficciones diplomáticas. Reconocía que las Esferas de Interés tienden a convertirse en Esferas de Influencia, que éstas tienden a convertirse en Protectorados y que éstos anuncian la próxima anexión completa. También admitía que estos modernos expedientes se derivaban de una forma más antigua e históricamente más conocida, el Estado tope, y que esta forma más antigua tenía sus raíces en un concepto todavía más viejo, el del yermo fronterizo entre dos sistemas de autoridad política.

El Estado tope es un expediente artificial en el trazado de fronteras. Es un país que posee una existencia nacional propia y que se ve fortalecido por las garantías territoriales y políticas de las dos potencias cuyos dominios separa o de las diversas potencias interesadas en su preservación. Sin embargo, la naturaleza artificial del Estado tope suele ser más o menos acentuada. Varía con la estabilidad del Gobierno y de las instituciones nacionales que posea. Por desgracia, esta estabilidad no es siempre muy grande, porque las condiciones políticas de los Estados topes se prestan demasiado a las intrigas internacionales y a los *coups d'état* maquinados desde el exterior. Los ambiciosos que quieren subir al poder en esos Estados encuentran generalmente demasiadas faci-

lidades para obtener el apoyo de uno por lo menos de los Estados vecinos.

Sin embargo, Curzon sostenía que los Estados topes artificialmente creados no fracasaban necesariamente y que la historia de Europa proporcionaba amplia evidencia de Estados topes que funcionaban con éxito y firmeza, sobreviviendo a muchas conmociones internacionales. Apoyaba su aserto en la historia de varios Estados de Europa y de otros continentes. En el Congreso de Viena de 1815, la independencia de Suiza fué formalmente garantizada por las potencias europeas, con el fin de proporcionar un amortiguador entre Francia, Piamonte y Baviera. Mucho antes de este reconocimiento formal y también hasta la segunda guerra mundial, Suiza ha sido un brillante ejemplo de un afortunado Estado tope. En Asia, el Afganistán y el Tibet habían demostrado ya en los tiempos de la conferencia de Curzon en Oxford y han demostrado hasta ahora que constituyen unos topes sólidos. Pero su supervivencia ha de ser atribuída en gran parte a condiciones geográficas casi perfectas. En Afganistán y en Tibet, las influencias rusas y británicas han estado en juego durante la mayor parte de los cien años últimos y, en más de una ocasión, una u otra potencia ha estado a punto de ir a la extinción de ambos países. Pero no fué únicamente el acuerdo anglo-ruso de 1907 sobre el respeto a la integridad de Afganistán y del Tibet lo que salvaguardó a estos países en su carrera de Estados topes. El clima y las características topográficas de estos dos Estados montañosos oponían a la penetración militar la más formidable barrera que

se encuentra en toda la tierra. La cordillera del Himalaya, apoyada por el desierto, hacen el Tibet inexpugnable incluso para un ejército moderno. Las cordilleras del Hindukush y del Tibet cuentan con pasos bajos y no ofrecen al Afganistán una protección efectiva, pero aquí el clima sirve de complemento a la topografía. La campaña afgana de 1919 resultó una empresa muy costosa para Gran Bretaña y tuvo que ser interrumpida debido a las muchas bajas sufridas, causadas no tanto por los afganos como por los rigores del clima de montaña.

La única solución tangible del problema de fronteras que ofrece la *Geopolitik* alemana se inspira, por extraño que parezca, en las teorías de Curzon, aunque la *Geopolitik* haya dado a éstas algunas aplicaciones impresionantemente nuevas. Los geopolíticos, dedicados a argumentar contra las disposiciones sobre fronteras del Tratado de Versalles, realizaron un gran esfuerzo en relacionar todos los tipos posibles de fronteras deseables: étnicas, topográficas, económicas, lingüísticas, culturales, históricas, militares, defensivas, ofensivas y muchas más. Cuando determinada demarcación impuesta por el Tratado de Versalles coincidía con uno de sus tipos teóricamente aprobados pero, a pesar de todo, no satisfacía las aspiraciones alemanas, se sacaba invariablemente una supuesta objeción irresistible del profundo cajón de la *Geopolitik*.

Evidentemente, ni los mismos geopolíticos pueden rehuir el problema de decidir cuál es el mejor de los diversos tipos de frontera. El más destacado de los expertos en fronteras de la *Geopolitik*, Otto Maull, sugirió que

la demarcación final debía representar una transacción entre las diversas consideraciones en conflicto, étnicas, estratégicas y demás. Admitió así que no hay nunca una sola frontera "buena y justa", sino un cinturón de fronteras, lo que es precisamente el principio aplicado por Lord Curzon al problema fronterizo de la India.

En unión de Lord Curzon, los geopolíticos, en su estudio de los problemas de fronteras, colocan en primer lugar las necesidades estratégicas. Sin embargo, en agudo contraste con Lord Curzon, las soluciones "dinámicas" de los problemas de frontera propugnadas por los geopolíticos son siempre de una naturaleza ofensiva. Lord Curzon pensó únicamente en regulaciones prácticas de fronteras puramente *defensivas.*

Las catástrofes que han sobrevenido sobre la mayoría de los Estados topes europeos desde que Curzon expuso sus ideas sobre las fronteras parecen haber echado por tierra las conclusiones a que llegó el noble inglés. Sin embargo, la teoría de éste tiene su fundamento en la presunción correcta de que la permanencia de los límites depende menos de las virtudes geográficas de las líneas de demarcación que de llegar a una inteligencia respecto a ellas por parte de las naciones interesadas.

Las ideas de Curzon acerca del trazado de las fronteras tuvieron una gran importancia histórica. Lord Curzon era en 1919 el Secretario de Relaciones Exteriores británico y sus puntos de vista tenían por ello más que importancia teórica en el asunto realista de volver a trazar las fronteras de Europa. Es punto menos que imposible determinar en qué medida el criterio de Lord Curzon

afectó al Tratado de Paz. El jefe de Lord Curzon, el Primer Ministro David Lloyd George, fué ayudado en Versalles por Arthur Balfour y Lord Cecil, mientras Lord Curzon permanecía en Londres. Además, ambos personajes discreparon en más de un extremo. Pero la forma de Europa, tal como salió de los salones de Versalles, Trianon y Saint Germain, lleva inconfundiblemente el sello de la escuela de Curzon. Las teorías sobre la deseabilidad de Estados topes como el seguro mejor contra la guerra encajaban con el planteamiento, secundado por el Presidente Woodrow Wilson, del derecho de autodeterminación nacional. Las pequeñas naciones creadas en Versalles formaban Estados topes naturales y estaban de acuerdo a la vez con las ideas de Wilson y las de Curzon.

Versalles añadió a la antigua cadena de Estados topes —Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Suiza— una segunda cadena, compuesta, de norte a sur por Finlandia, Estonia, Latvia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría, Rumania, Yugoslavia, Bulgaria, Albania y Grecia. Esta segunda cadena formaba un sólido segmento de la gran lúnula de Estados topes euroasiáticos. Turquía, Irak, Persia, Afganistán y Tibet constituían el ala derecha. De acuerdo con la clasificación de fronteras de Curzon, este enorme cinturón parece ser una zona continua interpuesta entre Rusia, por un lado, y Europa y las dependencias europeas de Asia, por otro, Mackinder llamaba a esto "una zona europea de separación entre la Tierra Central euroasiática y la lúnula marginal de poder marítimo".

El hecho de que algunos de los Estados topes arriba enumerados no estuvieran contiguos a los territorios de las grandes potencias —Rusia y las potencias marítimas marginales—, no impedía que los mismos cumplieran su misión de separación. Porque es preciso hacer una distinción entre los Estados topes que separan potencias terrestres y los que separan una potencia terrestre y una potencia marítima. Persia, que cerraba el paso de Rusia al golfo Pérsico y así al océano Índico, no se encontraba directamente entre los territorios ruso y británico. Rumania y Bulgaria no tocaban el territorio de ninguna potencia occidental europea, pero su existencia significaba que Rusia perdía uno de los accesos al Mediterráneo, mientras que Turquía y Grecia, ninguna de las cuales ocupaba una posición central entre Gran Bretaña y Rusia, cerraban el otro. De un modo análogo, Finlandia, Suecia, Noruega y Dinamarca funcionaban como topes entre el poder marítimo británico y el poder terrestre ruso, al cerrar a Rusia el paso hacia los puertos libres de hielos del noroeste de Europa.

Basta una simple ojeada al mapa de la Europa de la postguerra para ver que los arreglos de la paz cumplieron fielmente la misión que había tras el gran proyecto de la nueva cadena de Estados topes. Sin embargo, el experimento ha fracasado, la cadena está rota y ninguno de los nuevos eslabones permanece intacto. Es muy natural que la misión y el proyecto hayan sido atacados a causa de este fracaso y que la misma idea del Estado tope sea condenada como la más desdichada ocurrencia de la política de fuerza. Pero las teorías de los Curzon

y Mackinder quedarían desacreditadas únicamente cuando se demostrara que esa sólida zona de separación había verdaderamente existido. Y no hay pruebas suficientes de ello.

En realidad, la zona de Estados que separaban a Rusia de la Europa central y de Alemania era un tope únicamente en el papel. Sus partes integrantes, los Estados nacionales creados por los tratados de paz, no estaban constituídos —cualquiera que fuera la misión de separación que se les atribuyera en relación con la política internacional— de acuerdo con un gran proyecto de estrategia. La importancia que se dió al aspecto étnico introdujo en la formación de los Estados consideraciones que nada tenían que ver con la estrategia. Allí incluso donde una frontera podía ser aceptada como una feliz transacción entre las exigencias étnicas y las estratégicas, se introdujeron frecuentemente modificaciones por razones económicas.

Tómese, por ejemplo, el caso de Checoslovaquia. La fuerza defensiva de las fronteras estratégicas del norte y del oeste quedó más que compensada por la desmesurada prolongación de Eslovaquia y Rutenia, territorios agregados al cuadrilátero de Bohemia y Moravia a causa de afinidades étnicas. Al extender sus lindes meridionales hasta las orillas del Danubio, Checoslovaquia obtuvo acceso a un intenso tráfico fluvial; sin embargo, esta frontera, deseable desde el punto de vista económico, lleva consigo el inconveniente de quedar expuesta a un ataque de flanco desde la llanura danubiana. Fué precisamente la concentración de fuerzas nazis a lo largo de este

sector de la frontera checoslovaca lo que amenazó en setiembre de 1938 separar los territorios de la República al este de la brecha de Moravia.

En el caso de Polonia, la tarea de trazar la frontera se vió agravada desde un principio por la uniformidad topográfica de la llanura del Báltico. Su situación y su carencia de obstáculos naturales habían hecho de Polonia un Estado de paso y una puerta de invasión a través de la historia. La política de fronteras seguida por la reconstituída Polonia de 1919 y apoyada por sus aliados sólo sirvió para agravar, en lugar de aligerar, la carga que la naturaleza había colocado sobre los hombros de los estrategos polacos. Los montes de Tatra y de los Cárpatos eran las únicas fronteras naturales claramente definidas de la nueva Polonia. Estas cordilleras proporcionaban a Polonia cierta protección contra una invasión desde Checoslovaquia, es decir, contra la amenaza militar menos temible de las muchas que se cernían sobre los polacos. El Corredor —que proporcionaba a Polonia el ansiado acceso al mar y a los mercados mundiales— planteó a los polacos un terrible problema defensivo, agravado todavía por la saliente étnicamente correcta, pero muy peligrosa, de la Provincia de Poznan, cuyo extremo occidental se encontraba a sólo cien millas de Berlín.

Un trozo de la Silesia industrial contribuyó mucho a la fuerza económica de Polonia, pero las razones étnicas que establecieron definitivamente la línea de demarcación partieron en dos una región económica que debía haber constituído una unidad. Así, la ciudad hullera de

Katowice y sus contornos, que pasaron en 1919 de la soberanía alemana a la polaca, obtenían su mano de obra en ambas zonas idiomáticas. Su población era poliglota y —a causa del auge relativamente reciente, pues corresponde a la década de 1880, del distrito industrial silesiano— el proceso de asimilación nunca pudo ir a la par con el rápido movimiento demográfico. En la conferencia de la paz, se propusieron cinco diferentes fronteras y, cuando, después de un plebiscito, quedó trazada definitivamente la línea, Alemania se mantuvo en posesión de la zona industrial y minera de Gleiwitz y Betuhen. Esta división salomónica dificultó grandemente la capacidad productiva tanto de la parte polaca como de la parte alemana de una zona que económicamente era una unidad, cortó en dos las instalaciones industriales, dió minas a un Estado y bocas de pozos a otro e hizo de los territorios fronterizos germano-polacos el más fértil campo de odios nacionales y de intrigas de frontera de toda Europa. Desde el punto de vista de la estrategia polaca, el arreglo llevaba el gravamen de la futura ruina, pues los nervios industriales de la joven nación estaban a tiro de pistola de su más formidable enemigo.

En el caso de Yugoslavia, la frontera de 1919 privó al Estado que nacía de una salida al mar Egeo y, por razones étnicas, atribuyó Salónica, el puerto a que Yugoslavia aspiraba, a Grecia, la nación balcánica que más fácilmente podía pasarse sin él. Yugoslavia quedaba así embotellada en el Adriático, mar dominado por el poder marítimo de Italia. A esta falta de comunicaciones libres con el Mediterráneo ha de atribuirse, en

parte por lo menos, el que Yugoslavia no haya sido nunca un contrapeso eficaz respecto a las aspiraciones alemanas en el sudeste de Europa o respecto a las ambiciones imperialistas italianas.

Cabe hallar otros muchos ejemplos de la subordinación de los factores estratégicos y económicos al factor étnico en el mapa de Europa que fué resultado inmediato de la primera guerra mundial. Si una gran cadena de Estados topes, según lo previeron Curzon y Mackinder, tenía que constituir una separación entre Alemania y Rusia y aislar a ésta del mar de modo permanente, las fronteras de cada Estado debieron ser trazadas teniendo presente, ante todo, las consideraciones estratégicas, aunque éstas chocaran con el principio de la autodeterminación nacional. Además, debió darse precedencia sobre las aspiraciones individuales al papel estratégico que tenían que representar estos Estados en el gran cuadro de la política mundial. Sin embargo, los estadistas ingleses, franceses y norteamericanos principalmente responsables de los arreglos de fronteras de 1919 establecieron, con independencia de cuáles fueran sus intenciones, los Estados topes, dando satisfacción aproximada a las exigencias de la justicia étnica y pasando por alto los requerimientos de la seguridad estratégica. Era inevitable que la cadena tope no se mostrara estratégicamente más fuerte que los eslabones que la componían.

A pesar de este manifiesto defecto en la demarcación de las fronteras de los nuevos Estados, queda por saber si, en una región habitada por nacionalidades tan entremezcladas como los grupos étnicos de Europa oriental

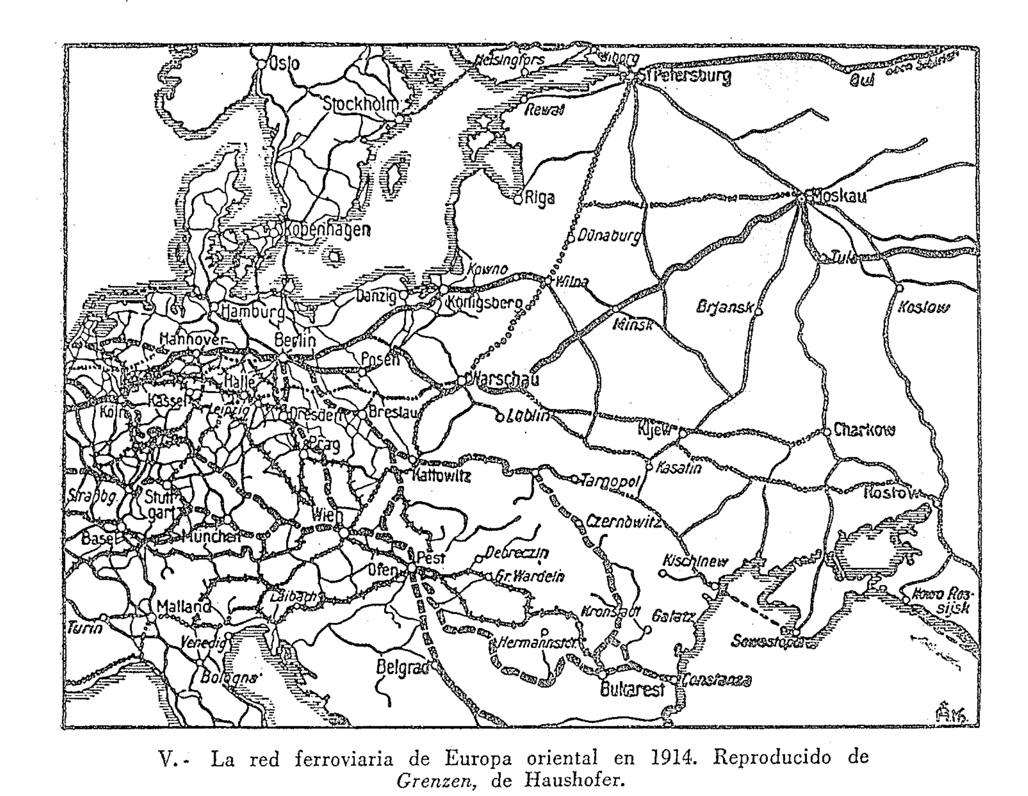
y de los Balcanes, los lindes topográficos y económicos mejores son también los más fuertes en el aspecto militar. Las malas fronteras étnicas pueden anular las ventajas estratégicas de las buenas fronteras económicas y topográficas.

Desde el punto de vista de la seguridad, la mejor frontera es la más infranqueable; en este sentido, las cordilleras del Himalaya constituyen una frontera ideal. Pero, habida cuenta de la tecnología moderna, con su compleja demanda de materias primas que no se obtienen en su totalidad ni aun en los mayores Estados, las fronteras que facilitan las comunicaciones son económicamente deseables. Tal ha sido el dilema del Estado moderno: la seguridad o los beneficios del comercio exterior, la separación o la comunicación. [3]

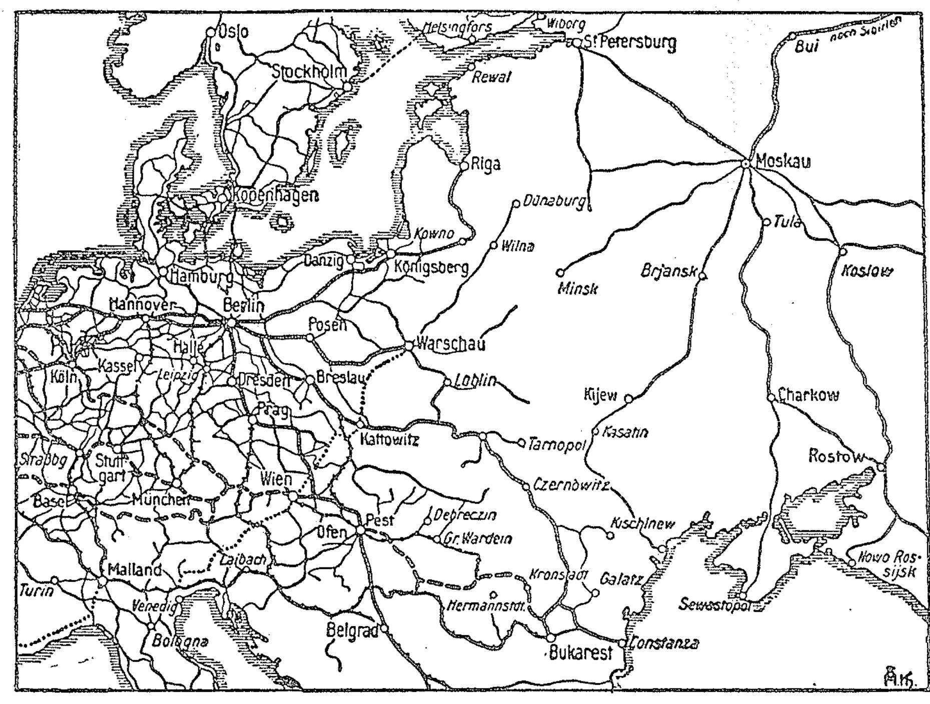
Algunos de los Estados europeos creados en 1919 funcionaron como Estados topes incluso a pesar de que la naturaleza de sus fronteras individuales dejaba mucho que desear. Funcionaron así mientras las potencias que habían patrocinado su creación optaron por mantenerlos como verdaderos Estados topes entre ellas y las tendencias expansionistas de otras potencias, es decir, mientras se consideró que tales Estados constituían en cierto sentido las fronteras propias. Por desgracia, las grandes potencias no hicieron esto durante mucho tiempo.

Menos de veinte años después de Versalles, Checoslovaquia, la clave de cadena "protectora" en Versalles

3 Véase *Geographic Objectives in Foreign Policy*, por Nicholas Spykman y Abbie A. Rollins, en The American Political Science Review, junio y agosto de 1939.



V.- La red ferroviaria de Europa oriental en 1914. Reproducido de *Grenzen*, de Haushofer.



VI. - La red ferroviaria de Europa oriental en 1930. Este mapa trata de mostrar cómo la U.R.S.S. está separada de Europa por una versión moderna del yermo fronterizo. Reproducido de *Grenzen*, de Haushofer.

organizada, fué sacrificada por los vacilantes herederos de Lloyd George y Clemenceau, de Curzon y Mackinder. No comprendieron que una entrega en la frontera sudete dejaba expuesta la línea Maginot y ponía en peligro a París y Londres.

Mientras todo esto pasaba aparentemente inadvertido para los ministros británicos y franceses que se reunieron con Hitler en Munich, fué muy bien comprendido por los dirigentes de la U. R. S. S., quienes no habían sido invitados. Su política de fronteras determinó en gran parte la orientación geográfica de su tercer plan quinquenal y reveló una comprensión exacta del inminente derrumbamiento de la cadena de Estados topes entre Rusia y Alemania. El Soviet había orientado todas sus energías económicas hacia un objetivo, es decir, a crear en su frontera occidental el equivalente moderno de la protección de lindes más primitiva, la zona yerma. Moscú reemplazó a Leningrado como capital y las industrias de Rusia fueron gradualmente transferidas de las regiones de Tula, Moscú y Leningrado a la de los montes Urales. La finalidad de esta política de fronteras era convertir, rivalizando con cualquier gigantesca realización de la historia, lo que había sido la verdadera Rusia desde Pedro el Grande en una vasta explanada contra un ataque desde el oeste. Fué esta explanada lo que los alemanes conquistaron en 1941, una explanada que los dirigentes de la U. R. S. S. habían elegido ya entonces como campo de batalla en la guerra que la aparición del Socialismo Nacional en Alemania había hecho en absoluto inevitable.

Esta tendencia de la política soviética no escapó a la atención de los geopolíticos. Haushofer, comentando en 1936 las informaciones sobre la migración de la mano de obra y de las industrias de la Rusia europea a Siberia, escribió: "La U. R. S. S. ha creado magníficas organizaciones para el estudio de los problemas de fronteras . . ." [4] En esto, Haushofer tenía razón.

[4] Véase el artículo de Haushofer en el *Handbuch der Neuzeitlichen Wehrwissenschaften* (*Manual de Ciencia Militar Moderna*).

Capítulo XVI

LAS FRONTERAS DEL NIHILISMO

> Las guerras de religión, de alianza, de rebelión, de engrandecimiento, de intrigas o ambiciones dinásticas — guerras en las que el elemento personal era frecuentemente el factor predominante — tienden a ser reemplazadas por las guerras de fronteras, es decir, por guerras que surgen de la expansión de Estados y Reinos, libradas cuando, a medida que el mundo habitable se encoge, los intereses o ambiciones de un Estado chocan en forma violenta e irreconciliable con los de otro.
>
> Lord Curzon.

Los geopolíticos creían que Alemania tendría que combatir, si es que quería restaurar sus fronteras de antes de la guerra y ocupar un sitio entre las potencias mundiales genuinas. Para Haushofer, la frontera no es una norma de separación legal, sino un campo de batalla. Haushofer escribió:

"El más magnífico concepto bio-geográfico de las fronteras que ha llegado hasta nosotros desde la antigua historia clásica revela que la frontera es un campo de batalla. Es la descripción que Lucrecio Caro hace de los lindes del espacio. Escrita en el 95 antes de Cristo, merece ser rescatada del inmerecido olvido por su esplen-

dor y su belleza maravillosos. Es el cuadro del que arroja la lanza, como un último hombre, de pie en el linde extremo del espacio, enviando su arma una y otra vez, sin cansarse nunca, hacia lo desconocido, hacia lo invisible. En toda la literatura del mundo, no hay mejor ilustración para las teorías científicas de Ratzel. Sin embargo, dista mucho de ser el cuadro de una paz eterna".

El concepto de frontera de Haushofer es verdaderamente cualquier cosa menos pacífico. Para Haushofer, las fronteras son simplemente la expresión de las condiciones de poder político en un momento dado.

"La frontera, como una línea", según observó su colega Otto Maull, "no es en realidad la verdadera frontera, sino una transacción a la que se ha llegado más o menos accidentalmente, a veces como resultado de un acto de violencia. De este modo, la frontera es un mero hiato entre situaciones de poder político. Los pactos que tratan de garantizar fronteras están basados en la pura ilusión de que se puede poner un techo al crecimiento vivo de una nación". [1]

Maull declaró que la frontera como una línea era una abstracción sin sentido. La frontera, afirmó, "es un organismo como el Estado mismo y vive una dinámica vida propia. Desafía a todos los tratados y leyes internacionales".

La esencia de esta terminología dinámica es la "relatividad" de las fronteras, como Haushofer lo denominaba; todo es movimiento y el tratado más sagrado se

1 Otto Maull, *Politische Grenzen* (*Fronteras Politícas*), Berlín, 1928.

convierte en un trozo de papel en cuanto un Estado quiera asegurar su crecimiento.

La teoría de las fronteras de la *Geopolitik* es una vocinglera declaración de expansionismo y, una vez privada de sus arreos eruditos, la doctrina del nihilismo puro y simple aplicada a las relaciones internacionales. Para los geopolíticos, la frontera es la línea transitoria del frente que mantiene el Estado durante la tregua entre dos guerras, y la frontera buena y deseable es la que favorece a una nación en sus deseos de expansión. Es un desafío permanente a la nación vecina, la cual, en condiciones diferentes de poder político, hubiera tratado de obtener para ella misma una frontera estratégica favorable. En otros términos, la "buena" frontera de la *Geopolitik* favorece el intento de una nación de destruir el orden internacional existente. En el fondo de este concepto "dinámico", se halla la antítesis de los principios de orden civilizado por los que ha luchado el hombre de Occidente. Expresa la aversión asiática hacia los lindes fijos, porque, "en las vicisitudes de la fortuna, más cabe esperar de una frontera sin determinar que de una determinada". [2]

Según el dinamismo fronterizo de Haushofer, sólo las naciones que declinan buscan lindes estables y sólo las naciones decadentes tratan de protegerse con la construcción de fortificaciones permanentes. Las naciones jóvenes y fuertes gastan sus energías en la construcción de carreteras. Para Haushofer, la línea Maginot era un monumento al agotamiento nacional de Francia.

2 Lord Curzon, *Frontiers* (*Fronteras*), Oxford, 1907.

"¡Qué sugestivo es (por contraste) el mapa de mármol de las carreteras romanas en el Museo Capitolino de Roma!", escribió Haushofer. "Sólo el gradual adelgazamiento de la red de carreteras indica las zonas fronterizas del Imperio. Muestra claramente la enorme importancia atribuída a la carretera romana en comparación con la de los lindes y recuerda al observador el dicho de que todo progreso humano se traduce en la construcción de nuevas carreteras. Así es, en efecto, pero cada nueva carretera cruza una frontera . . ."

Cuando el general Haushofer volvió de la última guerra, dedicó sus energías a la tarea de reanimar el instinto de frontera en el pueblo alemán. Creía que la falta de este instinto había sido una de las principales causas de la derrota de Alemania. Y sostenía que esta derrota fué consumada en las fronteras impuestas por los vencedores al postrado Reich. En consecuencia una parte importante de los esfuerzos del general y de sus seguidores iba a concentrarse en los problemas que planteaban los arreglos territoriales de Versalles y en la búsqueda de argumentos para demostrar que tales estipulaciones eran arbitrarias, poco científicas y dolosas. Para muchos de los reclutas de la *Geopolitik*, especialmente para algunos de los más jóvenes, participantes en la guerra de guerrillas que se libró a lo largo de los lindes orientales de Alemania después de haberse llegado formalmente a la paz, las teorías de Haushofer sobre las fronteras dieron vida a las doctrinas de Espacio Vital, Tierra Central e Isla Mundial.

Los territorios fronterizos cedidos a Francia, Bélgica,

Dinamarca, Polonia y Lituania y los territorios adyacentes a las fronteras del Reich reclamados por los nacionalistas alemanes bajo el lema de la autodeterminación nacional fueron los inmediatos objetivos hacia los que la *Geopolitik* dirigió primeramente el fuego de sus argumentos científicos. En realidad, la *Geopolitik* se inició como un frente científico en pro del revisionismo alemán. Mientras los pronunciamientos del Maestro sobre política mundial parecían a muchos de sus discípulos generalidades altisonantes, la viva sensación de humillación engendrada en la masa del alemán medio por el tratado de paz daba especial significado a los fallos de Haushofer sobre los problemas fronterizos de Alemania. Se había enseñado a los alemanes a creer que las fronteras de Alemania de antes de la guerra estaban trazadas de acuerdo con principios "justos", "naturales", "nacionales" e "históricos". Daban por sabido que la revisión de las fronteras trazadas en Versalles tenía que hacerse a costa de aquellos vecinos de Alemania cuyas fronteras no ostentaran estos atributos de virtud geográfica.

Fué a través del revisionismo cómo los nazis hallaron primeramente el camino que llevaba a la *Geopolitik* y cómo Haushofer halló el camino que conducía a Hitler. Fué reclamando dinámicamente la revisión de fronteras injusta e insensatamente trazadas, cómo los primeros propagandistas nazis galantearon a la opinión pública del extranjero, particularmente en Inglaterra y los Estados Unidos. El tema de la "frontera que sangra" se encuentra en casi toda la literatura de propaganda con que los nazis se dirigieron a los antiguos enemigos de Alemania; en

las conciencias de éstos, ya se había creado una sensación de culpabilidad antes de que el rearme de Alemania estuviera lo suficientemente avanzado como para inspirar terror en sus almas. El éxito obtenido —atribuible en buena parte al hábil trabajo de los geopolíticos— se mide como mejor por el gran número de políticos, geógrafos, economistas e historiadores ingleses y norteamericanos que aceptaron en su esencia la afirmación alemana de que las disposiciones sobre fronteras de los tratados de paz tenían que ser revisadas. La batalla de la revisión había sido ya ganada en gran parte en el debate científico internacional mucho antes de que los nazis cometieran la primera de su serie de violaciones de frontera. La opinión pública internacional recibió las noticias de la remilitarización de la Renania —la primera violación rotunda de los compromisos fronterizos de Alemania—, con expresiones que iban de la indignación a la indiferencia, pero también con la impresión muy extendida de que el hecho no exigía sanciones militares. Esta apatía no puede ser totalmente explicada como apaciguamiento. En París y Londres, se temía todavía muy poco a la fuerza armada de Alemania. La explicación más próxima a la verdad consiste probablemente en que grandes secciones de la opinión internacional, especialmente en los países de habla inglesa, habían aceptado en mayor o menor medida los argumentos nazis sobre revisión de fronteras.

Mientras los nazis, ayudados por sus expertos en geografía, defendían el tema de la revisión en el extranjero y proporcionaban al alemán medio una conciencia de

frontera, en las naciones victoriosas se registraba una peligrosa indiferencia hacia las cuestiones geográficas. Sólo unos cuantos años antes de Munich declaró Stanley Baldwin, el Primer Ministro británico, que la frontera de Gran Bretaña se hallaba en el Rin. Pero en setiembre de 1938, Mr. Neville Chamberlain habló de Checoslovaquia, cuya frontera occidental se hallaba a sólo cuatro horas de vuelo de la capital británica, como de un "territorio remoto". [3] Y destacados estadistas franceses aseguraron a sus compatriotas que no debían combatir por lugares tan remotos como Praga y Danzig, ciudades a las que podían ir en avión para almorzar, con la seguridad de estar de vuelta para la cena. De este modo, mientras el "instinto de frontera" había sido avivado rápidamente en Alemania, había quedado virtualmente extinguido en la poderosa gente que sólo dos décadas antes había combatido contra Alemania en tres continentes y dos océanos.

Un rasgo saliente de la indecisión a lo Hamlet que caracterizó la política de las democracias ante la agresión totalitaria fué la confusión acerca de la naturaleza de las verdaderas fronteras políticas. Los estadistas de Gran Bretaña y Francia tenían información tan precisa y mapas tan buenos como los que poseían los nazis. Pero los nazis, gracias al sabio consejo de los geopolíticos, sabían cómo dramatizar la historia de las muchas fronteras políticas que cortaban el continente de Europa. Esta historia fué contada en innumerables discursos, libros y

3 El Primer Ministro Chamberlain en su discurso ante la Cámara de los Comunes del 28 de setiembre de 1938.

expresivos mapas y carteles; la moraleja de todo ello era muy sencilla: Alemania estaba siendo comprimida dentro de sus fronteras y estas fronteras tenían que ser derribadas si es que Alemania quería sobrevivir.

En cambio, la opinión pública de las naciones vencedoras se hacía cada vez más indiferente en relación con los lindes estratégicos, de los que se sospechaba que contenían las semillas de la guerra imperialista. Los pueblos democráticos, profundamente cansados de tales conflictos, apartaban decididamente la vista de las realidades geográficas. Se confiaba beatíficamente en que no habría otra guerra. ¿Para qué estaba ahí la Liga de las Naciones, si no era para arreglar pacíficamente los conflictos territoriales?

Los nazis se aprovecharon mucho de la amnesia internacional que había borrado la conciencia de las cuestiones geográficas de política mundial. Sabían demasiado bien las fronteras políticas de Europa que pensaban suprimir. Pero ni los estadistas de Gran Bretaña y Francia ni, si vamos a ello, sus respectivos pueblos se ponían de acuerdo en cuanto a qué fronteras había que defender y a qué fronteras "extranjeras" o "remotas" eran en realidad fronteras propias. Se dice que Daladier afirmó después de la conclusión del Pacto de Munich que defendería las fronteras de Checoslovaquia. Se le preguntó cuáles —las antiguas o las nuevas—, y el hombre vaciló unos instantes y después contestó: "*Je verrai*" (Yo veré).[4]

4 León Guerdan: *Je les ai tous connus*, New York, 1942.

En los escritos de los geopolíticos, las fronteras quedan dramatizadas como extraños seres vivientes. "Respiran" y "traspiran"; son "indiferentes" o están "estimuladas"; constituyen la "epidermis" y el "órgano periférico" del Estado; "atraen" y "devoran". Esta jerga no es un mero caso de debilidad por los términos biológicos. Porque las fronteras que "respiran", "transpiran", "atraen" y "devoran" funcionan de acuerdo con leyes naturales y no pueden ser reguladas conforme a los principios del derecho internacional. Cuando Haushofer escribió que la "frontera se había convertido de nuevo en la experiencia viva del pueblo alemán" y que "todo el pueblo debe ponerse psicológicamente a tono con los verdaderos lindes de la raza, situados mucho más allá que las demarcaciones lineales legales", no estaba teorizando, sino llamando a su pueblo al combate. Los nazis iban a seguir este consejo al pie de la letra: sistemáticamente, organizaron la inquietud a ambos lados de la frontera. Los disturbios cuidadosamente preparados y escenificados precedieron a la invasión "incruenta" de la región de los Sudetes. La movilización total de los habitantes de las regiones fronterizas y los incidentes fronterizos hábilmente organizados "ablandaron" a Polonia en los momentos en que iba a recibir los terribles golpes de la máquina de guerra alemana.

En sus alegatos en favor de la frontera dinámica, Haushofer podía acudir frecuentemente a las fuentes extranjeras. Tenía a su disposición las enseñanzas de los geopolíticos anglosajones, enseñanzas que adaptaba a las propias necesidades. El texto de su libro *Fronteras*

está plagado de referencias a los escritos de Lord Curzon, Sir Thomas Holdich, Charles Bungay Fawcett, Frederick Turner, Brooks Adams, Lord Bryce, Almirante Mahan y otras autoridades inglesas y norteamericanas.

Haushofer se lamentaba de que Alemania carecía de un plantel así de pensadores con ideas de ámbito mundial y atribuía algunas de las trágicas faltas que Alemania cometió en política exterior durante la primera guerra mundial a esta escasez de inspirados teorizantes.

"El libro de Frederick Turner, *The Significance of the American Frontier in American History*", escribió Haushofer, "fué escrito aproximadamente en la misma época que los principales trabajos de Brooks Adams y del Almirante Mahan. Este puñado de grandes hombres estableció los cimientos intelectuales de la posición de los Estados Unidos como gran potencia. Fueron ellos los que educaron a los estadistas que llevaron a los Estados Unidos a su actual lugar de preeminencia en el mundo. Fueron ellos los que dirigieron la Unión hacia los grandes objetivos políticos en el océano Pacífico y en el Caribe y los que previeron la dominación económica del mundo por los Estados Unidos".

Se quejaba Haushofer de que, en comparación con estas grandiosas visiones de fronteras de largo alcance, los geógrafos políticos alemanes habían carecido lamentablemente de imaginación. Como consecuencia, el pueblo alemán nunca había sabido cuáles eran sus verdaderas fronteras ni cómo defenderlas. Haushofer afirmaba que su intención era desbrozar el terreno para una literatura científica alemana sobre fronteras que pudiera

compararse con los grandes escritos anglosajones sobre el tema.

Sin embargo, su trabajo, aunque importante por haber proporcionado al Socialismo Nacional material de propaganda, añadió muy poco a la Ciencia de la Frontera. Sus sugestiones prácticas eran prescripciones *contra* las fronteras más que *para* las fronteras. La literatura de la *Geopolitik* ostenta una gran riqueza en absorbentes discusiones acerca de fronteras que, por una u otra razón, son contrarias a la naturaleza e injustas y, por tanto, incapaces de cumplir su misión; en cambio, no contiene nada en materia de consejos a los estadistas sobre lo que debería hacerse para establecer líneas de demarcación buenas, justas y estables. No se hace la menor indicación de que el problema de fronteras podría no ser tal problema y sí únicamente un aspecto del problema fundamental de la política mundial. No se sugiere nunca que las "buenas" fronteras dependen de la existencia de un sistema mundial que garantice el imperio del derecho en las relaciones internacionales.

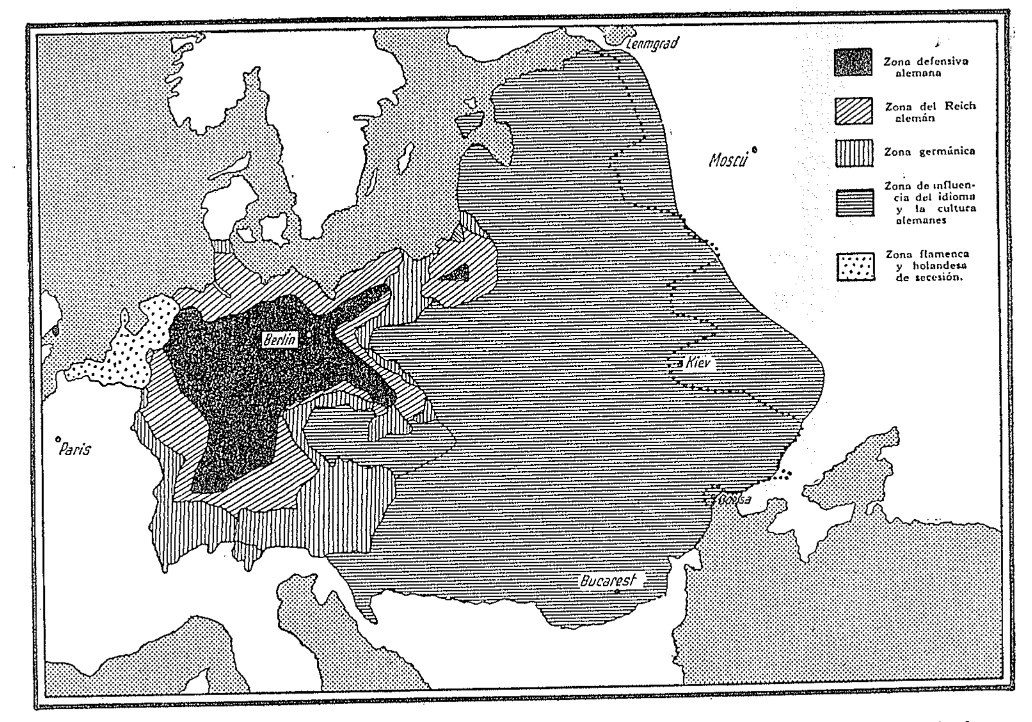
Fiel a sus teorías "dinámicas", Haushofer clasificó sus muchos tipos de fronteras como sigue:

1. frontera de ataque
2. frontera de maniobra
3. frontera de equilibrio
4. frontera de defensa
5. frontera de decadencia
6. frontera de apatía

Después de deslumbrarle con la contemplación de estas clasificaciones generales, Haushofer coloca brus-

camente al lector frente a los supuestos crímenes perpetrados por las naciones vencedoras contra las fronteras de Alemania. Ni los ríos ni las cuencas son verdaderas fronteras, porque dividen el "paisaje cultural". Este paisaje cultural se distingue por los modos de cultivo del suelo, por las técnicas en la construcción de carreteras y canales y en la arquitectura y por las características raciales y lingüísticas de los habitantes. Para identificar la extensión de un paisaje cultural es necesario reunir y consultar todos los elementos de prueba "históricos, inorgánicos y biogeográficos" que haya disponibles. Donde estos elementos de prueba señalen hacia la dominante influencia de una nación en la formación del paisaje cultural, se encontrará el suelo que a esta misma nación corresponde.

No es difícil comprender cómo un concepto tan elástico puede servir de base a una gran variedad de pretensiones sobre "fronteras naturales científicamente establecidas". El Rin, por ejemplo, es de este modo una frontera "poco natural" de Alemania, porque el valle del Rin es un paisaje cultural único que, según Haushofer, tiene el sello característico del suelo nacional alemán. Además, continuó Haushofer, sólo los pueblos de regiones relativamente áridas —el Mediterráneo y el Cercano Oriente— dan valor a las fronteras fluviales. Los alemanes y otros pueblos que habitan regiones ricas en precipitación "son contrarios a la división de los valles de los ríos". Para ellos, es más natural pensar en las divisiones de vertientes, menos definidas que los ríos, como fronteras. Pero, volviéndose hacia el Tirol



VII. - Este mapa, aparecido con el epígrafe *Reichsgebiet* (dominios del Reich) en *Weltpolitik von Heute*, de Haushofer, describe las zonas de Europa contiguas al núcleo alemán

meridional, Haushofer halló que la vertiente, tan a propósito para separar la Renania alemana de Francia, era absolutamente inadecuada para constituir una frontera política natural contra Italia. Porque, según el ágil argumento de Haushofer, la frontera italiana, fijada en las crestas de la cadena montañosa que establece la divisoria entre el río Inn, en el norte, y los ríos Piave y Adigio, en el sur, corta un sólido paisaje cultural alemán.

En la determinación, en 1919, de ambas fronteras —la frontera francesa del Rin y la frontera italiana del Tirol—, fueron indiscutiblemente las consideraciones militares las que prevalecieron sobre las culturales o de otra naturaleza. Pero estas fronteras eran precisamente del tipo estratégico que propugnaba Haushofer en otros sitios en beneficio de Alemania.

No obstante esta inconsecuencia, en la argumentación de Haushofer se mezclan con habilidad la idea de las fronteras topográficas naturales bien definidas y la idea de las fronteras culturales, que pueden o no coincidir con las primeras. Se trata de un buen ejemplo de "los dos extremos contra el centro", tipo de argumento favorito de los propagandistas nazis.

Haushofer admitía que Alemania nunca había poseído fronteras naturales muy definidas; su posición central en Europa la exponía a ataques por todos lados. Pero el Tratado de Versalles privó a Alemania de sus escasos lindes topográficamente ventajosos. En cambio, Rusia todavía disfrutaba a lo largo de su frontera septentrional de la protección "natural" del "anecumeno", de la vastedad deshabitada, en este caso, el mar de hie-

lo.[5] Verdad es, escribió, que el Ártico, como cualquier otra región hostil al hombre, no impide ya los viajes humanos y que las fronteras naturales impenetrables han dejado de existir. Pero Rusia —y la Tierra Central de Eurasia— está limitada al norte por la que es todavía la frontera austral más segura de todo el mundo. Y Haushofer agregó: "El objetivo de una política de largo alcance y de vasto espacio debería consistir en buscar el contacto más estrecho posible con el anecumeno protector". Haushofer no explica en *Fronteras* cómo Alemania va a adquirir este contacto de que disfruta ahora la Unión Soviética, pero sus atentos discípulos no dejaron de darse cuenta de la orientación del pensamiento del Maestro.[6]

El anecumeno del Ártico es hoy, según Haushofer, todavía una frontera "natural" protectora, pero no será así por mucho tiempo. El progreso de la aviación ha aumentado la importancia política y estratégica del Ártico y este océano puede convertirse por ello en campo de batalla.

5 Los geopolíticos emplean el término "anecumeno" en forma muy vaga, aplicándolo a zonas deshabitadas o de comunicaciones muy difíciles. En este sentido, las regiones polares, las montañas del Kuen Lun y del Himalaya y los grandes desiertos arenosos de Australia son el "anecumeno" del globo.

6 El "anecumeno" funciona, según admiten los geopolíticos, como una verdadera frontera "natural", aunque los mismos insisten en que no hay nada que se parezca a una frontera absoluta, pues todas las fronteras pueden ser cruzadas. En este aspecto, están de acuerdo en la esencia con Lord Curzon y con la escuela francesa de geografía política. Según los geógrafos franceses Jean Brunhes y Camille Vallaux, la única frontera natural verdaderamente aisladora que queda hoy en día en el globo es el desierto a gran altitud agregado a cordilleras abruptas que sólo puede ser hallado más allá del Himalaya, en el Tibet. Véase *La Géographie de l'Histoire*, París 1921, página 361.

La primera y más importante frontera "natural" en la lista de Curzon es el mar. Curzon admitía que los océanos sirven también para comunicarse y recalcaba el hecho de que, desde el comienzo de la historia, ha sido el desierto de Sahara y no el Mediterráneo la verdadera frontera meridional de Europa. Sin embargo, a pesar de cuanto se ha dicho de los mares como rutas del comercio y del intercambio humanos, es la cualidad separativa lo que más impresionaba a Curzon. Las vastedades oceánicas no pueden quedar bajo el dominio absoluto de ninguna nación; hasta las potencias navales más poderosas de la historia no han podido hacer otra cosa que determinar, en medida muy limitada, quién podría utilizar ciertas zonas mayores o menores del mar. Nadie ha obtenido nunca sobre las aguas tan completo dominio como el logrado por una potencia terrestre sobre grandes extensiones de la tierra.

"Fué la interposición del mar", escribió Curzon, "lo que hizo que Inglaterra perdiera sus colonias de América; que los holandeses y portugueses perdieran la mayor parte de sus Imperios de las Indias; que Napoleón, lo mismo que Roma, tuviera tantas dificultades en Egipto; que la aventura mexicana de Francia y Austria acabara en el fracaso; y que España se viera privada casi en un día de sus posesiones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas..."

Muy diferentes eran las conclusiones que obtenía Haushofer. Afirmaba éste que sólo las distancias oceánicas extremas operaban como fronteras. El poder separativo de los mares había sido reemplazado gradual-

mente por sus características comunicativas. Si el mar tenía que ser considerado como frontera de un Estado, era preciso que se tratara de *todo* el mar y no de una mera zona costera de "tres millas" reconocida por el derecho internacional. Haushofer, que tiene una debilidad por las citas latinas, remite al lector a la inscripción que aparece sobre el portal del *Magistrate sullo acque* en Venecia: "*Venetorum urbs divina disponente providentia in aquis fundata aquarum ambitu circumsepta, aquis pro muro munitur. Quisquis igitur quoquomodo detrimentum publicis aquis ausus fuerit, et hostis patriae judicetur nec minore plectatur poenae quam si sanctos muros patriae violasset...*" (La ciudad de los venecianos, fundada sobre el agua por la Divina Providencia, rodeada de agua, tiene las aguas por muros. Quienquiera, por tanto, que, en modo cualquiera, actúe en detrimento de las aguas ha de ser considerado como enemigo de la Patria y debe sufrir el mismo castigo que si hubiese violado los sagrados muros de la ciudad.)

Si el Maestro de los que hacen la política exterior alemana ha de ser tomado al pie de la letra, las fronteras de los Estados Unidos serán en realidad Tromsoe, Bergen, los puertos del Canal y Dákar, en el este, y las costas de Asia, en el oeste. Y si el transgresor de las aguas es el enemigo de la Patria, cualquier nación que se inmiscuya en la libertad de los mares —de nuestros mares— debe ser combatida y destruída. De acuerdo con esto, cuando los Estados Unidos, antes de su entrada en el conflicto armado, enviaron fuerzas expedicionarias a Groenlandia e Islandia, el Departamento de

Estado pudo haber remitido al General Haushofer y a sus amigos nazis, quienes condenaron rotundamente tales movimientos como infracciones del derecho internacional, a los escritos del propio Haushofer y de sus geopolíticos.

En segundo lugar de la lista de fronteras naturales de Curzon, figura el desierto, el cual, hasta los tiempos modernos, demostró ser más inflamable que el océano. Fué Napoleón quien declaró que, "de todos los obstáculos que pueden cubrir las fronteras de los imperios, el desierto es incuestionablemente el mayor. Los montes como los Alpes ocupan el segundo lugar y los ríos el tercero". En realidad, fué el desierto de Sahara y no el Mediterráneo el que, hasta que los portugueses doblaron el cabo Verde, cerró los nueve décimos del Continente africano a la curiosidad de los europeos. Egipto, gracias a la barrera del desierto de Libia en el oeste y a la del desierto de Sinaí en el este, ha conservado una identidad física casi sin paralelo en la historia. Pero Lord Curzon predijo que, con el progreso de la tecnología, pocas fronteras de desierto conservarían mucho tiempo su cualidad separativa. Advirtió que los constructores de ferrocarriles tropiezan en los desiertos con menos dificultades que en las altas cordilleras. Los aviones, los tanques y los vehículos blindados han demostrado, no solamente que el desierto ha dejado de ser una protección, sino que se trata de un territorio que no se presta mucho a la acción militar defensiva y que se ha convertido en un campo casi ideal para los ataques mecanizados.

Una cordillera con crestas muy definidas es, según sostenía Curzon, la mejor de las fronteras de montaña y el tercer tipo notable de linde natural. Pero esta clase de barrera no ha sido proporcionada por la naturaleza en forma tan generosa como podría deducirse de una ojeada el mapa. La mayoría de los macizos montañosos carecen del rasgo distintivo señalado y, sin consideración alguna, las gargantas cortan en diversos puntos esas cordilleras muy definidas que de otro modo podrían servir como lindes políticos ideales. Estas zonas, como sabía Lord Curzon por su experiencia en la India, podrían servir de baluartes a pueblos guerreros e independientes y proporcionarles una manifiesta ventaja militar sobre los ocupantes de las llanuras adyacentes.

"El deseo de contrarrestar esta ventaja", escribió Curzon, "y de transferirla a la potencia cisfronteriza ha inducido a buscar la llamada *Frontera Científica,* es decir, una frontera que reúna la fuerza natural con la estratégica y que, colocando en poder de la potencia a la defensiva las entradas y las salidas de los pasos, obligue al enemigo a conquistar el acceso antes de que pueda utilizar la travesía. Es esta política lo que ha inducido a llevar los puestos avanzados de la India a Lundi Khana, Quetta y Chaman, lugares todos ellos más allá de los pasos cuyo extremo exterior guardan".

Paradójicamente, es esta política de fronteras, propugnada por Curzon primordialmente contra Rusia, lo que puede ahora constituir una ayuda efectiva para este país. Desde los puntos terminales de las líneas férreas construídas por motivos estratégicos hasta Chaman, en

la frontera entre la India y Afganistán, al norte de Quetta, y hasta Zahidan, en la frontera entre Persia y el Beluchistán, se están construyendo carreteras, según se informa, en dirección a Herat, en la zona septentrional de Afganistán, y de aquí a las cabezas del sistema ferroviario transcaspiano de la Unión Soviética. Sin embargo, fué esta misma política, centrada únicamente en hacer frente a la amenaza de Rusia, lo que dejó las fronteras de la India sin defensas contra un ataque desde la zona meridional de Persia y el mar de Arabia.

La "frontera científica" de Curzon sólo ha tenido presentes las consideraciones estratégicas. Pero los geopolíticos describen esta solución del problema fronterizo como un ejemplo característico de la hipocresía británica. "Aquí está el ejemplo", exclama Haushofer, erigido en campeón de la autodeterminación nacional, "del presuntuoso imperialismo británico. ¿Qué decir de las aspiraciones nacionales y culturales de los pueblos a los que las "fronteras científicas" de Curzon han cortado en dos?" "Todo el Asia", continúa, "se beneficiará con el hundimiento de la actual ficción fronteriza (británica). Los pueblos de Asia —1.350.000.000 de seres humanos en total— no serán los únicos que se rebelen contra las fronteras de hoy". Y Haushofer procede a enumerar como sigue los pueblos a los que el imperialismo "al antiguo estilo" ha impuesto fronteras "injustas": 100.000.000 de alemanes, 450.000.000 de chinos, 363.000.000 de indios, 170.000.000 de rusos, 25.000.000 de indochinos, 12.000.000 de filipinos, 45.000.000 de italianos, 100.000.000 de japoneses y 22.000.000 de

coreanos, sin contar los pueblos de Hungría, Bulgaria, Egipto, Turquía, Irak, Persia, Afganistán, los reinos de Arabia y Palestina.

Al río, Curzon atribuía el cuarto lugar como frontera natural. Sostenía que casi invariablemente han sido las razones estratégicas lo que ha inducido a la conversión de los ríos en fronteras. Pero la historia enseña que los ríos unen más que separan y Lord Curzon está en esencia de acuerdo en este punto con las hace tiempo olvidadas enseñanzas del "loco" Barón von Bulow, quien había vivido un siglo antes que el británico.

Ello no obstante, el río ha sido siempre muy apreciado como frontera natural en la política internacional. Por de pronto, tiene la ventaja de constituir una línea de demarcación muy definida. Además, los grandes ríos fueron considerados durante muchos siglos como un formidable obstáculo militar. Pero, como la quinta categoría de las fronteras naturales de Lord Curzon —la barrera creada por bosques, ciénagas y pantanos—, el río es también ahora una forma muy anticuada de frontera natural de importancia política. Allí donde los ríos se convierten en vías de comunicación y dejan de ser obstáculos para los desplazamientos, sus valles se transforman en unidades económicas. La técnica militar moderna ha reducido considerablemente el valor defensivo de las fronteras fluviales. Sólo donde un curso rápido y no navegable pasa por profundas gargantas conserva el río una cualidad verdaderamente separativa, tanto económica como militarmente. Las gargantas de esta clase, suficientemente largas y profundas para servir de im-

portante sección de un linde político, constituyen una rareza. El Mekong es un río de esta configuración que, en los tiempos modernos, ha servido de línea de demarcación entre dos zonas políticas, es decir, la Indochina Francesa y Tailandia.

Los geopolíticos rechazaron enérgicamente el río como frontera "natural". Pero alegaron para esto una razón más profunda y convincente, o sea, el diferente papel representado por los ríos en la vida de los pueblos latinos y germánicos. Los romanos y todos los pueblos del árido Mediodía veían los ríos y cursos de agua de modo distinto que los pueblos "nórdicos-atlánticos". Los pueblos de las zonas secas estaban siempre dispuestos al acceso común al agua y, por ello, aceptaban la idea de que el río fuera una frontera "natural". En cambio, los pueblos germánicos, como todos los pueblos que habitan en zonas de mucha precipitación, no se prestan a dividir una cuenca fluvial. Para ellos, el río y el valle constituyen una unidad indivisible; prefieren organizar sus distritos políticos de acuerdo con la zona natural formada por los valles. Por esta razón, el Rin no era la frontera de Alemania, sino el río de Alemania. Este argumento, ridículo como es, ilustra perfectamente la "metafísica de frontera" de la *Geopolitik.*

Conforme al interminablemente repetido lema de los propagandistas nazis, Alemania ha ido a la guerra para ganar espacio vital y establecer un orden mundial "justo". Ni Hitler ni ninguno de los voceros nazis ha declarado nunca cuáles serán las fronteras políticas del futu-

ro territorio alemán y del Nuevo Orden Mundial. Y no es posible que se formule tal declaración, porque la doctrina nazi de imperio, expuesta científicamente por los geopolíticos, no reconoce fronteras fijas ni, por tanto, orden que sea estable.

No está de más invocar contra estos conceptos nihilistas de la *Geopolitik* los principios de formación de fronteras establecidos por un geógrafo inglés que escribió a fines de la primera guerra mundial. Según L. W. Lyde,[7] el objetivo primordial de todo arreglo de frontera consiste en hacer la guerra imposible. Lyde enunció tres "artículos de fe": (1) Las fronteras políticas deben ser nacionales y representar el sentimiento y la conciencia de los pueblos que viven dentro de ellas, pero no están obligadas a seguir las líneas superficiales de razas e idiomas. (2) Donde no pueda haber fronteras nacionales, las fronteras tienen que ser asimilativas. Ninguna potencia que se haya mostrado incapaz de asimilar a grupos extraños debe ser autorizada a ocupar nuevas tierras; debe obligársele incluso a que deje en libertad a las minorías no asimiladas y maltratadas. (3) Las fronteras no deben ser militares. Una frontera no es militar, escribió Lyde, cuando coincide con rasgos geográficos que conducen al intercambio pacífico.

La frontera que facilita el intercambio entre naciones es por excelencia la frontera de un orden mundial estable. No es ni "estratégica" ni "natural", es decir, no es militar. Y todos los tipos de frontera sugeridos por

7 L. W. Lyde, *Frontiers*, Londres, 1917.

los Curzon y los Haushofer son militares, aunque con la diferencia de que los de Curzon tienen un carácter defensivo y los de Haushofer un carácter agresivo. En realidad, la mejor frontera puede ser la menos natural. La frontera entre los Estados Unidos y el Canadá es una frontera "astronómica" de 1.450 millas que sigue el paralelo de latitud, sin preocuparse en absoluto por los accidentes topográficos. A causa de ello, ha merecido las censuras más severas tanto de los geopolíticos alemanes como de los británicos. Sin embargo, ha demostrado ser una de las fronteras más estables de toda la tierra. Geográficamente está bien, pues ha sido respetada como algo evidente por ambos pueblos. Es "artificial", tiene escaso valor estratégico y ha facilitado el intercambio. La mejor frontera política es aquella que ha dejado de preocupar a nadie.

Las fronteras, como Curzon sostenía acertadamente, son expedientes políticos. Nuestros proyectistas de postguerra deben tener presente las lecciones que se derivan del último ensayo internacional de fijación de fronteras: las mejores fronteras estratégicas no pueden ni salvaguardar la integridad étnica de un pueblo pequeño ni mantener dividido a un grupo nacional decidido a unirse. No hay garantía alguna de que la reconstituída Polonia, aun poseyendo "mejores" fronteras, sobrevivirá mucho más tiempo que su anterior encarnación, o de que una atomizada Alemania no volverá a convertirse en un gigantesco Reich. No hace falta mucha imaginación para prever que pronto otra generación de geopolíticos mezclará las fronteras de la reconstituída Polonia y de

la atomizada Alemania en las bases de una nueva guerra. Tampoco hay sólidas razones para presumir que una federación europea u otros grupos regionales cualesquiera constituirán una firme garantía contra la repetición de los conflictos de frontera. Donde las zonas de estos grupos regionales coincidan habrá fronteras. Por ello, subsistirán las mismas cuestiones que han agobiado en el pasado a los Estados soberanos.

En consecuencia, el problema de la "buena" frontera es en realidad el de trazar los lindes de las autonomías locales dentro de un sistema universal de autoridad. Estos lindes tienen que ser trazados de acuerdo con consideraciones étnicas, culturales, económicas y topográficas, cada una de las cuales debe dar paso al principio del libre intercambio entre los pueblos. En un orden internacional en equilibrio, donde sea respetado el imperio del derecho, la frontera óptima es aquella que se halle "abierta de par en par". Pero, mientras no lleguemos a ese orden mundial en equilibrio, la frontera abierta es una fuente de peligros, pues invita a la agresión. Hasta que se hayan logrado definitivamente el equilibrio y la estabilidad internacionales, el trazado de fronteras seguirá constituyendo un problema estratégico.

Para los geopolíticos, dedicados a destruir la estabilidad existente, el problema del trazado de fronteras es *totalmente* estratégico. La "buena" frontera para ellos es la que asegura el éxito en la nueva fase de expansión. Y siempre habrá una nueva fase, mientras los lindes sean considerados como mera expresión del equilibrio de poderes existente en un histórico momento da-

do. Según los geopolíticos, la antigua lucha por el poder entre los Estados no ha cesado, a pesar del establecimiento de la Liga de las Naciones. Por el contrario, la Liga no ha abolido el Estado soberano y el Imperio Británico, que en el siglo diecinueve estuvo más cerca de imponer un orden universal que cualquier otro sistema político en la historia del hombre, está acercándose, según los geopolíticos, a la disolución. Por tanto, los geopolíticos, con cierta lógica, sostienen que todo en la política mundial señala hacia una solución dinámica de esta continua lucha por el poder. Y ¿qué solución es más dinámica que la guerra?

Capítulo XVII

DE MAHAN A MUNICH

En la médula de la *Geopolitik*, hay una doctrina estratégica. Es la doctrina del poder terrestre. Fué desarrollada para que sirviera a la posición de Alemania después de la primera guerra mundial y reconoce tácitamente que fué el poder marítimo británico y no —como lo ha repetido histéricamente Hitler— la propaganda aliada y "la daga clavada en la espalda del Ejército alemán" lo que finalmente derrotó a Alemania. Los geopolíticos estaban de acuerdo en que la flota alemana no era ni nunca sería suficientemente fuerte para hacer frente a la flota británica en una batalla. Pero el poder marítimo de Gran Bretaña podía ser aplastado con la destrucción de sus bases y los bastiones del Imperio Británico podían ser flanqueados por medio de un gigantesco movimiento de pinzas a través del continente de Eurasia. La nautraleza de la propia base territorial de Alemania favorecía esta estrategia. No había otra alternativa. Si Alemania contaba con la voluntad, la tecnología moderna proporcionaría los instrumentos para una embestida terrestre contra las bases del poder marítimo británico.

El Almirante Alfred Thayer Mahan, autor de *Influencia del Poder Marítimo en la Historia,* obra publicada en 1890, figura entre los santos patrones de los geopolíticos. El ecléctico Haushofer derivaba su inspiración para formar su doctrina alemana del norteamericano Mahan, del mismo modo que había tomado las ideas de los ingleses Curzon y Mackinder.

Mahan —un pensador geopolítico mucho antes de que el término hubiese sido acuñado— sostenía que una nación debe prosperar o declinar y que no hay nación que pueda conservar lo suyo quedándose quieta. Un imperialismo robusto prestó alas a la imaginación de Mahan; veía a los Estados Unidos como a la potencia mundial del futuro y exigía con entusiasmo un aumento del poder naval que guardara relación con los destinos imperiales de Norteamérica. Proclamaba que una flota capaz de emprender la ofensiva aseguraría a los Estados Unidos una indiscutible supremacía en el Caribe y el Pacífico. Al invocar la misión cultural de los Estados Unidos en el Lejano Oriente, Mahan abrió, en la década del 1890, nuevos horizontes a los predicadores del Manifiesto Destino.

Según Mahan, los océanos del mundo se habían convertido en los mares interiores del Imperio Británico y las rutas comerciales mundiales eran las líneas vitales del mismo. La fuerza armada mantenía, en última instancia, la seguridad del Imperio y de sus líneas vitales y Gran Bretaña consideraba que su flota proporcionaba la garantía última, si no la única, de sus intereses políticos y económicos.

Mahan atribuía el dominio de los mares que ejercía Gran Bretaña principalmente a la eficacia de las disposiciones estratégicas y tácticas que eran características de las operaciones navales británicas. De la historia naval británica, Mahan deducía un dogma básico: la doctrina de la concentración del poder. Y por concentración de poder entendía Mahan la maciza flota de los barcos de línea. La suya era en suma la doctrina de la supremacía de la flota de batalla. El Almirantazgo británico había aprendido a conservar el poder ofensivo de su flota y a no dispersar sus fuerzas en guerras de guerrillas y en incursiones contra los mercantes. La esencia de la estrategia naval británica era la ofensiva dirigida contra la flota de batalla enemiga. Su primordial objetivo consistía en obtener el dominio del mar por medio de una concentración de barcos de línea capaz de asestar a la flota del enemigo un golpe decisivo.

La doctrina de Mahan de la supremacía de la flota de batalla fué saludada en muchos países como la fórmula que otros podrían aplicar para llegar al imperio y a la dominación mundial. Fué la doctrina que aceptaron con entusiasmo los alemanes de tendencias navales de los tiempos de Guillermo II como un sésamo que permitiera llegar a la dominación mundial, en desafío al poderío de Gran Bretaña. Inspiró aquella febril actividad en las construcciones navales alemanas, que alarmó a los británicos, precipitó la carrera de la expansión naval y contribuyó al estallido de la guerra.

No fué Friedrich Ratzel el menos atento de los que estudiaron en Alemania a Mahan. El libro de Ratzel,

El Mar como Fuente de Grandeza Nacional, revela una intensa preocupación por las ideas del norteamericano sobre supremacía naval. Tiempo después, Haushofer reconocería a Ratzel como a su maestro. Haushofer expresó frecuentemente su admiración por Mahan en términos entusiásticos y citó las obras de Cahan entre aquellas "indispensables" para el dedicado a la geopolítica. [1] Saludó a Mahan como al profeta que había hecho más que cualquier otro norteamericano para poner a los Estados Unidos en el camino de la grandeza y que había enseñado a la nueva generación de estadistas norteamericanos a "pensar en función del poder mundial y del gran espacio".

Hay en los escritos de Mahan una mezcla llena de colorido de muy razonadas teorías sobre estrategia naval y de rimbombante ideología expansionista, mezcla que sirvió para que los conceptos del almirante se difundieran hasta mucho más allá del círculo internacional de expertos navales. El vigor de la prosa estimulaba en la imaginación popular la visión del imperialismo moderno. La doctrina se trazaba en escala global. Ningún doctrinario expansionista de Europa tuvo conceptos tan grandiosos y tan audaces. En suma, Mahan es uno de los varios pensadores anglosajones cuya influencia se manifiesta de modo más claro a través de las enseñan-

1 Véase Karl Haushofer en el *Manual de Ciencia Militar Moderna* (*Handbuch der Neuzeitlichen Wehrwissenschaften*), Berlín, 1937. Véase también Haushofer en *Grenzen*, en relación con la influencia de Mahan en la política de los Estados Unidos. En su *Landmächte*, Joseph Maerz, técnico naval de la Asociación de Estudios de *Geopolitik*, hace un comentario de los puntos de vista estratégicos de Mahan.

zas de Haushofer, a pesar —o tal vez a causa— del hecho de que la doctrina del poder terrestre de Haushofer sea la más extrema negación de las teorías del norteamericano. Hay muchas sutiles indicaciones distribuídas por los escritos del General-Professor que revelan que éste se imaginaba ser la contrapartida alemana del almirante y teorizante norteamericano.

La doctrina de Mahan mereció tan amplia e incondicional aceptación que las reservas consignadas por el propio autor fueron puestas de lado. Mahan percibió las fallas inherentes a la generalización de los principios deducidos de la historia naval británica y frecuentemente recalcó el carácter único de la posición geográfica de Gran Bretaña. La base interna de la flota británica no podía ser atacada a través de fronteras terrestres. Por ello, Gran Bretaña podía con completa tranquilidad dedicar sus riquezas a la flota y reducir al mínimo el presupuesto del ejército. En Europa, no había otra potencia que fuera de este modo favorecida por la geografía. Todas las grandes potencias continentales tenían fronteras terrestres más o menos vulnerables. Según lo veía Mahan, ninguna potencia europea estaba en condiciones de mantener simultáneamente el poder terrestre necesario para la defensa de su posición continental y el poder marítimo preciso para arrancar a Gran Bretaña la dominación del mundo. En 1902, Mahan escribió: "La historia ha demostrado de modo concluyente la incapacidad de un Estado que tenga incluso una sola frontera continental para competir en desarrollo naval con un Estado insular, aunque éste tenga re-

cursos y población menores". Ninguna potencia europea podía construir una flota capaz de desafiar el dominio de los mares de Gran Bretaña y las divisiones políticas de Europa ponían felizmente a Gran Bretaña a cubierto de la única eventualidad que hubiera podido amenazar su posición dominante, entendiéndose por tal la coalición antibritánica de todas las potencias continentales.

Además, la geografía ha proporcionado a Inglaterra la ventaja de una posición central. Las Islas Británicas se encuentran en los accesos del noroeste de Europa al Océano Atlántico. Contra cualquier flota que tuviera sus bases en el continente, la flota británica podría operar a lo largo de líneas interiores y sin exponer la línea de retirada a sus bases. Las fuerzas británicas del Canal de la Mancha y del mar del Norte podrían interceptar, impidiendo el enlace, a las flotas de las zonas septentrionales y occidentales de Europa. De un modo análogo, las fuerzas navales británicas con base en Gibraltar podrían interceptar los movimientos navales hostiles entre el Mediterráneo y el Atlántico. [2]

Pero, en el siglo veinte, la situación en la tierra y en el mar estaba cambiando rápidamente y en perjuicio de Gran Bretaña. La posición geográfica de las Islas Británicas tiene una importancia estratégica única solamente con referencia al Continente europeo. El dominio

[2] Véase un brillante análisis de las enseñanzas de Mahan y de la influencia de las mismas en la política de los Estados Unidos en Harold y Margaret Sprout, *Toward a New Order of Sea Power,* Princeton University Press, 1940, páginas 9-15.

británico del mar y la posición de Gran Bretaña como poder mundial estaban asegurados mientras el Continente europeo fuera la única base desde donde las islas pudieran ser atacadas. El que este hecho esencial pasara inadvertido para muchos de los discípulos de Mahan refleja el punto de vista centrado en Europa del pensamiento del siglo diecinueve, punto de vista que, paradójicamente, también ha sido adoptado por gran número de historiadores y técnicos en poder marítimo de Norteamérica.

Entre las voces que disintieron, la de Homer Lea fué la más articulada, pero también la más chillona. Este general chino, nacido en Norteamérica y jorobado, predijo que las defensas flotantes de Gran Bretaña resultarían inadecuadas para hacer frente a la creciente amenaza global contra las posesiones exteriores del Imperio y profetizó la inevitable convergencia de los expansionismos rivales sobre los "arcos" del círculo de dominio británico. No participó en las opiniones de los discípulos de Mahan sobre la estrategia norteamericana en el Pacífico y predijo con asombrosa exactitud el aprieto en que se verían las posesiones norteamericanas, británicas y holandesas ante un ataque japonés, con o sin superioridad de flota de batalla. Su análisis estratégico parece ahora notablemente oportuno y sus escritos han recibido últimamente —después de treinta años de olvido— la atención reverente que la posteridad dedica a los profetas idos. El estilo de oráculo de los escritos —que recuerdan la prosa de Oswald Spengler— y las baladronadas marciales de Homer Lea no gustaron a

los compatriotas de éste. Haushofer, en cambio, menciona frecuentemente a Homer Lea y parece haber estudiado con atención sus obras.

En los Estados Unidos y Gran Bretaña, los agnósticos que aceptaron los puntos de vista de Lea fueron dejados de lado. Cuando Lea murió, en 1912, la doctrina de Mahan había sido aceptada por los técnicos navales norteamericanos y británicos como un dogma de validez universal. Era ya moda entre los discípulos de Mahan estudiar el poder marítimo británico como poder marítimo *per se*, como si la estrategia de la flota británica pudiera ser examinada sin relación con las condiciones geográficas únicas de su base interior, es decir, las Islas Británicas.

Los escritos de Mackinder dedican a este extremo la más lúcida crítica que hacen de la doctrina de Mahan o, por lo menos, de la parte de esta doctrina que ha sido aceptada de modo más general y sin consideración a las prudentes reservas que el propio Mahan estableciera. Mackinder vió con claridad que era precisamente la proximidad del Continente europeo lo que daba a la flota británica un poderoso punto de apoyo en la política mundial, siempre, claro está, que las bases interiores de los adversarios potenciales de Gran Bretaña estuvieran situadas en Europa.

La primera guerra mundial, en sus últimas fases decisivas desde el derrumbe de Rusia en 1917, fué un duelo directo entre el poder marítimo y el terrestre. Gracias únicamente al dominio del mar que ejercía Gran Bretaña, pudieron ser bloqueadas las potencias centrales y,

al mismo tiempo, pudieron los refuerzos en hombres y material de ultramar ser llevados a la peninsular Francia, a la peninsular Italia y a los peninsulares Balcanes, para hacer frente al poder terrestre de Alemania. En esta lucha entre el poder marítimo y el poder terrestre, el primero resultó victorioso.

Sin embargo, ni el mismo Mackinder aceptó esta victoria como prueba final y concluyente de la superioridad del poder marítimo sobre el poder terrestre. En su libro *Democratic Ideals and Realities*, escribió como sigue:

"Todo el mundo se da cuenta ahora de que, debido a la continuidad del océano y a la movilidad de los barcos, una batalla decisiva en el mar tiene resultados inmediatos y de largo alcance. César venció a Antonio en Actium y las órdenes de César pudieron cumplirse después en todas las costas del Mediterráneo. Gran Bretaña obtuvo su victoria culminante en Trafalgar y pudo así cerrar el océano a las flotas de sus enemigos. *Lo que nos ha interesado aquí es más bien lo referente a las bases del poder marítimo y a la relación de las mismas con las del poder terrestre. A la larga, esta es la cuestión fundamental.* Había flotas de lanchas de guerra en el Nilo y el Nilo estaba cerrado para las mismas por un solo poder terrestre que dominaba las fértiles bases a todo lo largo de Egipto. La base insular de Creta fué conquistada por una base peninsular mayor, como la de Grecia. El poder terrestre de Macedonia cerró el Mediterráneo oriental a las naves de guerra de griegos y

fenicios, privando imparcialmente a unos y otros de sus bases. Aníbal atacó por tierra la base peninsular del poder marítimo de Roma y esta base se salvó por una victoria terrestre. En la Edad Media, la cristiandad latina se defendió en el mar desde su base peninsular, pero, en los tiempos modernos, a causa de la rivalidad entre los Estados que se formaron dentro de la península y de que había en ella varias bases de poder marítimo, todas ellas expuestas al ataque desde tierra, el dominio de los mares pasó a una potencia sin tantas bases, pero situada en una isla, afortunadamente una isla fértil y provista de carbón. Con un poder marítimo de bases así, los aventureros británicos han fundado un Imperio de ultramar de colonias, plantaciones, depósitos y protectorados y han establecido, por medio de ejércitos transportados por mar, poderes terrestres locales en India y Egipto. *Tan impresionantes han sido los resultados del poder marítimo británico, que ha habido tal vez una tendencia a despreciar las advertencias de la historia y a considerar en general que el poder marítimo tiene inevitablemente, a causa de la unidad del océano, la última palabra en la disputa con el poder terrestre.*"[3]

Resulta ahora claro por qué Haushofer y su escuela mostraron tanto entusiasmo por las enseñanzas de Mackinder. Todas las lucubraciones de los geopolíticos se hallan centradas en última instancia en la búsqueda de los

[3] Las itálicas son del autor.

puntos débiles del dispositivo estratégico de Gran Bretaña. Y el mismo Mackinder fué quien señaló las regiones sensibles de la anatomía del poder marítimo británico.

Una gran parte de la literatura geopolítica alemana está dedicada a los problemas que plantean los conflictos entre los poderes marítimo y terrestre. Joseph Maerz, uno de los más íntimos colaboradores de Haushofer, definió los diferentes conceptos de poder terrestre y poder marítimo como sigue:

"El poder marítimo domina grandes espacios saltando ligeramente de un punto a otro. El poder marítimo cuida de no malgastar fuerzas y trata de obtener las máximas ventajas con un mínimo esfuerzo por medio de la sutil adaptación a las condiciones existentes. El poder marítimo se inclina, por tanto, a la transacción y hasta a conceder, siempre que sea posible, cierto grado de autonomía a sus posesiones. No se apresura a reclamar derechos sobre un territorio o una zona marítima mientras éstos puedan ser dominados a través de Estados dependientes o aliados. En cambio, el poder terrestre avanza metódicamente, trata de establecer su dominio por medio de una organización total y, ante todo, procura preservar la movilidad de sus fuerzas."

De acuerdo con esta interpretación, un poder terrestre opera desde una base central a través de las zonas contiguas, mientras que el poder marítimo trata de enlazar las regiones con una vasta red de bases y líneas de abastecimiento. Ilustraciones perfectas de esto son la campaña continental de Hitler en 1940-1941 y la ofensi-

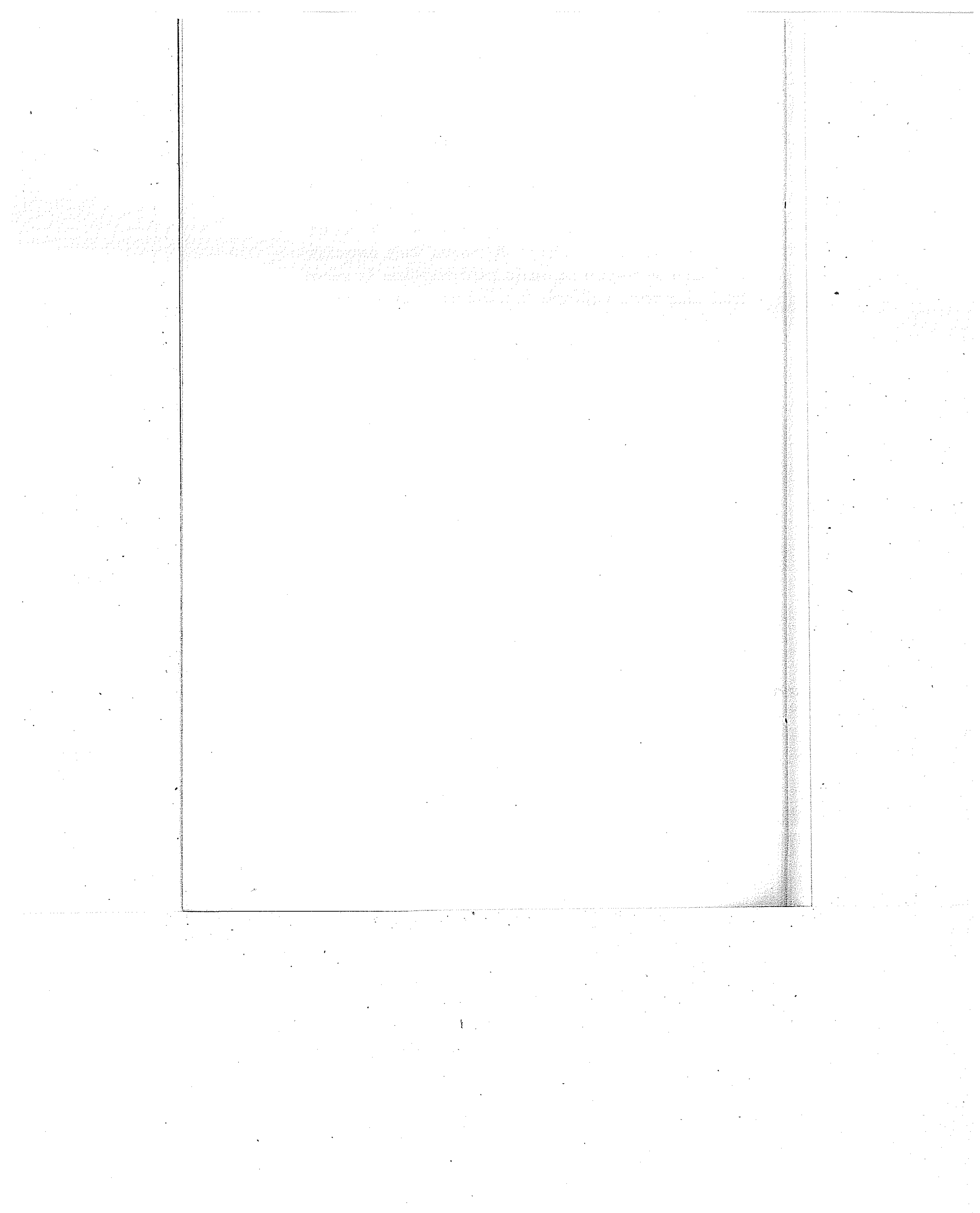
va oceánica del Japón entre diciembre de 1941 y marzo de 1942.

Según Richard Henning, [4] otro de los primeros colaboradores de Haushofer, los imperios de la historia antigua y medieval, con la excepción de Roma, estaban basados en el poder terrestre y su fuerza descansaba en la movilidad por tierra, lo que exigía la posesión de un terreno extenso y favorable. En cambio, las grandes potencias de la historia moderna, indicaba Hennig, fueron todas poderes marítimos. Su fuerza descansaba en poderosas flotas y en el dominio de las rutas del mar. Hennig se refería en apoyo de su teoría a las decisivas batallas navales de Lepanto, Trafalgar, Navarino y Tsushima. El duelo en Hampton Roads entre el Monitor y el Merrimac, según Hennig interpretaba la historia, fué el encuentro decisivo de la guerra civil norteamericana. Como resultado de esta victoria, las fuerzas navales del norte pudieron detener el envío por mar a la Confederación de los indispensables abastecimientos militares. De un modo análogo, la victoria en 1879 de los barcos chilenos sobre los peruanos, al comienzo de la guerra de cuatro años del Pacífico, fué lo que originó la derrota final del Perú.

Surge la sospecha de que los geopolíticos examinaron tan detenidamente la historia del poder marítimo con el exclusivo propósito de fundamentar la conclusión de que los días de los imperios isleños estaban contados y

[4] Richard Hennig, *Geopolitik, die Lehre vom Staat als Lebewesen* (*Geopolítica, la Doctrina del Estado como Ser Viviente*), Leipzig y Berlín, 1931.

de que el poder terrestre adquiriría en el futuro la supremacía. En el hecho de que Gran Bretaña y los Estados Unidos se aferraran a la doctrina de Mahan, vieron la dorada oportunidad de Alemania. Mientras las potencias anglosajonas hicieran de esa doctrina —tan atrayente al prometer seguridad y negocios como de costumbre— la base de su defensa, Alemania tenía asegurado el tiempo de respiro necesario para organizar la guerra total. Una vez completada la máquina de guerra alemana, el poder marítimo, según predijeron los geopolíticos, sería impotente para detener la marcha de Alemania hacia la dominación mundial.



Capítulo XVIII

LA DOCTRINA DEL PODER TERRESTRE

Aunque ha sido largo y espectacular el reino del poder marítimo, los acontecimientos políticos y científicos habían comenzado a fines del siglo diecinueve a socavar los cimientos en que se apoyaba el dominio único de los mares. A través de la historia, la gran movilidad de la fuerza militar organizada ha sido el atributo de todos los Estados que se constituyeron en potencias mundiales. La técnica romana en la construcción de carreteras y barcos, la superior capacidad de marcha de la legión romana y la agilidad de maniobra de las naves de guerra romanas aseguraron a Roma la supremacía militar sobre todas las naciones del mundo antiguo. Del mismo modo, un sistema muy desarrollado de comunicaciones postales y militares, en unión de tácticas de caballería de gran originalidad, aseguró precisamente a las hordas mogolas de Gengis Kan y de Tamerlán la superioridad militar sobre sus enemigos, más torpes de movimientos.

En la guerra franco-prusiana de 1870, las fuerzas de Prusia fueron llevadas a las fronteras de Francia por

ferrocarril, con lo que sacaron una considerable ventaja inicial a los ejércitos franceses. Los jefes militares de Francia se empeñaron en desplazar sus tropas por carretera y a pie y perdieron en seguida la iniciativa ante sus enemigos prusianos, quienes se habían asegurado la cooperación de la máquina a vapor.

El imperio mundial británico por el solo dominio de los mares fué establecido en la época de la navegación a vela. Hasta el nacimiento, en 1830, del ferrocarril, el velero era el más rápido medio de locomoción que se conocía. No obstante unas cuantas proezas del servicio de correos con coches y caballos, realizadas en vías tan importantes como las carreteras de Londres a Dover y de París a Calais, no había en tierra nada que pudiera competir en velocidad y capacidad de carga con el velero. Además, el velero era una unidad que se bastaba a sí misma y que podía permanecer en el mar durante considerables períodos de tiempo. La llegada del vapor no produjo una revolución inmediata ni en los conceptos estratégicos del poder marítimo británico ni en las relaciones entre los poderes marítimo y terrestre. Gran Bretaña había adquirido en la época del velero un gran número de bases navales adecuadas, la mayoría de las cuales se prestaban para el establecimiento en ellas de puestos carboneros convenientes. El Almirantazgo británico se apresuró a instar la adquisición de puntos adicionales adecuados para el servicio de los barcos de vapor. Esto no exigía profundos cambios en la estrategia naval británica, pues la tendencia dominante de la política de Gran Bretaña había sido siempre una lucha

continua por la posesión de bases navales. Esto es lo que Oswald Spengler quiso decir cuando dijo que la Marina Real no fué construída para el Imperio Británico, sino que, por el contrario, fué éste el que se creó para la flota.

A fines del siglo diecinueve, fué la estrategia del ferrocarril, superior en movilidad a la estrategia naval, lo que lanzó un desafío a la supremacía mundial británica establecida por medio del poder marítimo. Fué la superior movilidad del ferrocarril lo que inició los pro cesos que han llevado a la suplantación del poder marítimo por el poder terrestre como clave de la dominación mundial.

El primer paso fué la integración realizada por Rusia de una gran masa de tierras asiáticas por medio de las comunicaciones ferroviarias. La construcción de ferrocarriles estratégicos enlazó la Rusia europea con Tashkent y Merv, con Kushka y Ashkabad, y, por ello, con las zonas fronterizas de Afganistán y Persia. De un modo análogo, la terminación del Transiberiano estableció un dominio efectivo de Rusia sobre las vastas extensiones de Siberia y llevó el poder terrestre ruso hasta las costas de los mares del Japón y de China y, por ello, hasta el Pacífico. El poder terrestre ruso, al disponer de ferrocarriles estratégicos, ejerció una presión creciente sobre las fronteras estratégicas de Gran Bretaña en el Cercano y el Medio Oriente. Fué esta presión lo que el tradicional dispositivo del poder marítimo británico no podía enfrentar.

Hay que admitir que Gran Bretaña podía todavía

dominar el océano Índico sin necesidad de distraer más de un acorazado o crucero pesado de su flota en aguas europeas. Incluso después de su victoria en Tsushima, la flota japonesa no era considerada como un rival potencial en aguas asiáticas y, para todos los fines prácticos, el océano Índico continuaba siendo lo que había sido durante cien años, un "mar cerrado" británico. Ello no obstante, la creciente presión del poder terrestre ruso desplazado por ferrocarril sobre los Estados topes de Afganistán y Persia, los cuales protegían los accesos a la India, parecía llevar a una inevitable colisión entre el mayor poder marítimo y el mayor poder terrestre que había en el mundo.

El acuerdo de 1907 entre Rusia y Gran Bretaña acerca de sus respectivos mojones en Asia impidió esta colisión. Pero, mientras la presión rusa cedía, otra línea férrea se acercó amenazadoramente al océano Índico y amenazó con "flanquear" al poder marítimo británico. El ferrocarril de Anatolia —tan ardorosamente propugnado por el doctor Rohrbach— y su proyectada prolongación hasta Bagdad iban a llevar el poder terrestre alemán hasta las costas del golfo Pérsico. En forma análoga, los ferrocarriles turcos, construídos con la ayuda de capitales e ingenieros alemanes, estaban enlazando la Anatolia turca con el Levante y Arabia y llevaban así la amenaza del poder terrestre de Alemania, aliada de Turquía, a las inmediatas vecindades de Suez. Fué en realidad esta doble amenaza a Egipto y la India lo que Gran Bretaña se vió obligada a enfrentar en 1914 en Palestina y Mesopotamia, con un

despliegue en gran escala y muy costoso de poder terrestre.

Los ferrocarriles hicieron de la proximidad de Rusia y, posteriormente, de Turquía, apoyada por Alemania, una amenaza efectiva contra el Imperio Británico que ni el poder marítimo ni la diplomacia tradicional de Gran Bretaña pudieron eliminar. Fué esta amenaza lo que obligó a Gran Bretaña a entrar en las filas de los poderes terrestres al mismo tiempo que se mantenía como poder marítimo, circunstancia que privó al país de las ventajas económicas que le proporcionó hasta entonces el carácter insular.

Al final de la primera guerra mundial, había en Francia un poderoso ejército británico y estaban concentradas en Palestina y Siria grandes fuerzas de Gran Bretaña. Este país había llegado a adquirir un formidable poder terrestre, aunque sólo fué para desprenderse de él en cuanto se obtuvo la victoria. A pesar de las enseñanzas de la estrategia geográfica de la primera guerra mundial, Gran Bretaña redujo sus fuerzas terrestres aproximadamente a las mismas proporciones que éstas tenían antes de la guerra. Mantener al país como poder terrestre hubiera supuesto cambios revolucionarios en la organización social y económica de Gran Bretaña y los estadistas británicos no estaban preparados para proponerlos.

De este modo, la caída de Francia sorprendió a Gran Bretaña como un poder terrestre de tercer orden. El poder marítimo, efectivamente secundado por el poder aéreo, salvó a las Islas Británicas, pero ya no esta-

ba en condiciones de salvaguardar el Imperio. La ventaja de las líneas interiores favorecía ahora al poder terrestre alemán en sus operaciones contra los intentos británicos de poner pie en el continente y contra las posiciones de Gran Bretaña en Egipto. En cambio, las fuerzas terrestres de Gran Bretaña tenían que ser abastecidas por dilatadas líneas exteriores. Análogamente, fué la debilidad del poder terrestre británico lo que abrió el camino en diciembre de 1941 a los fáciles éxitos iniciales del Japón en Asia.

La posición de Gran Bretaña en la víspera de la segunda guerra mundial era decididamente menos favorable que en la víspera de la primera. Gran Bretaña era relativamente más pobre en recursos y la doble tensión sobre su fuerza que suponía mantener la flota y hacer frente a las múltiples amenazas del poder terrestre enemigo era mucho mayor. Esto es lo que principalmente explica la larga serie de fracasos británicos desde Dunquerque hasta Mandalay. La ineptitud de estrategos y políticos apresuró probablemente la retirada de Gran Bretaña de baluartes que se creyeron inexpugnables. Pero ni una hábil estrategia ni una brillante diplomacia hubieran modificado sustancialmente acontecimientos que se hallaban predeterminados por la geografía. El que Gran Bretaña —pese a su debilidad estratégica— resistiera el asalto de sus enemigos después de la caída de Francia es un acontecimiento que indudablemente no entró en los cálculos de los geopolíticos. Porque la entrada de Rusia y los Estados Unidos en la guerra añadió un vasto poder terrestre, efectivo

y potencial, a la fuerza de Gran Bretaña, y constituyó así la mayor alianza de poderes terrestres y marítimos de todos los tiempos.

Cuando escribió Mahan, los ferrocarriles únicamente comenzaban a establecer los cimientos de la superioridad del poder terrestre. En los tiempos de la primera guerra mundial, el cambio en la posición estratégica de Gran Bretaña resultaba muy manifiesto. El vasto despliegue de tropas británicas en los campos de batalla de Francia ocultó el hecho transitoriamente. Pero las fuerzas expedicionarias británicas, aunque de proporciones sin precedentes, eran esencialmente marginales y continuaban la tradición de los ejércitos que Marlborough y, cien años después, Wellington habían llevado al continente europeo. Gran Bretaña, en los días de Marlborough y de Wellington, estuvo en condiciones de conservar sus hombres para una intervención decisiva en favor de sus aliados de Europa, para la batalla final, precisamente porque su marina dominaba los mares y garantizaba la seguridad de las posesiones británicas de ultramar. Pero, en la primera guerra mundial, estas posesiones se vieron por primera vez amenazadas por ataques terrestres en circuito, por ataques a cargo del poder terrestre germano-turco que operaba a lo largo de líneas que llevaban a las puertas de Egipto y a las playas del golfo Pérsico.

En una verdadera perspectiva histórica, el desarrollo de los poderes submarino y aéreo se limitó a reforzar los efectos de la revolución tecnológica que se inició con la introducción de la máquina a vapor. Las nuevas

armas del siglo veinte ponían en peligro la misma base interior del poder marítimo de Gran Bretaña. Pero el potencial político mundial del poder marítimo estaba en plena retirada ante el potencial rápidamente en aumento del poder terrestre mucho antes de que el primer submarino se hubiera sumergido y que el primer avión hubiera levantado el vuelo. El ferrocarril había puesto en movimiento la revolución cartográfica, la cual colocaba las más ricas posesiones del Imperio Británico al alcance efectivo del poder terrestre hostil. Es esta debilidad fundamental de Gran Bretaña, resultado de intereses esparcidos por todo el mundo y de profundos cambios en la estrategia geográfica, lo que los pensadores geopolíticos alemanes comprendieron claramente mucho antes de que resultara manifiesto para la mayoría de los demás observadores. El razonamiento, según puede verse ahora, partía de lo evidente y llevaba a una conclusión sumamente sencilla. Pero todos los grandes conceptos estratégicos son esencialmente sencillos.

La interpretación de la historia en función del poder terrestre está elaborada para su adaptación a las posibilidades del poder terrestre alemán, del mismo modo que la doctrina naval de Mahan había sido obtenida de la historia de Gran Bretaña y de las luchas navales británicas. Cada una de estas doctrinas polariza una serie de experiencias históricas; cada una de estas doctrinas influyó profundamente, por la inmensa popularidad alcanzada, en las políticas nacionales.

Los geopolíticos continuaron su análisis del poder marítimo y del dispositivo estratégico del Imperio Bri-

tánico con una serie de detallados estudios. Así, por ejemplo, varios de los expertos de Haushofer en cuestiones mediterráneas señalaron la creciente vulnerabilidad a los ataques por tierra de varias de las bases individuales de Gran Bretaña. Ya en 1924, Joseph Maerz observó que el mayor alcance de la artillería moderna había colocado las instalaciones navales de Gibraltar a la merced de un enemigo establecido en el territorio español adyacente o, al otro lado del estrecho, en el Marruecos español. Su punto de vista es virtualmente el mismo que el expresado simultáneamente a efectos prácticos por un puñado de expertos militares ingleses. Conviene recordar que el Comandante Kenworthy —ahora Lord Strabolgi— planteó en 1923 la cuestión de cambiar Gibraltar por Ceuta y una franja de territorio adyacente del Marruecos español. El Gobierno británico no hizo mucho caso de esta propuesta y el Subsecretario de Colonias replicó como sigue: [1]

"Es completamente cierto que en una contingencia casi imposible de imaginar —una guerra con España— Gibraltar queda expuesta al bombardeo. Si tal contingencia se produjera, hay medidas que podríamos tomar. Trasladar Gibraltar, sin otra causa que un peligro concebible, no supondría solamente el enorme costo de organizar un nuevo Gibraltar en otro sitio, pues son pocas las demás posiciones donde pudiera crearse una base tan valiosa. El Comandante Kenworthy mencionaba Ceuta, *pero esta plaza exigiría una fuerza militar*

[1] G. T. Garrat, *Gibraltar and the Mediterranean,* Coward-McCann. Inc., Nueva York, 1939, página 213.

mucho mayor para su defensa y, por tanto, unos gastos de sostenimiento mucho más considerable." [2]

El cambio hubiera podido hacerse entonces en condiciones muy favorables y hubiera proporcionado a Inglaterra las excelentes facilidades portuarias de Ceuta y una zona muy apropiada para fines defensivos.

Varios geopolíticos, entre ellos el mismo Haushofer, señalaron repetidamente el hecho de que las bases navales de Gran Bretaña en Hong Kong y Singapur, aunque magníficamente situadas para servir como tales, no poseían adecuadas defensas para resistir un ataque por tierra a cargo de un ejército moderno. Haushofer, en varios artículos de la *Zeitschrift für Geopolitik* y, posteriormente, en su *Weltpolitik von Heute*, publicada en 1934, advirtió que Hong Kong no poseía ni zona adyacente de suficiente profundidad ni organización económica para resistir un largo asedio por tierra. Sus notables críticas de las defensas de Singapur resultan muy pertinentes a la luz de los recientes acontecimientos. Sostenía que la caprichosa política de inmigración de la administración colonial británica había tendido a disminuir el valor defensivo de la fortaleza de Singapur. Predijo que la heterogénea población de los Estados Malayos y de los Establecimientos del Estrecho resultaría una piedra colgada al cuello del comando militar y que el mismo tamaño de la ciudad de Singapur, con sus 750.000 habitantes, haría su defensa extraordinariamente difícil. En cuanto a las fortificaciones de la

2. Las itálicas son del autor.

isla de Singapur, Haushofer declaró que las baterías, que miraban al mar, apuntaban en la "mala dirección". [3]

Los geopolíticos daban por supuesto que, si las bases navales de Gran Bretaña eran atacadas, el ataque se desencadenaría por tierra y aire y no por mar. En este caso, como en muchos otros, los geopolíticos tenían razón. Si hubiesen sido leídos y se hubiesen tenido presentes sus conclusiones —como los nazis leyeron y tuvieron presentes las doctrinas de los estrategos británicos y norteamericanos— los aliados hubieran estado equipados al comienzo de la guerra con una heliografía de la gran estrategia del Eje. La máquina de guerra nazi es el *instrumento* de la conquista; la *Geopolitik* es el *plan maestro* destinado a decir a los que manejan el instrumento qué es lo que hay que conquistar y cómo hay que hacerlo. Es tarde, pero no demasiado tarde para aprender las lecciones de la *Geopolitik*. Con su vasto espacio y su poder potencial, las Naciones Unidas no tienen más que organizar, por medio de un esfuerzo meditado y concertado, su espacio y su poder para ganar la segunda guerra mundial.

3 *Zeitschrift für Geopolitik*, febrero de 1939, página 134.

I N D I C E

Ilustraciones

Se terminó de imprimir en Buenos Aires el ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y cinco en los talleres gráficos de Macagno, Landa y Cía. Aráoz 162 — Bs. Aires.